



El sabor de tus besos

Lorraine Murray

Lorraine Murray

El sabor de tus besos

Copyright © 2019 Lorraine Murray

Diseño de portada: Foto de invierno creado por freepik www.freepik.es

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de la obra, solo podrá realizarse con la autorización expresa de los titulares del copyright. All Rights reserved

Edición: Abril 2019.

Margot no había comenzado con buen pie el día. Para empezar, no había escuchado el despertador de su móvil, como cada mañana, porque ella había modificado los días de la semana que debía sonar. Habían cortado el agua por un reventón que se había producido en una tubería principal en la calle en la que vivía. El café se le había enfriado y por último Philippe Montcalm su... ¿ligue? ¿folla amigo? Lo cierto era que no sabía cómo calificarlo en verdad, le había pedido tiempo y espacio para reorganizar su vida. La mejor excusa de todas había sido que *ella* pasaba demasiado tiempo en su trabajo. Esto significaba que Philippe había pasado a convertirse en una especie de ex después de dos meses compartiendo poco más que la cama. En fin, así eran los tíos que pasaban por su vida. Se echaban atrás en cuanto veían que ella dedicaba más tiempo del preciso al trabajo. Una excusa muy trillada en personas de más de treinta años pero que en parte agradecía, se dijo recogiendo el pelo con una goma frente al espejo del ascensor de su piso.

Echó un vistazo rápido al reloj al mismo tiempo que una imprecación. La semana no iba nada bien para variar después de algunos sobresalto en el trabajo. Cogió el metro hasta Pigalle y de allí a pie hasta el restaurante, donde a estas horas suponía que Gerard ya estaría al frente recibiendo a los repartidores de ese día. Saludó a algunos comerciantes de la zona que ya tenían los negocios abiertos. Algunos turistas se dejaban ver por el barrio de Montmartre: el barrio bohemio de París. Y los artistas ya desplegaban sus caballetes y sus utensilios de pintura en la Place du Tertre. El barrio cobraba vida ante sus ojos y ella no había llegado si quiera al trabajo.

—Buenos días Margot, parece que esta mañana tienes prisa.

—Buenos días, Alfred. Sí, ando algo pillada. Veo que tú ya estás manos a la obra —le dijo echando un vistazo al cuadro que él estaba pintando.

—Sí, parece que hoy me he levantado con ganas. Hace un día perfecto. El otoño se acerca. ¿No lo percibes en el ambiente? —el artista arqueó sus cejas con expectación y regaló una sonrisa a Margot—. Por cierto, tienes que dejar que te haga una caricatura. A ver si algún día tienes tiempo.

—Tiempo. Eso es lo que me hace falta. Veré que puedo hacer.

Margot saludó a algunos artistas más que se situaban en la Place du Tertre y que pasaban las horas pintando paisajes de con la basílica del Sacre Coeur; otros hacían retratos o caricaturas a los turistas. Y los había que con un papel

y unas tijeras eran capaces de recortar tu perfil mientras recorrías la plaza.

Llegó a ante la puerta de *L'Orchidée*, el restaurante de comida francesa tradicional y que regentaba desde hacía cinco años. Como era de esperar Gerard ya estaba allí encargándose de todo. Al verla entrar el maître levantó la mirada y sonrió.

—Te has quedado dormida —aseguró apuntándola con su dedo como si la acusara.

—Tengo que configurar mi móvil. Supongo que tiene que ver con que el domingo al quitar la alarma para que no sonara ayer, porque cerramos por descanso, debí dejarla así para el resto de la semana. Ya está corregido. Y para colmo no tengo agua en mi piso.

—¿Por qué? —Gerard cruzó los brazos sobre su pecho a la vez que fruncía el ceño con gesto contrariado.

—Parece ser que se ha reventado una tubería. Cuando he bajado a la calle los operarios decían que darían el agua a media tarde. Necesito un café mientras me cuentas qué tal te ha ido con los repartidores.

—¿Tampoco has desayunado?

—He salido de casa a la carrera para no llegar más tarde.

—No tienes que preocuparte. Ya he estado en el mercado comprando lo que necesitamos para hoy. Y luego he atendido a los repartidores que han venido.

—Genial. ¿Qué haría yo sin ti?

—Seguir adelante con el restaurante como hasta ahora.

—No sería lo mismo y lo sabes —le aseguró vertiendo un poco de leche en su taza de café—. Imagino que no ha habido noticias de nuestro anuncio.

—Me temo que no —le comentó Gerard resignado, relajando los hombros y mirando a Margot tomarse su café—. Oye, ya sé que no te va a gustar lo que voy a decirte pero...

—Pues si tan seguro estás de ello no me lo digas con la mañana que llevo. Te aviso que no respondo de mis actos.

—He estado pensando... Si no encontramos alguien que dirija la cocina ahora que Pierre se ha jubilado, ¿por qué no le das un toque a Vince?

Margot dejó la taza a medio camino de sus labios cuando escuchó aquel nombre. Lanzó una mirada a caballo entre la incredulidad y la ironía a Gerard mientras él se limitaba a mostrar las palmas de sus manos como señal de ¿qué más da?

—¿A Vince? ¿Te refieres a Vincenzo Ferrara? —Margot seguía perdida

en la incredulidad que le había producido aquella sugerencia por parte de su mejor amigo y maître de su restaurante.

—¿Conoces a otro con ese nombre?

—No. Gracias a Dios.

—Pues a ese mismo me refiero.

—He dicho que no.

Margot dejó la tacita sobre el plato con cierta energía; tanta que estuvo a punto de hacerla añicos. Miró a Gerard de manera fija con sus ojos entrecerrados y sacudió la cabeza en repetidas ocasiones.

—¿Te refieres a que no piensas llamarlo?

—A eso mismo —le aseguró apartándose de la barra dando la espalda a Gerard.

—¿Por qué eres tan dura con él? Desde que se marchó el restaurante ha bajado un poco su calidad.

—¿Qué has dicho? —ella se giró con un tono sarcástico y una mirada de incredulidad.

—Lo que has escuchado. Desde que se fue no nos han concedido un nueva estrella —Gerard puso cara de circunstancia.

—Ah, no, no. No me vengas con chantajes de ese tipo —le pidió agitando su mano en el aire delante de él—. Eso no tiene nada que ver. No existe una relación entre la cocina de Vince y que la crítica culinaria no nos haya otorgado una nueva estrella en todo este tiempo. Por ahí si que no paso.

—Está bien.

—Además, ¿por qué debería llamarlo? No creo que aceptara volver después de que lo echara. Ni a mi me quedan ganas de volver a ver después de...

—Eso no lo sabes... ¿Cómo qué...? ¿Lo echaste? Pensaba que había sido él quien decidió marcharse para emprender su carrera en solitario.

Gerard puso cara de sorpresa y se sintió como un estúpido por enterarse a estas alturas de lo sucedido.

—Vince es muy suyo. Tiene su orgullo. No volvería a dirigir esta cocina —ironizó Margot frunciendo los labios.

—Mujer, si lo despediste...

Margot elevó sus cejas para que estas formaran un arco perfecto. Agitó un dedo hacia Gerard.

—Claro... desconoces por qué lo despedí ¿verdad? —sonrió ella con ironía—. Pues creo que es hora de que lo sepas. Tu querido amigo no te lo

contó en su día, por lo que veo. Lo despedí cuando entré en la cocina y lo pillé con los pantalones bajados y metido entre las piernas de Nicole, la sous-chef —le aclaró elevando el tono de sus palabras que dejaban claro sus emociones.

Gerard se mordió los carrillos para aguantarse la risa. Desconocía el motivo por el que Vince recogió sus cuchillos y se largó. Y lo mismo sucedió con Nicole. En un primer momento pensó que lo hacía porque quería montar su propio restaurante, como hizo posteriormente. Y que se llevaba a Nicole con él porque le gustaba como trabajaba. Claro que ahora que conocía la verdad, la situación cambiaba.

—Vaya...

—De manera que ya lo sabes. Y por ese motivo te repito que aunque lo llamara, él no volvería.

—Podríamos intentarlo.

Margot resopló.

—¿Por qué vendría según tú? Es un chef de prestigio que ha ganado tres estrellas con su propio restaurante en Siena, Italia. Una trattoria en la al parecer, la gente hace cola para obtener una mesa. Y tienes reservas con semanas de antelación —Margot pretendía dar por zanjado ese tema desplegando sus conocimientos sobre la trayectoria de Vince.

—Para no quererlo llamar te sabes su trayectoria desde que saliera de aquí. Pero te falta un dato.

—¿Un dato? —Margot se detuvo para entornar su mirada hacia Gerard—. ¿Cuál? ¿Han reducido el tiempo de espera para obtener una mesa? Pues debe de tener un buena plantilla a su cargo.

—No. Nada de eso. Me refiero a que ya no tiene el restaurante —le explicó Gerard mientras abría un cajón y sacaba un par de revistas. Pasó las páginas de una hasta dar con el reportaje en cuestión—. Vince lo cerró hace cosa de un año.

Margot sacudió la cabeza.

—¿Cómo que cerró...? Decían que no daba abasto sirviendo comidas y cenas. ¿Cómo es posible? Si tanto éxito tenía...

—Por eso mismo. Porque estaba cansado de ese ritmo de vida. Mira, lee esta entrevista que le hacen aquí —Gerard hizo hincapié con su dedo sobre esta mientras Margot bajaba la mirada.

Durante unos minutos reinó el silencio en el restaurante. Pero solo le bastó el titular para hacerse una idea: <<El afamado chef Vincenzo Ferrara cierra las puertas de su restaurante *Il Palio* y desaparece del primer plano

culinario>>

Margot no podía dar crédito a lo que estaba leyendo. Gerard tenía razón. Vince había decidido cerrar su restaurante harto de las interminables colas de gente, de las numerosas reservas con meses de antelación. Aseguraba que nunca había buscado lograr ese éxito sino que solo quería cocinar para alimentar a la gente. Pero todo se había desbordado de repente. Desde hacía más de un año se había retirado a un cala apartada de Ibiza. Allí disfrutaba de la tranquilidad y solo cocinaba para reducidos grupos de vecinos o amigos. Según sus allegados no parecía que tuviera prisa en volver a abrirlo.

Margot dejó la revista sobre la barra.

—Lo ha dejado todo para retirarse ¿Cómo es posible? —resumió en su susurro y con la mirada perdida en el vacío.

—A Vince le apasiona cocinar. Buscar nuevos sabores, texturas, platos, formas de preparar la comida. Alimentar a la gente como él dice. No le interesa la fama.

—Pues se la ha ganado el solito —ironizó Margot frunciendo los labios.

—Sin pretenderlo, como dice ahí.

—Pero si está retirado, ¿cómo puedes pensar que aceptaría volver a cocinar en *L'Ochidée*? Más a mi favor para no llamarlo.

—Tú lo echaste. Apuesto a que estará encantado de regresar y...— Margot puso los ojos como platos al escuchar esa conclusión de Gerard.

—¿Y darme en los morros con sus estrellitas? ¿Lo dices por eso? —se burló ella ante esa perspectiva.

—Bueno, eso también. Pero me refiero a que lleva más de un año sin cocinar.

Margot puso los ojos en blanco y resopló.

—Lo hace para la gente de la cala esa donde está. Lo deja claro — Margot volvió a coger la revista en la que el rostro de Vincenzo ocupaba la portada.

—Eso no es cocinar y tú lo sabes. Me estoy refiriendo a volver a una cocina. Y tú podrías ser su sous-chef —Gerard la miró de manera fija y asintió.

—¿Yo? ¿Estás de coña, no?

—Tú sabes de cocina y de alimentos más que los que trabajan aquí. Sabes cómo manejar un restaurante y una cocina. ¿Qué problema habría? De ese modo no volverías a encontrarte a Vince en una situación comprometida con su sous-chef —le aseguró con una sonrisa socarrona. No imaginaba a

Margot cayendo rendida a los encantos del chef italiano.

—Muy gracioso. Por eso mismo no quiero verlo rondar por mi cocina. Evitaríamos convertirla en su lugar favorito para el sexo.

—Es la verdad. Vince es tan buen chef como mujeriego. Pero si consigues atarlo corto en la cocina...

—Sí. Atarlo corto. Eso es lo mismo que poner al zorro a guardar las gallinas.

Margot se quedó pensativa unos minutos en los que apuraba su café. Era cierto que el restaurante había bajado su calidad un poco desde que Vince se fue; o más bien lo despidió ella. Y que era complicado volver a aquellos días. Pero la decisión que tomó en su momento fue la más acertada. No podía permitir que él se estuviera tirando al personal femenino del restaurante.

—Deja que lo intentemos. Y si no quiere volver, siempre puedes seguir tú al frente de la cocina como hasta ahora.

Margot se mordisqueó el labio con indecisión. Cogió la revista de nuevo para mirar de manera fija el sonriente rostro de Vince. Esa sonrisa cínica que ponía en ocasiones. Esa mirada tan suya que te provocaba un palpito tras otro. A pesar de lo mal que acabaron, Margot debía reconocer que había pasado buenos momentos con él, dentro y fuera de la cocina.

—Está bien. Haremos una cosa.

—Te escucho.

—Nos daremos quince días de plazo para encontrar un jefe de cocina. Si transcurridas esas dos semanas no tenemos uno... —Margot se detuvo de repente porque lo que iba a decirle a Gerard no le hacía demasiada gracia y menos si este la miraba con expectación sabiendo de ante mano lo que ella iba a decir—. Irás a verlo a esa casa y le expondrás la situación.

—¿Quién? ¿Yo? —Gerard abrió los ojos como si acabara de despertar de un sueño.

—¿No estarás pensando que vaya yo?

Margot se quedó con los labios entreabiertos mientras tenía la sensación de que le comenzaba a falta el aire.

—Si alguien aquí debe hacer una oferta de empleo eres tú. Al fin y al cabo el restaurante es tuyo Margot.

No le hizo ni pizca de gracia reconocer que él tenía razón. Solo esperaba que en esas dos semanas ella pudiera encontrar un jefe de cocina para *L'Orchidée*.

*

No sabía cómo narices había sucedido, ni mucho menos cómo había accedido a hacer lo que estaba haciendo. Bueno en realidad sí que lo sabía: debió mantener la boca cerrada y no lanzar aquel órdago ante Gerard. Este se lo había recordado cuando se cumplieron las dos semanas de plazo. De manera que no le quedó otra que reservar vuelos a Ibiza para encontrarse con Vincenzo Ferrara. No estaba segura del todo de que él quisiera verla, charlar y mucho menos regresar a París para trabajar en *L'Orchidée*. Por mucho que Gerard insistiera que Vince había cerrado su restaurante y que llevaba demasiado tiempo retirado y bla, bla, bla... Todo eso carecía de sentido si recordaba la manera en la que salió de París. Temía su reacción cuando la viera. ¿Y si Nicole estaba con él? Menudo papelón. ¿Qué iba a decirle a ella? ¿Tendría que volverle a ofrecer su puesto? ¿Estaría dispuesta a seguir a Vince si este aceptara volver a trabajar a *L'Orchidée*? ¡Gerard y sus geniales ocurrencias! Y en cuanto a ella misma, estaría más guapa calladita.

Recogió el coche de alquiler en la terminal y metió la dirección de destino en el GPS del móvil. Al parecer no le llevaría mucho tiempo llegar hasta allí ya que las distancias en la isla eran más bien cortas. La temperatura era más que agradable, soplaba un ligero viento pero nada molesto. Se respiraba el olor a mar. Vio los paneles publicitarios de las discotecas anunciando a los Dj's que en pocos días terminarían sus actuaciones. Pero ella decidió centrarse en la carretera y dejar todo lo demás para más tarde.

Tras algo más de media hora, Margot llegaba a su destino. Había unas pocas casas diseminadas aquí y allá junto a una pequeña cala de aguas azul-verdoso. Esperaba no tardar demasiado en dar con él pese a la poca gente que se veía por allí. Tenía el vuelo de regreso mañana y quería aprovechar el tiempo al máximo. De manera que tenía que espabilar. Bajó del coche y tras ponerse unas gafas de sol dirigió sus pasos hacia la casa que aparecía en el reportaje de la revista y que ella tenía en el asiento del copiloto. No se podía quejar de la vivienda que tenía. Atravesó la cancela de hierro y avanzó por un paseíto de piedras fregaderas de río hasta la misma entrada. Un porche espacioso donde ella pudo contemplar una mesa y dos sillas, restos de lo que parecía ser un desayuno o almuerzo, un par de periódicos... No había duda de que la casa estaba habitada, lo que la tranquilizó. Porque durante el vuelo había pensando en que él podría haberse largado a otra parte. Había sido algo impulsiva al coger un avión para presentarse allí de buenas a primeras sin asegurarse de que él estaba. Pero a lo hecho, pecho.

Margot echó un vistazo por si veía a Vincenzo por la casa. Dio una vuelta

a esta pero no había rastro de él. De manera que subió los dos escalones que conducían a la puerta y tras coger aire con fuerza pulsó el timbre. Aguardó con paciencia a que alguien abriera; bien Vince, Nicole o quien fuera. Pero tras cinco minutos de espera allí no parecía haber nadie.

—Genial. Ahora resulta que he venido para nada. Me pinta por dejarme liar por Gerard. ¿Dónde coño se ha metido? Porque está claro que habita alguien.

Margot volvió a la entrada de la casa y cerró la cancela a su espalda. Se encaminó hacia la bajada a la playa y se detuvo en lo alto de esta. Puso su mano en la frente para ocultar su mirada del sol y miró de manera fija a las personas que había en la arena o bañándose. A simple vista no reconocía a Vince entre ellos.

Este dio unas cuantas brazadas más antes de salir del agua. Como cada mañana bajaba a la playa para darse un chapuzón y nadar un poco. Le encantaba aquella calita por la tranquilidad que la rodeaba. Sacudió la cabeza y se pasó las manos por el rostro para desprenderse del agua que le molestaba. Se dirigió hacia la orilla y recogió la toalla para secarse. Echó un vistazo a su alrededor para saludar a sus vecinos, a los que solían acudir como él allí cada mañana. Levantó la vista hacia lo alto para quedarse con su mirada fija en la mujer que miraba hacia la playa como si buscara a alguien. No podía distinguir sus facciones desde la distancia. Tan solo que llevaba un vestido ligero, fresco de manga corta, el pelo color oscuro recogido de manera improvisada, a juzgar por los mechones que escapaban a este y unas gafas de sol de esas de espejo en las que uno podía contemplar su rostro. ¿Alguna turista que se había detenido allí? se preguntó siguiendo con su ritual de cada día. Recogió todo y se dispuso para regresar a casa.

Margot no estaba del todo segura pero el hombre que acababa de salir del mar podría ser él. Se había quedado mirándola por unos segundos antes de volver a sus cosas. Lo contempló recoger su toalla y caminar hacia las escaleras que lo conducirían a lo alto de la cala. Ya que venía hacia ella podría preguntarle por Vince. Se fijó en él con atención a medida que este se acercaba al pie de la escalera. Y fue entonces cuando sintió una ligera opresión en el estómago, como si los nervios hubieran decidido buscar acomodo en este. Y no era para menos porque el hombre que había puesto un pie en la escalera no era otro que Vincenzo, o Vince como prefería que lo llamaran los que le conocían. Pero lo que no se perdonaría a ella misma era la manera en la que lo contemplaba vestido tan solo con un pantalón corto de

deporte. ¡Cómo coño...! Bien mirado ya no tendría que preguntarle a nadie por él. Le parecía que estaba tan asombrado como ella porque de repente se detuvo en mitad de la escalera. Sin duda que acababa de reconocerla.

Vince se detuvo y se aferró con fuerza a la barandilla porque temía sufrir un traspies. No podía ser cierto lo que estaba contemplando. Ni de coña. ¿Margot allí? ¿Qué demonios pintaba ella en aquella cala apartada del mundo? La hacía en París, en *L'Orchidée*. Trabajando sin descanso para tener el restaurante lleno. Esa era su vida. La única que le había conocido durante el tiempo que él trabajó allí. Ni si quiera le conoció una pareja. Pero lo que más lo sacudió de repente fue pensar que ella seguía tan atractiva y sensual como nunca antes la había recordado. La pregunta lo asaltó como una riada desbordada. Sin avisarlo de que llegaba. La misma que se había hecho en un par de ocasiones en las que estuvo trabajando para ella. ¿Por qué diablos lo jodió todo con Nicole cuando a él quien de verdad le interesaba era la mujer que lo miraba con una mezcla de sorpresa y nervios mientras se quitaba su gafas? Esa mirada de ojos claros que irradiaba un brillo enigmático. La vio dar un paso atrás justo cuando él se detuvo justo frente a ella en el último escalón.

Durante un momento ambos se miraron de manera fija, llenos de expectación y de preguntas. Margot se colocó el pelo detrás de la oreja porque no dejaba de molestarla; o bien como señal de que estaba nerviosa por la reacción de él. Deslizó el nudo que apretaba su garganta y se humedeció los labios antes de hablar. Le parecía correcto que fuera ella la que iniciara la conversación, ya que estaba allí para verlo.

—Hola Vince.

—Margot. ¿Qué haces aquí?

Trató de ordenar sus ideas ya que si ya le resultaba complicado dirigirse a él dada la forma en la que se despidieron, verlo ahora con un pantalón corto mientras el agua resbalaba por su torso, lo complicaba más. ¿Por qué narices se estaba fijando en él de esa forma? Vale que siempre lo hubiera encontrado atractivo, seductor, con labia para encandilar a una mujer y que incluso entendía que Nicole se lo hubiera tirado, pero ella no estaba allí para considerarlo como un revolcón; aunque lo tuviera.

—He venido a verte —le anunció de buenas a primeras, lo que sin duda sorprendió a Vince.

Este arqueó sus cejas y frunció los labios en un gesto de no saber a qué venía aquello.

—Vaya...—él sonrió de manera cínica mientras cruzaba los brazos sobre su pecho y adoptaba una pose interesada.

—Me lo ha recomendado Gerard, no pienses que estoy aquí por gusto propio —se apresuró a aclararle antes de que pudiera sacar una idea errónea de aquellas palabras.

—Vaya chasco acabo de llevarme. Y yo que pensaba que habías venido porque en el fondo me echabas de menos —le dijo de manera socarrona—. Por cierto, mi casa está ahí mismo si te viene bien puedes contarme el motivo por el que Gerard te ha aconsejado que vinieras hasta aquí para verme —él volvió a sonreír, esta vez de manera divertida y guasona.

Margot resopló. Sabía que no había sido una buena idea ir en su busca. Mira que se lo dijo a Gerard y ella misma se lo había repetido en varias ocasiones. Debería haberse quedado ella al frente de la cocina. Pero al final, allí estaba caminando al lado suyo.

—Leí que cerraste tu restaurante y que has decidido retirarte a este lugar apartado.

Margot no sabía qué decirle de manera que sacó el tema de su restaurante en Italia. Y también porque quería saber si él estaba con ganas de regresar a ser jefe de cocina. Tenía que ir tanteando el terreno antes de hacerle la propuesta. No era plan de plantearlo de buenas a primeras ya que entonces estaba segura de que no tendría opciones. Por eso prefería ir preparándolo para el final.

—Sí.

La escueta respuesta de él la dejó sin palabras. Si iba a limitarse a darle monosílabos entonces sería mejor que se subiera al coche y se marchara a su hotel.

—¿Sin motivo aparente?

Vince se detuvo frente a la cancela de su casa y la abrió dejándola pasar.

—Disculpa el desorden, pero tengo todo el día para limpiar y recoger lo que dejo tirado por ahí. ¿Quieres tomar algo?

—Lo que tengas.

No le interesaba lo más mínimo lo que hacía o dejaba de hacer a lo largo del día.

—¿Prefieres quedarte fuera o entrar en casa?

—Como tú veas. ¿Está ordenada?

La pregunta de ella le provocó una sonrisa. Pero no se trataba de un gesto irónico sino todo lo contrario. Era una sonrisa divertida.

—Está bien. Puedes pasar y luego si prefieres salir al porche. Hace un día buenísimo.

—¿Bajas todos los días a la cala a nadar? —le preguntó de manera desinteresada echando un vistazo al interior de la casa. Sin duda que no la había decorado él. Vince tenía gustos más modernos y más minimalistas. Y aquella casa se asemejaba a un hogar. ¿Nicole? Temía que saliera de un momento a otro y la echara a patadas de la casa.

—Sí. Bajo cada mañana a nadar. Aquí el tiempo siempre acompaña. ¿Te viene bien un zumo de frutas?

—¿Natural? —Margot arqueó una ceja mientras contemplaba a Vince junto a la licuadora. Por suerte para ella se había puesto una camiseta al entrar en la casa ya que le resultaba algo violento estar contemplándolo desnudo de cintura para arriba.

—¿Por quién coño me tomas?

—Solo estaba bromeando. Ya sé que te gusta todo fresco y natural. ¿Olvidas que íbamos juntos a la cinco de la mañana al mercado para escoger las mejores piezas de pescado?

Aquella pregunta de ella trajo los recuerdos de aquellas madrugadas cuando quedaban para ir al mercado en busca de las mejores piezas para la cocina del restaurante. En aquellos días Margot creyó que entre ellos surgía una complicidad que iba un paso más allá de la relación de compañeros de trabajo. Y que en cierto modo no le desagradaba. Luego todo se desmoronó cuando lo pilló aquella tarde con Nicole y ella no volvió a ser la de antes.

Vince vertió el zumo en un vaso grande y se lo tendió sin dejar de mirarla.

—Salgamos fuera para que me digas qué haces aquí.

Margot apretó los labios y asintió de manera imperceptible. Tenía que contarle el motivo de su presencia en la isla sin pensar en las consecuencias de ello. El no ya lo tenía como le había asegurado Gerard, luego no tenía nada que perder. Y si no aceptaba, entonces no buscaría más y sería ella quien seguiría al frente de la cocina.

Vince se sentó en una de las sillas del porche sin dejar de mirar a Margot. Estaba expectante por saber el motivo de su presencia allí.

—Dime, ¿cómo me has encontrado?

—Por una entrevista que te hicieron en la que anunciabas que habías cerrado el restaurante y que ahora ya solo cocinabas para amigos y conocidos. Salía esta casa. Según venía hacía aquí en el coche me preguntaba si todavía

estarías aquí o te habrías mudado a otro lugar. Lo que sería haber hecho el viaje a lo gilipollas —Margot entornó su mirada hacia él estudiando sus gestos.

—Sí, es verdad. Recuerdo la entrevista cuando se supo que cerraba mi restaurante en Italia. Lo cierto es que llegó el momento en el que todo este circo en torno a mi cocina, los premios, las estrellas y la largas colas dejaron de tener importancia. A mí lo que me gusta es cocinar. Dar de comer a la gente, aunque suene algo raro o incluso gilipollas.

—Pero lo haces demasiado bien. No olvides que tienes tres estrellas y varios galardones.

—Sí. Es verdad pero ¿realmente justifica la esencia de mi comida? Puedo prepararte unos espaguetis como los hacía mi abuela allá en Siena, te chuparías lo dedos y te darías cuenta que no tienen nada de especial. Ningún ingrediente ni toque exótico. Es más, podrías quedarte a comer y así los probarías —le dijo de repente sorprendiendo a Margot porque no esperaba aquel recibimiento por parte de él. Esperaba que no quisiera verla, que la mandara de vuelta a París, cualquier cosa menos invitarla a comer. ¿Y Nicole? ¿No estaba con ella? Todo indicaba que vivía solo. ¿No le guardaba rencor por haberlo despedido? se preguntó con los ojos entrecerrados y enfocados hacia Vince. La verdad es que tal vez se lo tuviera merecido y por ese motivo no le guardara rencor.

—Vale.

—Perfecto. Y ahora dime qué haces aquí porque a este paso hablaremos de otros asuntos y no del que te ha traído aquí.

Margot se mordisqueó el labio con gesto pensativo. No creía que después de la cordialidad con la que se mostraba él, fuera a echarla a patadas de su casa.

—Necesito un chef para *L'Orchidée*.

—¿Y has pensado en mí? —Vince puso cara de asombro.

—Sé que has dejado la cocina y todo eso que me acabas de contar. Y también soy consciente de que te despedí y seguramente no quieras volver a trabajar en mi restaurante...

—En este último asunto hiciste lo que tenías que hacer —le interrumpió él con un tono serio y mirándola a los ojos de manera fija—. Tenías toda la razón. No era plan que Nicole y yo nos pusiéramos a follar en la cocina de tu restaurante. Y que encima nos pillaras. Con razón me despediste. No te culpo por ello. Ni te guardo rencor Margot.

Ella no esperaba aquella sinceridad por parte de él. Estaba descolocada porque ya no sabía cómo reaccionar. Que le reconociera que ella había hecho lo correcto al despedirlo, eso sí que no lo esperaba. ¿Qué clase de tipo era Vince?

—Te agradezco tus palabras. Lo cierto es que me supo mal lo que hicisteis.

—Lo sé. Fuimos conscientes de ello después.

Margot deslizó el nudo de su garganta antes de hacerle la pregunta que llevaba retrasando.

—¿Qué pasó con Nicole? Oh, disculpa. Me estoy metiendo...—pese a que quería hacerle la pregunta, Margot no pudo sentirse algo cortada cuando vio la sonrisa de él.

—Tranquila. No pasa nada. Estuvimos juntos durante algún tiempo. Estuvo en mi restaurante hasta que recibió una oferta mejor que la mía y se largó. En lo personal, no funcionó.

Margot se movió en la silla al escuchar aquella confesión. No es que se sintiera cómoda con la situación de él, pero un ligero cosquilleo había comenzado a expandirse por su cuerpo. Y una media sonrisa bailó en sus labios.

—Lo desconocía por completo.

—Es lógico ya que no me gusta hablar de mi vida personal en las entrevistas —el sonrió antes de tomar un trago de zumo—. De manera que estás aquí para ofrecerme el puesto de jefe de cocina... —Se quedó pensativo durante unos segundos.

—Sí. Pero no tienes que decidirlo ahora. Puedes tomarte un tiempo para reconsiderarlo. Si me gustaría que me avisaras sea cual sea tu respuesta.

—¿Quién sería mi sous-chef?

Margot se humedeció los labios de manera lenta y sugerente a ojos de Vince. Este desvió por un momento su atención de estos y prefirió centrarse en apurar su zumo.

—Yo.

En ese momento Vince se encontró en un callejón sin salida. Había decidido dejar las cocinas durante una larga temporada para recapacitar y ver hacia dónde quería dirigirse. No tenía pensado regresar, al menos ese año. Y de pronto se encontraba en esa situación. ¿Regresaría por ella? ¿Por estar a su lado de nuevo? ¡Pero sin joderla, amigo! le advirtió el subconsciente antes de que él dijera nada.

—Vaya. Es algo que no esperaba.

—Si mi presencia en la cocina puede afectar a tu respuesta de una manera negativa...

Vince sacudió la cabeza deteniendo las palabras de Margot.

—Nada más lejos de la realidad.

—Me alegro.

—No tengo nada contra ti. Acabo de dejarlo claro hace un momento. Y lo mantengo independientemente de que tú seas el sous-chef o la dueña del restaurante. Cuando me pongo a trabajar no pienso en las personas sino en su trabajo. Y sé que tú eres buena. No olvido nuestros madrugones para ir al mercado —volvió a recordarle él con una sonrisa que por extraño que pareciera se asentó en el interior de Margot de una manera cálida y placentera.

—Gracias por tus palabras. Te repito que no hace falta que me des una respuesta hoy mismo. Si necesitas tiempo...

—¿Cuándo te marchas de vuelta a París?

—Mañana. No quiero dejar que Gerard se encargue de todo mientras yo estoy aquí.

Vince apretó los labios y asintió.

—Dame unos días para pensarlo.

—Sí, claro. Ya te he dicho que puedes tomarte tu tiempo.

—¿Te encargas tú de la cocina en estos días?

—Sí. Entre todos la sacamos adelante.

—Está en buenas manos. Ya te lo he dicho —Vince volvió a regalarle una de esas sonrisas que hizo que Margot se moviera en la silla de nuevo—. ¿Qué tal París? ¿Sigue todo igual?

—Sí. París siempre es la misma aunque con algunos matices diferentes. Tú ya los sabes. Has vivido allí durante algún tiempo. ¿Por qué te has escondido en un lugar así?

—Porque necesitaba estar solo.

—Pues aquí...

Él sonrió una vez más al ver el gesto de ella.

—Por eso me vine. Porque era consciente de que nadie me molestaría.

—Es curioso que te hayas retirado estando arriba.

—Es cuando hay que hacerlo.

—Pero, si volvieras... —Margot arqueó sus cejas con expectación porque sabía que era una indirecta a su propuesta.

Vince sonrió de mala gana. Sabía que si llegaba el momento de regresar a

dirigir una cocina, ese día su vida volvería a cambiar.

—No le tengo miedo a mi vuelta. Sé que algún día tendré que regresar. Necesitaré volver a trabajar. No puedo pasarme la vida contemplando las puestas de sol.

—En el caso de que te interese, deberíamos hablar de las condiciones que te ofrezco. El sueldo y todo eso.

—No me interesan.

—Claro. Lo tienes todo —Margot esbozó una mueca de ironía al darse cuenta de lo que había dicho.

—No es por eso. Y no, no lo tengo todo —la miró de manera fija como si le estuviera queriendo hacer ver algo. La vio descruzar y volver a cruzar las piernas, dejando a la vista una parte interesante de estas. Vince desvió su mirada de esa zona y se concentró en su rostro—. En el caso de que regrese no pienso regatear el suelo.

—Gracias.

—Olvidas que me gusta cocinar por el arte de hacerlo. He cocinado gratis para amigos, vecinos, gente de los alrededores. Y lo mejor de todo ha sido ver sus caras de satisfacción al acabar. Sin halagos, sin premios ni estrellas. La mejor crítica culinaria que he tenido ha sido la de una niña de ocho años a la que le hice su tarta de cumpleaños —le aseguró inclinándose hacia delante acortando las distancias entre ellos. Vince se aclaró la garganta cuando su vista cayó sobre el escote del vestido de ella y en como se la había bajado un poco revelando el canalillo entre sus pechos.

—Supongo que le gustaría.

—Sí, aunque me aconsejó no endulzarla tanto —Vince le guiñó un ojo y se reclinó contra su silla antes de acercarse más a ella. Y de que Margot se diera cuenta de la manera en la que la estaba mirando.

—Tenlo en cuenta para otra vez.

—Supongo que tienes alojamiento en la isla...

—Sí. No te preocupes he reservado una habitación en un hotel. Luego pasaré. Ah y un coche como puedes ver —le dijo señalando a este aparcado junto a la entrada.

Vince sintió una punzada de desilusión porque le habría gustado que ella se quedara allí con él, sin dobles intenciones. Intentaría convencerla para que se quedara.

La mañana pasó volando para ambos mientras charlaban de pasadas experiencias en París mientras él estuvo en *L'Ochidée*. Charlaron de

anécdotas y situaciones vividas en este tiempo que no se habían vuelto a ver. Rieron, se miraron a los ojos y en algún momento sus cuerpos se rozaron, sus manos parecieron buscarse de una manera disimulada, casi casual. Cuando la tarde caía los dos permanecían sentados contemplando la puesta de sol junto a una botella de vino. Ambos estaban relajados en ese momento.

—¿Qué te ha parecido la comida de hoy? —Vince desvió la mirada del momento en el que el sol se transformaba en un disco naranja que se perdía tras la línea del horizonte.

Margot inspiró sin dejar de contemplar los últimos minutos del día. No volvió el rostro hacia Vince porque sabía que él la estaba mirando de manera fija y significativa, y que si lo hacía sus rostros iban a quedar muy juntos; algo que ella no pretendía que sucediera.

—¿Te refieres a las recetas de tu abuela? Bueno, no puedo quejarme ¿no? Eres un chef de renombre —ironizó ella con una sonrisa que Vince deseó hacer suya en ese preciso momento.

—No me vaciles, ¿quieres?

Margot volvió el rostro hacia él. Se humedeció los labios y asintió.

—Admito que me han gustado mucho. Muy rico todo lo que me has preparado.

—Soy de los que piensa que en ocasiones lo sublime está en lo sencillo. No hace falta elaborar mucho un plato como has podido comprobar tú misma. Una simple receta de pasta de mi abuela te ha encandilado, admítelo.

Margot frunció los labios.

—Cierto. Pero sabes que la gente que acude a *L'Orchidée* no va buscando unos espaguetis con una receta de tu abuela.

—Lo sé. Ellos se lo pierden —Vince se alejó de ella lo justo para enfriar un poco la situación. Si seguían sentados en aquella postura en la que sus cuerpos casi se rozaban, contemplando el final de la puesta de sol y ella tan sensual, acabaría besándola. Por eso se sorprendió cuando se escuchó pedirle que se marchara—. Se te hace tarde. Me gustaría que te quedaras, si así lo quieres...

—Te lo agradezco pero tienes razón. Es hora de que me marche —Margot resopló poniendo los ojos como platos. Era mejor retirarse antes de que la estupidez dominara sus sentidos. Por ahora ya había tenido bastante.

Se levantaron al mismo tiempo y se quedaron contemplándose en el sitio sin saber qué estaba sucediendo allí. Margot sonrió y se colocó el pelo tras la oreja mientras en sus labios bailaba una sonrisa tímida. Bajó la mira y caminó

hacia la casa mientras Vince cerraba los ojos y sacudía la cabeza. La siguió hasta la cancela de entrada y la cruzó para acompañarla hasta el coche.

—Gracias por todo.

—No tienes que dármelas.

—En cuanto sepas si te interesa regresar a París, dame un toque para hacer mis planes.

—Descuida. Necesito unos días para pensarlo.

Margot apretó los labios y abrió la puerta del coche bajo la vigilante mirada de Vince. Este se apoyó sobre la puerta acercándose más de lo permitido a Margot.

—Estamos en contacto —dijo antes de introducirse en el coche y que Vince cerrara la puerta con cierta decepción en su rostro.

Permaneció en el sitio hasta que ella arrancó y se marchó. Durante un breve segundo sus miradas se cruzaron por última vez.

—Ve con cuidado —leyó Margot en los labios de él cuando se alejó de allí con una sensación extraña en el estómago. Se aferró al volante y resopló en repetidas ocasiones.

Vince la contempló alejarse carretera abajo. Se pasó la mano por la nuca y resopló.

—Joder.

Se sentía diferente. Algo tocado con el día que había pasado en compañía de ella. No esperaba volver a ver a Margot y menos que su presencia le causara ese deseo por besarla. Lo había querido hacer durante el tiempo que trabajó en París. Pero en cambio se lió con Nicole. ¿Por qué cojones cometió aquella estupidez? Podría haberlo intentando con Margot ya que entre ellos había una buena sintonía dentro y fuera del trabajo. Tal vez su imagen a las cinco de la mañana para ir al mercado a buscar las mejores piezas para el restaurante fue lo primero que le atrajo de ella. Somnolienta y natural y que en nada tenía que ver con otras mujeres que había conocido y con las que había estado. No era su capacidad para el trabajo. Para dirigir su negocio y todo lo demás. No. Lo había atrapado aquella sencillez y naturalidad de aquella mañana. El resto vino rodado.

Volvió al interior de su casa pensando en si debería aceptar su oferta y regresar a París. No necesitaba el dinero, ni el prestigio, ni volver a trabajar por ese motivo debería pensarlo bien. Si iba a volver a Paris y a *L'Orchidée* tendría que tener muy en cuenta sus sentimientos hacia Margot. Y tenía que tener bien claro que no podía joderla una segunda vez. Bajo ningún pretexto.

Se tomaría un par de días antes de decidir qué hacer. Permaneció de pie junto a la mesa de la terraza donde quedaban las dos copas vacías. En un gesto sin precedentes pasó un dedo por el borde de la copa de ella y sonrió.

—Margot. ¿Por qué has vuelto?

Se quedó con la mirada fija en la copa antes de regresar al interior de la casa e intentar dormir un poco, si los pensamientos en torno a Margot se lo permitían.

Margot cerró las puerta de su fría habitación. Permaneció con la espalda pegada a esta durante unos segundos. Cerró los ojos y trató de tranquilizarse. No había entrado en sus planes disfrutar como lo había hecho de la compañía de Vince. En algún momento del día había tenido la sensación de haber regresado a los días en los que él estaba en París trabajando en el restaurante. Sus largas charlas al cerrar, en el mercado, en un café mientras desayunaban. Nada había salido como ella había pensado en un primer momento. Cuando se lo contara a Gerard no la creería. Eso sí, que él le hubiera preparado la comida y la cena, que hubieran contado anécdotas pasadas o que hubiera percibido una ligera sintonía entre ellos no quería decir que él fuera a volver a París a trabajar en *L'Orchidée*.

Caminó por la habitación con la mente turbada. ¿Qué había sucedido entre ellos? Ella había percibido por un momento como si él quisiera besarla; y lo mismo le había sucedido a ella. Habían reído, charlado, se habían contemplado de manera fija como si desearan decirse algo. Pero al final todo había quedado en un mero intento. Sentada en la cama, Margot repasaba cada gesto de Vince hacia ella. Su atención en todo momento. No se había mostrado frío y distante como ella esperaba que hiciera después de que ella lo hubiera echado a la calle. La había dejado sin palabras y sin capacidad de reacción cuando él mismo le reconoció que ella había hecho lo correcto. Que él se lo merecía. Todo aquello la había descolocado de una manera que no podía concebir. ¿Qué sucedería sin al final él decidía regresar a París? ¿Seguiría existiendo esa conexión que ella había notado durante el día? Se mordisqueó el labio y frunció el ceño pensando en ello.

—Bueno, —se dijo al final— para saber si nos llevaremos bien. primero Vince debe regresar a París. Algo, que todavía está en el aire.

Margot regresó a París con la misma sensación con la que se había marchado de esta: no tenía ni idea de qué esperar de Vince con respecto a su oferta. Y dentro de esa incertidumbre seguía sin creer lo que había sucedido. Su encuentro no había sido para nada lo que ella esperaba. El trato, la disposición de él a hablar, a conocer algunos detalles, ni qué decir de cuando reconoció que había actuado de una forma poco formal. Que había entendido y aceptado sin reparos su despido porque en el fondo se lo había merecido.

Pero pese a todo ella no podía sacarse de la cabeza la tarde que habían compartido sentados en el porche mientras el suave viento le acariciaba la piel. El sol se ponía de manera lenta y Vince la contemplaba de una manera bastante reveladora.

Iba pensativa camino del restaurante. Tan absorta que apenas si prestó atención a algunos saludos que le hicieron los artistas que ya empezaban a plasmar en sus lienzos los más diversos paisajes y escenas cotidianas. Los saludó de pasada y entró en el restaurante, que parecía estar animado. Nada más empujar la puerta se había visto arrastrada por el movimiento de gente.

Gerard sonrió agradecido cuando la vio aparecer.

—Creo que nunca has sido tan bienvenida como hoy.

—Por lo que veo tenemos jaleo —le comentó caminó del cuarto que ella empleaba para dejar sus cosas y que hacía las veces de despacho improvisado.

—Sí. Hoy la gente se debe haber levantado con ganas de comer en el barrio de los artistas. Bueno, ¿qué tal ha ido todo? ¿Qué te ha dicho Vincenzo?

Gerard la contemplaba con la esperada expectación por saber si él la había mandado a paseo después de lo sucedido entre ellos; o por el contrario estaba dispuesto a regresar y hacerse cargo de la cocina.

Margot sonrió elevando sus cejas. Su gesto no ofrecía gran cosa.

—Después hablamos.

—Al menos dame un avance de lo sucedido. No me puedes dejar con la intriga.

—Se lo va a pensar. Es todo lo que puedo decirte por ahora.

Margot salió del despacho mientras se abrochaba los botones de su chaqueta y dejaba a Gerard con la boca abierta. Empujó las puertas batientes para adentrarse en la cocina y se puso manos a la obra ante las miradas de

sorpresa de su equipo.

—Pensábamos que ya no vendrías —el comentario vino de parte de Robert, quien en ausencia de Margot se encargaba de distribuir los platos a cocinar y de darles él el último toque.

—Ya estoy aquí. ¿Qué tenemos? —preguntó cogiendo las notas de la comanda para ponerse a punto en un minuto. Estar ocupada en la cocina le ayudaría a olvidarse de Vince hasta que cerraran después de la comida.

Cuando ese momento del día llegó y por fin Gerard volvió el cartel para que se leyera cerrado, Margot abandonaba la cocina con el pelo recogido salvo por algunos mechones tras desprenderse del pañuelo que usaba para cocinar. Lo arrojó sobre una de las mesas, ya recogidas y cogió una silla para sentarse.

—Ha sido un medio día bastante provechosa —le dijo Gerard nada más fijarse en ella.

—Sin duda. ¿Cuántas notas nos has pasado? Era un no parar ahí dentro —ella señaló con el pulgar a su espalda. El trabajo le había venido como anillo al dedo para no pensar en Vince y en su decisión final.

—Esperemos que vengan más días como este. Pero bueno dejemos a un lado el tema de las comidas. Ahora que estamos algo más relajados ¿me contarás tu charla con Vince?

Margot resopló, apoyó un codo sobre la mesa con la palma de la mano abierta para reposar su barbilla, y por último se quedó mirando de manera fija a Gerard al mismo tiempo que sonreía.

—Se lo va a pensar. Ya te lo dije cuando me preguntaste.

—¿En serio? ¿Solo te ha dicho eso?

—Me aseguró que en unos días me daría una respuesta, tanto como si vuelve a París como si se queda en su casa en aquella cala donde vive.

—¿Cómo reaccionó cuando te vio?

Gerard se apoyó contra la barra con los brazos cruzados y una mirada enigmática.

Margot por su parte se quedó con la mente en blanco y su atención puesta en un punto en el vacío. De repente los recuerdos de su encuentro con Vince regresaron y se limitó a sonreír.

—Ni te lo imaginas.

—A juzgar por la cara que has puesto y esa sonrisa... Deduzco que la cosa no fue tan mal. Es más, si él tiene intención de pensárselo, es porque hay una posibilidad de que acepte volver.

—Sí. Esa es la impresión que me dio.

—¿De verdad?

—Se mostró amable, atento, comprensivo con lo que sucedió en el pasado. E incluso me aseguró que él en mi situación habría actuado de la misma manera en la que hice yo.

—Vaya. Luego tus temores fueron más bien infundados. ¿Y qué demonios hace en una cala en Ibiza? ¿No piensa volver a abrir su propio restaurante o qué?

—No me dio esa impresión. Me aseguró que su única intención es cocinar porque le gusta hacerlo. Que nunca le interesaron los premios y los reconocimientos de la crítica. Y en cuanto a lo que allí hace, yo no me preocuparía mucho por ello con todo el dinero que ha ganado en estos años. Pero para tu curiosidad te diré que cuando llegué estaba nadando en el mar.

—Sí, eso es cierto. No tiene que preocuparse por no hacer nada. Posee tres estrellas —recordó Gerard arqueando sus cejas en señal de asombro.

—Me aseguró que ahora cocina para amigos o vecinos del lugar. Y que le supone más satisfacción que hacerlo en su propio restaurante. Según él lo cerró cuando se vio agobiado por las colas de los clientes, las reservas hechas con meses de antelación,... Puedes hacerte una idea del volumen de trabajo que debía tener. Y si nosotros hoy hemos estado hasta arriba, imagina a Vince un día sí y otro también. E incluso para las cenas.

—Es asombroso que alguien como él diga esas cosas. Que quiera cocinar para amigos —Gerard emitió un silbido de sorpresa cuando repitió las palabras que Margot le había referido.

—Deberías haber probado los espaguetis que preparó para comer con una receta casera de su abuela.

—Estoy seguro de que te chupaste los dedos.

—Sí, no te lo niego. Pero lo más relevante fue la sencillez del plato. Estoy convencida de que un cliente esperaría un plato espectacular, con un presentación digna de su categoría. Pero no fue nada de eso. Solo un poco de orégano y queso por encima. Lo que no me dijo fue cómo había preparado la salsa.

—Su secreto —comentó Gerard elevando sus cejas y sonriendo con cara de pillo.

—Sí, me parece genial que no me la revelara. Pero se trató de una comida sencilla. Nada de especial categoría como lo que servimos aquí.

—Bueno, siempre debes tener en cuenta la diferencia a la hora de

cocinar. Aquí servimos cocina tradicional francesa. Y Vincenzo es italiano y es normal que domine la pasta. Ya te dije antes de que te marcharas a verlo que a él le apasionan los retos en la cocina. Y puesto que las cosas marcharon tan bien, confiemos en que vuelva. Por cierto, ¿le comentaste que eres tú quien dirige la cocina aparte del restaurante?

—Sí.

—¿Y? —Gerard miró a Margot con expectación, con nervios por querer saber lo que él le había dicho.

—Dijo que no le preocupaba porque la cocina estaba en buenas manos.

—Vaya. Pues viniendo de él...

—Le comenté que yo sería su sous-chef si aceptaba. Que trabajaríamos juntos en la cocina. No quiero sorpresas después.

—¿Y qué le pareció esa idea?

—No se opuso en ningún momento. Al contrario, le pareció acertada.

Gerard agitó un dedo delante de Margot.

—Presiento que acabará aceptando.

—Pues nos vendría de maravilla si vamos a tener tanto trabajo como hoy. Pero no quiero hacerme ilusiones. Volver a *L'Orchidée* sería volver a la primera línea. A volver a llenar el comedor en cuanto se corriera la voz por París de que él ha regresado a la ciudad. No sé si es lo que él quiere pese a todo.

Margot no quiso pensar en la complicidad que parecía haber surgido entre ellos. ¿O tal vez siempre estuvo ahí pese a que él se marchó? Ambos habían intercambiado anécdotas de cuando él estuvo en *L'Orchidée*. Y salvo el incidente de su despido, todas habían sido buenas, se habían reído y bromeado como dos viejas amistades que llevaban tiempo sin verse. Esa percepción de lo ocurrido había dejado un poso en el interior de ella que parecía que podría asentarse y hacerse más grande si él regresaba a París. No parecía que el buen rollo que hubo entre ellos se hubiera perdido del todo. Pero esa percepción no se la contaría a Gerard sino que se la guardaría para ella.

—En fin, creo que deberíamos dejar el tema. Mientras Vince no se decida es inútil hacer cábalas. Deberíamos largarnos a descansar antes de regresar para las cenas, ¿no te parece?

—Totalmente de acuerdo con tu proposición. Además, necesito una ducha después del ajetreo que hemos tenido en la cocina. Yo por mi parte me largo a casa unas horas.

<<Necesito relajarme y sacarme a Vince de la cabeza>>

*

Vincenzo cerró la puerta de la casa y caminó hasta el coche que lo estaba esperando. Apoyado en este se encontraba su amiga y dueña de la casa Lizette. Esta extendió el brazo con la palma de su mano hacia arriba para recoger las llaves.

—Las guardaré por si acaso decides regresar —le aseguró ella bajando las gafas lo justo para mirarlo por encima de su montura.

—No se me ha pasado por la cabeza, pero te lo agradezco.

—Dijiste que tampoco volverías a una cocina y mira tú por donde vas a coger un vuelo a París dentro de dos horas —ironizó ella con una sonrisa bastante significativa.

Vince no dijo nada porque estaba centrado en meter la maleta en el coche. Ni si quiera cuando abrió la puerta para subir al coche y se quedó contemplando a Lizzete. Ella permanecía relajada con los brazos apoyados en el techo de su coche.

—¿Nos vamos? No me gustaría perder el avión y tener que sacar otro billete.

—Tenemos tiempo de sobra. Tampoco creo que sea un problema para ti sacar otro billete. Lo digo por el dinero. —Vince sonrió, sacudió la cabeza pero no dijo nada más sino que se subió al coche—. ¿Tú estás seguro del todo de lo que vas a hacer? Insisto porque regresar al trabajo del que te echaron...

—Estoy convencido de mi decisión. De manera que no vuelvas a preguntármelo. No voy a echarme atrás. Llevo más de un año sin sentir la presión del trabajo en la cocina de un restaurante.

—Pensaba que habías dicho que quería tomarte un par de años sabáticos. Y que lo que querías era dedicarte a cocinar para tus amigos y los vecinos que hay por aquí. ¿Qué ha cambiado? ¿La presencia de Margot? Lástima que no la haya conocido el día que estuvo aquí.

—No creo que ella tenga mucho que ver en el sentido que tú quieres darle.

—¿De qué sentido hablas?

—Del que tú y yo sabemos. Quieres liarme para que te confiese que vuelvo a París por otro motivo —Vince esbozó una sonrisa llena de cinismo.

—Me pregunto si en todo esto no habrá un ingrediente sexual —Lizzete comenzó a reírse a carcajadas.

—Lo de ingrediente te ha venido al pelo ¿eh?

—Por eso te lo he dicho. Creo que ella tiene algo que ver en ese sentido.

¿Qué ingrediente sería para ti? Canela, dulce y afrodisíaca. O más bien algo picante como la guindilla.

—Tu imaginación es muy buena. Deberías dedicarte a escribir novelas en vez de hacer tatuajes.

—Lo que tú digas pero pienso que existe una razón muy poderosa para que después de todo este tiempo que has pasado aquí ahora de repente, quieras volver. Por eso te digo que debe ser que sientes algo por tu ex jefa.

Vince permaneció con la atención fija en la carretera como si no hubiera escuchado el comentario de su amiga; o tal vez lo estuviera meditando. Lizzete tenía parte de razón. Le gustaría llevarse a la cama a Margot pero tampoco lo consideraba como el motivo de su vuelta al trabajo.

—¿Qué? ¿No lo niegas? Eso significa que tengo razón.

—No tengo nada que decir al respecto.

Lizette sonrió mientras el coche enfilaba una recta que desembocaba en la terminal de salidas. Aparcó en el primer sitio que vio libre pese a las quejas de Vince.

—Oye, aquí no puedes aparcar.

—No veo ninguna señal que lo prohíba. Anda vamos, tampoco va a ser tanto tiempo.

Salieron del coche y tras recoger la maleta caminaron hacia el vestíbulo mientras seguían charlando. Lizzete intentaba por todos medios conseguir que él le dijera la verdad de aquella decisión. Lo había dejado cuando estuvo en la cresta de la ola y la llamó para decirle que iba a verla y que si podía quedarse en su casa. Y de eso hacía ya un año o tal vez algo más, se dijo ella. No había vuelto a querer saber nada de volver a cocinar ni de regresar a Italia. Por eso la repentina aparición de Margo significaba otra cosa.

—Llámame si decides volver. Ya sabes... Siempre tendrás una habitación en la casa.

—Espero no tener que hacerlo.

—De ti depende. Según hagas las cosas. Pero, prométeme que intentarás no joderla esta vez. Ups, vaya, lo de joderla viene como anillo al dedo porque sigo pensando que tú vuelves a París para ver si con tu jefa tienes algo. En serio, cuídate —Lizette le dio un abrazo.

—Lo haré. Haz tú lo mismo. Estamos en contacto.

Se despidió de Lizette y se dirigió al control de la policía para pasar con tiempo y evitar colas innecesarias. Tenía la ligera impresión de que estaba algo... nervioso. Pero no lograba descifrar el motivo de ello. No sería por

volver a cocinar puesto que había seguido haciéndolo aunque fuera para amigos, vecinos e incluso para algún colega de profesión que se había acercado a verlo. No. No tenía nada que ver con ello. ¿Volver a París? Era una ciudad que le encantaba tras el tiempo que había vivido en esta. De manera que la única posibilidad que le quedaba era ver a Margot. ¿Cómo sería trabajar codo con codo con ella? Bueno, pronto lo descubriría. Sin embargo, él sabía a lo que se refería. ¿Cuándo comenzó a sentir aquella atracción por Margot? No tenía ni idea. Solo sabía que pese al tiempo que hacía que no se veían, hacerlo de nuevo le había hecho recordar los buenos momentos compartidos en su anterior etapa de *L'Orchidée*. Y que después de todo ella seguía pareciéndole atractiva. Alguien a quien iba a tener cerca a todas horas. ¡Qué locura! Por suerte el trabajo en la cocina no le dejaría tiempo para pensar en ella como lo estaba haciendo en ese instante.

Pasó el control de la policía y caminó hacia el primer café que vio. Necesita tomar algo antes de subir al avión. Sabía que no la había llamado para decirle cuál era su decisión. Prefería presentarse en el restaurante y comunicárselo en persona. A quien sí había avisado era a su amigo Claude para que todo estuviera en orden en la buhardilla que tenía en París. Él se había encargado de cuidársela durante su ausencia de la capital francesa. Claude le había asegurado que todo estaba correcto y listo para que volviera a ocuparlo cuando llegara. Vince confiaba en que esta vez no tuviera que volver a recurrir a él para cuidársela, pensó sonriendo al tiempo que removía el café con la cucharilla.

Hacía días que ella había regresado a París y no había recibido ninguna respuesta por parte de Vince. Margot miraba la bandeja de entrada de su correo, sus mensajes en WhatsApp e incluso comprobaba que su móvil estuviera en perfectas condiciones no fuera a ser que él la llamara y estuviera fuera de cobertura. Si seguía dándole vueltas en su cabeza se acabaría por desquiciar, y la verdad era que tenía un restaurante que atender. Tal vez se hubiera olvidado de este hecho. O bien simplemente no le interesaba regresar después de todo.

—Te noto preocupada y creo saber el motivo —le comentó Gerard cuando la pilló un momento a solas antes de abrir esa tarde.

—¿Qué? No, no. Estoy bien.

—¿Vas a decirme ahora que no estás impaciente por saber qué hará Vince?

Margot se volvió hacia Gerard y se quedó apoyada contra la encimera de

la cocina, cruzó los brazos y lo contempló de manera fija y seria.

—Vale, admito que esta espera me está comiendo. No entiendo qué tiene que pensar tanto.

Gerard sonrió.

—Entiende que lleva tiempo alejado de la cocina de un restaurante y que regresar a *L'Orchidée* supone volver a un estilo de vida del que él ha escapado. Es lo único que puedo decirte. Que esté valorando los pros y los contras. Nada más.

—Sí, pero tú me dijiste que a él le gusta cocinar. E incluso él también me lo comentó. Luego... No entiendo a qué viene esta espera —Margot estaba algo alterada por todo lo que estaba sucediendo—. Espero que mi viaje haya valido la pena después de todo.

Gerard inspiró pero no dijo nada. La idea de ofrecerle el puesto de chef a Vince había salido de él. Luego en parte tenía algo de responsabilidad en ello. Si no le hubiera enseñado las revistas, ni le hubiera contado que lo había dejado, Margot no estaría en este estado de nervios. Pero ¿qué podía hacer él sino esperar a que Vince diera señales de ida? Contempló a su compañera mientras ella fruncía los labios y sacudía la cabeza como si estuviera dándose por vencida.

—Tal vez este liado con algún otro asunto y se le ha pasado llamarte. Míralo por ese lado.

—Vale. Te haré caso. Tiene mucho que hacer en aquel lugar donde lo encontré —ella sonrió sarcástica al recordar que lo había visto salir del mar después de ir a nadar. Y que por otro lado no tenía mucho que hacer. O eso creía ella. Pero también era una cuestión que no debía importarle ya que a fin de cuentas era su vida.

Vince llegó a su buhardilla en París muy cerca del restaurante de Margot. Le gustó volver a pasear por las calles aledañas a Montmartre, la place du Tertre donde todavía quedaban algunos artistas terminando sus creaciones o recogiendo para marcharse. Lanzó una mirada hacia el restaurante y asintió con una sonrisa. Se daría un ducha rápida y se acercaría a este para comenzar a trabajar si ella lo consideraba oportuno. ¿Qué cara pondría ella al verlo? No la había llamado por ese motivo: quería ser testigo de la expresión de su rostro al verlo aparecer. Hasta entonces, nada de nada.

El móvil sonó cuando él terminaba de ducharse e iba camino de la habitación para vestirse.

—Hola, Claude.

—*Vincenzo. ¿Ya has llegado?*

—Sí, precisamente acabo de salir de la ducha e iba vestirme. Debo agradecerte que hayas cuidado la buhardilla. Está tal y como la dejé.

—*No ha sido un problema, amigo. Supongo que tienes cosas que hacer, de manera que no te entretengo más. Solo quería saber si habías llegado.*

—Sí, ya estoy aquí. Ya hablamos en estos días.

—*Cuando quieras.*

Vince dejó el móvil sobre la repisa del lavabo mientras terminaba de secarse. Lanzó una mirada al reloj en la pantalla del mismo y asintió. Llegaría justo a la hora en la que el restaurante comenzaba con las cenas.

La noche iba animándose poco a poco en el interior de *L'Orchidée*. Gente que había reservado una mesa para cenar debido al prestigio del restaurante. Turistas que a esas horas todavía paseaban por el barrio de los artistas. En definitiva, una noche como otra más.

Margot se desenvolvía con eficacia en la cocina.

—Michelle, necesito el bistec en treinta segundos —dijo mientras ella preparaba la guarnición que lo acompañaría.

—Sí, chef.

—¿Y la merluza, Simon?

—Al punto chef.

—Bien, no quiero que se pase.

Gerard estaba atendiendo a unos clientes que acababan de entrar cuando al levantar la mirada hacia la puerta que se abría de nuevo, se quedó de piedra. Primero pensó que eran las ganas suyas de verlo allí. Pero cuando se fijó en él con atención apoyado en el atril esperando a que le asignaran una mesa, comprendió que no eran imaginaciones suyas. Pero, ¿por qué no había avisado de que vendría? se preguntó pensando en Margot y en la impresión que le causaría verlo aparecer de repente.

Vince paseó la mirada por el local. Casi nada había cambiado en este. Conservaba la atmósfera acogedora y bohemia propio del barrio. Algo dentro de él pareció cobrar vida. Tal vez volver a aquel lugar lleno de recuerdos.

—¿Has venido a cocinar o a cenar? —Gerard se acercó a él con el brazo extendido.

—¿Tú que crees? —Vince la estrechó con seguridad mientras esbozaba una sonrisa y en la otra mano le mostraba el estuche donde guardaba sus cuchillos.

—En ese caso ya sabes el camino.

—¿Hay mucho jaleo? —él paseó la mirada por el comedor que, aunque no estaba completo, si tenía una buena ocupación para no ser fin de semana.

—Podrás comprobarlo tú mismo en breve. Tengo que seguir atendiendo. Tú ya sabes qué hay que hacer. Bienvenido de nuevo.

Vince levantó el pulgar en alto y asintió. Se volvió dándole la espalda a Gerard y cogió aire antes de caminar hacia la cocina. Empujó la puerta y se quedó allí de pie durante unos segundos en los que su mirada recorrió el espacio donde él era un maestro. Apretó los labios y asintió convencido de que a pesar de todo, aquel era su sitio. Por un momento se hizo el silencio en la cocina. No se escucharon órdenes de Margot; ni el ruido de la cacerolas y las sartenes. Ella permanecía inclinada sobre un plato y hasta ese momento no se había dado cuenta de lo que sucedía. Solo cuando uno de los cocineros le dio un toque en el codo y luego hizo un gesto con el mentón hacia Vince.

En ese instante ella pensó que el mundo acababa de detenerse. O que estaba apunto de hacerlo porque todo parecía ralentizarse mientras todos miraban a Vincenzo. Ella se mordisqueó el labio y se limpió las manos con un trapo antes de caminar hasta él. Su presencia parecía ocupar todo su campo de visión.

—No te esperaba. No me has avisado de que venías.

—Hacerlo mediante una llamada o un wasap me parecía muy frío. Preferí venir a decírtelo en persona.

Margot estaba anestesiada porque no era capaz de reaccionar. Ni si quiera escuchaba lo que los demás le estaban diciendo. Solo tenía ojos para Vince mientras este se limitaba a sonreír y a hacerle un gesto con el mentón.

—Creo que tienes que emplatar.

—Ya que estás aquí... podrías hacerlo tú —ella esbozó una tímida sonrisa y arqueó su ceja derecha en señal de suspicacia.

—Dame algo que pueda ponerme y empiezo. He venido a eso —le enseñó el estuche que contenía sus cuchillos y que nadie, salvo él, podía tocarlos.

—Creo que sabes dónde está.

—Cierto.

Margot lo contempló ir en busca de una chaqueta y un pañuelo. Sacudió la cabeza mientras el rostro le ardía y ella lo achacaba al calor que hacía en la cocina. Experimentó una sacudida por todo su cuerpo que la sacó del trance en el que se había quedado tras la aparición de Vince. Regresó a su sitio en la cocina dejando a este fuera de sus pensamientos por un tiempo. Había

regresado a su restaurante. No le había dicho el motivo pero eso no importaba cuando Gerard no paraba de pasar pedidos.

Vince apareció dispuesto a ponerse manos a la obra mientras era el blanco de las miradas de todos los que estaban allí, incluida la propia Margot. Él echó un vistazo a las notas que había sujetas en la mesa y que estaban por salir. Frunció el ceño y asintió.

—El bistec para la mesa dos —le dijo Cristine, una de las ayudantes poniendo el plato delante de él.

Vince se quedó contemplando la carne y sacudió la cabeza.

—¿Cómo lo ha pedido? ¿Por hecho, al punto o muy hecho? —Vince volvió la cabeza hacia la chica.

—Poco hecho.

Vince cogió el plato y lo retiró de su vista.

—Coge otro bistec. Este no vale. Vuelta y vuelta. No más de quince segundos por cada lado. Este se te ha pasado y no queremos que el cliente nos lo devuelva.

—Sí chef —asintió ella yendo a por otro bistec para ponerlo en la plancha.

—¿Qué más tenemos?

Le colocaron varios platos para que él diera el visto bueno. Esta vez sí pareció contento y tras colocar algo de guarnición les dio el ok para entregar a la mesa. Margot lo contemplaba por el rabillo del ojo. Estaba a su lado observando como trabajaba, en qué se basaba para desechar un plato, si la guarnición era acertada, en la manera en la que movía sus manos, rapidez y precisión. Algo a lo que ella quería llegar algún día.

El trabajo no escaseó durante las tres horas siguientes que a Margot se le pasaron volando. Y cuando llegó el momento de cerrar la cocina todos parecieron respirar aliviados. El cansancio se notaba en los rostros de todos, pero también la satisfacción de haber cumplido con el trabajo. La llegada de Vincenzo había significado un plus de exigencia y de atención. En varias ocasiones había echado para atrás los platos preparados y había ordenado hacerlos de nuevo. Él no estaba dispuesto bajo ningún concepto a que un cliente se lo devolviera ni a que le pusiera un pero. Algunos ya habían trabajado con él y conocían su profesionalidad, su meticulosidad a la hora de preparar un plato y que lo había llevado a ser un chef de primera. Pero también había varias caras nuevas que solo lo conocían por los medios de comunicación, no en persona. Desde esa noche se darían cuenta de su nivel de

exigencia.

Recogieron todos los utensilios empleados y comenzaron a fregar los hornos, sus bandejas, fogones, encimeras. Todo se convirtió en una ola de espuma producida por el jabón.

—Todo tiene que quedar limpio y listo para empezar mañana —dijo Vince en voz alta y clara para que lo escucharan mientras él era el primero que cogía un estropajo y fregaba la mesa donde le dejaban los platos para su revisión.

—¿Tratas de asustarlos? —Margot lo miró con una sonrisa de diversión, sabiendo que él lo había dicho en serio pero con un toque de cordialidad.

—Algunos ya lo saben. Solo informo a aquellos con los que no he tenido el placer de trabajar.

Le gustó su último comentario porque dejaba claro que no tenía un sentimiento de superioridad con respecto a los demás. Para él estar allí trabajando con los demás era <<un placer>>

—¿Y ahora qué? ¿Quién va a preparar algo para cenar? Ya conoces la costumbre... —se burló ella apoyando la cadera en el borde de la mesa mientras lo contemplaba pasar una bayeta húmeda por la mesa.

—No la he olvidado. Y por ese motivo ya está hecha.

—¿Cómo qué...? —ella se quedó con la boca abierta observándolo dirigirse hacia uno de los hornos que estaba sin tocar.

Vince lo abrió y extrajo varias fuentes de pasta que colocó sobre la mesa en la que solían cenar los integrantes de la cocina y del restaurante, que querían. No todos se quedaban hasta altas horas. Luego, cogió varios cuencos con ensaladas y por último una bandeja con *bruscettas*.

—Señoritas, señores la cena está servida —anunció señalando lo que había colocado sobre la mesa ante la sorpresa de los demás.

—¿Espaguetis? —preguntó Simon.

—Sí, una receta de la Toscana —matizó mientras los demás terminaba de poner la mesa y se sentaban a degustar todo aquello.

Margot no podía creer lo que estaba viviendo. ¿De dónde coño había salido este tío? No podía ni si quiera imaginar que Vince fuera el mismo que se largó de aquí. Ella había esperado a un tío estirado, prepotente y hasta cierto borde con ella por haberlo despedido. Y por el contrario se había encontrado a alguien que no parecía haber pasado por allí años atrás como si entre ellos no hubiera sucedido nada. Lo contempló en silencio desde la distancia y sin percatarse de que Gerard estaba a su lado.

—¿No vas a comer algo?

Margot dio un respingo cuando escuchó la voz de su maître.

—Sí, solo que estaba terminando de secar la mesa.

—Pues date prisa o te quedarás si probarlo.

—Claro —murmuró para ella misma mientras Gerard ya se acercaba a la mesa donde la gente cenaba de una manera cordial e informal. Por momentos todos intercambiaban miradas, que parecían estarse preguntando qué hacía Vince allí si según se decía en el mundo culinario, ella lo había despedido. Pero ninguno se atrevió a preguntarlo o aventurarse a sacar conjeturas.

Vince cogió una plato y vertió en este una buena ración de pasta que alzó hacia Margot para hacerle ver que era su ración.

—¿Por qué pasta y no algo más elaborado? —preguntó Michelle, una chica que no había trabajado con él.

—¿Te quedan ganas de comerte alguno de los platos de la carta después de estarlos preparando durante horas para otros? —quiso saber Vince entornando su mirada hacia ella—. A mí no, sinceramente. Prefiero abstraerme de esa clase de comida y tomar algo que no tenga nada que ver con lo que hacemos aquí.

—Pues deja que te diga que estos espaguetis estás de muerte —aseguró Cristine enrollándolos en su tenedor.

—Gracias —asintió Vince.

Margot caminaba como una sonámbula hasta la mesa donde la gente reía, charlaba y cenaba platos de la cocina italiana. Pasta, ensaladas y *bruschetta*.

—Te he guardado un poco antes de que te quedes sin probarla —le dijo señalando el plato que le había preparado y que había colocado al lado del suyo en la mesa.

Margot entrecerró los ojos y sacudió la cabeza.

—Muy amable por tu parte. Pero, ¿cómo y cuándo has preparado todo esto?

—Durante la cena.

—No me he dado cuenta, la verdad.

—Porque estabas muy metida en la elaboración de los platos. Tampoco son gran cosa. Prueba la pasta. No me perdonaría que te quedaras sin probar el sabor de Italia.

Margot asintió y cogió el tenedor para enrollar los espaguetis bajo la atenta mirada de él, lo que le provocó un calor asfixiante en el rostro. Sonrió cuando el sabor de los ingredientes se deslizó en su boca.

—¿Por qué has vuelto Vince?

La pregunta la hizo Robert uno de los cocineros con más tiempo allí y que había trabajado junto a Vince cuando estuvo por primera vez en *L'Orchidée*.

Durante unos segundos se hizo el silencio en la mesa y todas las personas sentadas a esta desviaron su atención hacia él.

—Simple. Margot me hizo una propuesta para regresar y yo la acepté.

—¿Y tu restaurante? ¿No piensas volverlo a abrir?

—Por el momento no puedo —aseguró creando más expectación entre los reunidos—. Estoy aquí ¿no? Es imposible estar en dos sitios al mismo tiempo.

Margot se humedeció los labios y dirigió su atención hacia él. Le había sorprendido su primera respuesta ya que por un momento pensó que él tendría algún problema que no le había contado. Pero luego con su aclaración pareció quedarse más tranquila.

—Leí en una entrevista que te hicieron que estabas cansado de cocinar y de todo lo que te rodeaba —esta vez fue el turno de Cristine mientras cogía una *bruschetta* y miraba a Vince.

—Es verdad. Por ese motivo cerré el restaurante. Y me tomé un tiempo alejado de este mundo.

—¿En serio estabas cansado? —preguntó Fabricce sin salir de su asombro por esa afirmación tan rotunda que leyó en su día. Este era otro de los cocineros que había trabajado con Vince antes.

—No de cocinar. Pero sí de toda la parafernalia en la que comenzó a convertirse mi vida. Llegó el momento en el que me di cuenta de que no disfrutaba cuando cocinaba, sino que lo hacía por obligación. Que todo lo que había a mi alrededor me absorbía demasiado.

—Pero sabes que en cuanto la gente y la crítica sepa que estás aquí... —Margot arqueó las cejas y lo miró sabiendo lo que ello significaría. Tener el restaurante completo un día sí y otros también. ¿Lo habría pensado él?

—Soy consciente de ello. Pero por ahora nadie sabe que estoy de vuelta en París —dijo paseando la mirada por los allí reunidos con una sonrisa irónica—. Solo vosotros.

—¿No serás capaz de desaparecer si eso llegara a suceder? Me refiero a que la gente se entere y el restaurante se convierta en un lugar de peregrinaje por probar tus platos —comentó Gerard entre risas, como si su pregunta fuera una broma pero consciente de que Vince podría hacerlo.

Este frunció los labios al mismo tiempo que sus cejas formaban un arco.

—No tengo por costumbre huir. En serio, soy consciente de que al final

se sabrá de una manera u otra. Alguien me verá, o me reconocerá.

Aquel comentario pareció dejar más tranquilos a todos y en especial a Margot quien lo contempló durante unos segundos antes de apartar su atención de él. El resto de los allí presentes respiró aliviado porque cocinar junto a uno de los mejores chefs que había en la actualidad suponía un gran empuje a su carrera, una gran prueba de aprendizaje.

Vince intercambió su mirada con la de Margot y percibió cierta tranquilidad cuando él aseguró que no se marcharía. No, si ella no lo volvía a despedir, claro. Y si la situación entre ellos no se complicaba después de lo percibido durante la visita de Margot. Para evitar males mayores, debería mantenerse frío y profesional en todo momento: algo complicado si ella estaba cerca.

Cuando la gente comenzó a marcharse, tras dejar recogida y limpia la cocina, solo Vince y Margot permanecían allí. Él parecía estarse demorando más de lo permitido. No le apetecía volverse a casa todavía. Disfrutaba de la compañía de ella. Y se planteó si debería acompañarla a casa. Las ganas por hacerlo iban ganando terreno en su cabeza pero...

—Ha estado bien esta primera noche —comentó ella volviéndose para mirarlo.

—Sí, ha habido algo de jaleo.

—¿Decías en serio que esperas que la gente no sepa que has regresado a París? Vete haciéndote a la idea de que en cuanto alguien se entere, la noticia correrá por la ciudad como el fuego sobre la pólvora.

—Con eso ya contaba. Soy consciente de ello. Sería lo mismo si hubiera decidido volver a abrir mi restaurante. Al día siguiente tendría cola para comer y para cenar.

—Pero estás aquí de nuevo —susurró ella sin poderlo entender. Sacudió la cabeza y se mordisqueó el labio.

—Sí.

—¿Qué te ha llevado aceptar mi oferta? Que por cierto debemos concretar —le recordó esgrimiendo un dedo delante de él.

—Ya te dije que no es cuestión de dinero.

—Lo que tú digas, pero yo no estoy de acuerdo. Tengo que contratarte y pagarte. Puedes hacer lo que te venga en gana con la nómina. No voy a meterme en ello. Será mejor que nos marchemos. Voy a echar un vistazo al comedor; que todo esté en orden y a la entrada.

—Te acompaño.

Margot se volvió para comentarle que no hacía falta que la siguiera sin esperar que él estuviera tan cerca; tanto que cuando quiso darse cuenta sus rostros estaban separados por escasos centímetros; las manos de él la tenían sujeta por la cintura como si tuviera miedo a que se cayera y sus pulsaciones se disparaban sin que ella pareciera capaz de controlarlas. Entre abrió los labios para tomar aire y trató de recuperar el resuello.

Vince no solo se vio sorprendido por aquel inesperado gesto de Margot, sino también contrariado. Deseaba tenerla cerca de él, poderla tocar e incluso besarla. Pero en ese momento en el que la sujetaba y que incluso podía aspirar

la mezcla de olores que desprendía, Vince dio un paso atrás. La soltó como si le hubiera dado un chispazo y se sonrió de manera tímida ante el gesto de sorpresa o incomodidad de ella. Vince no pudo evitar que lo sucedido con Nicole asaltara su mente sin previo aviso.

—Lo siento —fue lo único que Margot dijo.

—¿Por qué?

—No esperaba que estuvieras tan cerca cuando me giré.

—Si te soy sincero tampoco yo esperaba que te volvieras.

—Era para decirte que no hacía falta que me siguieras. Y de paso podrías responder a mi pregunta de por qué has aceptado mi oferta.

Vince elevó las cejas viéndola regresar de la entrada del restaurante y del comedor.

—Porque consideré que era un buen momento para volver. Interpreté tu aparición como una señal para volver a la cocina.

—¿Por mí? —Margot frunció el ceño y esbozó una media sonrisa—. ¿He sido una señal, según tú?

—Tal vez había llegado el momento de dejar la vida contemplativa que llevaba. Pero eso es algo que yo interpreto, por supuesto.

Margot apretó los labios y asintió sin decir nada más al respecto. Se volvió con cuidado hacia la puerta por la que accedían a la cocina y que daba a la parte trasera del restaurante.

Vince la siguió a cierta distancia en esta ocasión para que no volviera a repetirse la misma situación de momentos antes. Se había apartado de ella antes de que la situación se prolongara más de lo permitido.

—¿Ya te has instalado? —preguntó ella mientras cerraba la puerta.

—Apenas si he tenido tiempo de hacerlo. Llegué a la buhardilla con tiempo suficiente para darme una ducha y venir al trabajo.

—Te agradezco tu decisión. De verdad.

—No tiene importancia —le aseguró haciendo un gesto con su mentón hacia la chica que estaba esperando a Margot, y que puso cara de asombro al reconocerlo—. Sabine te está esperando.

—Y tú acabas de dejarla noqueada —aseguró Margot cuando se fijó en la expresión de su amiga.

—No me lo puedo creer. ¿Qué haces tú aquí? —preguntó Sabine fijando toda su atención en Vince.

—Hola Sabine. Buena pregunta, aunque creo que es evidente y que se responde por sí sola, ¿no crees?

—¿Has vuelto para dirigir la cocina de *L'Orchidée*? —Sabine entornó la mirada hacia él esperando que su suposición fuera errónea.

—Así es.

—Vince ha vuelto al restaurante —señaló Margot mirando a su amiga, cuyo rostro expresaba la lógica sorpresa e incredulidad de esta acción de su amiga. ¿Por qué lo había hecho cuando ella misma lo despidió?

Durante un momento ninguno de los tres dijo un sola palabra y un silencio incómodo se apoderó de la situación. Se miraron entre ellos hasta que por fin Vince decidió marcharse y dejar a las dos mujeres solas.

—Es tarde y yo tengo que descansar.

—¿Has llegado hoy? —preguntó Sabine intuyendo que así había sido.

—Ha sido bajarme del avión y venir al restaurante. He tenido el tiempo justo para instalarme. De modo que os dejo. Mañana concretamos más cosas, Margot. Encantado de verte Sabine —asintió lanzando una mirada fugaz a esta.

Margot lo contempló perderse en la oscuridad de la noche hacia su apartamento, ajena a la manera en la que Sabine la miraba a ella y sonreía. Y solo cuando por fin le prestó atención, Margot fue testigo de su ironía. Su amiga se cruzó de brazos y frunció los labios en una mueca bastante explícita de lo que pensaba de esta situación.

—¿Por qué no me habías dicho que Vince regresaba al restaurante?

—Porque él no lo tenía claro. Y yo no sabía si aceptaría volver. Por eso mismo.

—Se lo comentaste.

Margot se detuvo y miró a Sabine, y resopló.

—Fui a verlo.

—¿A verlo? —Sabine entornó la mirada sin poder creer que aquello estuviera sucediendo.

—Sí, cogí un vuelo a Ibiza. Y luego alquilé un coche para llegar a la cala en la que tenía la casa. Ya está. Le hice una propuesta. Él me aseguró que lo pensaría y me daría una respuesta —Margot resopló y gesticuló con sus brazos como si no supiera que más decirle a su amiga.

—No hace falta que me la digas. Acabo de verla —Sabine seguía en modo sarcástico.

—Pues eso. Ya está todo dicho.

—No, no está todo dicho —protestó Sabine reteniendo a Margot por el brazo cuando esta emprendía una especie de huida.

—No hay nada más que decir. De manera que no insistas.

—Pues en mi opinión hay una pregunta muy concreta que tengo que hacerte y que tienes que responder —Sabine entrecerró los ojos y sacudió la cabeza—. ¿Por qué narices le ofreciste regresar después de ponerlo de patitas en la calle porque lo pillaste tirándose a Nicole?

Margot resopló.

—No teníamos un jefe de cocina. Y tras esperar un tiempo prudencial a ver si encontrábamos alguno. Gerard me lo sugirió.

Sabine se mostró perpleja por esa respuesta.

—¿Lo hiciste siguiendo su consejo? No me lo creo.

—Pues así es. Deja que te diga que no me pareció acertado en un primer momento por lo mismo que acabas de decir. Yo lo despedí; de manera que no tenía sentido volverlo a llamar para ofrecerle dirigir la cocina del restaurante.

—¿Y entonces por qué te dejaste convencer si no lo tenías claro? —Sabine se encogió de hombros sin terminar de creer la explicación de su amiga—. Bastaba con que hubieras dicho que no. Después de todo tú eres la dueña del restaurante.

—Porque necesitábamos un jefe de cocina. Acabo de decírtelo.

—Pero llamar al mismo que tú despediste... Y por lo que lo hiciste.

—Vale. Ya me basto yo sola para castigarme. Pero es lo que hay.

—Lo que no me ha quedado claro es el motivo por el que él ha aceptado volver. No creo que Vincenzo Ferrara necesite dinero, más estrellas o fama. Lo tiene todo. Es uno de los mejores chefs.

—Necesitaba abandonar su ostracismo. Palabras tuyas.

—Pero tiene su propio negocio cerrado desde que se retiró y con el que supuestamente ganó una pasta. ¿Por qué no lo ha abierto de nuevo y ha preferido venir a París? ¿Sabes cuánto costaba comer en ese sitio? —le preguntó con los ojos abiertos que parecían que fueran a salirse de las cuencas y la boca abierta.

—Claro que lo sabía. Lo busqué en Internet.

Sabine seguía intrigada con todo el tema relacionado con Vince. No acababa de creer la historia de Margot.

—Por eso no me trago que haya venido hasta París para trabajar de nuevo para ti.

—Si tanto interés tienes, puedes preguntárselo a él. A lo mejor te cuenta otra versión.

—Ya, pero te lo estoy haciendo a ti porque eres tú la que tienes que saberlo, ¿no?

—Te he contado lo que él mismo me dijo. No estoy en su cabeza para saber si es cierto o no. Lo que me importa es que tengo un jefe de cocina de nuevo..

—Una última pregunta sobre el tema.

—Dispara.

—Por curiosidad, ¿quién es ahora el sous-chef? —Sabine entrecerró los ojos y se mordisqueó el pulgar.

Margot se humedeció los labios antes de responder porque sabía el por qué de esa pregunta. Y también conocía la cara que Sabine iba a poner cuando se lo dijera.

—Yo.

Sabine emitió un silbido bastante concluyente que encendió a Margot.

—Vaya.

—Si estás pensando lo que yo creo, ya puedes dejarlo estar antes de que digas una gilipollez.

—No iba a decir nada.

—No hace falta. Ha bastado con la cara que has puesto. Por hacer mención al silbidito —le aseguró Margot con ironía—. Y antes de que se me olvide, no quiere que nadie sepa que él está aquí.

—Eso va a ser algo complicado ¿no crees?

—Ya lo sé. Y al final la gente se enterará pero cuanto más tarde, mejor.

—Pero si se corre la voz de que uno de los mejores chef que hay hoy en día está en *L' Orchidée*, eso supondrá un aumento de las ganancias y del prestigio para ti.

Sabine contempló a su amiga sin lograr comprenderla.

—Lo sé. Pero me arriesgaría a que Vince se largara. Lleva años apartado del mundo de la cocina. Y temo que si se siente agobiado por la presión mediática, él se acabe marchando.

—Ya —Sabine chasqueó la lengua—. Y tú tendrías que buscar un nuevo chef, la clientela se resentiría y tus ganancias. Deja que te diga que todo esto no me cuadra. Si quiere evitar todo ello, ¿por qué narices vuelve a trabajar? No creo que haya vuelto para preparar maigret de pato.

—Vale lo que tú digas. Pero yo te cuento lo que hay.

—Sí, sí. Pero te repito que no me cuadra lo que te ha contado.

Margot resopló. A ella tampoco le parecía un motivo de peso pero lo importante era que contaba con un jefe de cocina como él. Que había dejado su orgullo donde fuera y había vuelto a trabajar. Eso era lo que contaba. El resto,

quedaba en segundo o en tercer plano.

—Está bien. Casi mejor hablamos dentro de unos días. Cuando sea capaz de digerir las emociones a las que me has sometido esta noche. Iba a invitarte a tomar algo pero supongo que mañana tendrás que madrugar para ir al mercado, ¿no?

Margot frunció los labios y se encogió de hombros.

—Sí, como muchas mañanas. Pero puedo tomarme algo si todavía te apetece.

—Sí, vale entremos aquí mismo. ¿Has quedado con él para ir al mercado mañana?

—No hemos hablado de ello, de manera que iré yo sola. ¿Y tú qué tal?

—Como siempre. Sin emociones fuertes como las tuyas, claro —Sabine movió las cejas con celeridad arriba y abajo—. Tendrás que seguirme poniendo al día.

—Descuida.

—Y llama a tu hermana. Hace tiempo que no sé de ella. Podemos hacer una quedada el día que cierras por descanso.

—Lo tendré en cuenta y se lo comentaré a Jules.

Entraron en un café a tomar algo y a relajarse de sus respectivos trabajos. Se pusieron al día en otros temas dejando al margen a Vince, el restaurante y todo eso. Cuando se dieron cuenta ya era de madrugada y nos les quedó otra que continuar con su charla en otro momento. Se despidieron con la promesa de quedar la semana próxima cuando cerrara Margot por descanso.

Esta tenía una sensación diferente en su cuerpo. Estaba satisfecha con la manera en que se había desarrollado la noche. Pero de repente sus pensamientos volvieron al momento justo en que él la sostuvo por la cintura; su cercanía, las miradas, las tibias caricias de los dedos de él. Algo extraño. Y luego la manera en la que él se apartó. Como si le hubiera dado una especie de descarga. ¿Qué le pasó por la cabeza? Estaba absorta en estos pensamientos cuando escuchó el pitido de su móvil y se quedó contemplándolo durante unos segundos.

Vince le recordaba que mañana temprano estaría en el mercado para comprar lo que necesitaban para el menú del día siguiente. La invitaba a acudir si tenía ganas.

Margot inspiró hondo pero no tecleó ninguna respuesta. Se le hacía raro que él conservara su número después de tiempo transcurrido. De momento quería entrar en casa y dormir un poco. Pondría la alarma y se levantaría para

acudir al mercado pero no se lo diría. No. Por si se quedaba dormida.

Vince se levantó temprano, cuando la noche todavía se extendía por París. Pero era la hora de ir a Rungis, a seis kilómetros de la ciudad. Este era el mayor mercado de productos frescos del mundo. Aquí se trasladó el famoso mercado mayorista de Les Halles hacía más treinta años. Y a este era a dónde le gustaba acudir a Vince. Esperaba encontrarse con algunos viejos conocidos de su etapa anterior en la capital del Sena.

Echó un vistazo al móvil por ver si había algún mensaje de Margot. No le extrañó para nada que ella no hubiera respondido a su sugerencia de verse en el mercado. Tampoco debía preocuparse por algo así. El chef era él y por lo tanto era el encargado de seleccionar los alimentos para el restaurante. Quería estar allí cuando abriera para poder quedarse con los mejores pescados y las mejores piezas de carne. Ya le explicaría a Margot lo que quería hacer. Había estado dándole vueltas a los platos a preparar mientras desayunaba en una panadería café debajo de donde vivía. Esos platos se presentarían como sugerencias del chef. Tendría que comentárselo a Margot cuando la viera. Confiaba en que la idea le gustara.

Margot se despertó de repente. Giró en la cama hacia la mesita de noche sobre la que estaba su móvil y lo cogió para ver la hora que era.

—Joder...

Se incorporó como un resorte quedándose sentada. Se recogió el pelo de manera rápida e improvisada con una goma y apartó la sábana para abandonar la cama. Tenía media hora para llegar al mercado, donde Vince la estaría esperando. Cogió el móvil una segunda vez y le envió un wasap para avisarlo de que iba hacia el mercado. Debió poner el despertador, se recriminó mientras corría hacia el baño. Pero anoche cuando llegó a casa estaba todavía dándole vueltas en la cabeza a todo lo sucedido. Margot sonrió mientras cogía unos vaqueros y se los ponía camino de la cocina para poner en marcha la cafetera y tomarse un café bien cargado. Tenía que ir al mercado para elegir los productos que Vince necesitaría para el menú de ese día. Recordaba que a él no le gustaba repetir el plato principal en dos días. Le gustaba que el menú tuviera productos de época y platos nuevos.

Vince echó un vistazo al móvil cuando sonó el pitido que anunciaba la entrada de un nuevo mensaje. Asintió leyendo la palabras que Margot había escrito. No pudo evitar esbozar una sonrisa bastante reveladora pensando que la esperaría a la entrada del mercado. De ese modo no se volvería loca buscándolo. Él ya había cogido el tren que lo dejaría allí. Apostaba a que

Margot se había quedado dormida y se había dado cuenta de que tenía una invitación para acudir con él para seleccionar lo mejor para el menú de ese día. No le dio mayor importancia a este hecho pues entendía que anoche cuando se despidieron ella se marchó con Sabine por ahí a tomar algo y ponerse al día: sobre todo con respecto a su regreso a París. Solo había tenido que contemplar la expresión en el rostro de Sabine para imaginar todas las preguntas que esta le haría a Margot. Por mucho que él pretendiera que nadie lo reconociera, sería hartamente complicado. Y más si aparecía en el mercado para comprar. Debió pensarlo antes de presentarse en el restaurante de ella la pasada noche. Ahora, ya era algo tarde.

Volvió a centrarse en el mercado y en lo que iba a hacer. Confiaba que a pesar del tiempo transcurrido que no iba a Rungis, sus viejas amistades siguieran regentando los puestos que solía visitar. Florian y Alain eran sin duda los que mejor carne y pescado servían y los que siempre le reservaban las mejores piezas por si él estaba interesado. Esperaba que Margot llegara pronto y juntos pudieran preparar el menú para ese día. Le envió un wasap en respuesta al suyo para avisarla de que la esperaría en la entrada. Sabía que muchos chefs acudían temprano al mercado y él quería la mejor pieza. Cuando llegó al mercado una ola de recuerdos lo invadió. Demasiado tiempo sin pisar por allí pero las sensaciones que experimentaba en ese preciso instante eran las mismas de entonces. Recorrió con la mirada la amplitud de puestos antes de centrarse en ver si Alain seguía teniendo el mismo puesto. Pero alguien pronunció su nombre captando su atención.

—¿Vince?

Se volvió y reconoció a Bertrand, uno de los mejores jefes de cocina que había en la actualidad. En su día se habló de cierta rivalidad entre ellos por ver quién era el mejor en París. Pero más bien fue cosa de la crítica culinaria, de la prensa y de cuatro chismosos que querían notoriedad a costa de ellos. Vince no entró al trapo al igual que hizo Bertrand. Él también contaba con tres estrellas adquiridas en su restaurante cerca de los Campos Elíseos.

—No me puedo creer que seas tú —Bertrand esbozó una sonrisa mirando a su amigo de pies a cabeza.

—Pues sí. Soy yo.

—¿Qué haces aquí? ¿No estabas en una cala apartada en Ibiza?

—Ya no. Estoy aquí para echar un vistazo al género de esta mañana en cuanto se presente Margot.

—No esperaba volverte a ver por aquí después de que te marcharas. Pero

dime, ¿has abierto un nuevo restaurante en la ciudad o vas a trabajar para alguien?

Vince se balanceó sobre las puntas de sus zapatillas deportivas con una sonrisa de cínico. Arqueó las cejas e hizo un gesto con el mentón a la espalda de Bertrand.

Este frunció el ceño y se giró. La expresión de su rostro se transformó en una de sorpresa cuando reconoció a Margot caminando hacia ellos con paso presuroso y el rostro enrojecido.

—¿Ella? ¿Vuelves a dirigir la cocina de *L'Orchidée*? —Bertrand contempló a Vince con los ojos abiertos como platos, como si fueran a salirse de las cuencas. Una risa ahogada salió de su garganta.

—Buenos días —saludó Margot al llegar a la altura de los dos—. Disculpa el retraso —comentó mirando a Vince, quien asintió a modo de saludo. Ella entrecerró los ojos y se mordisqueó el labio, fijándose en él con atención. Parecía haberle sucedido algo parecido que a ella ya que no se había afeitado, ni casi peinado y vestía vaqueros y zapatillas. Una imagen algo descuidada pero que a ella no le desagradó del todo.

—¡Qué callado te lo tenías, Margot! —comentó Bertrand haciendo un gesto con el pulgar hacia Vince.

Ella dio un leve respingo y abandonó sus pensamientos en torno a la imagen de Vince. Por suerte no se quedaron tomando algo hasta bien entrada la madrugada. De haberlo hecho ella seguiría en la cama a estas horas.

—¿Te refieres a que vuelve a trabajar en *L'Orchidée*?

—A eso mismo. Qué sorpresa me he llevado cuando lo he visto. ¿Cómo has conseguido que salga de su retiro?

—Sencillo. Fui a verlo y le pregunté si estaba interesado en volver a dirigir la cocina de mi restaurante —Margot se mostró sincera. Encogió los hombros y no dijo nada más porque esa era la verdad. Lanzó una breve mirada a Vince para contemplar su reacción. Su mirada y su sonrisa le provocaron un vacío en el estómago, que ella achacó a que apenas si había desayunado para no llegar más tarde.

—¿Así de sencillo?

Vince asintió pese al tono de incredulidad de Bertrand.

—¿Qué más quieres que me propusiera? —intervino él captando la atención de su colega—. Como Margot te ha dicho, cogió un vuelo a Ibiza para verme con una propuesta. Le pedí unos días para pensar en ello tras los que accedí a regresar a París y a su restaurante —aclaró señalando a Margot con

la mano y sin dejar de contemplarla. Hacerlo hizo que él se diera cuenta de que su rostro reflejaba cierta falta de sueño, o de descanso. Lo que él había supuesto en un principio cuando le escribió para decirle que llegaría tarde.

—No me lo puedo creer. En serio. Leí que estabas algo cansado y que lo dejabas por un tiempo, Vince. E incluso cerraste tu propio restaurante.

—Veo que estás puesto en mi vida.

—Todo el mundo lo sabe. Lo repetiste en un par de ocasiones en las entrevistas que te hicieron. Esa información es de dominio público —Bertrand levantó sus brazos en alto dejando claro que él no tenía ninguna culpa en saberlo.—Solo dime una cosa...

—¿Algo que no dije en alguna de esas entrevistas a las que te refieres?

—Sí, claro. Dime, ¿por qué has vuelto a París y no has reabierto tu restaurante?

Vince se esperaba esa pregunta porque era la primera que todos se hacían. ¿Por qué no trabajar para uno mismo?

—Nostalgia de volver a esta ciudad y al primer empleo que tuve como jefe de cocina.

Margot lo contempló extrañada por esa respuesta. ¿De verdad había echado de menos París? ¿El restaurante? ¿Su anterior empleo? ¿Si tan bien estaba por qué se largó? Podría haberlo hablado con ella. Lo referente a Nicole y a que lo pillara tirándosela en la cocina. De acuerdo que en un primer momento ella estaba cabreada y muy irascible. Tal vez se precipitó en tomar aquella decisión y que podrían haberse sentado a hablar sobre lo sucedido. Haber llegado a un acuerdo para que siguiera. Pero él no lo hizo. Y ahora le contaba a Bertrand que había sido una cuestión de nostalgia, se dijo sacudiendo la cabeza sin darle crédito.

<<Bueno, a estas alturas ya no me sorprende nada de él después de su comportamiento cuando volvimos a vernos>>

—Celebro que hayas vuelto.

—No me digas —Vince se mostró algo jocoso.

—Es cierto. Chefs como tú no pueden retirarse así como así. Incentivas a los demás a seguir innovando y perfeccionando sus creaciones. Eres un acicate para que el resto sigamos creciendo e intentemos estar a tu nivel.

—Agradezco tus palabras pero tú ya estás a mi nivel. Tienes tres estrellas, el restaurante donde cocinas es de lo mejor y más exquisito de París. ¿Qué más quieres?

—Por ahora, quedarme con el mejor pescado —le susurró dándole una

palmada en la espalda y guiñándole un ojo—. Nos vemos, Margot.

Esta no dijo nada. Se limitó a contemplar en silencio a Vince quien mostraba una sonrisa cínica y enigmática a la vez. Y cuando la mirada de él se fijó en ella, Margot sintió un ligero escalofrío que achacó a la corriente que había en el mercado. O al hecho de no haber descansado de manera apropiada la noche pasada.

—Siento haberme retrasado. Me quedé dormida.

—No pasada nada —Vince sacudió la cabeza—. Tienes derecho a hacerlo y más si te acostaste tarde. También podrías haberme dicho que no venías. Me habría encargado yo. Vayamos a ver a Alain a ver qué puede ofrecernos para el menú de esta mediodía. ¿Has desayunado? Me refiero a tomarte un buen desayuno. No un café solo.

—A penas si he tenido tiempo.

—En ese caso te invito a desayunar después de ver a mi querido amigo. —hizo un gesto con el mentón en dirección al puesto de éste—. ¡Alain, *bon jour!*

—¿Vincenzo?

—Otro que se sorprende de verme —comentó en voz baja acercándose su rostro al de Margot.

—Es lógico. Hace años que te marchaste de París. Claro que te advierto que tu pretensión de que la gente no supiera de tu regreso va a quedarse en papel mojado —ironizó ella sonriendo de manera maliciosa sin perderle la mirada en ningún momento pese a la proximidad de él.

—Eso me temo.

—¿Qué haces aquí? Ah, pero veo que vienes en buena compañía. Margot, la mujer más testaruda que conozco —aseguró Alain. Un tipo alto con una prominente barriga y unas patillas de hacha.

—¿En serio? Desconocía esa cualidad tuya —bromeó Vince volviendo su atención hacia ella. Algo que cada vez le gustaba más.

—No le hagas caso. Lo dice porque en ocasiones me muestro exigente a la hora de comprar el pescado. Solo quiero lo mejor para mi cocina.

—Por eso mismo lo digo. Es dura de pelar —Alain guiñó un ojo en complicidad con Vince—. Dime, ¿qué andas buscando? La merluza tiene muy buena pinta —le mostró una pieza que Vince estuvo observando en silencio durante unos segundos antes de volver el rostro hacia Margot buscando su opinión.

Ella estaba casi pegada a Vince. Y cuando él giró el rostro para pedirle

consejo, Margot dio un ligero respingo al ver que él parecía acercarse más de la cuenta. Algo que antes no había parecido importarle. Tal vez porque Alain no estaba tan pendiente de ellos como en ese momento.

Él se dio cuenta de la situación y se apartó de manera imperceptible para no incomodarla.

—¿Qué opinas?

Margot se quedó bloqueada cuando él la miró de manera fija. Un ligero temblor de piernas la sacudió.

—Ah... No sé... A mí me parece que tiene una pinta estupenda —asintió desviando su atención hacia Alain, quien le sonrió agradecido—. Pero tú eres el chef. El entendido.

Vince sonrió divertido porque acababa de darse cuenta que su cercanía la había puesto en una especie de aprieto. Le gustó ver el semblante de su rostro: esa mezcla de sorpresa y de timidez.

—Cierto, soy el chef y como tal le estoy preguntando a mi sous-chef qué opinión le merecen las merluzas —Vince insistió. Se estaba divirtiendo de lo lindo al verla en aquel aprieto—. ¿Nos las llevamos?

Margot se sentía abrumada entre la falta de sueño que la dominaba y la persistencia de Vince, no tenía capacidad para reaccionar ante sus preguntas.

—De manera que además de dirigir el restaurante, ahora eres la ayudante de Vincenzo —comentó Alain formando un arco de sorpresa con sus cejas.

—Es provisional. He estado haciéndome cargo de la cocina mientras encontraba un nuevo chef.

—En ese caso, aprenderás mucho con este tipo —le aseguró Alain señalando a Vince.

—No es para tanto. Ella ya sabe manejar una cocina amigo. La he visto hacerlo.

—Sí, pero estar al lado de uno de los mejores...

—Creo que nos llevamos dos merluzas —Vince asintió volviendo su rostro hacia Margot, quien puso cara de circunstancia.

—Disculpa pero no estoy muy despierta, la verdad.

—Disculpada —comentó Vince encargándose de las merluzas.

—¿Has vuelto para quedarte por mucho tiempo? —preguntó Alain entregándole el cambio.

—Eso espero —Pretendía quedarse más tiempo que la vez anterior. Pero para lograrlo no podría cometer el error de la vez pasada.

—¿No quieres nada más? Hay buenos pescados esta mañana.

—Con las merluzas nos apañaremos. Volveremos a vernos.

—Hasta cuando queráis.

Se despidieron de Alain y Vince le indicó con la mano que caminaran a ver a Florian.

—Veré si tiene algo de carne que merezca la pena. O bien pato o pollo. ¿Qué opinas? ¿Qué prefieres poner hoy en el menú? Yo tenía un par de ideas antes de venir, pero ahora ya no estoy tan seguro —le aseguró levantando la bolsa con las merluzas.

—En ese caso veremos. Si hay un buen pato no nos lo pensaremos e iremos por él —le aseguró con rotundidad sin apartar su mirada de la de él.

Margot esbozó una tímida sonrisa que ocultó al momento porque por su mente había pasado una idea alocada. Le gustaría acercarse más a él. De una manera más íntima y personal hasta aspirar su aroma de esa mañana. Revolverle el pelo y deslizar su mano por su mejilla hasta llegar a los labios. Un ligero cosquilleo se asentó en su estómago y que ella volvió a decirse que era por el hambre. Pero lo que no supo o pudo justificar fue el motivo por cual había pensado en Vince de aquella forma en la que lo había hecho.

—De acuerdo. Esta vez serás tú la que charle con Florian. De ese modo no me preguntará qué demonios hago en París. Voy a echar un vistazo a las verduras y a las frutas. Quiero preparar algo especial para el postre. Y luego nos iremos a tomar un desayuno en condiciones.

Vince la vio sonreír quedándose con los labios entre abiertos sin ser consciente de que lo hacía porque le faltaba la respiración. La observó colocarse un mechón de pelo detrás de su oreja, de una manera casual y tímida a la vez. Exquisita y sensual pensó él.

¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué se fijaba en estos gestos de ella? ¿Por qué le parecía dulce y tierna como un pastel relleno de crema que te invade al morderlo? Así le parecía ella. Una mujer a la cual le gustaría besar para que conocer el sabor de sus besos. Se limitó a sonreír cuando comprendió lo que acababa de pensar de ella. Sacudió la cabeza y enfiló sus pasos a hacia los puestos de frutas y verduras diciéndose que por mucho que Margot le atrajera como mujer, esta vez no cometería el mismo error que con Nicole.

Margot caminó hacia el puesto de Florian para ver si podía comprar pato para el menú. Debería centrarse en su restaurante y olvidarse de Vince.

—Margot, ¿dónde has dejado a Gerard?

—Hoy he decidido venir yo a comprar.

—Tú dirás.

—Quiero preparar magré de pato.

—En ese caso... —Florian le mostró lo que tenía esa mañana y tras varios segundos en los que ella lo contempló, decidió llevárselo—. Es una buena pieza, Margot.

—De acuerdo. Me lo quedo.

Minutos después ella volvió a encontrarse con Vince y su cercanía se asemejó a la sensación que te queda después de tomarte una buena dosis de cafeína. Él bajó la mirada hacia la bolsa que ella tenía en su mano e hizo un gesto.

—¿Había pato?

—Sí. Y bastante bueno. De ti depende ahora prepararlo. Le he dicho a Florian que quería hacer maigré.

—Perfecto. He comprado algunas verduras y unas frambuesas para hacer una tarta. Servirá de postre.

—Espero que no te la critiquen como la niña aquella de la que me hablaste.

Vince sonrió.

—Eso espero. Vayamos a tomarnos una café. Presiento que vas necesitando uno; y bien cargado.

Margot notó la mano de él sobre su espalda en un claro gesto de acompañar el cuerpo de ella. Contuvo la respiración cuando una extraña sensación se extendió por su cuerpo. Abrió la boca para poder respirar a través de esta cuando él apartó la mano y la calma regresó al interior de ella.

—¿Te parece bien aquí?

—No tengo ningún inconveniente.

—Perfecto.

Entraron en uno de los cafés que había en Rungis para que ella desayunara. Se sentaron en una mesa al fondo y esperaron a que el camarero fuera a tomarles nota.

—¿Qué piensas preparar de menú?

—Ya te dije que vine con una idea y ahora mismo no sé.

—Pero.. entonces... —Margot lo miró contrariada por esa respuesta—. ¿Por qué has comprado merluzas y me has sugerido el pato?

—Anoche eché un visazo al congelador y vi que no había. Y dada la buena pinta que tienen las merluzas... Cuando Alain me las ofreció me parecieron una buena idea para el menú de hoy. Estoy seguro que por lo menos una de las dos no llegará a mañana —le aseguro con un tono jocosamente mientras

les servían los cafés y la bollería.

—Pero, tendrás alguna receta en mente...

—No te preocupes. Ya te digo que al menos un no pasará la noche en el congelador. E incluso puede que me equivoque y no lo haga ninguna.

—Tú no eras así al principio.

—¿Lo dices por improvisar el menú?

—Te gustaba disponer de todos los alimentos necesarios para prepararlo. Y lo tenías pensado la noche antes cuando cerrábamos. En cambio ahora me dices que no tienes nada pensado —Margot pareció confusa, alterada y hasta cierto punto temerosa de no poder ofrecer algo decente.

—No te preocupes. Mira, si te quedas más tranquila ahora mismo te redacto el menú de hoy —le aseguró cogiendo una servilleta con una mano mientras se acercaba a la barra y segundos después regresaba con un bolígrafo.

Margot lo contempló con la taza a medio camino de su labios. Frunció el ceño porque si lo había entendido iba a redactar el menú en ese momento.

—¿Estás haciendo el menú? ¿En serio?

Vince no respondió sino que se limitó a seguir escribiendo en la servilleta. Luego se quedó unos segundos callado, contemplando lo que había redactado sobre esta y se la pasó a ella para que diera su aprobación.

—¿Qué opinas?

Ella permanecía expectante con el codo apoyado sobre la mesa y su mano abierta para poder apoyar el mentón. Bajó la mirada hacia la servilleta y leyó el menú improvisado por él. Asintió, emitió un sonido de aprobación, entrecerró sus ojos y por último frunció los labios provocando en Vince el repentino deseo de borrarlo.

Él se había quedado contemplándola ajeno a cualquiera movimiento a su alrededor; a cualquier sonido. Se fijó en su rostro con atención. Era una de las pocas ocasiones en las que lo había hecho con calma mientras ella permanecía ajena a esto. Y cuando ella levantó la mirada de la servilleta y la fijó en él, Vince hubo de coger aire porque tener el rostro de Margot tan cerca del suyo, acababa de dejarlo sin respiración.

—¿Qué opina mi sous -chef?

Margot asintió de manera lenta e imperceptible. Contemplaba a Vince como si esperara que él diera un primer paso. Como si deseara que él se acercara más y rozara sus labios.

—Me gusta. Es una buena idea lo que sugieres.

Vince asintió sin dejar de contemplarla. Tenía la cara lavada. No se había dado nada de color artificial y eso le gustaba. El pelo recogido de manera improvisada con una goma. El café ya le estaba haciendo efecto porque la notaba algo más espabilada. Alargó el brazo para que sus manos se encontraran de manera casual mientras ella le entregaba de vuelta el menú.

—Entonces, no se hable más. Será el menú para hoy si estás de acuerdo.

—No tengo ninguna objeción. Solo que me sorprende tu facilidad para prepararlo.

—Es mi trabajo. Pensar rápido lo que voy a llevar a la práctica. Y hacerlo.

Margot se quedó contemplándolo mientras en su cabeza bullía una pregunta. La misma que le habían hecho esta mañana y que ella no había terminado de creerse su respuesta.

—¿Por qué has decidido aceptar mi oferta? Cuando te lo han preguntado esta mañana has dicho que porque echabas de menos París. ¿Lo decías en serio?

—Totalmente en serio. Quería volver y tú me has brindado la oportunidad de hacerlo.

—Pero, podrías haber regresado en cualquier momento. Estoy segura de que ofertas no te habrán faltado —lo miró con las cejas formado un arco sobre su frente. ¿Por qué había aceptado su oferta?

—Es posible. Aunque si te soy sincero no me interesaban los demás restaurantes.

—A ver, corrígeme si me equivoco —Margot cerró los ojos, sacudió la cabeza y apoyó las manos sobre la mesa—. ¿Estás diciéndome que has aceptado mi oferta porque querías volver a mi restaurante? ¿Qué no habrías regresado a París si la oferta viniera de otro? ¿Es eso lo que tratas de decirme? —Margot entornó su mirada hacia él sin estar segura de haberlo entendido bien.

Vinceapuró el último trago de café y asintió.

—Solo volvería a París si tú me lo pidieras. Algo que temía que no se produjera después de lo sucedido.

Ella se quedó sin palabras. Sin aliento. Entreabrió los labios y tomó aire mientras en su interior algo desconocido estaba sucediendo. Aquella afirmación tan clara por parte de Vince había calado en su pecho de una manera suave, cálida y dulce como el *mousse au chocolat*.

—Vaya... Acabas de dejarme sin palabras —le dijo alejándose del borde

de la mesa cuando sintió el calor expandirse por todo su cuerpo. Abrió sus ojos y elevó su cejas en señal de sorpresa por esta declaración. Comenzó a sentir su rostro arder sin quererle dar más importancia.

—Te lo debía por lo que sucedió.

Ella levantó la mirada para fijarla en él.

—No me debes nada Vince. Lo que sucedió entonces...—En un gesto inesperado por ambos ella posó su mano sobre la de él y la apretó de manera casual, leve pero significativa.

Vince deslizó el nudo que apretaba su garganta y situó la suya sobre la de Margot cubriéndola como si pretendiera protegerla o bien retenerla allí.

Ella bajó la mirada hacia ambas manos y cogió aire antes de enfrentarse a la mirada de Vince, a su media sonrisa que le estaba causando estragos.

—Te dejé sin jefe de cocina por un calentón —le refirió con una sonrisa irónica por el símil empleado—. Fui un completo estúpido por dejarme llevar de aquella manera. Me marché de París con la sensación de que te debía algo. Tal vez todo lo que soy ahora.

—Ni hablar. Lo que eres hoy en día ha sido por tu trabajo. Te lo has currado Vince. Yo te di la oportunidad de trabajar en mi restaurante. El empujón, si quieres verlo por ese lado. Pero luego fuiste tú el que te hiciste a ti mismo No sé cómo narices lo has hecho, la verdad. Me refiero a abrir tu restaurante, conseguir dos estrellas más aparte de la que ganaste en *L'Orchidée* y llegar a ser un chef respetado. Supongo que a base de mucho curro.

Vince no le confesaría que todo eso a lo que ella se refería había sido gracias a ella. A la intensa determinación de él por tratar de olvidarla, de no pensar en ella. Día sí y noche también trabajó de manera incansable. Durmiendo poco y comiendo menos. La cocina no solo se convirtió en su trabajo sino en su obsesión durante los últimos años hasta que decidió parar hacía más de un año. Tal vez para recapacitar y plantearse regresar donde todo comenzó. O tal vez porque por mucho que se matara en la cocina nunca conseguiría olvidarla. Y entonces el destino le hizo un favor al poner a Margot en su camino de nuevo.

—Sí, no voy a negártelo.

—Por eso te repito que no me debes nada. No te lo tomes como una segunda oportunidad ni nada por el estilo. Has vuelto porque querías hacerlo. Nada más. Porque llevabas tiempo alejado de los fogones.

—Sí, no te lo discuto.

Durante unos segundos se miraron en silencio conscientes o no de que sus manos seguían juntas. Margot fue la primera que se dio cuenta de la escena y liberó su mano de la caricia de Vince.

—Deberíamos marcharnos y llevar esto al restaurante.

—En ese caso pago y nos vamos.

Margot lo contempló acercarse a la barra. Resopló y centró su atención en el café, en la gente que entraba con bolsas de la compra, la que se marchaba. Cualquier distracción era buena para no pensar en la imagen de Vince entre las piernas de Nicole aquella tarde antes de abrir. ¿Por qué narices le importaba tanto lo sucedido entre ellos? Días después de aquel incidente ella se sintió vacía, rota, como una estúpida porque había dado una imagen desastrosa. Lo había despedido por sus celos. Porque él comenzaba a atraerle, a sentir una complicidad que podría desembocar en algo más. Había sido patética al dejarse llevar de aquella forma. Debería haber hablado con los dos y exponerles la situación. No se hubiera opuesto a su relación pero deberían dejarla fuera de la cocina. Le pediría a Vince las llaves del restaurante para evitar volvérselos a encontrar en aquella situación. Sin embargo optó por la vía rápida y sencilla. Pensó que despidiéndolo sus sentimientos hacia él desaparecerían o al menos quedarían dormidos hasta encontrar a otro que los borrara de una manera definitiva. Poco ayudó seguir su carrera en la prensa o en la televisión. Y cuando Gerard le sugirió que fuera a ofrecerle regresar no pudo creerlo. Pero de repente se le abrió una puerta que había cerrado con su marcha de París.

—¿Nos vamos?

Margot le pareció perdida en sus pensamientos y ella tardó unos segundos en reaccionar.

—Si. Debería pasar por casa antes de ir al restaurante —le dijo—. Tengo el coche aparcado fuera. Te acercó donde quieras.

—Déjame en el restaurante e iré metiendo esto en la nevera. De ese modo lo mantendremos fresco.

—Vale. Pasamos y lo dejamos. Gerard se encarga de abrir para la comida.

—Estaré allí con tiempo suficiente para prepararlo todo.

Margot condujo hasta su casa y luego fueron caminando hasta el restaurante. Se detuvieron en la plaza de los artistas, vacía a esas horas de la mañana. La cúpula de la basílica del Sacré Coeur asomaba no muy lejos de allí.

—No te he preguntado por Jules. ¿Qué tal le marchan las cosas? —le preguntó él mientras dejaban la compra en la nevera.

—Bueno, trabajar en lo que te gusta es bonito salvo cuando tu jefe te echa para atrás ciertos artículos, entrevistas... Pero ella está satisfecha trabajando en la revista..

—Espero verla en alguna ocasión.

—Descuida que los harás. Algunas noches se pasa por aquí a cenar. Bueno pues ya está todo colocado. ¿Nos vamos?

Vince no tenía intención de permitir que se marchara de su lado. Pero era inevitable. No podía inventarse una excusa para retenerla un par de minutos más. Estar ellos dos en la cocina le traía recuerdos que deseaba borrar. Y Margot quería pasarse por casa y él tenía que estar a solas para pensar. Había disfrutado de su compañía esa mañana y esperaba poderla repetir en alguna ocasión más.

Cuando salieron, el amanecer estaba en pleno apogeo. El anuncio del nuevo día comenzaba a ganarle terreno a los últimos vestigios de la noche. El cielo clareaba en tonos azules sin que se divisaran nubes en este. Margot se detuvo un instante cogiendo aire mientras una tímida sonrisa se perfilaba en sus labios.

—Supongo que has visto amanecer algún que otro día —escuchó la voz de él a su lado, un paso o dos por detrás de ella. La piel se le erizó de manera inesperada. Cogió aire tratando por todos los medios de no girar la cabeza por temor a que él estuviera demasiado cerca; tanto como para que sus respectivos labios se pudieran rozar. Por ese motivo continuó contemplando el cielo de París mientras diferentes sonidos a su alrededor le indicaban que el día comenzaba.

—Alguna vez que he venido a dejar la compra como hoy.

Vince se metió la manos en los bolsillos de sus vaqueros y se aferró con fuerza a la tela del interior. Era la manera que tenía de no deslizarlas alrededor de la cintura de Margot y atraerla hacia él.

—Creo que deberíamos irnos. Te estoy entreteniendo y antes has dicho que querías pasarte por casa.

Escuchar aquellas palabras significó el fin del hechizo en el que Margot había caído durante unos segundos. Pensó que él sería atrevido y que la rodearía con sus brazos; que la besaría en el pelo, en la mejilla, en los labios. Algo que ella creía muerto y enterrado parecía irse despertando. Tal vez sin pretenderlo eso que guardaba en su interior era al fin y al cabo lo que la había

empujado a buscarlo y a brindarle la oportunidad de volver a París y a su vida. Sus protestas ante Gerard, cuando él se lo propuso, habían sido meras excusas para no ir por miedo. Miedo a que él la mandara de vuelta a París sin darle tiempo si quiera a explicarse. Había temido llegar tarde a su vida. A Encontrarlo en compañía de Nicole o de cualquier otra mujer. Eso la había aterrado.

—Sí, bien. Tienes razón. Esta mañana me ha costado levantarme y tengo la casa manga por hombro. He de ir y adecentarla antes de venir a trabajar — le dijo a modo de excusa para alejarse de él.

Se despidieron con una mirada larga y significativa para los dos. Vince acompañó a Margot a pesar de que ella vivía muy cerca del restaurante, pero le sirvió de disculpa para estar con ella algo más de tiempo. Luego, cuando finalmente se alejó de ella, solo pudo sonreír echándole la culpa a París por volver a enamorarse de Margot.

Jules abrió la puerta de *L'Orchidée* y se detuvo frente al atril esperando a que Gerard se acercara para asignarle una mesa. No había avisado a su hermana de que esa noche iría a cenar acompañada por dos amigas: sería toda una sorpresa. Claro que tampoco iba a revelarle que el motivo principal, por el que estaba allí esa noche, era sin duda la bomba que Sabine, le había soltado. En un primer momento ella no la creyó, como era de esperar. ¿Quién es su cabeza podía pensar que Vincenzo Ferrara estaba de vuelta en la cocina del restaurante de su hermana? Imposible. Había jurado y perjurado ante Sabine que bajo ningún concepto era posible que él hubiera regresado al restaurante de su hermana después de lo sucedido entre ellos. Pero Sabine se había mantenido en sus trece y le había retado, por así decirlo, a que se presentara una noche a cenar en *L'Orchidée* y que lo comprobara con sus propios ojos.

De modo que allí estaba con cara de expectación contemplando a Gerard dirigirse a ellas con una sonrisa de bienvenida.

—Vaya. ¡Qué sorpresa! Margot no me ha comentado que vendrías esta noche.

—No lo sabe porque lo hemos decidido hace un ratito —aseguró con una mentira piadosa y volviendo el rostro hacia sus dos acompañantes—. Espero que no haya problemas para lograr una mesa ahora que hay *un nuevo chef* — Jules pronunció las últimas palabras con un tono que no dejaba lugar a dudas de su ironía. Entornó su mirada hacia el maître y aguardó a que las condujera a su mesa.

—Ningún problema. Ya sabes que siempre te reservamos una mesa por si te da por venir.

—Perfecto.

—Seguidme. Si sois tan amables.

—¿Dónde está mi hermana? —preguntó pasando su mirada por todas partes.

—En la cocina.

—Oh, pensaba que estaría por aquí controlándolo todo ahora que ya tiene nuevo chef.

—Por tus comentarios presumo que no te ha comentado nada. ¿Me equivoco?

—No. Es muy suya. Ya la conoces. Le gusta hacer las cosas a su manera.

—En ese caso yo tampoco lo haré. Le diré que has venido por si quiere salir a saludaros, a ti y a tus acompañante —Gerard entregó las cartas del menú e hizo una seña a un camarero para que estuviera atento a las peticiones de esa mesa.

—¿Qué nos recomiendas?

—El chef ha preparado para hoy magré de pato o bien merluza con salsa de mantequilla blanca. El resto de la carta ya la conoces.

Jules frunció los labios y asintió.

—Las dos tienen muy buena pinta. Lo pensamos y te decimos.

—De acuerdo. Pierre os atenderá —le dijo señalando con su mano al camarero que había quedado junto a él.

Gerard se dirigió hacia la cocina sin pensarlo dos veces. Debía informar a Margot de la presencia de su hermana en el comedor acompañada por otras dos jóvenes. Y le haría saber que ella estaba al tanto del regreso de Vince.

Este se desenvolvía como pez en el agua en la cocina. En algún momento sonrió satisfecho porque a pesar del tiempo que llevaba alejado de los fogones, no había perdido agilidad, reflejos y su toque a la hora de dirigir la cocina. Encargaba las comandas a cada uno de sus ayudantes, lo que incluía a Margot. A esta como sous -chef le mandaba emplatar antes de que él diera el visto bueno y la comida saliera al comedor. Margot conocía la manera de trabajar de Vince y no le sorprendía su comportamiento.

—Este bistec está demasiado hecho —señaló cogiendo el plato y sosteniéndolo en alto se giró hacia los demás para que lo contemplaran—. En la nota pone un bistec al punto. Eso quiere decir que debe estar jugoso y este no lo está. ¿Quién coño se ha encargado de hacerlo? ¿Robert?

La expresividad de su mirada lo decía todo. Estaba cabreado con el resultado de la carne.

—Sí, chef.

—Está bien, mirad todos lo que hago con su bistec —Vince se acercó al cubo de la basura y lo dejó caer en este sin que le importara lo más mínimo—. Te ha pedido la carne al punto. ¿Se puede saber qué clase de problema hay? Escuchadme bien porque no volveré a repetirlo. Cuando estéis cocinando tened muy presente lo que ha pedido el cliente. Si no se ajusta a esto, ya veis donde acaba. Y me da exactamente igual que os toque volverlo a hacer. Robert, saca otro bistec y hazlo al punto. No más de diez segundos por cada lado. Margot emplata esa merluza.

—Sí, chef.

Vince se situó junto a ella para observarla como lo hacía. Pero se pegó tanto a ella que podía aspiraba su particular aroma. Le bastaría resoplar para que la piel de ella se erizara.

Margot colocó el lomo de merluza en el centro del plato, bien visible para el comensal. Luego cogió la salsera y tras remover su contenido con un cuchara comenzó a extender la salsa por encima del pescado bajo la atenta mirada y aprobación de Vince. Ella trataba por todos medios que sus nervios no le gastaran una mala pasada y que le hicieran derramar la salsa. No quería ni imaginar cómo se pondría Vince después de lo que había hecho con el bistec. Una vez concluido este paso, Margot la acompañó con unas pocas verduras, una rodaja de limón y añadió un puñado de hierbas aromáticas por encima. Concluida la presentación le pasó el plato a Vince para que diera su aprobación.

Este levantó la mirada y la fijó en el rostro de ella. Sonrió cuando vio los colores producidos por los vapores de la cocina. De buena gana atraparía lo atraparía entre sus manos y la besaría.

—Perfecto. Listo para entregar.

Margot sonrió con una punzada de orgullo. Sí, estaba contenta de su trabajo. Miró de soslayo a Vince quien se había puesto a preparar la carne de Robert.

—¿Lo ves? Esta jugosa —le dijo haciendo mención al jugo que soltaba la carne cuando él la rozó con un cuchillo—. Ahora sí. Está perfecto.

—Gracias chef.

Gerard resopló cuando vio a Margot que lo contemplaba con gesto de incertidumbre.

—¿Qué pasa?

—Tu hermana ha venido a cenar con unas amigas.

—¿Ha venido Jules? No sabía nada.

—Al parecer lo han decidido esta misma noche.

—Bien —asintió Margot sin darle mayor importancia hasta que se fijó en que Gerard permanecía allí, frente a ella con un gesto raro—. ¿Por qué te quedas ahí? ¿Hay algo más que quieras decirme?

—Jules se ha enterado de la presencia de Vince en el restaurante. Y no parece haberle hecho mucha gracia. Se ha mostrado bastante irónica al respecto.

Margot frunció los labios y asintió.

—Eso ahora no es importante. Ya hablaré con ella luego o mañana. ¿Algo más?

—No. Todo correcto.

Margot se quedó pensativa unos segundos en los que pareció distraída a ojos de Vince. Este la miraba a cada momento mientras terminaba de colocar el magré de pato.

—¿Va todo bien?

Ella dio un ligero respingo y asintió devolviéndole la mirada.

—Sí. Gerard vino a decirme que mi hermana había venido a cenar con unas amigas.

—Bien, pues si es solo eso. Echa una mano a Cris.

—Sí, chef.

Vince volvió a centrar todos sus sentidos y emociones en el plato que estaba decorando. Le pasó una servilleta por el borde para limpiar los posibles restos de salsa y se lo deslizó por la mesa hacia el camarero.

—Saliendo.

Vince se tomó un segundo para observar el funcionamiento de la cocina. Las personas estaban entregadas al cien por cien a la tarea que él les había encomendado. No estaba mal después del tiempo que hacía que no dirigía una cocina. Nada mal.

Gerard se acercó a la mesa de Jules cuando esta captó su atención.

—¿Ya os habéis decidido?

—Estábamos pensando que nos gustaría que fuera el propio chef quien nos recomendara qué plato tomar —Jules cerró la carta y esbozó una sonrisa de triunfo. Si su hermana no le contaba nada al respecto de lo que había sucedido con Vince, ella misma indagaría como buena periodista, se dijo disfrutando de momento.

Gerard asintió. Sabía por dónde iban los tiros con Jules.

—Se lo diré y veré si puede venir a explicaros los platos.

—Gracias. Siempre es bueno que sea el chef quien nos diga qué plato está mejor —dijo mirando a sus dos amigas.

Gerard volvió al interior de la cocina. Vince estaba probando una salsa y le aconsejaba a uno de los ayudantes echarle algo más de sal. Fue Margot quien se acercó a Gerard de nuevo.

—¿Qué sucede? ¿Otra vez Jules? —preguntó Margot con ironía.

—Tú hermana quiere que Vince le recomiende qué plato es mejor: la merluza o el pato —le informó haciendo un gesto con el mentón hacia él.

Margot se quedó sin palabras. Miró a Gerard sin comprender a qué venía lo de Jules. Resopló y se encogió de hombros.

—Hablaré con él.

—Bien. Lo esperaré para acompañarlo a la mesa.

Margot se volvió para encaminarse hacia Vince. Cuando él se percató de que ella parecía buscarlo, dio las últimas órdenes y se enfrentó a ella.

—¿Qué sucede?

—Alguien quiere que le recomiendes qué tomar: la merluza o el magré de pato.

—Depende de lo que le guste —él se encogió de hombros sin dar más explicaciones.

—Sí claro, pero prefiere que salgas y le aconsejes qué es mejor.

Vince apretó los labios y asintió.

—Está bien. No hay inconveniente.

Margot no le dijo que era Jules quien pedía verlo y que solo era para asegurarse de que él había regresado. Tal vez debió llamarla y contárselo pero con tantas cosas en la cabeza, se le había pasado. Se quedó contemplándolo porque parecía estar dudando si hacerlo o no. Por ese motivo antes de que abandonara la cocina, Margot fue tras él y lo sujetó por el brazo obligando a que él se volviera.

Vince aspiró el olor a vainilla que ella desprendía. No le quedaba duda alguna de que ella había estado preparando un postre junto a Sophie.

—Si sales ahí fuera todo el mundo te reconocerá. Y recuerdo que me dijiste que...

—Sí, sé lo que dije en su momento. Pero estaba equivocado. No puedo comportarme como un grosero, un prepotente y no atender la petición de un cliente que va a degustar uno de mis platos.

—Es Jules —le soltó de repente.

—Tu hermana...—Vince frunció el ceño.

—Te lo digo para que estés preparado. Ya te dije que algunas noches viene a cenar. Pero creo que esta vez ha venido con doble intención.

Vince se quedó quieto, contemplando a Margot con las cejas arqueadas sin comprender qué quería decirle.

—¿A qué te refieres?

—A que parece ser que se ha enterado de que has vuelto.

—Ya. Y quiere saber si es verdad o un cuento. No te preocupes. La sacaré de dudas. No hagamos esperarla.

Margot iba a decir algo más pero al final se quedó con los labios entreabiertos mientras Vince abandonaba la cocina en compañía de Gerard. Este le lanzó una mirada para ver qué semblante tenía.

—¿Preparado? En cuanto aparezcas en el comedor serás el centro de atención de la gente.

—No te preocupes. Estoy acostumbrado —le aseguró con una palmada en el hombro.

Como era de esperar la gente dejó de hablar y de comer. Algunos de los clientes en el comedor volvieron sus rostros hacia Vince cuando este apareció. Otros levantaron la mirada del plato de comida. En pocos segundos Vincenzo Ferrara se convirtió en el centro de atención de todos los presentes. Escuchó comentarios en torno a él pero no les dio importancia mientras se acercaba con naturalidad a la mesa que ocupan Jules y sus amigas.

Vince sonrió cuando su vista se fijó en Jules: la hermana pequeña de Margot. Estaba preciosa, todo había que decirlo; aunque él prefería a Margot. Llevaba el pelo más corto que la última vez que se vieron, claro que de eso hacía bastante tiempo. Y se había cambiado su color luciendo un tono más oscuro que resaltaba su tez blanca y sus ojos claros. Esbozaba una amplia sonrisa de triunfo al tiempo que asentía.

Allí estaba él. Era cierto lo que Sabine le había jurado y perjurado se dijo cuando Vince se detuvo delante de la mesa que ocupaban.

—El chef —anunció Gerard mirando a las tres chicas.

—Hola Vince —saludó Jules con una mezcla de ironía y diversión.

—Jules. Me han dicho que queríais que os recomendara qué plato pedir. Si la merluza en salsa o el magré de pato.

—Debo decir que me sorprende verte aquí, la verdad.

—Ya ves. En cuanto a los platos... —él se centró en hablar de estos porque no estaba por la labor de mantener una conversación con Jules sobre el motivo de su regreso a París, y más en concreto a *L'Orchidée*.

—¿Qué salsa lleva la merluza? —preguntó una de las amigas de Jules mostrando atención en el plato.

—Mantequilla con una reducción de vino blanco y chalotas.

Jules frunció el ceño al escuchar la última palabra.

—¿Qué son las chalotas?

—Es una verdura procedente de Asia. Son muy aromáticas y su sabor se encuentra entre el ajo y la cebolla. Es suave, casi dulce podría decirse. Te lo aclaro para que no pienses que vas a ir ahuyentado a la gente que se te

acerque.

—No creo que eso sea problema. Me fiaré de tu consejo y me arriesgaré a probarla —dijo con autoridad Jules mirando a Vince con una media sonrisa.

—Bien.

—Creo que yo también —asintió una de las amigas de Jules.

—Dos. ¿Y tú? —Vince centró su atención en la otra amiga que parecía estarse debatiendo entre un plato y el otro—. El magré de pato son filetes de carne magra acompañadas de arroz, cuscús o patatas asadas. Lo que prefieras.

—Vale, voy a por el pato —asintió la segunda amiga de Jules.

—Entonces, dos merluzas y un magré —repitió Gerard tomando nota—. ¿Con qué lo acompañamos?

—Patatas.

—Espero que lo disfrutéis. Tengo que dejaros y regresar al trabajo —asintió Vince antes de marcharse de regreso a la cocina.

—Ya hablaremos —Jules se mordisqueó el labio y entrecerró los ojos siguiendo con su mirada a Vince hasta que este desapareció en el interior de la cocina.

—¿A qué viene esa cara?

—A que no esperaba que mi hermana volviera a contratarlo. No entiendo por qué lo ha hecho después de que ella misma lo despidiera.

—Tal vez porque necesitaba un jefe de cocina. Según la últimas noticias Vincenzo estaba apartado de la cocina. Había cerrado su restaurante y vivía retirado.

—Por eso mismo me lo pregunto, Denise. ¿Cómo ha conseguido mi hermana convencerlo para volver al sitio del que salió?

—¿Por qué lo despidió tu hermana?

Jules ahogó su risa.

—Cariño, mi hermana lo pilló follándose a la *sous chef* en la cocina —Jules sonrió divertida al recordar el momento en el que su hermana se lo contó. No olvidaba el enojo que ella mostraba. Y no era porque se quedara sin su jefe de cocina, si no porque lo había pillado con la tal Nicole. Jules solo tuvo que sumar dos y dos para intuir que Margot podía haber tenido un interés en Vince que iba más allá de lo profesional. Ni tampoco podía olvidar la conversación que tuvo con él en aquellos días.

Las dos amigas se miraron con cara de sorpresa y luego centraron su atención de nuevo en Jules, quien se limitó a asentir y a encogerse de hombros. No le cabía duda de que sus dos amigas alucinaban ya que nunca antes ella lo

había contado.

—Por eso os digo que me choca que haya vuelto.

Margot observó a Vince entrando en la cocina.

—Sigue con ello un momento —le pidió a Robert mientras ella iba al encuentro de Vince.

—¿Y bien? ¿Qué quería Jules a parte de saludarte? —ella no pudo esconder la ironía que la poseía en ese momento. ¿De qué iba su hermana? ¿Por qué narices había pedido ver a Vince? ¿Para comprobar que en verdad había vuelto a París? Margot estaba segura de que todo esto había sido cosa de Sabine. Apostaba a que le había sobrado tiempo a esta para contárselo a Jules.

—Han pedido dos merluzas a la crema y un magré de pato.

Dio la orden para que prepararan los platos dejando a Margot con la palabra en la boca.

—¿Solo eso?

—Supongo que pedirán un postre. No lo sé. Pongámonos a ello. Hay bastante trabajo.

Vince se concentró en los siguientes platos que deberían salir. No iba a charlar con ella habiendo tanto trabajo por delante. No entendía qué esperaba Margot de él en el poco tiempo que había permanecido fuera de la cocina.

Margot se olvidó de Vince y de Jules para poner toda su atención en los platos que tenían que ir saliendo.

Gerard entraba y salía de la cocina con numerosas comandas para los cocineros. Así hasta que llegó el momento en el que llamó la atención de Margot una vez más.

—¿Qué sucede?

—Tu hermana pregunta por los postres.

Margot asintió, arrojó un trapo sobre la encimera y sin decir nada salió de la cocina camino del comedor. No iba a dejar que Jules convirtiera el comedor en un circo para ver a Vince. Si tanto interés tenían en él que lo esperaran cuando cerrara el restaurante.

Cuando Jules vio aparecer a su hermana con aquel gesto poco amistoso su sonrisa desapareció. Margot tenía el rostro algo enrojecido. Algún mechón escapaba bajo el pañuelo que llevaba cubriendo su pelo. Se detuvo delante de ella y sonrió risueña.

—Gerard me ha dicho que quieres conocer los postres que hay hoy en el menú.

—Sí, queríamos saberlo para pedir alguno. ¿Cómo es que has salido tú y no Vince? —Jules sacudió la cabeza con los ojos entrecerrados.

—Vince está emplatando y no puede dejarlo. Por eso he salido yo.

—Bien. ¿Qué tenéis de postres?

—Farz de Bretón. Es una especie de flan o pudín relleno de trozos de ciruelas pasas. Tarta tropézienne. Un brioche relleno de crema pastelera. Luego están los postres tradicionales que tenéis en la carta —le aclaró señalando esta—. Decidle a Gerard que es lo que queréis. Yo he de regresar a la cocina.

—Ya hablamos, hermanita —dijo Jules alzando la voz y una mano hacia Margot.

—Sí. No lo dudes —le dijo con un tono algo seco antes de volverse y regresar al interior de la cocina dispuesta a seguir. Buscó a Vince con la mirada y lo halló en un rincón apartado charlando con Bertrand.

—Un *farz* de bretón. Y dos porciones de tarta *tropézienne*.

—Tomo nota —asintió Margot yendo en busca de Cristine para que lo preparara. Ella supervisaría la elaboración de los postres. Estar ocupada le ayudaba a no pensar en Vince, o en Jules. Ya podía irse haciendo una idea de lo que esta le diría con respecto a haber vuelto a contratarlo. Pero poco le importaba lo que le dijera cuando lo que primaba era el restaurante.

—Listos para servir —anunció cuando los postres estuvieron listos.

Margot se limpió las manos y se volvió para ver qué faltaba por salir. La noche volvía a ser productiva en cuanto a trabajo y eso era de agradecer. Estaba convencida de que lo serían todavía más. Solo era cuestión de que su querida hermana se fuera de la lengua con respecto a Vince. Claro, que a él tampoco le había importado aparecer en el comedor, luego... Se mordisqueó el labio con gesto pensativo recordando la conversación con Vince antes de que este saliera al comedor. Después de todo tenía razón: si un comensal pedía hablar con el jefe de cocina, Vince no podía negarse. Y menos él por ser quien era.

—La noche ha terminado —anunció Gerard desatándose el nudo de la corbata.

Todos parecieron resoplar porque sin duda que la noche había sido dura. Fue el momento en el Vince comenzó a aplaudir mirando a su equipo.

—Gracias por entregaros a tope una vez más. Sois únicos.

Margot contemplaba a Vince sin poder salir de su asombro. No esperaba algo así por su parte. Lo cierto era que desde que lo volvió a ver, nada de lo

que ella había presupuesto que sucediera, estaba pasando. Vince la estaba dejando sin palabras en algunas ocasiones. Sin capacidad de reacción en otras. ¿Por qué? ¿Qué había cambiado en él? ¿O era más bien en ella?

—Gracias a ti chef por enseñarnos —dijo Robert devolviendo el aplauso de Vince.

—Es mi trabajo. Y ahora nos toca recogerlo todo y dejarlo listo para empezar mañana.

Vince se desprendió del pañuelo que cubría su pelo y lo guardó en uno de los bolsillos de sus pantalones.

—Es la primera ocasión en la que te veo felicitar a todo el equipo.

Vince cogió aire ante la cercanía de Margot y templó sus nervios. Tal vez esa sensación se debía a la falta de costumbre por tenerla tan cerca. La contempló de manera fija, esbozando una sonrisa mientras cruzaba de brazos y se quedaba apoyado contra la encimera.

—Se han ganado ese reconocimiento porque han trabajado dura esta noche. También incluye a mi sous-chef —él se inclinó lo justo para absorber la mezcla de los distintos aromas que la envolvían. Fue testigo de su sonrisa, del color de sus mejillas por el cumplido y de cómo se humedecía los labios de manera lenta y sugerente. Y de cómo ella retiraba el rostro como si huyera.

—Hago lo que puedo.

—No. Haces más que eso. Haces lo que conoces, lo que sabes. Ha habido momentos esta noche que he agradecido tenerte cerca porque me das confianza, Margot.

—¿Confianza? ¿A ti? —lo contempló extrañada por aquella afirmación. Lo vio coger una esponja para fregar las mesas, los fogones y demás—. Eres tú quien me la da a mí porque sé que si la cago, estás ahí para enmendarlo. Para corregirme y enseñarme. Como a Robert con el tema de la carne.

Vince pasaba la esponja llena de jabón por la encimera e impregnando el ambiente con olor a pino. Se detuvo y la miró de la misma manera que si la estuviera acariciando: de una manera lenta y delicada.

—Agradezco tus palabras. Dime, ¿se ha marchado tu hermana o te espera?

Aquella pregunta la descolocó por un instante.

—No creo que me esté esperando ya que venía con tres amigas. Y no he recibido ningún mensaje suyo.

Vince asintió en silencio meditando si estaría dispuesto a arriesgar en esa baza.

—¿Tienes prisa? ¿Quieres irte pronto a dormir o aceptas un café? Ya sabes que no tengo por costumbre beber alcohol.

—Pero... mañana tenemos que madrugar para ir al mercado.

Margot se dio cuenta que aquella explicación sonaba a disculpa barata. Nada más terminar de decirlo en su mente se encendió una luz que se lo advirtió.

Vince pareció quedarse sin capacidad de reacción. Le dejaba claro que quería largarse cuanto antes y que pasaba de cafés.

—Si. Tienes razón. No había caído en la cuenta.

Margot se mordisqueó el labio con gesto pesaroso. De repente se sintió fatal por lo que había dicho. ¿Qué había de malo en tomarse un café con él después del trabajo? No creía que fuera a proponerle que se fueran a su casa, la verdad. Ni que se fuera a abalanzar sobre ella.

—¿Has pensado algo para el menú de mañana? A lo mejor no hace falta madrugar e ir. Tal vez con lo que hay en las cámaras...—ella cambió el tema de la conversación de inmediato para no pensar más en la negativa que le acababa de dar.

—No, no. Hay que servir algo fresco y nuevo. Siempre me ha gustado sugerir un par de platos que no tengan nada que ver con el menú del restaurante. Lo pensaré de camino a casa. No te preocupes.

Margot se dio cuenta de que ahora era él quien cerraba la puerta a esa cita que le había propuesto. Se maldijo por estúpida. Pero ya no había manera de volver atrás. Ni tampoco sabía si habría una segunda vez.

Vince siguió limpiando y recogiendo cuando el resto del equipo ya había acabado y empezaba a marcharse. Se despidieron quedando ellos dos los últimos en salir.

—No es necesario recoger más. Mañana cuando vengamos del mercado los terminaremos —sugirió ella al ver que Vince no parecía dispuesto a dejarlo por esa noche—. Son más de las doce.

Ella lo escuchó resoplar y como a continuación arrojaba la bayeta sobre la encimera. Levantó la mirada hacia el reloj que había colgado en una pared.

—Sí, creo que tienes razón y que es mejor irnos. Mañana será otro día.

Cuando las luces se apagaron y ellos salieron por la puerta trasera del local, Vince tenía la sensación de haberse precipitado con ella. Invitarla a tomarse un café con él de buenas a primeras podría sonar bastante... atrevido. Por eso prefirió no insistir cuando ella puso la disculpa de madrugar al día siguiente. Tal vez después de todo fuera lo más acertado. Y no mezclar una vez

más lo personal con lo laboral. Ya lo hizo una vez y acabó mal. En todos los sentidos.

Se despidieron prometiendo verse en unas horas, cuando abriera el mercado. Pero algo extraño flotaba en el ambiente. Esa chispa de complicidad que parecía haber surgido el día que llegó, ahora parecía estar perdiendo fuerza.

Vince acompañó a Margot hasta su casa. Era casi la una de la madrugada cuando llegó a su apartamento. No sabía a ciencia cierta si echarse un rato o quedarse despierto y pensar en el menú del día siguiente, la verdad. Cualquier cosa que hiciera que dejara a Margot aparcada. Entendía su reacción e intuía lo que pensaría de él después de pillarlo con Nicole. ¿Cómo coño iba a fiarse de él? Y por otra parte, a lo mejor él pretendía meterse donde nadie le llamaba. ¿Y si Margot estaba saliendo con alguien? se preguntó mientras se dejaba caer en la cama y se relajaba cerrando los ojos. Eso era algo que él desconocía.

Margot soltó el aire acumulado cuando cerró la puerta de casa y se quedó apoyada contra esta. Dejó su atención fija en un punto en el espacio mientras su mente quedaba en blanco. La noche había sido larga y dura en cuanto a trabajo y ella estaba rendida de cansancio. No quería pensar en su negativa a tomar un café con Vince. Pero recelaba de dar pie a algo que podría acabar por hacerle daño. Vince le atraía desde que trabajaron juntos en su anterior etapa en *L'Orchidée*. Pero le demostró que no era un tío de fiar. Y menos después de lo que ella había visto y leído sobre él. Él no era la clase de hombre que busca una relación estable. No. Vince es de la otra clase: la que busca un revolcón o varios a lo sumo y luego te deja tirada. Y eso no era lo que ella necesitaba. Experiencias de ese tipo había tenido unas cuantas y por ese motivo prefería centrarse en su restaurante y sacarlo adelante. No necesitaba tiempo para el amor porque este la esquivaba a cada momento. Mejor así, había llegado a decirse. Menos complicaciones.

Se dirigió a la habitación y al rato se metió en la cama dispuesta a descansar después de una noche larga que había dado bastante que hacer. Que Vince la perdonara si no se despertaba a tiempo para acudir al mercado en unas horas, pensó antes de caer dormida.

*

Jules quedó con su hermana al día siguiente cuando salió del restaurante. La hora de la comida había estado movidita porque ya se había corrido la voz de que Vincenzo Ferrara había regresado a París y al mismo restaurante que lo

dio a conocer. Aquella noticia favorecía al negocio, pensó Margot, pero no estaba segura del todo de si era lo que le convenía a Vince. Ella temía que la presión, la fama y todo de lo que él había escapado, llevándole a cerrar su propio restaurante, le afectara y se marchara una segunda vez de París. Algo en lo que ella no quería ni pensar.

—¿Nos vamos? —preguntó Jules a su hermana cuando la vio salir del restaurante. Ella era la última en hacerlo ya que hacía poco que Gerard y Vince se habían marchado no sin antes pararse a saludarla. Luego ambos habían proseguido calle abajo.

—Sí. Ya está. Por fin. Tenía ganas de salir. No sabes la mediodía que hemos tenido.

—Es lógico cuando la gente se entera de que cuentas con uno de los mejores chefs de Europa, o incluso me atrevería a decir del mundo...—le recordó Jules arqueando sus cejas con toda intención.

—A lo mejor alguien que yo conozco debería haberse estado calladita —rebatió Margot con ironía y retintín mirando a su hermana.

—¿Lo dices por mí?

—Por mí desde luego que no.

—Bah, solo le he comentado a los compañeros del trabajo que la otra noche estuve cenando aquí. Y que me encontré con Vincenzo Ferrara. Nada más.

—Suficiente para que la gente venga.

—¿De eso se trata, no? Deberías estarme agradecida por la publicidad que te estoy haciendo. Acabas de contarme que habéis tenido una mediodía de aupa —ironizó Jules siendo ella ahora la que sonreía.

—Sí, pero...—Margot bufó como si fuera una gata y se detuvo en mitad de la acera mientras Jules la contemplaba con la mirada entornada.

—¿A ver, cuál es el problema? No será el exceso de trabajo.

—Pues si te soy sincera no sé si será tan bueno que tengamos tanto jaleo.

—Joder, pues no le hubieras ofrecido a Vince volver a dirigir la cocina de tu restaurante.

Margot resopló y relajó los hombros ante la clara evidencia de la conclusión de Jules.

—Tienes razón.

—¿Por qué lo llamaste o mejor dicho, fuiste a buscarlo a España si me sales con estas? ¿Por qué Gerard te lo dijo? —Jules miraba a Margot sin creerse esa historia.

—Bueno... la verdad es que... en cierto modo...

—Seamos sinceras que ya tenemos una edad para no andarnos por la ramas —le interrumpió Jules al ver dudar a Margot—. Yo creo más bien que lo hiciste porque sigues sintiendo algo por él y Gerard, que no es tonto, te brindó la excusa perfecta par traerlo de regreso a París, y al restaurante. Lo que sigo sin entender es la facilidad con la que lo has convencido. Porque él aseguraba que se iba a tomar una larga temporada alejado de los fogones —resumió Jules mordisqueándose el labio en aptitud pensativa.

—¿De qué coño estás hablando? ¿Qué yo siento algo por Vince?

Margot se quedó mirando a su hermana con los ojos como platos y el labio interior desafiando la gravedad.

—¿Entonces por qué narices lo echaste a la calle cuando lo pillaste con Nicole? Para empezar, tú y él no erais nada ¿me equivoco? —Margot asintió sin saber qué pretendía su hermana con todo aquello. La dejaría seguir para ver qué le decía—. ¿A ti qué narices te importa a quién se cepilla?

—La verdad es que más bien poco o nada.

—Pues no lo demostraste. Admito que la cocina no es lugar para dar rienda suelta a un calentón. Pero no creo que fuera el motivo para echarlos a la calle a ambos. Ya te lo dije.

—Sí, lo recuerdo. Y yo también te expliqué que no iba a permitir que eso sucediera más.

—De acuerdo, pero podrías haber hablado con ellos para aclarar la situación y que no volviera a suceder. Por eso creo que...

—¿Qué me dejé llevar por un arranque de celos? ¿Es eso lo que tratas de decirme? —Margot miró a su hermana con los ojos entrecerrados.

—Dices bien. ¿Sabes? Después de que me contaras el motivo por el que los habías despedido, me puse a darle vueltas en mi cabeza y llegué a la conclusión de que tenía que haber algo más en todo esto.

—¿Y los celos fue a la conclusión a la que llegaste al final? ¡Pufff, tú y tus elucubraciones! Salió la periodista —Margot sacudió la cabeza y su brazo a la vez ante la mirada de su hermana y decidió proseguir su camino dejándola atrás.

—Algo así.

Margot se giró para verla caminar hacia ella calle abajo. Las dos hermanas se miraron en silencio unos segundos sin importarle nada más. Hacía una tarde cálida y muy agradable para estar en la calle y el restaurante no volvería a abrirse hasta dentro de tres horas. Margot podría relajarse siempre

y cuando su hermana se lo permitiera.

—¿Algo así? Pero, ¿de dónde te has sacado semejante idiotez?

—De observar tu manera de comportarte con él. De cómo hablas de Vince...

—No tiene ni pies ni cabeza —Margot se volvió y avanzó dos pasos antes de detenerse de nuevo.

—Lo que tú digas.

—Para tu información te puedo asegurar que Vince es la clase de hombre en el que no me fijaría.

—Pero él sí en ti —le cortó ella dejando a su hermana con la boca abierta—. Como buena periodista me gusta observar la situación antes de emitir un juicio.

—Pues en mi caso te has equivocado. ¿Y se puede saber cómo has llegado a esa conclusión con respecto a Vince?

Jules sonrió ante la pregunta de su hermana.

—¿A qué viene ese interés tuyo por mis elucubraciones periodísticas, eh? —Jules pronunció con ironía la última palabra al tiempo que sonreía con malicia.

—Solo se trata de simple curiosidad. Nada más. ¿Qué puede importarme lo que Vince piense o diga de mí?

—Lo que tú digas pero, desde ya, te digo que Vince tiene otras intenciones contigo.

Por su puesto que no iba a contarle a su hermana la conversación que tuvo con él días antes de dejara Paris. Ni mucho menos lo que este le reveló. Eso no tenía precio. Y lo que hizo con Nicole fue de ser un completo gilipollas. Así se lo dijo a él a la cara. Algo que no le pareció nada mal; al contrario se lo agradeció aunque él mismo ya se lo había reconocido.

—Pues ya puede irse olvidando de esas intenciones de la que tú aseguras que tiene. No me interesan.

Jules frunció los labios y entrecerró los ojos dejando su mirada clavada en Margot. Ella sacudió la cabeza sin comprender qué se le estaba ocurriendo a la cabecita loca de Jules.

—¿Qué te pasa? ¿A qué vienen esa mirada y ese gesto tuyos? ¿Hay alguna otra conclusión a la que hayas llegado?

El tono irónico de Margot vino acompañado de una ceja elevada y una media sonrisa cínica.

—Estaba pensando que sería una buena idea hacerle una entrevista. Para

la revista, ya sabes —anunció sin darle mayor importancia. Como si fuera algo trivial.

—Si lo haces, todo París sabrá que el ha regresado.

—Cierto, pero eso es algo que debería consultar con él. ¿No crees? Si le importa que llegue a saberse —Jules esbozó una sonrisa de oreja a oreja poco menos.

Margot se mostró dubitativa ante aquella propuesta. Pareciera que ella fuera la mayor interesada. ¿Por qué? Porque temía que si la crítica y la gente comenzaban a atosigarlo, él se marcharía de regreso a su casita en aquella idílica cala de Ibiza. Y ella no quería que esto sucediera porque el restaurante se resentiría.

—Pero... eso podría arrojar más presión sobre él —se excusó Margot debatiéndose sobre si era o no una buena idea.

—Pues no es la impresión que me dio la otra noche cuando salió de la cocina y apareció en el comedor para charlar conmigo.

—No podía decirte que no. Su imagen quedaría algo tocada ¿no crees? ¿A qué chef conoces tú que no le guste salir a recibir cumplidos? ¿Qué le pregunten por los ingredientes y la confección de un determinado plato? En especial los que recomienda él fuera del menú tradicional.

—Pues por eso mismo. ¿Qué importa que responda a unas preguntas? Es más, si quiere puedo evitar mencionar que está aquí en París y en tu restaurante.

—Eso carece de sentido cuando la gente que ha acudido estos días a *L'Orchidée* lo ha visto. Sin contar que tú ya se lo has contado a tus compañeros —le dijo con un toque de cierta decepción porque esto hubiera sucedido—. Por supuesto que no te voy a prohibir que hables con él.

—Se lo preguntaré a ver qué le parece. Y te contaré. No voy a presionarlo para que lo haga.

—Eso sí, no quiero ser uno de los temas de conversación. Que nos conocemos —Margot miró a su hermana con una clara expresión de advertencia.

—Te lo prometo. De todas formas si me dijera que no está viendo a nadie...

Margot sintió su rostro arder como los fogones de la cocina cuando Jules la miró con toda intención.

—¿Qué?! ¿Insistes en ello?

—Bah, déjalo. Tienes razón. Es una gilipollez mía.

<<Sí supieras que Vince está pillado por ti desde casi el principio de empezar a trabajar contigo>>

—¿Te queda tiempo para tomarte un café? —sugirió Jules aparcando el tema de Vince.

—Acabo de salir de currar, mujer... ¿Ya estás pensando en que vuelva? Puede hacerlo Gerard. De manera que podemos tomarnos ese café que dices. Pero a condición de que te olvides de Vince durante el tiempo que estemos juntas —Margot esgrimió un dedo ante el rostro de su hermana para dejarle las cosas claras.

—Prometido. Hablaremos de lo que tú quieras.

Margot inspiró y movió la cabeza sin saber si podría creer a su hermana.

*

—¿Por qué has vuelto?

Vince pareció estar meditando su respuesta.

—Una buena pregunta. No lo sé muy bien.

—Pues si tú no lo sabes...

—En cierto modo tenía ganas de regresar a los fogones. Llevaba tiempo sin cocinar a alto nivel.

—Pero lo seguías haciendo para amigos y demás.

—Sí, pero tú y yo sabemos que hacerlo para estos no es igual que hacerlo en un restaurante para gente anónima.

—Lo echabas de menos. La presión de las comandas, el ejecutar los platos a la perfección. El reconocimiento de la crítica culinaria.

—Esto último no del todo. Pero lo primero tal vez.

—Le dije a Margot que lo harías —le aseguró sabiendo lo que él pensaría y le diría.

—¿Le dijiste? Entonces... ¿Tú le aconsejaste que fuera a verme? —Vince ya lo sabía por ella por eso se hizo el sorprendido. Margot lo dijo para justificar su presencia en Ibiza cuando fue a proponerle volver.

—No teníamos jefe de cocina. Y aunque ella se mostró reacia a hacerlo en todo momento, al final accedió. Bastó con enseñarle tus entrevistas en algunos medios de comunicación en los que asegurabas que querías pasar un tiempo sabático. Y que habías cerrado tu restaurante. Por eso le dije que te lo ofreciera: porque sabía que seguías apartado de la alta cocina.

—Fue un riesgo por su parte presentarse de buenas a primeras en la cala. Podría haber regresado al trabajo y ella...

—Si lo hubiera hecho, la prensa se habría hecho eco de tu regreso. Por

cierto, hasta este momento creo que ningún medio escrito se ha enterado de tu vuelta a París.

—No lo sé. Pero está Jules —Vince formó un arco con sus cejas que lo expresaba todo.

—Ya sé lo que estás pensando.

Vince permaneció callado unos segundos en los que recapacitaba sobre la información que Gerard acababa de facilitarle.

—Entiendo que Margot no quisiera proponérmelo después de la manera en la que dejé el restaurante.

—Si somos justos, no lo dejaste: te echó.

—¿Qué importancia tiene en este momento? La cuestión esa que la decepcioné cuando nos pilló a Nicole y a mí en la cocina... —Vince cortó su comentario al ver la cara de Gerard: se reía de él ante sus propias narices.

—Solo a vosotros dos se os ocurrió.

—Te juro que pensábamos que no se presentaría nadie. Y menos Margot.

—Puedo imaginarme su expresión al empujar la puerta y encontraros...

—No te haces a la idea. Ni por asomo podrías imaginar el gesto que yo vi. Créeme.

—Lo que importa en este momento es que no se te ocurra volverla a joder; y perdona por la expresión —Gerard sonrió divertido mientras Vince ponía los ojos en blanco.

—Sigo sin creer que ella diera marcha atrás en todo este asunto y viniera a pedirme que volviera.

—Sí. Pero hay ocasiones en las que hay que dejar el orgullo a un lado y mirar por el bien de uno. Margot no tenía un chef; ni ella podría hacerse cargo de la cocina. Seamos serios Vincenzo, ella puede llegar a convertirse en una gran chef, al nivel de Diane, le jefa de cocina del *Scaramouche*. Solo lo logrará si tú estás a su lado en la cocina.

—¿Insinúas que la enseñe? No es mi trabajo y no creo que ella lo quiera. Margot aprende deprisa, eso es cierto.

—Sí, pero necesita la seguridad y la confianza de alguien como tú.

Vince torció el gesto ante ese comentario.

—Primero tengo que volver a ganarme esa confianza de la que hablas. Dime, ¿quién ha sido el jefe de cocina todo este tiempo?

—Cuando tú te marchaste, logramos que Fignon estuviera una temporada pero lo dejó hace cosa de un mes más o menos. Durante este tiempo, Margot se ha encargado de llevar la cocina. Pero ella misma ha reconocido que un

restaurante como el suyo necesitaba un jefe de cocina acorde a la calidad de este. No olvides que tiene una estrella y aunque Margot se ha olvidado de lograr una segunda en todo este tiempo, yo no lo descartaría con tu regreso. Por estos motivos le sugerí tu nombre.

Vince inspiró con calma mientras sopesaba aquellas palabras. Su mirada se había quedado suspendida en el vacío mientras avanzaba por la calle. Pensó que presentarse en su casa en la cala en Ibiza había sido cosa de ella, no una sugerencia de Gerard. Que ella lo había dicho a modo de disculpa para justificar su aparición. Pero al parecer no había sido así. Había acudido a él porque lo necesitaba para el restaurante. Nada más según le confesaba Gerard. Entendía su reacción cuando él la invitó a un café la otra noche. Su interés en él era profesional. Solo eso.

—Bueno, pues se podía haber ahorrado el viaje. Con una llamada habría bastado ya que supongo que todavía conservará mi número de teléfono.

—No sería muy ético y profesional. ¡Qué menos que contarte en persona la situación!

Vince se encogió de hombros y frunció los labios como si las formas carecieran de importancia para él.

—¿Qué diferencia hay?

—Tal vez el hecho de ver tu reacción en persona. Por cierto, antes me he dado cuenta de la cara que has puesto.

—¿Antes? ¿Cuándo?

—Cuando te dije que yo sugerí a Margot que fuera a verte. ¿Esperabas que hubiera sido iniciativa suya, no es así? —Gerard intuía que entre ellos dos había algo. Algo que ninguno parecía querer reconocer, puesto que cuando él le pidió explicaciones de por qué lo despedía ella se cerró en banda. Repetía que no iba a consentir situaciones como esa en su restaurante. E incluso cuando le sugirió volverlo a llamar. Juraría que ella se dejó llevar por un arranque de furia y celos cuando lo despidió, pensó Gerard en aquel momento. Y seguía haciéndolo. La cuestión sería si los dos llegarían a darse cuenta de ello.

Vince continuó caminando en silencio mientras escuchaba los comentarios de Gerard acerca de lo que había sido el restaurante desde que él se marchó. Y lo que Margot esperaba de él a nivel profesional, como era lógico.

Esa tarde antes de empezar Margot se acercó a Vince para hablar con él sobre lo que Jules le había comentado: la entrevista.

Lo encontró revisando las hortalizas que emplearía para los platos que recomendaba en el menú. Vince notó la presencia de ella al instante: su perfume floral, fresco con un toque cítrico se lo dijo. Giró el rostro para encontrarse con una mirada brillante y una sonrisa dulce, algo tímida. De un plumazo se olvidó de lo que Gerard y él había hablado sobre ella y su decisión de ofrecerle volver a dirigir la cocina de *L'Orchidée*. Lo que él no lograba entender era por qué le importaba tanto ese dato. ¿Acaso se le había pasado por al cabeza que ella había dio porque en realidad sentía algo por él? ¿Qué lo echaría de menos, tal vez? Sacudió la cabeza de manera leve, desechando cualquier idea acerca de que ella pudiera sentir algo por él.

—Ando mirando las verduras que tenemos y de las que necesitamos hacer pedido.

—Genial. Ya medirás qué hay que pedir. Oye, he estado con mi hermana esta tarde.

—Sí. Gerard y yo la vimos al salir esta medio día. Estuvimos charlando con ella unos minutos antes de que tú aparecieras.

—Me ha comentado que está pensando hacerte una entrevista para la publicación en la que trabaja.

Vince apoyo las manos sobre la encimera y contempló con atención a Margot. Le pareció cautelosa dado el tono de su voz. Volvió su mirada para dejarla suspendida en el vacío y durante unos segundos él no dijo nada. Estaba meditando la respuesta que iba a darle.

Ella lo observó de manera detenida. Su rostro no expresaba nada. Ninguna emoción o al menos lo disimulaba muy bien. No quiso pensar en su aspecto en ese preciso instante pero no pudo evitar pensar que le parecía más atractivo que cuando trabajó allí años atrás. Sí. Le atraía de una manera que ni ella misma era capaz de explicar.

—¿Por qué?

Margot dio un respingo cuando por fin lo escuchó decir algo. Pero sobre todo por su tono de indiferencia.

—No tengo ni idea. Yo me limito a contarte su propuesta —le aseguró adoptando una pose defensiva—. No mates al mensajero. ¿De acuerdo?

Él la observó mover las manos en un claro gesto de nervios. Morderse el labio inferior y elevar sus cejas un poco.

—No te preocupes. Le enviaré un wasap mañana. ¿Algo más? —regresó al trabajo sin darle mayor importancia.

Margot movió la cabeza. De repente le daba la impresión que él había cambiado no solo su tono de voz sino también su gesto y su manera de dirigirse a ella. La impresión que le daba en ese momento es que no parecía darle demasiada importancia a lo de la entrevista de Jules. E incluso que podía haberle molestado por su reacción.

—No, no. Es mejor que nos preparemos para la cena.

Margot se alejó de él al notarlo algo más frío con ella, más distante. No debía permitir que sus emociones le afectaran a su trabajo.

Él la vio alejarse hacia el otro lado de la cocina pensando si su reacción había sido algo borde. Admitía que tal vez su tono no había sido el esperado por ella. Y su reacción había sido a la defensiva aludiendo que era su hermana la interesada en él a nivel profesional. No podía dejar que su presencia le afectara. Se encontraba allí para trabajar; para dar lo mejor de él en todo momento.

—¿Todo bien chef?

Vince levantó la mirada para contemplar el rostro de Robert, que fruncía el ceño mientras lo observaba.

—Sin problemas. Pensando en una receta para mañana —le aseguró con una palmada en el hombro y dirigiéndose junto a él a echar un vistazo a todo—. Vamos, pongámonos en marcha.

Margot se volvió sin mirar, lo que hizo que chocara de bruces con Vince.

—Disculpa —se apresuró a decir ella cuando de repente se vio inmersa en aquella mirada tan fija.

—Disculpada.

Durante segundos ambos parecieron estar algo perdidos. La mano de él se movió rápida y sin previo aviso hacia la cabeza de ella, mientras su mirada seguía la trayectoria hasta detenerse en varios mechones que al parecer se habían salido. Margot se humedeció los labios mientras él parecía jugar con estos entre sus dedos. Le dedicó una media sonrisa y los devolvió a su sitio.

—No queremos que nuestros comensales encuentren un pelo en la comida —le susurró arqueando sus cejas.

Margot no se movió, casi ni respiró sino que se limitó a contener el aire en sus pulmones dejándose hacer por él.

Vince no dejaba de sorprenderla y romperle los esquemas una y otra vez. Hacía unos minutos le había parecido frío y distante con ella. Y ahora... profesional. Tenía razón al respecto de ese detalle del pelo.

—Estamos en medio —le dijo posando su mano sobre el brazo de ella para apartarla del paso de los demás ayudantes de cocina.

Los dos parecían sentirse cómodos con aquella inesperada cercanía. Tan íntima y que por suerte ninguno de los demás en la cocina parecían haberse dado cuenta. Todos estaban yendo y viniendo con platos, sartenes, fuentes con alimentos. Encendiendo los fogones, preparando todo para comenzar una noche más.

—Deberíamos ponernos manos a la obra. Gerard no tardará en aparecer con los primeros pedidos —le aseguró ella consciente de que la temperatura de su cuerpo aumentaba y pronto se reflejaría en su rostro. Y ella no creía que pudiera achacarlo a la ebullición del agua en las ollas, ni al calor que desprendían los fogones porque acababan de encenderse. Se volvió dándole la espalda mientras se ajustaba el nudo del mandil de manera concienzuda y se retocaba el pañuelo en su cabeza.

—¿Estamos listos? —preguntó Vince sin mirar a nadie en concreto y así evitar quedarse en el rostro de Margot, que se había girado para contemplarlo dirigirse al resto. Sus miradas no se cruzaron, aunque él pareció evitarla.

—Sí chef —corearon los componentes del equipo de cocina.

—Bien. Pues vamos a irnos preparando. Aquí llega Gerard —dijo haciendo un gesto con el mentón hacia el maître.

—Prepararos que la noche promete —les dijo pasando su mirada de Vince a Margot con una sonrisa risueña.

Dos horas después, en las que el trabajo no había bajado su ritmo, Margot sentía el cansancio en todo su cuerpo. La tensión que le provocaba cada una de las apariciones de Gerard en la cocina. A esto tenía que añadir las órdenes de Vince. Una perfección a la hora de emplatar que le creaba un estado de nervios que no lograba controlar. Debería acostumbrarse a ello lo antes posible. Vince no era el chef que comenzó a despegar en aquella cocina. Ahora tenía un prestigio que debía mantener a toda costa, y el del restaurante. Estaba segura de que ya se había corrido la voz de que él había regresado y eso atraía a cientos de comensales deseosos de probar sus platos.

Se había quedado sin palabras viéndolo trabajar esa noche. Vince parecía multiplicarse porque a cada minuto estaba en un lugar diferente. ¿Cómo coño lo hacía? Era algo digno de ver. Tan pronto estaba supervisando la

preparación de los platos como los emplataba y les daba salida. Desparecía en el interior de la cámara frigorífica y salía con los alimentos necesarios para la elaboración de los siguientes platos. Y todo ello sin que lo escuchara quejarse. Solo alzaba la voz para preguntar cómo iba este plato o aquel. Para transmitir alguna orden o para quejarse y maldecir cuando algo no estaba a su gusto. Y cuando coincidía con él en la elaboración de alguno, él siempre tenía una sonrisa amable para ella. O la alentaba con sus comentarios.

—Deberías salir un rato y relajarte —le sugirió cuando él se percató de que ella parecía cansada, allí apoyada contra unas cajas vacías de verduras.

Margot sentía la subida de temperatura y como esta se hacía más latente en su rostro. El no parar yendo de un sitio a otro; la tensión de que todo saliera a la perfección. Algunos mechones volvían a escapar de su pañuelo y ella permanecía con los labios entreabiertos como si le costara respirar.

Vince se quedó contemplándola y diciéndose que ella era genuina. Ambiciosa. Entregada y... Preciosa.

—Estoy bien. Y...

—Y aquí dentro todo está controlado de momento.

—Ya pero...

Vince no estaba convencido de que ella aceptara su consejo de manera que tomó una decisión tan rápida como inesperada.

—Cristine, quedas al cargo mientras Margot salimos fuera a tomarnos un respiro.

La chica se quedó con la boca abierta al escuchar a Vince dándole esa responsabilidad.

—Tranquila. No van a ser más de diez minutos. Y estás más que preparada para hacerlo. El resto de vosotros ya sabéis. Ella es ahora la que manda —anunció en voz alta señalando a la muchacha con su dedo antes de volverse hacia Margot y mirarla fijamente, sin que le fuera a dar opción de replicarle—. Tú y yo vamos fuera un momento.

Margot se quedó muda. Sin capacidad de reacción cuando él la miró con aquella determinación. Dirigiéndose a ella con aplomo y seguridad. Y cuando él situó la mano bajo su codo, Margot sintió la caricia de su pulgar, ese leve contacto que le erizaba la piel.

Vince empujó la puerta que daba a la parte trasera del restaurante. Un callejón que servía para entrar la mercancía que los repartidores traían al restaurante. También se empleaba para descansar, tomar el aire, charlar y fumar. Era noche cerrada y corría un viento ligero y suave. Él no perdió

detalle de Margot cuanto esta se desprendió del pañuelo y movió la cabeza. Se quitó la goma que sujetaba su pelo dejándolo suelto por unos segundos. Él no pudo dejar escapar una sonrisa ante su imagen y quiso ir hacia ella para hundir sus dedos en su pelo mientras la besaba. Pero en vez de ello siguió contemplándola en silencio. Memorizar su pose con sus manos en las caderas mientras le devolvía la mirada a él. Margot se preguntaba por qué había accedido a seguirlo a la calle.

Vince cruzó los brazos sobre el pecho memorizando la silueta de ella recortada sobre la fachada trasera de ladrillo rojo del callejón. Ella inspiró con decisión y caminó hasta donde se encontraba él.

—¿Por qué lo has hecho? —entrecerró los ojos y sacudió la cabeza sin entender su acción.

—Porque de lo contrario seguirías ahí dentro, sudando y respirando de manera trabajosa con riesgo a que te diera un mareo. No te he visto tomarte un descanso en toda la noche. Ni creo que hayas ido al baño —ironizó volviendo a regalarle una de sus sonrisas.

—No sabía que me controlarás de ese modo.

—Y no lo hago, pero me gusta saber dónde se encuentra cada uno de miembros de mi equipo. Y que todos se tomen un descanso de vez en cuando. No quiero desmayos, ni mareos por culpa de un trabajo constante y agotador. Y esta noche lo estamos teniendo. Todos ahí dentro me ha dicho en algún momento que salían. Todos menos tú —le dejó claro haciendo un gesto con el mentón hacia la cocina.

—Tú tampoco lo has hecho —le rebatió con un sonrisa sarcástica mirándolo con una ceja arqueada, los brazos cruzados bajo sus pechos y un pie adelantado.

—Yo soy el chef. Falto lo imprescindible. Pero para tu información si me he tomado un breve respiro.

—¿Cómo ahora? —inquirió ella viéndolo asentir en silencio.

—O cuando voy al baño. Me refresco, cuento hasta veinte y regreso a la cocina.

—La noche está siendo movida.

—Sí. Nada fuera de lo habitual ¿no?

—No creas. Pienso que desde que saben que estás de vuelta en París, la gente acude en masa al restaurante.

—¿Y eso te preocupa? —arqueó sus cejas como señal de sorpresa dado el tono que ella había empleado.

—No, claro que no —se apresuró a responderle—. Pero sigo pensando que si la gente sabe que has vuelto esto se convertirá poco menos que en un lugar de peregrinación. Y...

—¿De qué tienes miedo?

La pregunta la impactó dejándola con la boca abierta sin saber qué responderle. Porque bajo ningún concepto le confesaría que tenía miedo a que él se largara en cuanto la presión mediática lo ahogara.

—No... No tengo miedo a nada. ¿A qué viene esa pregunta? —se mordisqueó el labio antes de humedecérselo. Trató de mantener la calma cuando él se acercó a ella como un felino que ha visualizado su presa. La mirada de él se mantenía fija en la suya y por un momento pensó que su cercanía le estaba robando el aire, pese a estar en la calle.

—Bien. Me alegra saberlo. Es solo la impresión que me has dado.

Estaba tan cerca de ella que solo le bastaría un leve empujón para rozarle los labios. Y entonces...

Margot deslizó el nudo en su garganta cuando sintió la proximidad de él. ¿Pensó que su proximidad se debía a que acabaría por besarla? ¿Allí, en la trasera del restaurante, en mitad de la noche y con la luz de las farolas como testigo?

La puerta del restaurante se abrió de repente y sus dudas se despejaron de inmediato. Uno de los chicos había salido a sacar parte de la basura que se generaba en la cocina. ¡Qué oportuno! pensó Vince bajando la mirada al suelo y dando un paso atrás para apartarse de Margot. Vince pensó que era mejor así. Lo último que quería era que corrieran comentarios acerca de ellos dos. No pretendía dar pie a malos entendidos entre los miembros de la cocina. Ya tuvo bastante la vez anterior y al menos los que seguían de aquella etapa suya, tendrían sus sospechas de que él podría volverlo a repetir. Más le valdría controlarse. No quería cometer los errores del pasado.

Margot cruzó los brazos como si de una barrera se tratara para evitar que él hiciera otro intento por acercarse. Por un momento, había pensado que él la besaría. Que cruzaría esa línea imaginaria. Pero la providencia al parecer jugaba de su parte y había evitado algo que no pretendía que sucediera. Se sentía atraída por Vince pero, ¿tanto como para cometer una locura de ese tipo con él? No quería que él jugara con ella. Apretó los labios y desvió su mirada del rostro de él.

—Deberíamos volver. Ya estoy mejor —afirmó en un tono de voz firme y con cierto toque de advertencia sobre lo que había podido suceder.

Vince permaneció inmóvil y en silencio mientras la veía girarse y cubrir su cabeza con el pañuelo camino de la entrada al restaurante. Ella desapareció tras la puerta mientras él siguió pensando en lo que había estado a punto de hacer. Por suerte para él la oportuna aparición de Robert vino a poner algo de cordura a sus actos.

*

Vince comprobó su móvil camino de casa. Tenía varias llamadas perdidas de su querida Lizzete. Recordaba que no la había llamado para contarle cómo le iban las cosas en París. Pero lo cierto era que el trabajo a penas si le había dejado tiempo para hacerlo. Miró la hora y pensó que era algo tarde. De manera que la llamaría por la mañana. También tenía un wasap de Jules para confirmar si le venía bien comer con ella ese día, ya que estaba bien entrada la madrugada, y hacer la entrevista. Jules le aclaraba que el restaurante cerraba por descanso y que sería un buen día para verse salvo que tuviera otros planes. Vince sonrió pensando en cómo se le acumulaban las conversaciones. ¿Estaba dispuesto a que Jules lo entrevistara y que la gente se enterara que estaba de vuelta en París? Un poco tarde para tomar la decisión contraria, ¿no? ¡A la mierda su fama y todo lo que acarreaba su nombre! Si no quería presión ¿por qué cojones aceptó la oferta de Margot para volver a París a dirigir la cocina de su restaurante? ¿Qué esperaba, que ella se le arrojara a los brazos asegurándole que lo había echado de menos? Se pasó la mano por el pelo y sacudió la cabeza mientras respondía a Jules. Solo pondría una condición: nada de preguntas sobre su hermana.

Margot se quedó en la cama dada la hora a la que llegó a casa. Al cerrar el restaurante ese día por descanso, tampoco había necesidad de ir al mercado en busca de productos frescos para el menú. Le venía como anillo al dedo para recuperar fuerzas porque desde que Vince regresó, los días eran poco menos que maratónicos en *L'Orchidée*. Pero esto era lo que implicaba trabajar junto a alguien como él. De manera que decidió darse la vuelta y cerrar los ojos para quedarse dormida de nuevo. Pero al parecer sus deseos de que ello sucediera se quedarían en un mero intento; y más si le daba por pensar en Vince. ¿Por qué la noche pasada no la esperó al terminar el trabajo? Cuando preguntó por él a Gerard, este le aseguró que se había marchado hacia un rato. ¿Por qué demonios no se había despedido de ella? ¿Tanta prisa tenía por llegar a casa? ¿O había quedado con alguien? Ella reconocía que durante el tiempo que estuvo en la ciudad, Vince había hecho amistades. Sin embargo, no le había hecho mucha gracia que le diera plantón ya que confiaba en poder

charlar con él un momento y agradecerle su detalle de sacarla de la cocina cuando más lo necesitaba. Pero se sintió algo decepcionada con él por no esperarla. Sin embargo, debía reconocer que en parte había sido mejor después de cómo se habían quedado contemplándose en el callejón. No estaba en sus cabales si pensaba que entre ellos dos no existía cierta chispa. Aunque por su parte más le valía asegurarse de que esta no prendiera algo que luego no podría controlar. Ese día no iba a verse y a ella le serviría para distraerse. Llamaría a Sabine y recorrerían los puestos callejeros junto al Sena cerca del barrio Latino; comerían en alguno de sus pintorescos restaurantes y aprovecharía para dar un paseo por los jardines del Luxemburgo o incluso las Tullerías. Buscaría relajarse y no pensar en nada ni nadie que tuviera que ver con el trabajo.

*

Vince sujetaba su taza de café en una mano mientras en la otra tenía su móvil. Pulsó en el nombre de Lizette y esperó a que esta respondiera.

—*Buenos días* —saludó la voz melosa con un toque de ironía de ella—. *Dichosos los oídos que te escuchan. Debes haber estado muyyyyy liado para acordarte de tu querida amiga ibicenca.*

—Buenos días Lizette. *Mea culpa.* Tienes toda la razón. Soy un completo desastre.

—*Deja de flagelarte, ¿quieres? Y cuéntame qué tal te van las cosas por la ciudad del amoorrrrr* —Lizette pronunció esta palabra con sarcasmo y alargándola con toda intención.

—Siempre tan divertida.

—*Si prefieres la ciudad de la luz; de la gastronomía, de la moda, de los artistas callejeros, también me vale. Existen muchos calificativos para referirse a París. Pero esta siempre me recuerda a las parejas de enamorados. Ya sabes, la literatura, el cine... Los clásicos clichés.*

—Lo sé, lo sé. No hace falta que te expliques más.

—*¿Y bien? ¿Qué tal marcha tu regreso? ¿Ha sacado las uñas tu jefa?*

—Todo lo contrario. Me ha facilitado las cosas para trabajar en perfecta conexión.

—*Ten cuidado. Podría tenértela jurada y a la menor cobrársela.*

—Margot no es de esa clase de personas.

—*Ya bueno, pero te pilló dándole gusto al cuerpo con tu sous-chef, no lo olvides.*

—Y no lo hago. Todo marcha bien.

—*Me alegra escucharte decirlo.*

—*¿Y tú qué tal?*

—*Psss, ¿qué quieres que te diga? Ya sabes que la isla empieza a decaer en cuanto pasa el verano. Así que me lo tomo con calma. Entiendo que no tienes pensando regresar.*

—*¡Joder, acabo de llegar a París como quien dice y tú me estás diciendo que si pienso en dejar la ciudad!*

—*Ya pero a tenor de lo que cuentas deduzco que no vas a hacerlo.*

—*No. No tengo la más remota intención.*

—*¿Es por ella? ¿O por ti? Me refiero a si sigues empeñado en seducirla y todo eso. ¿O se trata de que había llegado la hora de saltar a la arena de nuevo en el plano profesional?*

Vince se tomó su tiempo antes de responder. La verdad era que un poco de ambas cosas. Ganas de volverla a ver, de estar a su lado. Y por otra parte regresar a los fogones dirigiendo una cocina.

—*Más bien creo que es una cuestión de volver a primera línea.*

—*Ya —Vince escuchó a Lizette chasquear la lengua con toda intención—. Para ello podías haber vuelto a tu propio restaurante, ¿no?*

—*Dices bien, pero sabes que serían demasiados quebraderos de cabeza.*

—*Es decir, tiran más dos tetas que dos carretas. Está bien, allá tú. Luego no me vengas a decir que podría habértelo dicho.*

—*Descuida que no voy a hacerlo. Esta vez sé lo que hago.*

—*Si tú lo dices... Cuidate. Y llámame si necesitas hablar. No importa la hora que sea. Sabes que me acuesto tarde.*

—*Tú también cuidate.*

Vince cortó la comunicación y se terminó el café. Luego sin pensarlo envió un wasap a Jules para quedar con ella a comer y hacer la entrevista. Era mejor zanjar el asunto lo más pronto posible.

*

Jules quedó con en un café de los Campos Elíseos. Ella aprovechaba su hora de la comida en el trabajo para charlar él. Una primera toma de contacto para ver qué le parecía el asunto. Desconocía hasta qué punto su hermana le había contado algo, así que pese a que sabía cómo era Vince, ella prefería estar un poco a la expectativa. Lo vio caminar hacia ella cuando salía de la revista. Él era la clase de tío que llamaba la atención por la calle. Su aire latino era un reclamo para las mujeres. Y para su hermana lo era, se dijo Jules muy segura.

—Te agradezco que me hayas escrito tan rápido —le dijo cuando él estuvo a su altura.

—Tengo el día libre.

—Es verdad. Mi hermana cierra hoy el restaurante.

—Por ese motivo pensé que sería buena idea vernos y dejar zanjado el tema de la entrevista. De paso me dirás que te pareció la cena de la otra noche. Espero que tus amigas quedaran satisfechas.

Jules sonrió con cinismo.

—¿Qué esperas que te diga? ¿Qué no me gustó nada? —Jules se mostró irónica.

—No serías la primera ni la única. Y no pienses que me va a sentar mal, ni voy dejar de hablarte. Estoy acostumbrado a toda clase de comentarios con respecto a mi cocina. Sé a lo que me expongo cada día.

—¿No irás a decirme ahora que alguna vez han criticado tu manera de cocinar?

—Eso mismo. Por eso te digo que no pasa nada porque me asegures que no te gustó el sabor del pato o de la merluza. O que al postre le faltaba azúcar o que era algo escaso —le explicó Vince recordando esas anécdotas entre risas.

—No me lo puedo creer.

—Pues sucedió como te lo estoy contando. Por cierto, te recuerdo que no tengo nada que hacer en todo el día, pero imagino que tú tendrás que regresar a la revista a seguir currando. No quiero hacerte perder el tiempo.

—Sí. Es mejor que busquemos un sitio para comer. Cuéntame, ¿qué tal con mi hermana?

Vince apretó los labios y sacudió la cabeza rechazando cualquier pregunta que tuviera que ver con Margot. Y así se lo iba a dejar claro a Jules.

—Bien. Pero solo te diré eso. No voy a responder a preguntas sobre tu hermana, salvo que estas guarden relación con el restaurante. Entiéndeme. Ya tuvimos una conversación de temas personales relacionados con ella hace tiempo. ¿Recuerdas?

Vince entornó la mirada hacia Jules, arqueó sus cejas y asintió esperando que ella recordara aquel día y lo comprendiera.

—De acuerdo. Me ha quedado claro.

—Estupendo. Entiende que es un tema que no quiero tocar en la entrevista.

—Entonces, ¿por qué has accedido? Lo más lógico es que te haga alguna

pregunta de ese tipo.

—¿Esperabas que me negara sabiéndolo? Lo pregunto por la cara que acabas de poner y tu tono al hacer la pregunta. No obstante acabo de aclararte que solo responderé a aquellas relacionadas con el restaurante. Nada de índole personal.

—Mi hermana me aseguró que no querías tener mucha publicidad en tu vuelta a los fogones. Se puso un poco a la defensiva en ese terreno. No sé si en cierto modo temía que aceptaras mi propuesta.

—Después de pensarlo es un completa gilipollez porque forma parte de mi trabajo. Y será una buena publicidad para el restaurante.

Jules entrecerró los ojos adoptando un gesto pensativo al escucharle decir aquello.

—¿Lo estás haciendo por ella?

—Admito que mi presencia dará publicidad al negocio, ya lo he dicho. Y eso le repercutirá en unas buenas ganancias.

—Sí, sí, pero... ¿no lo estarás haciendo para redimirte por lo que sucedió con Nicole? —Jules bajó el tono y entornó la mirada con suspicacia. Esperaba que él le asegurara que regresar a trabajar con Margot no era una especie de penitencia por lo que le había hecho.

—¿Insinúas que he vuelto porque le debía algo a tu hermana? —Vince formó un arco de expectación con sus cejas esperando la explicación de Jules.

—Eso me ha parecido.

—Pues quédate tranquila porque no es así. Ni me lo he planteado. De manera que... Mira he vuelto porque me apetecía hacerlo. Nada más. No hay ningún otro motivo. De manera que no le busques un doble sentido —Vince se mostró irónico pero algo cabreado con la insinuación de Jules—. Tu hermana me despidió porque quiso. Porque consideró que no quería tener a un chef y a su sous chef enrollados. Punto y final. Y lo acepté.

Jules apretó los labios y asintió de manera lenta sin terminar de creerlo.

—Mira, es complicado pasar desapercibido cuando la gente te conoce. En cuanto salí al comedor la otra noche para explicarte mis platos, sabía que me estaba exponiendo al público y que al día siguiente habría gente que dijera que Vincenzo Ferrara había regresado a *L'Orchidée*.

Jules seguía callada con el gesto pensativo y lo primero que se le ocurrió fue sugerirle a Vince parar a comer en el restaurante por el que pasaban por delante en ese momento. Necesitaba unos minutos para recomponer sus ideas al respecto de por qué él había regresado tan de repente, tan deprisa. Como si

le urgiera hacerlo.

—¿Te apetece comer en un italiano? —Jules arqueó sus cejas y señaló con su mano hacia la entrada del mismo.

—¿Por qué no? De ese modo evitaré la comida la tradicional francesa. De hecho la primera noche que pasé en el restaurante de tu hermana preparé comida italiana para todos.

—Vaya. Espero que la que sirvan aquí esté a la altura de lo que tú eres.

—Solo es comida, Jules —le aseguró sujetando la puerta para que ella pasara al interior.

Los acomodaron en una mesa junto a una de las ventanas que daban a la avenida de los Campos Elíseos y que les permitía ver pasar a la gente.

—No voy a preguntarte por una recomendación porque sería como estar en el trabajo y soy consciente que uno quiere desconectar en su día libre.

—No pasa nada.

—Entonces has decidido regresar porque te apetecía —le recordó ella pasando su mirada por el menú pero sin dejar de controlar a Vince por encima de la carta.

—¿Hemos empezado ya con la entrevista? —Vince cerró la carta y arqueó su ceja con expectación y suspicacia.

—Podría decirse que sí. Que ya la hemos empezado hace un rato cuando me comentabas por qué habías regresado, y me dejabas claro que no te preguntara por mi hermana.

—¿No tomas nota? —Vince hizo esa apreciación al ver que ella parecía algo relajada.

—Cuando hayamos pedido.

—Eres de la vieja escuela ¿eh? —comentó viéndola sacar un bloc de notas y un bolígrafo de su bolso.

—¿Lo dices por esto? —preguntó señalando a ambos—. Tengo compañeros que usan grabadoras para las entrevistas. Pero creo que no es un buen plan estar comiendo y estar grabándote. La conversación se mezclaría con el ruido de los cubiertos, las voces de los demás clientes e incluso de la chica que nos ha atendido. No sería ni profesional ni ético por mi parte. Me limitaré a tomar algunas notas. Luego las pasaré a limpio.

—Si después no te ha quedado algo claro, puedes llamarme.

—Lo tendré en cuenta. En ese caso, sabiendo que tenías ganas de regresar a la primera línea de la cocina, dime ¿por qué has regresado a París para comenzar de nuevo? Podrías haber vuelto a tu casa y abrir el tu restaurante,

¿no?

La mirada de Jules se volvió brillante mientras se clavaba en él. Vince se la sostuvo sin ningún reparo, posó un brazo sobre la mesa con la palma de su mano abierta para apoyar su mentón. De manera lenta pero significativa sus labios se curvaron en una sonrisa llena de ironía y picardía. Apostaba a que Jules pensaba que uno de los motivos de su vuelta al mundo de la cocina era su hermana, Margot, como se lo había insinuado antes. Y que no dejaría esa pista, también lo sabía.

—No tenía ningunas ganas de reabrirlo —le respondió de buenas a primeras mientras Jules abría los ojos y sus cejas ascendían formando un arco de perplejidad—. Es una buena razón. No hace falta que pongas esa cara.

—Es que... me choca que hayas decidido trabajar para otros en vez de hacerlo para ti. No sé si me explico.

—Como un libro abierto. En serio me apetecía hacer lo que estoy haciendo.

—Sin duda que la aparición de mi hermana, Margot, fue el empujón que necesitabas para volver —resumió Jules observando a Vince asentir—. Quiero decir, ¿tenías alguna oferta más? ¿Lo tenías pensado de antes?

La camarera llegó con sus respectivos platos de pasta y durante unos segundos ninguno de los dos habló. Ambos se quedaron contemplándolos mientras estos emanaban un aroma delicioso a especias.

Jules aprovechó para pensar cómo conseguiría hacerle confesar que en verdad había vuelto por Margot. Eso de que estaba aburrido y tal quedaría muy bien en la entrevista pero sin duda que la aparición de su hermana en su había tenido mucho que ver, se dijo una vez más. Aunque a él se lo plantearía desde un plano estrictamente profesional. Estaba segura de que la oferta de Margot había significado el acicate que Vince necesitaba para volver a París y tratar de enmendar lo que estropeó en su día. ¡Joder, él mismo le confesó en su momento que a él quien le interesaba de verdad como mujer era su hermana. Margot! Que lo de Nicole había sido una gilipollez. No. Vince no había regresado a París para cocinar. Había vuelto por *ella*.

—¿Dónde nos habíamos quedado antes de que nos sirvieran la comida?

—Ibas a decirme si tenías más ofertas aparte de la que te hizo mi hermana.

Vince miró la pasta con los ojos como platos mientras pensaba la respuesta a dar. Le daría a Jules una mentira piadosa para que se quedara tranquila.

—Alguna tenía sobre la mesa. No voy a negarlo.

—Pero por lo que veo, te atraía más regresar a *L'Orchidée* —Jules entornó la mirada con cautela. Debería ir con pies de plomo para no espantarlo. No ser demasiado directa. Llevarlo al terreno profesional.

—No es que es que me sintiera atraído de una forma especial. Más bien creo que la aparición de tu hermana fue una especie de señal para dejar las demás ofertas de lado.

Vince enrolló los espaguetis con meticulosidad y asintió.

—¿Piensas quedarte mucho tiempo en *L'Orchidée*?

—Esa es mi intención. Para eso estoy aquí. En París.

—Pero, ¿de qué depende?

—De lo a gusto que me encuentre.

—Entiendo que te refieres a tener un buen ambiente de trabajo. A que el restaurante funcione...

—Sí, a todo eso. Una serie de circunstancias.

—¿Eso incluye a Margot? —Jules sonrió aventurándose a pisar un terreno que él había vetado.

—Quedamos en que tu hermana quedaría fuera de la entrevista —le recordó él con la mirada entornada.

—Lo sé y no voy a escribir nada de ella. Quédate tranquilo. Pero me gustaría que me contarás algo más interesante.

—Pues no sé qué quieres que te cuente —le dijo disimulando. Sabía lo que Jules buscaba.

—Mira Vince, te seré franca y te diré que después de nuestra charla a los pocos días de que mi hermana te pegara una patada en el culo por gilipollas, no me creo nada de lo que me estás contando. Así de claro.

Vince no pudo evitar sonreír de nuevo. Se limpió las comisuras con la servilleta y se recostó contra el respaldo de la silla mirando a Jules de manera fija.

—Tu hermana es parte activa de mi vuelta, claro. Ya te lo he dicho.

—Vince, no te andes por las ramas. Todo esto que me estás contando quedará muy bonito e interesante en la entrevista. Y a los lectores de nuestra publicación les va a encantar. Pero vamos a centrarnos en lo que de verdad importa. Cuéntame la cara B de tu vuelta —le interrumpió Jules empleando un tono cansino; dando a entender que ese cuento ya se lo sabía. Cerró el bloc y guardó el bolígrafo ante la expectante mirada de él.

—¿Ya está? ¿Hemos terminado la entrevista?

—Tengo material suficiente. Lo adornaré un poco y tiraré un poco de archivo —le dejó claro sin darle mayor importancia a este hecho.

—Ya veo. Tú lo que quieres escuchar es que he vuelto por Margot. Pero no desde el punto de vista profesional, sino como mujer —Vince la apuntaba con su dedo y sonreía como un cínico.

—Ahora nos vamos entendiendo. ¿Qué problema tienes en reconocerlo? Admito que has venido porque sentías ganas de currar, pero sobre todo porque sigues enamorado de mi hermana. Y no sé si pretendes seducirla para una noche o si buscas algo más serio y duradero con ella.

—Tú si que eres de las que no te andas por las ramas, ¿eh?

—Sabes que soy muy clara si recuerdas lo que te dije aquel día.

—Sí.

—Pues bien, si piensas intentarlo con ella ya puedes espabilar.

Vince frunció el ceño ante esta sugerencia.

—¿A qué te refieres?

—A que a mi hermana no le faltan pretendientes.

—Es lógico si uno se fija en ella con atención. Pero, ¿por qué me lo cuentas? —Vince se encogió de hombros como si no le concediera la importancia que se merecía.

—Vale, pues eso mismo te digo.

—¿Está con alguien? —Vince sintió una punzada de curiosidad. Tal vez ese fuera el motivo por el que ella mantenía las distancias. No sabía por qué narices le había hecho esa pregunta tan íntima. Porque a juzgar por lo que él había visto desde que estaba en el restaurante no había sido testigo de ello. No había visto a ningún hombre que la esperara al cerrar, ni la acompañara a abrir. O que se hubiera presentado en el restaurante preguntado por ella.

—Creía que no tenías interés en ella —ironizó en un primer momento—. No. No está con nadie. Hace poco estuvo saliendo con un abogado pero al parecer los trabajos de ambos son bastantes absorbentes y decidieron dejarlo —le aclaró ella observando como Vince relajaba el rictus—. Espero que no le comentes nada a mi hermana al respecto.

—Descuida. Bien pensado no creo que tu hermana tenga tiempo para relaciones con todo el trabajo que supone llevar el restaurante. Y además de gestionarlo se ha metido a ser mi *sous chef*, te recuerdo.

—Sí, reconozco que casi no tiene tiempo para tener vida social.

—Pero es el trabajo que ella quiso ¿no?

—Si decidió montar su propio restaurante y convertirse en chef...

—No le quedó más remedio que tomar las riendas de la cocina cuando Benoit la dejó tirada. ¿Qué querías que hiciera? *L'Orchidée* es más que su negocio. Es su vida prácticamente.

Jules entrecerró sus ojos y se quedó contemplando a Vince con inusitada expectación, curiosidad.

—Soy consciente de ello. A mí me pasó algo parecido.

—¿Es ese el motivo por el que cerraste tu restaurante Italia y desapareciste una temporada? El no tener más vida que la cocina.

Vince sostuvo la mirada de Jules mientras asentía.

—Llegó el momento en el que no salía de la *trattoria*. No me importaban las horas que me pasara encerrado trajinando con los distintos platos, sabores, texturas,... Quería ser el mejor sin reparar en el tiempo que tuviera que invertir para lograrlo. Llegar a la cima lo antes posible sacrificando infinidad de cosas, de personas o de momentos. Sin volver la mirada atrás a ver qué se iba quedando por el camino.

—¿Y qué pasó cuando llegaste arriba?

Vince frunció los labios en una mueca de desgana.

—Una vez que llegué me pregunté qué me quedaba por conseguir.

—¿Has logrado saberlo?

Él sonrió con una mueca entre la ironía y la melancolía.

—Cuando lo consiga serás la primera en saberlo. Para que lo publiques. Por cierto, deberíamos pedir un tiramisú, ¿no crees? —Vince levantó la mano para captar la atención de la chica que les había atendido.

—¿Todo bien?

—La pasta estaba de muerte. En serio.

—Me alegro que le haya gustado, señor Ferrara —le aseguró con una sonrisa de complicidad.

—Al parecer vayas donde vayas, la gente te conoce —susurró Jules mientras él sonreía agradecido a la chica.

—Es la impresión que me queda.

—No puedes evitarlo. Eres uno de los chefs más reconocidos y mediáticos.

Vince jugueteó con la copa de agua dejando su mirada fija en esta. Inspiró y se recostó contra la silla.

—Y yo que pensaba que después de todo este tiempo alejado de la primera línea de acción la gente pasaría de mí.

—Ni si quiera lo ha podido hacer mi hermana.

Aquella confesión hizo que Vince se retorciera en la silla.

—¿Margot?

—No te ha olvidado en todo este tiempo, Vince. Desde que te fuiste el restaurante fue un pequeño caos. En cuanto se corrió la voz de que tú te habías marchado después de ganar una estrella para *L'Orchidée*.

—No la gané yo solo. Había y hay un muy buen equipo en la cocina.

—Bien, pero admite que tú fuiste el gran culpable de ese logro.

—Deberías probar el tiramisú. Está muy bueno —le aconsejó cambiando el tema de la conversación. No le gustaba ser el centro de atención; ni atribuirse un mérito que no había sido solo suyo, sino de todos los que formaban el plantel de la cocina de *L'Orchidée*.

—Me doy perfecta cuenta de cuándo no quieres hablar de un tema. No importa, tengo material suficiente para escribir un artículo.

—Siempre puedes llamarme si necesitas algo; o no recuerdas algún dato, ya te lo he dicho. Excepto aquello que tenga que ver con tu hermana.

—Lo sé. Además, no creo que haya nada nuevo con respecto a ella, ¿no?

Vince sonrió al contemplar la expresión del rostro de Jules.

—No. Nada ha cambiado.

—En ese caso ¿a qué estás esperando?

—Con Margot hay que ir despacio después de lo que hice. No es nada sencillo que vuelva a confiar en mí.

—Si de verdad te importa, deberías hacérselo ver. Es mi consejo —le dijo mientras sacaba el monedero de su bolso para pagar, pero la mano de Vince la retuvo.

—Deja que te invite yo esta vez.

—Pero, yo he sido quien te ha propuesto la entrevista.

—Bien. Y ya la tienes. Y dado que he pasado un rato agradable...

—¿Pese a algunas preguntas?

—No has sido tan mala como esperaba.

—Siempre estamos a tiempo de seguir con ella —le advirtió echando mano del bolígrafo.

—Ni hablar. Ya tienes lo que querías, luego ya puedes darte por satisfecha.

—Lo estaré cuando os vea a mi hermana y a ti juntos.

—Ahora te toca a ti darle forma a la información que te he dado. Pasando por alto la segunda parte de la misma —le reiteró pasando por alto su comentario acerca de Margot y de él. Fue a replicarle pero finalmente se

quedó callado. Prefirió no aventurarse a decir nada. Era mejor dejarlo estar ahí. Abandonaron el restaurante italiano y Vince acompañó de vuelta al trabajo a Jules.

—¿Es verdad que duermes poco?

—Sí. Es verdad. Entre la hora a la que acabas de recoger y que tienes que ir temprano al mercado... Puedes hacerte una idea.

—¿Qué has estado haciendo durante todo este tiempo? Desapareciste como si nunca hubieras existido.

—Mejor. Soy consciente de que algunas personas se preguntaban dónde me encontraba y qué estaba haciendo.

—¿Por eso concediste tu primera entrevista?

—Se la debía a un amigo. Nada más. Un favor personal como a ti.

—Bueno, aquí me quedo. Ha sido un placer charlar y comer contigo.

—Lo mismo digo. Y ya me contarás...

—Te haré llegar un ejemplar al restaurante, aunque supongo que mi hermana tendrá uno para comprobar que ella no aparece en ninguna pregunta que la comprometa.

Vince se despidió de ella y decidió dar un paseo por la ciudad. La tarde era perfecta en cuanto a temperatura y él no tenía nada más que hacer. Lo cierto es que en esos días de descanso echaba de menos ver a Margot. Pero no la llamaría, ni pasaría por su casa para ver si estaba. No estaba tan loco como para actuar hasta esos extremos. Tal vez Jules tuviera razón al respecto de ellos dos. Y que Margot lo echó de menos cuando él se marchó, pero era algo que tendría que decirle ella. Y solo entonces se plantearía quedarse en París.

—¿Cómo marchan las cosas entre Vince y tú? —Sabine quiso que su tono sonara casual o al menos esa era su intención.

Margot frunció los labios en una mueca que dejaba claro que no le importaba ni la pregunta ni la respuesta. A continuación se encogió de hombros y apuró su café. Había decidido aprovechar esa tarde de sol sentada en una terraza junto a Sabine y dejar que las horas pasaran de manera lenta, como lo hacían las nubes en el cielo.

—No sé a qué te refieres con tu pregunta.

—Lo pregunto porque sin duda que ha sido toda una sorpresa su vuelta a tu restaurante después de cómo terminaron las cosas entre vosotros.

—Para tu interés te aseguro que marchan bien. ¿Acaso tendrían que ir mal? —Margot arqueó las cejas y miró a Sabine con los ojos como platos.

—Eso deberías saberlo tú que al fin y al cabo eres la que pasa las horas con él.

—Ambos somos adultos y responsables.

—Luego la cosa marcha entre vosotros.

—¿Qué pretendes con eso de que <<marchan>>? Vince puede ser todo lo que quiera en su vida personal, pero dentro de la cocina es un profesional único. Y ese es mi único interés al hacerle una propuesta par que regresara.

Margot pasó por alto ciertos momentos que habían compartido y que ella retenía en su retina pese a que no desearlo. Pero en ocasiones había sido inevitable que sus manos se rozaran cuando los dos pensaba coger un ingrediente o un utensilio al mismo tiempo. Miradas, gestos, o el momento vivido en la parte trasera del restaurante la otra noche. Su forma de contemplarla, de sonreír, de ocupar todo su campo de visión y hacer que ella se estremeciera sin motivo aparente. Su desconocido interés por saber si la acabaría besando.

—En lo de su profesionalidad no tengo dudas ya que en estos años se ha convertido en uno de los chefs con más prestigio. Y eso que tú lo pusiste de patitas en la calle —ironizó Sabine entre carcajadas mientras echaba la cabeza hacia atrás y se colocaba sus gafas de sol sobre el pelo—. A lo mejor incluso debería agradecértelo porque sin duda que su carrera despegó hasta lo que es hoy en día.

—No empieces otra vez con ese tema —le pidió Margot con un tono

cansino.

—No, tranquila. No voy a volver a lo mismo de siempre. ¿Tú crees que ha aprendido la lección?

—¿Lo dices porque pueda volverse a liar con alguien del restaurante? —preguntó Margot no sin cierta perplejidad mientras Sabine asentía con gesto risueño—. Mientras no vuelva a pillarlo en la cocina por mí puede liarse con quien guste —matizó con un dedo en alto—. Lo que a mí me interesa de él es su manera de cocinar. De todas formas, si estás muy interesada en la vida personal de él o en sus líos con las mujeres siempre puedes preguntárselo tú misma. Al fin y al cabo os conocéis.

Sabine sonrió.

—¿Por qué fuiste a buscarlo? Y quiero la verdad. Podías haber elegido a otro jefe para tu cocina, Margot. En cambio se decantaste por él —había un toque muy significativo en las palabras de Sabine.

—Acabo de decírtelo pero tú estás más interesada en otros temas. Me interesa que el restaurante recupere su prestigio y tener a Vincenzo Ferrara dirigiendo la cocina me lo garantiza. Tal vez lo hice porque decidí seguir la sugerencia de Gerard. —Se sintió algo abatida por ese hecho. No quería reconocerlo ante su amiga pero también había existido una parte en ella que deseaba volverlo a ver. A tenerlo cerca. Aunque era cierto que primaba la cuestión profesional. Después de ganar una estrella bajo su mando en la cocina, su marcha significó un estancamiento para el prestigio del restaurante, que se vio sin duda afectado con su marcha. Lo necesitaba para recuperar ese prestigio.

—¿No habrá nada más, verdad?

El tono sugerente y la mirada de Sabine hicieron removerse a Margot. Cogió su taza de café y bebió un poco para aprovechar y deslizar el nudo en su garganta. Sacudió la cabeza y miró a Sabine con total naturalidad.

—No sé que más quieres que te diga.

—Tú y yo sabemos lo que siempre te parecía Vince...

—Hablamos del pasado Sabine. De hace unos años. No me vengas con esas ahora, por favor. Ni que fuéramos unas quinceañeras, Sabine —ironizó Margot tratando de disfrazar lo que en realidad seguía experimentando cada vez que tenía cerca de Vince. Y la verdad es que no entendía cómo era posible después del tiempo transcurrido.

—En ese caso no hay nada de nada.

—Vince me pareció un tipo atractivo e interesante en su día. Punto. Hoy

en día no tengo tiempo de andar pensando en una relación ni en algo que se le parezca. Olvidas que tengo un negocio que sacar adelante.

—Entiendo. Entonces, lo de Montcalm...

—Eso se terminó hace unas semanas. Ambos estamos demasiado entregados a nuestros respectivos trabajos. Él con su bufete de abogados y yo con el restaurante.

—Claro.

—¿Y tú cuándo demonios vas a sentar la cabeza, eh? Podrías contarme algo de ti misma y dejar de indagar en mi vida —le interrumpió Margot con una sonrisa burlona.

Sabine sonrió divertida.

—Cuando encuentre un asiento cómodo para hacerlo.

—Tanto que me has preguntado por Vince...

—Sí, ahí te doy la razón. Pero tú y yo sabemos que Vincenzo Ferrara es un tío para un par de noches o días, según se mire. No lo considero la clase de hombre que se comprometería en una relación.

—Acabas de darme la razón, querida —sonrió Margo pese a que en un fuero interno se lamentaba de que ese razonamiento fuese cierto.

Margot se recostó contra el respaldo de la silla. Su querida Sabine no tenía remedio. Ni creía que algún día lo tuviera, la verdad pensó mientras en su mente revoloteaban las últimas palabras suyas acerca de Vince.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Sabine apurando su café.

—Aprovecharé que hay una temperatura agradable para dar un paseo por los jardines del Luxemburgo. De ese modo me despejaré, me olvidaré del trabajo y de todo lo que conlleva. Más tarde me marcharé a casa, me daré un baño relajante y me quedaré sentada en el sofá.

—Vaya planazo —bufó Sabine.

—Si tú te pasaras doce horas de pie en la cocina de un restaurante te aseguro que lo que menos desearías sería irte por ahí. Lo que más añoro es quedarme en casa.

—Lo entiendo mujer. Solo preguntaba por si te daba por salir a tomar algo esta noche.

—No creo que sea buena idea. Mañana tengo que madrugar para ir al mercado con Vince.

—¿Con Vince? —Sabine lanzó una mirada interrogadora por encima de la montura de sus gafas nada más escuchar el nombre. Pensaba que ese tema se había agotado pero al parecer todavía daba para algo más.

—Sí, con él. Es él quien elige los mejores productos en función de los platos que va a preparar para el día. Sus recomendaciones están fuera de la carta y en parte son por los que la gente acude al restaurante. También estamos introduciendo algunos platos nuevos. ¿Por qué pones esa cara?

—¿Cuál?

—Esa que refleja lo que está pensando tu mente calenturienta. Solo tengo que fijarme en tu sonrisa cínica y en el tono que has empleado para hacer la pregunta para deducir que estás pensando mal de mí. O más bien sucio.

—No mujer, solo que choca lo de quedar con él de madrugada para ir al mercado. Eso si que es todo un planazo con un tío como él. Yo quedaría para irme a tomar algo; o lo invitaría a mi casa para que me prepara una cena especial.

Margot sintió como si acabaran de darle un latigazo porque se enderezó de inmediato cuando estuchó a su amiga. No sabía por qué, pero no le había hecho la pizca de gracia. Pese a que su talante era bien distinto.

—Tú misma. Puedes pasarte por el restaurante y sugerírselo. O bien puedo comentárselo cuando lo vea mañana —le sugirió Margot con un tono que denotaba su enojo o más bien la punzada de celos que acababa de experimentar.

Sabine permaneció unos segundos con la boca abierta aguantando las carcajadas hasta que no pudo más.

—No hace falta que te pongas así.

—¿Así? ¿Cómo?

—Celosa por lo que acabo de decir de Vince y sobre que me gustaría que fuera a mi casa una noche. No me interesa como hombre ya te lo he dejado claro. Te lo dejo todo enterito para ti —Sabine le guiñó un ojo.

Margot se quedó poco menos que petrificada al escuchar aquellas palabras. De repente no supo si el calor que sentía se debía a que llevaba algún tiempo expuesta al sol de media tarde. O por el contrario había sido producido por el comentario de su amiga. Intentó decir algo para rebatir aquellas palabras pero lo único que salía por su boca era un sonido gutural ahogado.

—Te lo regalo. Con un lacito y todo. O una tarjeta.

—Déjalo, ¿quieres? No intentes explicar lo inexplicable, querida. Pero si fuera tú, andaría con cuidado con Vince. ¿Nos vamos? Tengo cosas que hacer.

—No tengo que andar con ningún cuidado porque ni él está interesado en mí, ni yo en él como pareja, claro está. Mi único interés en él es su puesto en

la cocina de *L'Orchidée* —le aseguró de manera cínica levantándose de la silla para irse.

—Lo que ti digas. Te dejo que vayas al Luxemburgo a pasear y evadirte. Ya hablamos.

—Sí, vale. Cuando quieras.

Margot se quedó en mitad de la acera contemplando como su amiga se marchaba en dirección contraria a la suya. Movi6 la cabeza en repetidas ocasiones asegurándose que Sabine no tenía ni pizca de razón. De acuerdo que en su día se sintió atraída por Vince, pero su único interés era su profesionalidad. Nada más. Inspiró y sacudió la cabeza antes de emprender el camino hacia los jardines del Luxemburgo y disfrutar de lo que restaba de tarde.

—Sabine y sus gilipollecas.

Margot estaba convencida de que había pasado página en lo referente a Vince. Que había cerrado ese libro y lo había devuelto al fondo de la estantería sin intención de cogerlo. Sin embargo, lo había hecho tal vez pensando que no le haría sentir nada, y se había equivocado. Y ahora tendría que cerrarlo de golpe o echar un vistazo a ver si era cierto que no era dañino.

Vince dejó a Jules en el trabajo y a partir de ese momento, tenía toda la tarde para hacer lo que le viniera en gana. Y lo que le apetecía en ese instante era estar solo y perderse por París, aunque no creía que ello pudiera suceder puesto que la conocía al dedillo. Pero tal vez la ciudad de la luz lograra sorprenderlo. Se le pasó por la cabeza llamar a Margot y preguntarle si le apetecería dar un paseo ya que la temperatura de la tarde era ideal. Pero tan pronto como lo pensó, desechó dicha posibilidad por lo que podía significar. Tal vez ella pensara que él buscaba cierta afinidad; entablar una relación más estrecha fuera del restaurante... Vete tú a saber lo que podía pensar Margot, se dijo sacudiendo la cabeza. Después de lo sucedido entre ellos el callejón al que daba la parte trasera del restaurante y que luego él se hubiera marchado sin despedirse de ella las dos últimas noches, no era una buena tarjeta de presentación para llamarla e invitarla a salir. Sería mejor mantener la distancia y no hacerla sentir incómoda, ni que pensara que él buscaba llevársela a la cama como hizo con Nicole. Eso lo tenía más que claro. Y lo retraía en momentos como el vivido la otra noche.

Margot entró en los jardines del Luxemburgo donde el ambiente era el habitual. Pero esa tarde estaba más animado ya que el tiempo acompañaba. Familias con niños que jugaban, que disfrutaban de algunas de las actividades

que ofrecía el parque, parejas, grupos de amigos. A ella este lugar le gustaba por la tranquilidad que se respiraba. Pasear por allí le vendría bien para desconectar del trabajo.

Vince daba la vuelta al estanque en el la gente jugaba con barcos veleros. Se había decidido por ir a pasear por el Luxemburgo y ver si podía dejar a Margo fuera de su cabeza. Pero no pudo evitar hacerse algunas preguntas relacionadas con ella. ¿Por qué aceptó su oferta de empleo sabiendo lo que sentía? ¿Había sido consciente en algún instante de lo complicado sería trabajar a su lado cada día durante muchas horas? Y todo se complicaba cuando el día de descanso él se daba cuenta de la echaba de menos. ¡En qué maldito momento decidió regresar a París! se dijo apretando los labios con fuerza al mismo tiempo que fruncía el ceño. Solo vio la posibilidad que brindaba el destino: una segunda oportunidad con ella, tal vez. No se paró a pensar nada más. Siguió su paseo contemplando las estatuas de las mujeres que habían tenido un papel destacado en la historia del país como María Estuardo, Ana de Austria, Margarita de Anjou... entre otras muchas.

Al desviar la mirada de la estatua de la reina Ana detuvo sus pasos. Algo o alguien había captado toda su atención. Por el mismo camino pero en sentido contrario venía Margot admirando las estatuas de igual modo que hacía él. ¿Una simple casualidad o el destino? se preguntó sin dejar de acompañarla con su mirada. Admirándola en silencio desde la distancia. El ligero viento que se había levantado removía su pelo de manera incontrolada, pero a ella no parecía molestarle lo más mínimo. Su vestido color crema con flores estampadas le concedía un aspecto alegre y desenfadado que en nada tenía que ver con su vestimenta en la cocina. Llevaba el bolso cruzado sobre le pecho y sandalias. Vince apretó los labios y arqueó sus cejas con una expresión de admiración, tal vez cuando la tela se le había adherido a sus pechos y a sus piernas de una manera seductora. Por un momento vaciló sobre si debería ir a su encuentro y saludarla o bien permanecer en la distancia y pasar de largo. De manera que decidió seguirla contemplando como si ella misma formara parte de la decoración del jardín; como si ella fuera una de esas mujeres que habían destacado a lo largo de la historia de Francia.

O a lo mejor le convenía largarse de allí de inmediato, antes de que ella lo descubriera.

Margot continuaba avanzado sin ninguna prisa. Sin importarle a dónde le llevaran sus pasos. Estaba disfrutando de un paseo agradable mientras la temperatura no descendía ni un solo grado. Había cerrado su mente a cualquier

pensamiento que tuviera relación con el trabajo. Pero otro tema curioso la había absorbido: el comentario de Sabine acerca de sus relaciones. ¿Cómo iba a llevar su negocio teniendo una relación? Nada más tenía que pensar en lo que había sucedido con Montcalm. Habían tenido que dejarlo porque sus respectivos trabajos estaba por encima de su breve relación. Era casi imposible tener una pareja si ella tenía que pasarse tantas horas en la cocina desempeñando las labores de sous-chef. Otra cosa muy distinta sería dedicarle su tiempo a dirigirlo, lo cual le permitiría pasarse algunas horas por este y dejar toda la responsabilidad en manos de Gerard. Pero para ello tendría que dejar la cocina y eso por el momento le parecía algo complicado de hacer. Primero porque le gustaba preparar los platos más que la dirección de *L'Orchidée*, aunque esta implicara menos horas de trabajo, pero más quebraderos de cabeza. Además, tendría que hablar con Vince para mirar a ver quién sería el nuevo sous-chef. En el momento en que se dio cuenta que volvía a pensar en el trabajo sacudió la cabeza y se dijo que hasta ahí. Decidió detenerse durante unos segundos ante la estatua de Margarita de Angulema, reina de Navarra. Pensaba que centrarse en la historia personal de aquellas mujeres le ayudaría. Tras unos segundos prosiguió su camino volviendo su mirada hacia las estatuas del otro lado del paseo. Y fue cuando le pareció descubrir a Vince contemplándola de una forma extraña. No podía ser verdad. No podía, se reafirmó en su mente. ¿Qué hacía en los jardines del palacio de Luxemburgo a la misma hora que ella? ¿Qué clase de broma era? ¿No la habría seguido hasta allí? Pero, ¿no había más jardines o lugares en la ciudad que tenía que pasear por dónde ella? ¡Con lo grande que era París! Lo contempló sonreír de manera tímida al tiempo que caminaba en su dirección. Margot no supo qué hacer en ese momento: ¿esperarlo y dejar que se acercara a ella o ignorarlo y seguir con su paseo? Lo cierto era que no podía darle la espalda de buenas a primeras porque ya la había visto y saludado. Pero con ganas se quedaba porque las últimas noches no se había despedido de ella al marcharse del trabajo. Ni qué decir de esperarla al cerrar el restaurante. ¿Qué le había pasado para comportarse así? se preguntó ella con los ojos entrecerrados y asintiendo de manera lenta.

—De todos los lugares que hay en París, ¿teníamos que vernos aquí y precisamente hoy que libramos en el restaurante? —dejó caer Margot con un toque de sarcasmo cuando él llegó a su altura y se detuvo para contemplarla con una sonrisa que no apaciguó el mal humor de ella.

Vince se limitó a encogerse de hombros ante aquella explicación.

—El destino.

Aquella palabra no le hizo gracia a Margot. Implicaba muchas cosas.

—La casualidad, diría yo. No en vano mucha gente viene hasta aquí a pasear como tú y yo. ¿Qué haces? ¿No habías quedado con Jules?

Margot lanzó la pregunta con un toque de curiosidad, pero queriendo aparentar que tampoco le importaba demasiado lo que él hubiera estado haciendo. No obstante controló sus gestos por el rabillo del ojo mientras reemprendía su paseo en dirección clara hacia la salida. No era plan quedarse mirándolo como una entrometida deseosa de saber de qué habían hablado su hermana y él.

—Sí, pero de eso hace ya algunas horas. Tu hermana tenía que regresar al trabajo —le aseguró sin apartarse del lado de ella.

—¿Qué tal te ha ido? ¿Cuándo vas a quedar para hacerla?

Vince sonrió porque no le cabía la menor duda que Margot se moría de ganas por conocer los detalles de esta. Saber si habían hablado de ella o no; y de ser cierto en qué sentido.

—Bien.

Margot se detuvo de manera brusca y se volvió hacia él con el ceño fruncido. No podía pasar por alto que estaba atractivo con ese toque de tipo despreocupado, sin afeitarse, sin peinar podría jurar, aunque la culpa la tenía el ligero viento que soplaba.

—Te explicas igual que un libro abierto ¿eh? Si cocinaras de la misma manera que... —ella elevó las cejas y abrió los ojos como platos. Luego hizo un mohín con sus labios y se volvió a proseguir su paseo.

Vince la contempló alejarse de él sin poder evitar sonreír divertido ante su ocurrencia. Permaneció pensativo e hizo una apuesta. Si antes de llegar al final del paseo, ella se volvía hacia él, aunque solo fuera para lanzarle una mirada por encima del hombro para ver si la seguía, significaría que estaría interesada en él. Si no lo hacía, entonces estaba más que claro que no le importaba lo más mínimo.

Margot sonreía sin explicación. Se dio cuenta que él no caminaba a su lado porque no lo había escuchado decir ni una palabra lo que le extrañó. Sacudió la cabeza con el ceño fruncido por este hecho y sin pensarlo dos veces giró el rostro para buscarlo con su mirada y asegurarse de si venía detrás. Pero para su sorpresa él permanecía en el sitio donde lo había dejado. Sonriendo con las manos en los bolsillos de sus vaqueros y la mirada fija en ella. ¿Por qué coño se estaba riendo? se preguntó ella molesta por su

comportamiento. Se volvió para quedarse frente a él y agitar los brazos.

—¿Por qué te has quedado parado en el sitio? ¿Piensas quedarte en el parque?

Vince llegó a la altura de ella con paso rápido. No estaba dispuesto a hacerla esperar ni un segundo. Y más después de contemplar su gesto, su mirada brillante, el rubor en sus mejillas y sus labios entreabiertos. El viento ondeaba sus cabellos haciendo que se abalanzaran sobre el rostro.

—Solo quería comprobar una cosa.

Margot se quedó sin respuesta ante ese comentario. ¿A qué estaba jugando?

—Pues espero que lo hayas hecho.

—Oh sí, ya lo creo —asintió él sin dejar de sonreír como un cínico—. Por cierto, en cuanto a la entrevista con Jules, ha estado bien.

—¿Ya la has hecho? —Margot lo contempló extrañada—. Pensaba que ibais a quedar para planificarla y ver cuándo quedabais.

—Ni hablar. Me la ha hecho mientras comíamos en un restaurante italiano que hay en los Campos Elíseos.

—Qué rapidez. ¿Un italiano? ¿Qué pasa? ¿Echas de menos tu tierra?

—Oh, la entrevista ha sido más bien una especie de charla de dos viejos amigos. Nada serio. Y en cuanto a echar de menos mi tierra... Bueno, uno siempre la añora cuando está fuera.

—Pues te largaste de Italia a España para desconectar —le recordó ella no sin cierto sarcasmo y él no parecía interesado en comentarle nada—. ¿Qué te ha preguntado?

Vince la miró con cierta reticencia a responder e incluso fingiendo sentirse ofendido por esa curiosidad. Con la mano en el pecho en un gesto más bien teatral se inclinó hacia ella, lo cual provocó que Margot diera un paso atrás temiendo que él la besara.

—No debería revelar esa información.

—¿Por qué? Si la entrevista se va publicar y todo el mundo va a poder leerla. No creo que me vaya a asustar lo que hayas podido responder.

Vince cogió aire.

—Casi todo ha girado alrededor de mi vida profesional como puedes comprender. Jules estaba interesada en saber qué había hecho desde que me marché. A medida que yo le contaba, ella iba haciendo preguntas para matizar algunas cuestiones. El motivo de mi regreso a París, a tu restaurante... —Vince volvió el rostro para mirarla pero Margot siguió haciéndolo al frente

sabedora de que él se había quedado fijo en ella.

—Lo típico.

—Exacto. La dejé en la revista y vine a darme una vuelta por el Luxemburgo. Lo cierto es que lo que menos esperaba era verte. Por cierto, ¿qué has hecho tú en tu día libre?

—Oh, bueno, aparte de levantarme algo más tarde, nada en especial.

—¿No irás a decirme que te has aburrido y que has pasado la mañana en el restaurante?

—Claro que no —le rebatió molesta por ese comentario. Contempló el rostro de él con el ceño fruncido sin creer que hubiera dicho algo así—. ¿Por quién me tomas? Yo también necesito desconectar algún día. He estado con Sabine.

—Ah, *la dolce* Sabine. Eso está bien. Necesitas desconectar y tener vida social y todo eso.

Margot entrecerró los ojos y se quedó contemplándolo sin saber cómo reaccionar.

<<¿La dulce Sabine?>> repitió en su cabeza sin poder ocultar si sorpresa por ese calificativo. <<¿Había algo entre ellos dos? Porque después de lo que su amiga le había preguntado de Vince y ahora él la calificaba de esa forma...?>>

Y además él también le repetía la misma idea que su amiga: algo que no le había hecho ninguna gracia. Solo faltaba que ahora le saliera con que necesitaba una pareja y todo eso. Que se le pasaba el arroz, que se iba a quedar para vestir santos... Pero por fortuna no hizo ningún comentario de ese tipo, algo que ella agradeció.

—¡Vincenzo!

Los dos se detuvieron y giraron las cabezas hacia el lugar del que había surgido la voz de una chica que parecía conocerlo. Vince la contempló con el ceño fruncido como si estuviera tratando de asociar su bonito rostro con su nombre mientras esta avanzaba hacia ellos. Y Margot la observaba con una mezcla de curiosidad y cierto recelo, por saber qué relación mantenía con Vince. La verdad era que se trataba de una chica mona y que le dio dos besos bastante sonoros mientras se colgaba de su brazo.

—¿Qué haces en París? ¿Y por qué no me has avisado?

—*Ciao!* Monique... Esto... Verás todo ha sido algo precipitado y casi no he tenido tiempo de retomar el contacto con las amistades que dejé al marcharme —le explicó él a modo de excusa sin apartar la atención de ella,

pero también controlando de reojo a Margot. Le había pillado por sorpresa, sin duda. Monique, un recuerdo de París, pensó él tratando de parecer serio.

—Pues deberías haberme llamado y habríamos quedado. Oye por cierto, tenemos que hacerlo ahora que sé que has vuelto. ¿Por qué lo has hecho?

—¿El qué? —Vince estaba aturdido en ese preciso instante en que se encontraba con en medio de dos mujeres.

—Volver a París.

—He regresado para trabajar.

—¿Estás trabajando? ¿En dónde? Así puedo pasarme alguna noche a cenar.

—En *L'Orchidée*.

Monique frunció el ceño y sacudió la cabeza contrariada por esa información.

—¿Has vuelto al restaurante del que te marchaste? ¿Por qué? Te hacía en el tuyo. En Italia.

—No, no. Me apetecía mucho volver a París —le respondió con plomo y seguridad sin hacer ninguna referencia a la mujer que lo acompañaba y que había sido la culpable.

Margot entrecerró sus ojos y frunció el ceño al escuchar su respuesta. ¿Quería regresar a París? ¿Por eso aceptó su oferta? Pero... podía haberlo hecho en cualquier momento y no esperar a que ella se lo ofreciera. Estaba convencida de que ofertas para hacerlo no le habrían faltado sabiendo todo el mundo que estaba de excedencia o retiro, se dijo Margot confusa por aquella explicación.

—Bueno, pues... ¿trabajas esta noche?

—No, hoy está cerrado por descanso. Es más, esta es Margot, la dueña de *L'Orchidée* —Vince se apartó un poco de Monique y deslizó su brazo por detrás de Margot de manera leve: como una suave caricia.

Ella no se esperaba aquel gesto por parte de él, que agradeció ya que estaba actuando como una simple oyente. Pero cuando él le puso la mano sobre su espalda, ella hizo verdaderos esfuerzos para mantenerse entera. Aguantó la respiración y saludó a la tal Monique, que más bien le parecía un ligue de Vince, que una verdadera amiga.

—Encantada —le dijo sin ninguna ilusión.

—Sí, lo mismo digo —asintió Margot dándose perfecta cuenta de la mirada de desavenencia que la chica acababa de lanzarle. O mucho se equivocaba o no le había hecho mucha gracia verlos juntos. ¡Pero, cuidado,

una cosa era que lo hubiera visto y otra muy distinta que lo estuvieran! se dijo Margot así misma pero como si se lo estuviera diciendo a la otra chica. No obstante ella no se apartó ni un centímetro del brazo de Vince, sino todo lo contrario. Algo que la descolocó en cierto modo ya que no era lo que acababa de decirse.

—Bueno, si te animas dame un toque esta noche y tomamos algo. ¿Tienes mi número?

—Sí, está en la agenda. Pero esta noche no puede ser. Mañana he de madrugar para ir al mercado. Sin embargo, lo tendré en cuenta para otra ocasión.

A Margot aquella explicación le sonó a disculpa. Eso sí, muy elegante, educada y creíble. Un chef debía elegir las mejores piezas frescas del mercado si quería tener éxito con el menú. De manera que en cierto modo no le estaba mintiendo.

La vieron alejarse junto a otras dos chicas que se había mantenido tan apartadas que no parecía que acompañaran a la tal Monique. Vince cogió aire y se fijó en Margot con atención.

—¿Qué pasa? Si se te ha pasado por la cabeza irte con tu amiga, puedes hacerlo. No te preocupes por mí.

Vince sacudió la cabeza.

—Nada más lejos de la realidad. No tengo intención de quedar con ella, ni esta noche ni en los próximos días. No me interesa.

Margot se mordisqueó el labio mientras lo contemplaba caminar hacia la salida de los jardines.

—Pues a ella si parece que le interesas. Es más, has prometido llamarla.

—No te lo discuto. Pero Monique pertenece al pasado. Y debe quedarse ahí. No tengo intención de hacerla regresar al presente, créeme. Borré su número hace tiempo —le aclaró encogiéndose de hombros.

Margot asintió. No le extrañaba que lo hubiera hecho después de todo. Esto vino a corroborar la opinión que ella tenía de él. Alguien que solo buscaba satisfacer su propio ego, sus propias necesidades con las mujeres. Por ese motivo ella no quería que la situación con él se le fuera de las manos. Pero de pronto se percató de la mirada de él y ella no pudo evitar una ligera sacudida en su interior. Fija, brillante, como si pretendiera ahondar en su mente y conocer sus pensamientos. Lo contempló mientras tomaba aire y le sonreía. No podía estar experimentando aquello porque no le convenía. Vince era su chef, y de ahí no podía pasar. No podía inmiscuirse en su vida personal

porque pensaba que al final le haría daño. Sería otra Monique o Nicole. Creía que se había vuelto más dura y fría e indiferente a él, pero algo estaba fallando debía encontrar el qué para repararlo antes de que fuera tarde.

Prosiguieron su camino hasta la salida pero de improvisto él se detuvo justo a la salida de los jardines y se quedó frente a ella como si fuera a despedirse. Pero entonces dijo algo que ella no se esperaba.

—Estoy pensando que dado que hemos comido por separado, ¿qué te apetece cenar juntos? Estoy hablando de buscar un lugar, nada de cocinar nosotros, *per favore* —matizó levantando el alto las manos para aclarar su proposición.

Margot permaneció en silencio sin saber cómo demonios reaccionar, qué decir. Le convendría salir huyendo de allí ahora mismo tras lo que había estado pensando de él y de sus relaciones con las mujeres. Estaba aturdida porque no se lo esperaba, la verdad. Vince no solo la había sorprendido sino que la acababa de dejar fuera de juego.

Al ver que ella parecía poco dispuesta a darle una respuesta, Vince se anticipó.

—Siento haber sido tan directo. Entiendo que tengas tus reservas y que puedas pensar mal de mí después de conocer a Monique y bueno.... De manera que retiro la invitación y te pido disculpas. Me dejé llevar por el buen rato del que estoy disfrutando en tu compañía —le confesó sonriendo con timidez por primera vez desde que lo conocía.

Margot asintió sin decir nada por el momento. Ella también lo estaba pasando bien pese a que en un principio tuvo sus reservas. Reconocía que él se estaba comportando de igual forma que cuando ella fue a verlo para ofrecerle el trabajo. No era nada de lo que ella pensaba. ¿Qué clase de hombre era Vincenzo Ferrara? ¿Un Casanova como había quedado demostrado minutos antes o el hombre reservado que ahora la contemplaba con cierto sentido de culpa por haber sido tan directo? Entornó su mirada y asintió.

—Vale.

—Oye, mañana iré al mercado a echar un vistazo. No hace falta que te levantes a las cinco si no te apetece. No es justo hacerte madrugar.

Ella se quedó en el sitio con una sonrisa que no era capaz de ocultar. El corazón le latía más deprisa porque una parte de ella la empujaba a aceptar la invitación para cenar juntos y tratar de conocerlo un poco más.

—Eso podemos hablarlo mientras cenamos aunque acabas de decirle a tu amiga que esta noche no podías quedar ¿Qué te ha hecho cambiar de idea? —

ella elevó sus cejas al tiempo que se mordía el labio y observaba el gesto de desconcierto en él.

Vince abrió la boca para decir algo pero la sonrisa de ella, su mirada y su presencia acababan de robarle el aliento. No supo qué decir hasta pasados unos minutos en los que por fin reaccionó.

—Dije que no quería quedar con ella. Pero no he dicho que no quisiera hacerlo contigo.

—Vaya. ¿Y qué te ha hecho pensar que yo no quería?

Vince sacudió la cabeza.

—Ver que tardabas en decidirte.

—¿Dónde quieres que vayamos?

—¿Qué te parece ir a uno de la cadena Hipopotamus? No quiero comida muy elaborada. Algo más ligero y normal.

Margot puso cara de no creerlo.

—¿Tú en un sitio de comida más bien rápida?

—Te diré que en esos sitios puedes encontrar la mejor carne que hayas probado.

Margot asintió convencida de sus palabras. Él era el chef, sabía de cocina como nadie. Así que tal vez tuviera razón. Cuando esa mañana salió de casa no entraba en sus planes cenar con él los dos solos. Pero no podía negar que le había agradado encontrarlo en los jardines, después de todo. Además, no había nada malo en irse por ahí con él ¿no? Ella tenía muy claro que no le daría pie a que cruzara el límite que ella había marcado.

La cena transcurrió de manera muy agradable. Entre risas, alguna que otra broma y gestos cargados de complicidad. Margot se fue relajando a medida que las horas pasaban y consideraba que Vince no era en verdad tal y como ella pensaba. Charlaba con él de todo sin que mostrara una doble intención hacia ella. Que hubieran tenido algún acercamiento los días previos no quería decir que él pareciera interesado en ella de una manera descarada. Incluso se le había pasado el ligero enfado que tenía con él por no despedirse de ella las noches pasadas.

—¿Cómo aprendiste a cocinar? Supongo que eso no es cuestión de dos días.

Vince sonrió mientras situaba los codos sobre la mesa y entrelazaba sus dedos.

—De pequeño solía pasarme más tiempo que fuera de la cocina — comenzó explicándole mientras Margot no perdía detalle mientras picaba la

ensalada de su plato—. Mis padres tenían una *trattoria* justo en el mismo centro de Siena, en la Piazza del Campo.

—¿No es la plaza por la que corren los caballos? —Margot interrumpió su explicación. Se quedó contemplándolo con el ceño fruncido y los ojos entrecerrados como si estuviera haciendo memoria. Recordaba haber leído algo sobre dicha carrera o ver un vídeo en la televisión.

—Sí. El palio de Siena. La carrera de caballos más famosa de Italia.

—¿Aprendiste a cocinar en la *trattoria*?

—Sí. Hacíamos las mejores y más deliciosas pizzas no solo de Siena, sino que me atrevería a decirte que de la Toscana.

Margot entornó la mirada y sonrió divertida porque estaba segura de que le estaba tomando el pelo. Gesticulando con sus manos en un claro gesto italiano.

—¿En serio? Me estás vacilando.

—No. Recuérdame que haga una para cenar la noche que tengamos menos jaleo.

—Te tomo la palabra, aunque será complicado dado el volumen de trabajo que hay.

—Te encantará y estoy seguro de que me darás la razón. La gente hacía cola para poder llevarse una o comerla en el local. Y ahí empezó todo.

—¿Por qué dejaste tu casa?

—Siena se me quedó pequeña. Tuve que marcharme a una gran ciudad para seguir progresando. Vine a París para aprender de los mejores y luego llegué a tu restaurante. Nunca te he agradecido la oportunidad que me brindaste al confiar en mí.

—La verdad es que yo necesitaba un jefe de cocina y tus referencias eran de primera —le aseguró arqueando sus cejas.

—*Grazie*. Creo que formamos un buen equipo. Yo obtuve un buen empleo.

—Y yo descubrí a unos de los mejores chefs actuales. De la noche a la mañana el restaurante se convirtió en todo un reclamo para la gente. No solo los turistas que visitan el barrio de Montmartre, sino para los propios parisinos.

Vince le sostuvo la mirada en silencio mientras en su mente recordaba lo sucedido con Nicole. Cuando mejor iban las cosas para todos, él cometió aquella estupidez.

—Siento haberme comportado como un estúpido —Vince extendió su

mano rogando a Margot que no le interrumpiera cuando vio que ella abría la boca para decir algo—. Ya sé que te lo dije en su momento pero ahora con más calma y después del tiempo transcurrido quería que lo supieras.

Margot apretó los labios por un momento antes de esbozar una media sonrisa llena de desilusión por la escena que vivió. Dejó la mirada suspendida en su copa y jugueteó con el pie de esta entre sus dedos.

—Agradezco tus palabras, pero hace tiempo ya de eso. No tiene sentido volver sobre ello —le aseguró mientras en su interior no podía borrar ese recuerdo—. Eso sí, confío en que no se repita porque volverte a despedir sería un mal trago.

—No volverá a suceder. Tienes mi palabra.

Margot siguió contemplándolo mientras él hablaba. Percibió arrepentimiento en sus palabras. Sinceridad en su mirada. Confiaba en que así sucediera.

—Más que nada porque no tengo otro jefe de cocina —ironizó ella entre risas con el propósito de relajar el ambiente que parecía haberse tensado con el asunto del despido de él.

—En eso te engañas.

—¿A qué te refieres?

—A que no necesitas un nuevo chef estando tú.

Margot experimentó un inesperado subidón que se acentuó en sus mejillas.

—Creo que acabas de pasarte con lo que acabas de decir.

No sabía qué hacer, ni que más decir. Incluso no sabía dónde coño meterse al sentirse el centro de atención de él.

—No, no le hecho. Te he visto trabajar y créeme si te digo que tú sola te valdrías para llevar la cocina. Podría marcharme mañana y tú te harías cargo sin que la calidad de la comida bajara un ápice.

—No se te ocurra hacerlo o me verá en un serio aprieto.

De repente aquella confesión la había puesto en alerta por lo que pudiera decidir él. ¿Sería capaz de dejarla en la estacada? Se mordisqueó el labio fruto de la agitación y el descontrol que experimentaba. Y para rematarlo, la forma de mirarla de Vince no la estaba ayudando a relajarse. Y cuando él cubrió su mano con la de él, Margot acusó el calor recorriendo su cuerpo en una especie de hormigueo incesante.

—No voy a hacerlo. Quédate tranquila.

Margot tenía la ligera impresión de que le faltaba el aire. Que el comedor

de pronto se había visto reducido y que ella se ahogaba. Las emociones comenzaban a ser más acusadas, más reales y ella se encontraba completamente descolocada. Sin capacidad de reacción.

—He de ir al baño.

—Bien. ¿Quieres que te pida algo más?

—Ah... no. He quedado bastante bien.

—Como quieras.

Vince la contempló dirigirse a los aseos mientras él permanecía pensativo. ¿De qué tenía miedo ella? ¿De que él se marchara? No. No tenía pensando hacerlo salvo que sucediera algo fuera de lo normal como que ella se viera forzada a cerrar el restaurante, por ejemplo. O que él se viera en la obligación de regresar a Italia.

Margot aprovechó los minutos a solas en el aseo para calmar sus nervios. Apoyó las manos sobre la repisa de granito del lavabo y contempló su imagen en el espejo. Durante unos segundos se mantuvo en esa postura pensando en lo que estaba sucediendo. El motivo por el que se sentía aquel incesante cosquilleo en todo su cuerpo. Seguía sintiendo la atracción por él. No podía negarlo aunque se repitiera que él no le convenía. Ni que ella estaba dispuesta a tener una aventura.

La puerta se abrió dejando paso a una chica a la que sonrió. Abrió el grifo y se refrescó las manos, el cuello e inspiró antes de decirse así misma que estaba bien.

Cuando salió del aseo no se dio cuenta de que un hombre chocaba con ella.

—Lo siento —dijo de manera atropellada fijado la mirada en el desconocido. Sin embargo, cuando se fijó en él reconoció a su ex, Montcalm, que la sujetaba por los brazos y la contemplaba con cara de sorpresa.

—¡Margot! Vaya, qué casualidad. ¿Estás bien?

La mirada de él la recorrió de pies a cabeza antes de inclinarse hacia ella y darle dos besos. Él no apartó sus manos de los antebrazos de ella en ningún momento. Este gesto tan espontáneo le sirvió a Margot para darse cuenta de que el hormigueo que le producía Vince cada vez que se fijaba en ella o rozaba su mano no lo experimentaba con Montcalm.

—Sí, sí. No ha sido nada. No te preocupes.

—No esperaba verte.

—Hoy es mi día de descanso.

—Cierto, tienes razón. Dime, ¿has venido con tu hermana? —Montcalm

era un tipo apuesto, con su traje y su corbata a todas horas. Su sonrisa que haría suspirar a muchas mujeres, pero no a ella. ¿Por qué no había podido dejar que él se instalara en su vida cuando estuvieron juntos? ¿Por qué había antepuesto tu trabajo a él? se había preguntado ella en repetidas ocasiones.

<<Sencillo. Ambos tenéis trabajos que no dejan mucho tiempo para las relaciones, y... tú sigues enamorada del italiano que te está mirando con cara de pocos amigos; o más bien a tu compañía>> le interrumpió la voz de su conciencia:

—No, no. He venido con un amigo —se apresuró a corregirlo sacudiendo la cabeza.

—Tal vez podríamos quedar en alguna ocasión —la sugerencia de él le recordó a Sabine, y a que horas antes le había preguntado por él.

—Lo cierto es que dispongo de poco tiempo, ya me conoces. Hoy que libre he aprovechado para ponerme al día en algunos asuntos que tenía algo dejados. Y tú...—mover la mano hacia él sin saber qué más decir, aunque Montcalm lo comprendió al instante.

—Te entiendo Margot. Mi trabajo en el bufete es tan absorbente como tu restaurante.

—Eso mismo quería decir.

—Lástima que no seamos capaces de desconectar y de centrarnos en otros asuntos tanto o más importantes que el trabajo. Fíjate que estoy cenando con un cliente —le confesó con un tono y un gesto de incredulidad.

—Es lo que tiene ser muy bueno en tu trabajo.

—Gracias. Bueno... No quiero entretenerme más. Ya nos veremos en otra ocasión.

—Claro.

Margot sonrió mientras él desaparecía tras la puerta de los aseos y ella quedaba algo aturdida unos segundos antes de regresar a la mesa.

Vince había contemplado la escena desde su asiento y aunque había tratado de aparentar calma lo cierto era que ver a aquel tipo trajeado tomarse ciertas confianzas con Margot le dio que pensar. Era lógico que durante su larga ausencia de París ella hubiera conocido a otros hombres y hubiera tenido sus más y sus menos con estos. Pero admitía que se sentía algo raro al verla sonreír y charlar con uno.

La vio sentarse de nuevo y sonreírle.

—Disculpa que haya tardado un poco pero me encontré con un amigo —le soltó sin más explicaciones.

—Te he visto que charlabas de manera amistosa con él. No te preocupes. A mí también me pasó esta tarde.

—Sí, Montcalm es mi ex. Es abogado. Me ayudó con todo el papeleo del restaurante.

Vince cogió aire de manera disimulada o al menos lo intentó. Lo dejó pasar y se centró en Margot.

—Me dijiste que no te apetecía nada más, de modo que he pagado la cena y que podemos irnos cuando quieras.

—Pues en ese caso, creo que deberíamos irnos. Te recuerdo que mañana hay que madrugar.

Vince asintió contemplándola levantarse de la silla y dirigir sus pasos hacia la salida. La noche había caído en la ciudad y el ligero viento de la tarde se había vuelto algo más frío, pero no impedía dar un paseo.

—Gracias por la cena —le dijo mirándolo de manera fugaz antes de fijar su atención en el suelo. Cruzó los brazos bajo sus pechos como si estuviera estableciendo una barrera física entre ellos. O tal vez para evitar que él rozara su mano al andar.

—No hay motivos para darlas. En ese caso debería ser yo quien te las diera por aceptar. Solo pretendía pasar algo de tiempo contigo lejos de la cocina.

Aquellas últimas palabras encendieron las alarmas en el interior de ella. Siguió caminando sin apartar la atención del suelo porque de hacerlo para fijarse en él, Vince contemplaría que sus rostro se había encendido, así como la tibia sonrisa.

—Nos pasamos la vida metidos en el la cocina del restaurante sin darnos cuenta que hay vida fuera de esta —aseguró ella tratando de parecer casual y de que no le daba otra interpretación al comentario de él. No quería leer entre líneas.

—Sí, es verdad. Por eso buscaba distraerme por unas horas.

—¿No has tenido bastante con asistir a la entrevista con mi hermana? Estoy segura de que ella si es capaz de distraerte —Margot sonrió con sarcasmo porque sabía cómo era Jules. Y más si se trataba de Vince.

—Tu hermana es muy agradable, la verdad.

—Ya. Cuando se lo propone —ironizó Margot con una media sonrisa.

El tiempo que estaban juntos parecía escaparse como la arena entre los dedos. El camino de regreso a casa de Margot se hizo corto y cuando menos lo esperaron estaban delante del portal.

—Insisto en que no hace falta que madruges si no quieres. Puedo acercarme al mercado yo solo y echar un vistazo a ver qué hay.

—Sería de mala educación dejarte solo. Soy la dueña del restaurante y tu sous-chef. Durante la cena me dijiste que yo tenía capacidad para dirigir la cocina yo sola.

—Y lo mantengo.

El espacio que en un principio había entre ellos se fue acortando de manera casi imperceptible para ambos. Se debió más a los propios gestos y movimientos de sus cuerpos que a la voluntad de ellos.

Margot se pasó las manos por los brazos al notar el aire fresco sobre estos.

—Creo que debí sacar una chaqueta esta tarde. La noche se ha puesto algo fría.

—Sí, veo que tienes frío. No te entretengo más. Que descanses —Vince se quedó clavado en el sitio como si esperara que ella dijera o hiciera algún tipo de señal que lo empujara a probar sus labios y a perderse en el beso.

—Te veo en unas horas en el mercado —Ella no quería marcharse de su lado, pero al mismo tiempo no estaba segura de dar ese paso que parecía estar pidiéndole su cuerpo y su voluntad. De repente había bajado los brazos y los dedos de Vince acariciaron los suyos de manera lenta y sugerente. Entre abrió sus labios para respirar porque la cercanía de él le robaba el aire. Se los humedeció presintiendo que él la besaría en ese momento. No había vuelta atrás. Ni justificación alguna para decir que no deseaba que sucediera.

Vince la contempló de manera fija y enmarcó sus rostro entre sus manos pasando los pulgares por sus mejillas. Movi6 la cabeza de manera lenta antes de atrapar los labios de ella sin soltarla. Suave, dulces y adictivos como el mejor chocolate fundido. Vince se deleitó con ellos sin ninguna intención de apartarse porque cuanto más se recreaba en estos más le pedían que no lo dejara.

Margot acusó el leve tanteó inicial como si de una chispa se tratara que prendió al momento. Cerró los ojos y se abandonó a sus más íntimos y ocultos deseos. Lo besó y dejó que la besara. No terminaba de creer que estuviera sucediendo. Que estuviera besando a Vince, pero era real. Tan real como lo que le hacía sentir.

Se separaron para quedarse en silencio. Contemplándose como si se preguntaran qué había sucedido.

Ella se humedeció los labios y los apretó con fuerza. Tal vez aquello

fuera una locura pero ¿qué podía hacer para detenerla? Sonrió de forma tímida.

—Sería conveniente irnos a dormir o mañana...

—Sí. Tienes razón. Es mejor marcharnos o acabarás por quedarte fría por mi culpa.

Ella no dijo nada más. No sabía qué decir en ese preciso instante en el que el sabor del beso permanecía en sus labios y en el interior de su boca. Lo más acertado era retirarse sin más explicaciones porque en ese instante estaban de más. Se volvió hacia el portal y desapareció en el interior de este mientras Vince la contemplaba con una sonrisa.

¿Qué acababa de suceder? ¿Por qué se había dejado llevar de aquella manera? No tenía las respuestas salvo que ella también lo había deseado. Y nada había podido detenerlo. La tarde noche con ella había merecido la pena, no porque hubiera terminado besándola, sino por su compañía. Por ella misma.

Echó un vistazo a la hora en su móvil pero no le importó que fuera tan tarde y que tuviera que levantarse en unas pocas horas para ir al mercado. Dirigió sus pasos hacia su apartamento consciente de que le costaría conciliar el sueño esa madrugada.

Margot entró en su casa y permaneció a oscuras con la espalda apoyada contra la puerta intentando que el corazón redujera su frecuencia. Cerró los ojos y resopló en un principio. Luego, sacudió la cabeza como si se culpaba de lo sucedido. Encendió la luz y caminó por la casa hasta su habitación. No podía negar que su día de descanso había sido de todo menos aburrido. Y ella que había maldecido al azar por encontrarse a Vince en los jardines del Luxemburgo. Por ahora no quería pensar en nada salvo que en unas horas volvería a verlo y entonces... no estaba segura de si mencionaría lo sucedido o lo dejaría pasar como una simple anécdota sobre la que no valía la pena incidir más. Lo único que tenía claro era que su trabajo en la cocina se viera afectado de ningún modo. Y creía que no repetirlo sería lo más acertado por ahora.

Margot llegó puntual al mercado. No iba dar la impresión de que desde que él estaba al cargo de la cocina, ella iba a desentenderse. Acusó los nervios y el desconcierto cuando recordó la fría despedida. Pese a todo ella había conseguido dormir y descansar unas horas. Por suerte la cafeína había hecho el resto para estar despajada. Apretó los labios y acusó la inesperada sensación de vacío en su estómago cuando vio a Vince charlando en compañía de otro de los grandes de la cocina francesa como era Laurent Daubigny. No quiso acercarse de buenas a primeras sino que prefirió observarlo con detenimiento desde cierta distancia. De ese modo tendría tiempo para pensar en cómo enfrentar la situación cuando la viera. ¿Cómo reaccionaría él? ¿La saludaría y la besaría o se mantendría distante? ¿Y ella? ¿Aceptaría que la besara allí en el mercado delante de conocidos del mundo de la cocina?

—Es bueno que hayas vuelto. En serio te lo digo —le aseguraba Daubigny palmeando el hombro de Vince con todo convencimiento—. Un chef como tú tiene que estar en París, si o sí.

—Agradezco tus palabras.

—También te confieso que no esperaba que lo hicieras después de la manera en que te largaste.

—Ya ves las vueltas que da la vida.

—Yo por mi parte me alegro de que hayas regresado. Habrá otros a los que le joda, ya sabes a quién me refiero —Daubigny arqueó sus cejas.

—Yo he venido a cocinar, que es lo que sé hacer. No me interesa saber a quién puede molestar mi vuelta a París.

—Soy consciente de que esos temas te la traen floja. Solo te lo comento por la amistad que nos une, y por la rivalidad que teníais en el pasado —le advirtió contemplando a Vince asentir sin más gestos—. Respiró a gusto cuando supo que habías dejado *L'Orchidee*. Y no te digo cuando se enteró que habías vuelto a Italia.

—No tengo nada contra él. La prensa se ha empeñado en enfrentarnos por ver quién es el mejor chef de París —aclaró Vince gesticulando con los brazos y adoptando un tono de cierto cabreo por ello.

—Sí, pero ya sabes cómo es. Le gusta ser el primero y el mejor. Por eso cuando te marchaste y él volvió a ser el chef de referencia en la ciudad aseguró que no habías podido con la presión. Que te largabas porque París era

mucho para ti. No le importó lo más mínimo que tuvieras éxito con tu restaurante porque estabas a miles de kilómetros de aquí.

—Que le aproveche su título honorífico de mejor chef de París. Aunque eso estaría por ver —Vince estaba apoyado en un palé de cajas, con los brazos cruzados sobre el pecho observando a Daubigny—. ¿Y a ti, cómo te marchan las cosas?

—Bien. No me quejo. Sabes que yo no entro en esas gilipolleces de ver quien es el mejor. Me basta con que el restaurante en el estoy tenga una afluencia como la que hay. El dueño está contento. No te digo más —Daubigny se encogió de hombros y no le dio importancia—. ¿Intentarás conseguir otra estrella o te conformarás con hacer tu trabajo? Ya sabes que de lograrlo tu caché subiría como el suflé —le recordó haciendo una comparación con este plato.

—De momento he regresado para cocinar. Nadie me ha hablado de lograr más galardones —Vince percibió la cercanía de Margot en el momento en el que giró la cabeza en un gesto casual. Se quedó contemplándola en silencio mientras sus latidos parecían ralentizarse. Recién salida de la cama, como quien decía. Atractiva y dulce desde primera hora de la mañana pese a haber dormido más bien poco, se dijo recordando la manera en la que se despidieron la noche anterior.

—Ahí tienes a tu jefa —dijo Daubigny haciendo un gesto con el mentón en dirección a ella.

Ambos la vieron caminar hacia ellos. Margot tenía la sensación de que él la acariciaba con su mirada a cada paso que daba. Por suerte para ella estaba su amigo Claude Daubigny. Ayudaría a no mostrarse impaciente o nerviosa por quedarse a solas con Vince.

—¿Cómo has conseguido que vuelva a cocinar, Margot?

—Yo solo me limité a hacerle una oferta —extendió el brazo hacia Vince—. Y aquí está.

—Espero que no te lo dejes escapar una segunda vez. Este italiano es un maestro de la cocina —Daubigny posó su manaza en el hombro de Vince quien sacudía la cabeza y sonreía de manera cínica.

—Agradezco tus cumplidos una vez más. Pero exageras —Vince esgrimió un dedo ante su colega.

—Dedícate a cocinar como sabes. Y recuerda lo que te he dicho de quien tú sabes. Me ha alegrado verte Margot. Voy a ver qué compro para el menú de hoy.

—Descuida.

Lo vieron alejarse hacia los puestos sin decir nada más. Segundos después ambos se contemplaban en silencio. Margot apretó los labios hasta convertirlos en una fina línea de color rosado.

—No esperaba que vinieras —le aseguró incorporándose del palé para acortar la distancia con ella y mirarla más de cerca.

—¿Por qué?

Vince lanzó una mirada por encima de ella controlando a la gente que llegaba o se marchaba del mercado. Una mera excusa para no quedarse mirándola como un completo idiota. Acto seguido fijó toda la atención en el rostro de ella. En su mirada reluciente que lo interrogaba.

—Creí que preferirías quedarte en la cama. Ya te dije que no era necesario.

Margot sacudió la cabeza.

—Ni hablar. No sería una buena sous-chef si dejara que el chef con el que trabajo acudiera solo al mercado. Venir hasta aquí implica seguir aprendiendo del mejor.

—¿Tú también me pones por las nubes como el bueno de Claude Daubigny?

—No es ponerte por las nubes. Solo hay que fijarse en tu trayectoria.

—Lo tendré en cuenta para que no me suba —le aseguró guiñándole un ojo.

—Por cierto, ¿a quién se refería Daubigny cuando se ha despedido? — Margot lanzó la pregunta con el consabido toque de curiosidad. Pero prefería seguir hablando de gastronomía y de él, que de lo sucedido la noche antes entre ellos.

Vince pareció no escucharla porque no respondió de inmediato. Pero en realidad sí lo había hecho y no sabía si debía contarle su rivalidad con Gaspar. No quería meterla en medio y que a lo mejor ella o su restaurante salieron perjudicados de algún modo. Se detuvo frente al puesto de la carne para echar un vistazo al género que había esa mañana.

—¿Qué te parece si preparamos *coq au vin*?

—Tú eres el chef —le refirió sin darle la mayor importancia.

Vince notó cierta frialdad al respecto. ¿Se debía a que esperaba que le comentara la conversación que tenía con Daubigny cuando ella apareció? Se volvió para fijarse en la expresión de su rostro. Una mezcla de enfado y decepción aparecía reflejado. Vince resopló. No quería empezar la mañana

mal con ella. De eso estaba seguro.

—Daubigny me preguntaba si Gaspar sabía que yo estaba de vuelta.

—¿Gaspar Leonie?

—El mismo.

—¿Por qué?

—La verdad es que siempre ha existido una rivalidad entre él y yo.

—¿Por ser el mejor chef? —Margot abrió los ojos reflejando la consabida sorpresa que esa noticia le acababa de producir.

—Por parte de él. Esto es, me importa una mierda que se crea el mejor chef de París. O que la prensa lo ensalce como tal tras mi marcha de la ciudad. Le regaló esa mención si le hace ilusión y duerme mejor por las noches — Vince agitó la mano en el aire dando a entender a Margot que así era—. Me da igual. Yo solo quiero cocinar. Alimentar a la gente que va a tu restaurante.

—Pero al parecer, a él no.

Vince sonrió cuando contempló la expresión de ella. Había entornado la mirada hacia él. Varios mechones escapan de su improvisado recogido. El que solía llevar cuando trabajaba. Observó sus labios y como ella se los mordisqueaba como símbolo de impaciencia.

—Al parecer no. Por eso me advertía Daubigny. Para que estuviera atento a sus mordaces comentarios.

—¿Intenta echar por tierra tu trabajo? ¿Desprestigiarte? Un poco tarde para ello, ¿no crees?

—Ni idea. Pero dejemos el tema y veamos que ponemos en el menú, ¿vale?

Ella lo observó volverse hacia el puesto y seguir echando un vistazo a la carne y asegurarse de si merecían la pena los gallos. Lo escuchó intercambiar opiniones con el hombre del puesto hasta que pareció estar de acuerdo y compró varias piezas. Se giró hacia ella con cara de satisfacción.

—Entonces, vas a recomendar gallo al vino —asintió ella lanzando una mirada a la bolsa de la compra.

—Sí. Un plato típico de la cocina occitana. Pero le daré mi toque particular. Y aprovecharemos que ayer nos quedó algo de pescado. Veré qué puedo hacer con ello. Dime, ¿te ha dado tiempo a desayunar? Podemos tomarnos un café antes de ir al restaurante.

—Mejor nos lo tomamos allí ya que hay que dejar la compra. ¿Te importa?

—Ni lo más mínimo.

Entraron al restaurante por el callejón para acceder de forma directa a la cocina. Estaba en completo silencio; nada que ver cuando estaba en plena ebullición. Margot encendió las luces que poco a poco fueron iluminando la cocina.

—Te preparo un café mientras colocas la compra en la cámara —le dijo ella dejando atrás a Vince.

—Sí, claro. Me vendrá bien.

Vince no se había dejado de preguntar por qué ella había sugerido ir al restaurante a desayunar teniendo varios cafés en el mercado. Cerró la puerta de la cámara y encendió uno de los fuegos y colocaba una sartén.

—¿Vas a cocinar? —La voz de ella lo sorprendió atándose el mandil.

—No soy de tomar un café solo por las mañanas. Créeme —le aseguró con una mirada bastante significativa—. Preparé unos crepes. Por cierto, ¿dulces o salados?

Margot frunció los labios y asintió.

—Sorpréndeme —se mordisqueó el labio caminado hacia él como si su mirada la estuviera guiando.

—De acuerdo. Haré mitad y mitad. Pero antes...

Vince sacó su móvil y rebuscó algo en este hasta asentir complacido.

—¿Necesitas que te eche una mano con algo? Me sabe mal mirarte mientras preparas los crepes.

—No hay problema. Tardo poco.

Margot se apoyó contra la encimera y lo contempló con curiosidad hasta que la música comenzó a sonar. En un principio se vio sorprendida y luego sonrió.

—¿Ópera?

—Las mejores arias —le aseguró él dejando el móvil sobre la encimera—. Esta que suena es de *Turandot*. Y el tenor es Pavarotti interpretando *Nessun dorma!* ¿Te gusta la ópera? —él le hizo la pregunta volviendo el rostro de manera fugaz hacia ella y luego se centró en la sartén.

—No he tenido ocasión de asistir a una.

—Pues deberías. Hazme caso. La fuerza de la música te eriza la piel y hace sentir algo... especial. Es algo que no se puede describir con palabras.

Margot sentía la pasión en sus palabras. No había duda que él disfrutaba con la ópera. Pero lo que más le llamó la atención fueron sus miradas fugaces, sus sonrisas,... ¿Habría sido una buena idea acudir allí después de todo? se preguntó ella cogiendo aire porque pese a la amplitud de la cocina ella tenía la

impresión de que se le quedaba pequeña cuando se fijaba en él.

Eran las seis y media de la mañana y estaban solos contemplándose a poca distancia. Y a pesar del hambre que comenzaba a sentir, a él no le importaría seguir con este a cambio de besarla y perderse en el sabor de sus labios.

Ella lo vio manejarse como pez en el agua por la cocina. Algo a lo que ella no parecía estar acostumbrada. Mover, batir, verter, remover, todos sus movimientos eran fáciles, calculados. Con una seguridad nunca vista.

En pocos minutos él le presentó dos platos de crepes.

—Los salados tienen queso, jamón de York, y champiñones. Los dulces contienen chocolate, mermelada de melocotón, o de frutos rojos... He hecho unos pocos más para que los rellenes con lo que quieras por si mi sugerencia no te agrada —Vince se limpió las manos en un trapo esperando a que ella dijera algo.

Margot se mordió el labio como gesto de asombro por lo que acababa de ver.

—Eres increíble, ¿lo sabías? Te he visto cocinar unas pocas veces, pero lo que acabas de hacer... —ella cogió aire antes de proseguir con su explicación—. Me dejas sin palabras. Aunque tu manera de emplatar...

—¿Qué le pasa? ¿No es de tu agrado?

—Podría imitarte cuando algo no te gusta y arrojarlos al cubo de la basura —ironizó mientras la boca se le hacía agua.

Vince frunció el labio y arqueó sus cejas.

—Tienes razón. Mi manera de colocarlos en el plato ha sido rápida e improvisada. Pero tengo hambre y necesito meter algo en el estómago —se acercó a ella sin perderle la mirada y coger la taza de café que le tendía rozando sus dedos de manera intencionada.

Sonrió de manera tímida cuando la notó temblar de forma ligera; tal vez debido al ligero roce de sus dedos. No apartó su mirada de ella ni si quiera mientras bebía café. Era hechizante.

—Haz los honores —le pidió señalando los dos platos repletos de crepes.

Margot empezó por lo salado mientras él hacía lo propio con uno de mermelada de frutos rojos.

El sabor inundó la boca de ella provocando un gemido de placer. Sus ojos se abrieron como platos mirando a Vince con verdadera devoción. ¡Era muy bueno en lo que hacía!

—Está...

—No me lo digas. No hace falta. Solo tengo que fijarme en la expresión de tu rostro y en el sonido que acabas de hacer.

Vince bajó la mirada y sonrió.

—Está buenísimo.

—Esa era mi intención. Prueba el de chocolate.

Ella abrió los ojos al máximo e inspiró ante aquella tentadora sugerencia. Pero no pudo ni quiso rechazarla. De manera que no vaciló en cogerlo y llevárselo a la boca ante la expectante mirada de él. No supo explicar si fue la textura dulce y cremosa del chocolate la que le produjo aquella sensación de calor y placer; o más bien fue la manera en la que Vince la contemplaba comer el crepe. Fuera lo que fuera ella apretó los labios y se pasó la punta de la lengua por estos de manera tímida.

—No estoy acostumbrada a que me miren mientras como.

Vince inspiró mientras seguía recreándose en la imagen de ella. Su rostro lleno de felicidad, de placer provocado por el sabor del chocolate fundido, y la punta de su lengua recorriendo sus labios hasta las comisuras. Se los mordisqueó y los apretó como si pretendiera retener todo el sabor del chocolate.

—Bueno, en este momento somos dos. No tienes de qué preocuparte porque lo haga. Presiento que ese de chocolate te ha gustado.

—Si sigo haciéndote caso acabaré comiéndolos todos.

—No pretendo que sobren. Son el desayuno. Voy a recoger todo esto o a la hora de la comida no habrá quien trabaje.

Margot permaneció en silencio contemplándolo hacer.

—Gracias por el desayuno.

—No tiene importancia. Ha sido un verdadero placer preparar los crepes. Ya ves que no ha sido para tanto.

—Haces que parezca sencillo. Pero no lo es. Y gracias por la cena de anoche. La verdad es que lo pasé muy bien —le dijo de repente para introducir el tema del que quería hablar con él.

Vince dejó de fregar y se quedó contemplándola como si ella fuera una auténtica desconocida. Esbozó una media sonrisa y arrojó el paño húmedo contra la encimera.

—Sí, estuvo bien la tarde. No te diré que cuando quieras podemos repetirla porque soy consciente de que podría meterte en un compromiso. Y no es lo que pretendo. Pero si el próximo día de descanso te apetece estaré

encantado de repetir contigo.

Margot tragó cuando escuchó aquellas palabras. Le dejaba la puerta abierta a repetir lo de la pasada tarde, noche más bien. ¿Qué haría ella? ¿Volver a quedar en plan cita? Cogió aire antes de decir algo.

—¿Me estás proponiendo una cita?

Vince se quedó clavado en el sitio sin capacidad para moverse. Abrió la boca como si tuviera intención de decir algo y se limitó a mirar a Margot con el ceño fruncido. Sintió la mirada de incomprensión de ella, o de desilusión tal vez porque él no se decidía.

Margot sonrió. Todo parecía indicar que al final lo de la pasada noche no había sido más que un mero pasatiempo. ¿Por qué narices la besó si ahora no estaba dispuesto a volver a verse fuera del trabajo? ¿Qué narices pasaba por al cabeza de él? La invitaba a cenar y se despedía de ella besándola como nunca antes lo había hecho ninguna de sus parejas. Le preparaba el desayuno es mañana y no era capaz de quedar con ella una segunda vez. ¿Para qué demonios le decía que quería quedar con ella?

—No... No sé sí...

—Déjalo. Es mejor que no digas nada. Disculpa si he sido demasiado directa en mis comentarios. Gracias por el desayuno.

Ella se volvió dándole la espalda y ocultando su decepción en su rostro. Al parecer él no estaba dispuesto a intentar nada con ella. De repente sintió la mano de él cerrándose en torno a su muñeca obligándola a volverse para enfrentarlo. Y cuando se dio cuenta su cuerpo estaba casi pegado al de él. Sus miradas fijas la una en la otra. Sus respiraciones agitadas y sus alientos entremezclándose en uno solo.

—No me has dejado terminar de hablar.

—No ha hecho falta. Me ha quedado claro que...

—¿Qué? —Vince abrió los ojos más y arqueó sus cejas en un claro gesto de sorpresa e incomprensión por la deducción de ella—. No he dicho que no quiera tener una cita contigo. Es más, he sido yo el que te ha propuesto quedar en otra ocasión.

—Cierto. Pero cuando yo te he preguntado si sería una cita has dudado porque no lo tienes claro. Pero, entonces ¿por qué me preguntas si estaría dispuesta a volver a quedar fuera del trabajo? Si te gusta confundir a la gente conmigo te equivocas. Yo no soy Nicole a la que te follaste en esta cocina.

Vince resopló al escuchar aquella especie de acusación por parte de ella. Durante unos segundos ninguno dijo nada sino que se limitaron solo a

contemplar su reflejo en los ojos de otro.

—Siempre he tenido muy presente que no lo eres. Que no te pareces a ninguna de mis anteriores relaciones y sabes ¿por qué? Porque contigo me he tomado mi tiempo dándole vueltas a la cabeza a esta situación. E incluso me he estado diciendo en repetidas ocasiones que debía olvidarme de ello. Y casi lo había conseguido —Vince sacudió al cabeza y se apartó de ella con una sonrisa tímida—. Hasta que apareciste en aquella cala en Ibiza.

—Vaya, desconocía todo eso. Lo último que pretendía era despertar en ti viejos recuerdos.

—Pues ya lo sabes. Y con respecto a tener una cita, claro que me gustaría que la tuviéramos.

Vince extendió el brazo para permitir que el pulgar de su mano trazara el perfil de su rostro hasta detenerse en los labios. Luego la mano cubrió toda la mejilla de ella y se acercó más, lo justo para apoderarse de estos.

Margot se vio invadida por un repentino deseo que no pudo reprimir cuando la lengua de él se abrió paso hacia el interior de su boca, con ímpetu y precisión. Vince la empujó hasta la encimera, la cogió en brazos y la sentó sobre esta sin dejar de besarla.

Ella le rodeó el cuello con sus brazos profundizando el beso. Se entregó sin condiciones al deseo que la poseía y se olvidó de todo menos de sentir. De repente tenía las manos de él por debajo de la camiseta, dejando que sus dedos reconocieran aquel terreno tan suave y caliente. La piel se le erizó, su respiración se elevó fruto de la excitación. Las manos de los dos se mostraron ágiles desabrochando botones, bajando cremalleras o piezas de lencería que comenzaron a caer sobre el suelo de la cocina o a permanecer arrugadas sobre la encimera sin que ninguno de los dos se preocupara lo más mínimo. Tan solo pensaban en dar placer a su compañero.

Ambos se vieron envueltos en una vorágine de pasión, deseo e incluso lujuria frenética. Pero en mitad de todo esto, hubo un momento de cordura; la justa para concienciarse de lo que estaban haciendo y lo que estaba por llegar.

—Tengo un preservativo en el pantalón. Espera —Vince se mostró rápido a la hora de extraerlo y ponérselo mientras ella lo observaba entre el velo del deseo.

Margot se colocó de tal forma que le facilitó la entrada y acto seguido sus brazos lo rodearon por la espalda. Lo sintió dentro en un instante y como acto seguido él comenzó con sus embestidas mientras los gemidos de ambos se entremezclaban en uno solo. No había manera de parar. Vince la sujetó por las

caderas mientras entraba y salía de ella. Sus labios serpentearon por el cuello de Margot mientras esta lo abrazaba para que no abandonara aquella parte de su cuerpo. Le sujetó el rostro entre sus manos para contemplarlo en el momento preciso en el que todo su cuerpo se convulsionaba con los espasmos previos al orgasmo. Abrió la boca para ahogar los gemidos y estos escaparon sin freno llenando la cocina con ellos. Cerró los ojos y hundió su rostro en el cuello de Vince mientras lo escuchaba gruñir y al momento tensarse. Segundos después solo quedaban las respiraciones agitadas que volvían a relajarse. El pulso acelerado segundos antes y que ahora parecía pisar el freno.

Margot respiraba por la boca con trabajo presa de toda aquella agitación. Se humedeció los labios mientras contemplaba su reflejo en las pupilas de él y la calidez se extendía por su pecho. Bajó la mirada, cerró los ojos y sacudió la cabeza sin terminar de creer que hubiera sucedido.

Vince se apartó de ella para recomponerse. Aquello había sido algo indescriptible porque no había pensando que pudiera llegar de aquella manera que lo había hecho. La contempló mientras ella seguía sentada sobre la encimera, con las manos apoyadas a ambos lados y moviendo sus piernas. Deslizó su mano bajo el mentón de Margot obligándola a levantar la mirada y fijarla en él.

—¿A qué ha venido el gesto de cerrar los ojos y sacudir la cabeza en repetidas ocasiones?

Ella suspiró sin llegar a entender aquella situación. ¿Cómo había podido dejarse llevar de aquella manera? Tan sencilla, sin poner ningún freno. Vale que Vince le gustara y que en alguna ocasión hubiera considerando esta posibilidad, pero de aquella manera tan desenfrenada y tan primitiva...

—Es que todo ha sido tan repentino y tan...—vaciló buscando la palabra que más se ajustara a lo que había vivido minutos antes.

—Te entiendo. Ha sucedido de una manera inesperada. Pero, si te soy sincero no había pensando en que pudiera llegar a suceder. Al menos no así.

Margot abrió los ojos un poco más y sus cejas se elevaron en un arco de sorpresa por lo que él acababa de decir.

—¿Y qué esperabas? ¿Una cena romántica con velas antes de darnos un revolcón? —ella comenzó a vestirse al sentir una corriente de frío erizando su piel. La temperatura de su cuerpo había comenzado a bajar una vez que su respiración y su pulso se habían ralentizado. Estaba furiosa con ella misma por haber sucumbido de aquella manera tan fácil.

—Podría ser. Solo me refiero a que no esperaba hacerlo aquí.

—Pues tú ya tienes experiencia —ironizó ella molesta por algún motivo con lo sucedido entre ellos. ¿Y ahora qué iba a suceder entre ellos? Mezclar trabajo y sexo podría ser una combinación nada aconsejable se dijo como si buscara justificarlo.

—Sabes cómo hacer que el otro se sienta jodido.

—No pretendo nada Vince. Es la verdad. Te encontré tirándote a Nicole aquí mismo.

—Sí y ya te dije que hiciste lo correcto al despedirme cuando nos pillaste —comentó él sin ganas de seguir aquella conversación—. ¿Necesitas algo? Te lo pregunto porque hasta dentro de una par de horas no tengo pensado empezar a preparar los platos de hoy.

Margot sacudió la cabeza.

—No. Yo también me macharé a casa unas horas antes de venir y abrir.

Vince asintió sin mediar palabra. Observó a Margot como si esperara que le preguntara qué iba a suceder entre ellos. Pero ella no mencionó nada al respecto. Era como si lo de la cita hubiera quedado en segundo plano y ya no tuviera la menor importancia. Incluso Vince creía percibir la duda en la mirada de ella. Por eso decidió dar un paso al frente y arriesgar más de lo permitido.

—¿Por qué te quedas callada? ¿Qué pasa con la cita?

La pregunta dejó sin capacidad de reacción a Margot quien no esperaba que él se acordara.

—¿La cita? —ella se mostró contrariada porque no esperaba que él hiciera referencia a esta. Pensaba que con haber tenido sexo con ella ya le bastaba.

—Sí. Antes me preguntaste si te estaba proponiendo una.

—Sé lo que te pregunté. Pero, creo que podríamos dejarlo para otra ocasión después de... —ella no encontró un calificativo para definir lo sucedido.

Margot ni siquiera tenía claro si volver a quedar con él para salir por Paris sería una buena opción. Claro que esa explicación ahora parecía carecer de sentido. Debería haberlo tenido en cuenta antes de dejarse arrastrar por el deseo.

Vince cogió aire y se enderezó.

—Ahora eres tú la que parece no tenerlo claro.

Margot apretó los labios y trató de esbozar una sonrisa.

—Es mejor dejarlo estar Vince. Créeme. Debemos centrarnos en el

trabajo.

Él permanecía mirándola con un gesto de incredulidad en su rostro.

—Si es lo que quieres. Me queda claro que solo buscabas arrancarnos la ropa como hemos hecho.

—De acuerdo. Lo deseaba, sí. Soy una mujer adulta y libre puedo hacer lo que me venga en gana igual que tú —ella se encaró con él adoptando un toque frío mientras el pecho le retumbaba como minutos antes. Solo que esta vez no era producto del desenfreno al que se habían sometido de manera mutua. Era de nervios y de decepción con ella misma por haberlo permitido.

—En ningún momento lo he puesto en duda.

Margot cogió aire y sacudió la cabeza antes de dar dos pasos atrás y alejarse de Vince. No dijo nada más. No tenía sentido.

Él la contempló durante unos segundos esperando que le reprochara algo, o que incluso lo abofeteara. Quería que descargara su rabia de alguna forma porque estaba convencido de que ella se había visto sorprendida por su propia reacción y ahora se lo reprochaba.

—Te veré más tarde —fueron las últimas palabras de Vince antes de girarse para abandonar la cocina. Ni siquiera se molestó en esperarla. No le pareció una buena idea después de todo. La dejaría a solas para que pensara en lo que había hecho y en lo que quería. Él le había dejado clara su postura: quería volver a quedar con ella para disfrutar de su compañía recorriendo París. Pero... eso debería decidirlo ella siempre y cuando se aclarara.

Margot no dijo nada más. Se limitó a asentir y a contemplarlo salir por la puerta que daba al callejón. Una vez a solas resopló apoyándose sobre la encimera que había sido testigo de lo sucedido. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. ¿Por qué lo había permitido si no estaba segura de querer seguir con ello? Porque pensaba que él solo se conformaría con echar un polvo y punto. Vincenzo Ferrara era de la clase de hombres en lo que no podía confiar. Había visto lo que sucedió con Nicole. De repente comenzó a ser presa de una risa nerviosa al recordar aquella escena. En el fondo siempre había tenido algo de celos de ella. Porque hubiera sido la elegida en aquel momento. Pero hacía unos minutos había sido *ella* la que estaba acogiendo a Vince entre sus piernas. ¿Por qué se le ocurrió preguntarle si quería tener una cita con ella si el único motivo por el que estaba allí era para dirigir la cocina de su restaurante? ¿O había algo más que ella no había confesado a nadie porque ni si quiera sabía que lo ansiaba?

Suspiró y apagó las luces de la cocina de camino a la salida. Dejó pasar

el tiempo para que él se marchara. Cuando por fin salió a la calle el barrio de Montmartre comenzaba a despertar a un nuevo día. Contempló la plaza del Tertre donde se emplazaban los artistas cada día y que a esas horas todavía permanecía vacía y en silencio. Se quedó allí contemplando el lugar antes de emprender el camino a casa para intentar encontrar algo de cordura.

*

—Sales favorecido —le comentó Gerard a Vince mostrándole la fotografía que acompañaba la entrevista que Jules le había hecho.

—Es de archivo. Esa fotografía tiene un par de años o más —le aseguró con total convicción fijándose en esta.

—¿De tu anterior estancia en París?

—Así es.

Gerard volvió la atención al texto de la entrevista y siguió leyéndola. Emitió todo tipo de sonidos según avanzaba su lectura.

—De manera que has vuelto porque estabas aburrido. Aquí lo pone.

Vince siguió preparando la cena de ese día en *L'Orchidée* mientras el resto de ayudantes hacían lo mismo con los utensilios a emplear.

—¿En serio? Bueno, en parte. Por cierto sé que fuiste tú el que animó a Margot a que me buscara.

Gerard miró fijamente a su amigo con cara de circunstancia.

—Sí. Se lo comenté. ¿Hice mal?

—No. Para nada. A fin de cuentas la decisión final fue mía.

—Le costó decidirse, la verdad. Pero la última palabra la tuvo ella. Yo solo soy el maître —le aclaró como si se disculpara o algo parecido por la decisión de Margot.

Vince siguió centrado en preparar los platos sin decir nada más. Margot permanecía fuera de la cocina, en el comedor. Los días posteriores a lo sucedido entre ellos en esa cocina no habían sido lo mismo. Algo estaba cambiando porque Vince notaba a Margot diferente. No era tan habladora como antes. Incluso había puesto la disculpa del cansancio o de quedarse dormida para no acudir al mercado con él. No estaba seguro de si lo estaba evitando pero a simple vista eso parecía. En un principio él se sintió algo molesto por el comportamiento de ella. Pero con el paso de los días se convenció de que tal vez ella tuviera razón y no convenía mezclar sexo y trabajo. Por ese motivo ahora, él se dedicaba a cocinar y nada más. Las únicas palabras que intercambiaba con ella era para hablar del menú.

—Aquí dice que piensas quedarte en París.

—Por ahora —le dijo levantando la mirada del pescado que en ese momento captaba toda su atención incluso cuando la puerta de la cocina sonó dejando paso a Margot. Vince levantó los ojos lo justo para verla pasar delante de él y detenerse ante Gerard.

—Deberías dejar de leer la revista y salir. Hay una cola de mil demonios y no he hecho más que abrir la puerta —le espetó ella poco menos que arrancándole la revista de las manos a Gerard.

—Se habrán enterado que él ha vuelto —dijo el maître haciendo un gesto hacia Vince primero y luego hacia la revista abierta por la entrevista de Jules, y que Margot había arrojado sobre la encimera.

Ella no le prestó la mínima atención en ese momento sino que se limitó a cogerla y a cerrarla. Luego sin mediar palabra cogió un mandil y se lo anudó. Hizo lo mismo con el pañuelo que cubría su pelo y se dispuso a empezar el trabajo. La rigidez de sus gestos indicaba que la jefa no estaba de buen humor.

Gerard se inclinó sobre Vince aprovechando que ella se había alejado.

—¿Sabes que le pasa? Llevas días con un carácter de perros. ¿No lo has notado?

—Estará en esos días propios de las mujeres. Le cambia el carácter —le dijo él sin darle demasiada importancia—. O tal vez se deba a que la carga de trabajo ha aumentado y tiene algo de estrés.

—Ya. Pero eso es lo que sucede cuando tienes al mejor dirigiendo tu cocina —le aseguró Gerard guiñando un ojo a Vince—. Será mejor que salga al comedor antes de que ella coja uno de tus cuchillos y me lo lance a modo de advertencia.

—Descuida. Sabes que nadie, excepto yo, los toca.

Margot contemplaba a Vince limpiándolos antes de guardarlos en su correspondiente sitio dentro de su estuche. Sabía que él no dejaba que nadie los tocara, bajo ningún concepto. Eran su herramienta y debía cuidarlos con esmero. Siempre afilados, a punto para ser utilizados. Le vino a la mente la escena de hacía uno par de días cuando uno de los cocineros se acercó a verlos y Vince le explicó para que servía cada uno. E incluso se los dejó tocar pero no probar. Eso era algo que solo él podía hacer. Le aseguró que el día que él se convirtiera en un chef, tendría su propio juego.

Él levantó la mirada y se cruzó con la de ella. No había nada en esta. Vince le parecía concentrado en una noche más de trabajo en *L'Orchidée*. Hacía días que su relación se limitaba solo al plano profesional. Ella no había vuelto a mencionar nada de lo ocurrido entre ellos, y él parecía respetarlo. De

manera que se limitaba a cumplir su trabajo y nada más.

—Está bien, damas y caballeros, empezamos —anunció Gerard regresando a la cocina con los primeros platos a preparar y que de inmediato Vince repartió dando las oportunas órdenes.

Margot no esperó a que él le adjudicara uno sino que ella misma se lo quedó para sorpresa de él. La contempló en silencio con gesto de sorpresa en su rostro pero no dijo nada.

Por un momento sus miradas se volvieron a encontrar como si de dos espadas se trataran y Vince se quedó quieto observándola dirigirse hacia los fogones. No podía evitar sentirse atraído por Margot por mucho que ella dijera que era mejor establecer una línea entre ambos y no cruzarla. La respetaría en todo momento. Hasta que fuera ella la que la cruzara porque no pudiera soportarlo. Y él estaba seguro de que al final tendría que rendirse a la evidencia. ¡Maldita fuera! Le importaba muy poco su carácter algo irascible y autoritario en ciertos momentos, como con Gerard hacía unos minutos. Pero al final y al cabo era la dueña del negocio, se dijo.

—¿Qué pasa con los primeros? ¿Por qué no tengo delante de mí ninguno todavía? ¿A qué estamos esperando? —preguntó girándose hacia su equipo de cocineros que parecían estar dejándose la vida.

—Más pedidos, chicos —anunció Gerard entregando a Vince las notas con las comandas que él se encargó de transmitir.

—Si no consigo que entreguemos los platos a tiempo las cosas, no valemos una mierda. Y yo el primero —gritó para hacerse escuchar por encima del ruido de cacerolas, sartenes y platos que cambiaban de manos con rapidez.

—Sí, chef. Aquí tienes varios primeros —le anunció Margot dejándolos sobre la encimera delante de él para que les diera el visto bueno y los entregara a los camareros.

Vince se tomó sus segundos en observarlos antes de entregarlos para que los sirvieran. Luego decidió que se pondría manos a la obra y comenzó a pasear entre los fogones a ver qué se estaba haciendo.

—Prueba —Margot le tendió la cuchara para que diera su opinión sobre al salsa.

—Ummm. Yo le añadiría una pizca de sal. Me parece algo soso. Y también alguna especie. Pero no te pases —le advirtió esgrimiendo un dedo a modo de advertencia y ella volvía el rostro para centrarse en la cocción de la salda.

Margot había aguantado la respiración cuando el rostro de él quedó a escasos centímetros del suyo: separados por una cuchara de madera. La ternura y la calidez con la que solía mirarla había desaparecido dejando paso a la concentración y la frialdad haciendo que el interior de ella pareciera contraerse. Lo observó mientras él se alejaba para comprobar el resto de platos que se estaban preparando.

Tras dar algunos consejos y órdenes Vince regresó a su puesto a emplatar. Colocó los ingredientes de la mejor manera, adornó con verduras, cremas, especias aquí y allí y tras pasar un paño limpio por el borde del plato los deslizaba hacia los camareros que los colocaban en sus respectivas bandejas.

De repente se vio invadido por numerosos platos a la vez que lo obligaron a pasar un buen rato sin levantar la cabeza.

—La noche marcha —le comentó Gerard.

Vince ni se dio cuenta de su presencia salvo cuando se dirigió a él. Levantó la vista del plato que estaba preparando, lo justo para ello.

—Que salgan estos segundos ya.

—Hoy acabaremos tarde —le aseguró el maître elevando sus cejas. Hizo una señal a los camareros para que sacaran los platos—. No hay duda de que la gente ya sabe que has vuelto y quiere probar tus platos. Por cierto no te lo he comentado antes pero hay alguien que quiere saludarte.

—¿Quién? ¿La hermana de Margot otra vez?

—No. Jules no ha venido esta noche. Se trata de Gaspar —Gerard se quedó clavando con la mirada fija en Vince. Esperaba su reacción pero él no pareció inmutarse por este hecho ya que seguía limpiando el borde de un plato después de adornarlo con un poco de crema. Ni siquiera levantó la mirada para hacerle la pregunta.

—¿Qué quiere?

—Ha pedido que salgas.

Vince se tomó unos segundos en lo que terminó de preparar el siguiente plato que salir. Luego se limpió las manos y arrojó su trapo sobre la encimera. Contempló a Gerard con el ceño fruncido y las manos apoyadas en las caderas. Pareció estar pensando si debería hacerlo, pero estaba claro que cuando un cliente solicitaba la presencia del jefe de cocina, este no podía negarse. Era de mal gusto. No daba una buena imagen al restaurante y Vince no pretendía dejarlo en mal lugar. Y más si como en este caso se trataba de Gaspard Leonie. Era lo que este necesitaba para atacarlo.

—¡Margot a emplatar! —dijo levantando la voz para que ella lo

escuchara. La vio aparecer con el rostro encendido por el calor de los fogones y del ajeteo que había en la cocina—. Encárgate de todo mientras me ausento —le pidió sin mirarla si quiera.

Ella quiso decir algo pero se vio tan sorprendida que no tuvo capacidad de reacción. Solo se dio cuenta de que él salía de la cocina dejándola a cargo de la cocina y de los platos que faltaban por salir.

—¿Qué sucede? —preguntó sujetando a Gerard por el brazo antes de que él también se largara.

—Alguien quiere hablar con Vince.

Margot se quedó pensativa pero no dijo nada más porque en ese instante se encontró con dos platos de gallo al vino, la especialidad de Vince para ese día. Sin duda que él había vuelto a acertar porque ya habían salido al menos cuatro. Y a ese ritmo los terminarían antes de llegar a la mitad de la noche. Margot se tomó unos segundos para calmarse. Se los había visto preparar de refilón a él pero no estaba segura de si lo haría de la misma manera. Pero ¿qué más daba? Él no estaba allí para hacerlo así que trataría de que la presentación fuera la mejor.

Vince apareció en el comedor junto a Gerard. Este lo condujo a la mesa que ocupaba Gaspar, quien esbozó una sonrisa cuando lo vio llegar. Dejó los cubiertos sobre el plato, se limpió las comisuras y dobló la servilleta sobre su regazo con toda la parsimonia del mundo antes de quedarse contemplando a Vince. Este apartó una silla para sentarse por si acaso a Gaspar no se le ocurría invitarlo a que lo hiciera. Cosa que le daba igual porque él ya había decidido lo que iba a hacer.

—¿Querías verme? Aquí me tienes —Vince empleó un tono irónico mientras cruzaba una pierna sobre la otra y esperaba a que él le respondiera.

—Quería comprobar si era cierta la noticia que circula por todo París.

—¿Te refieres a si estaba de vuelta?

—Exacto.

—Con ver la prensa te habría servido. Jules me ha hecho una entrevista fantástica. La foto es de archivo; te lo cuento porque se me nota más joven. Eso sí, no tiene retoques. Detesto que lo hagan conmigo.

—Podría tratarse de una entrevista hecha por teléfono. O podría haberte enviado las preguntas por correo y tu se las podrías haber devuelto con las respuestas. Hoy en día con la tecnología no hace falta estar presente en un sitio para realizar ciertos trámites —le aclaró con una sonrisa.

—Sí. Tienes razón pero ya ves que en mi caso no ha sido así. Jules me la

hizo en persona. Veo que has pedido gallo al vino. Confío que cumpla tus expectativas —apreció Vince dirigiendo su atención hacia el plato de Gaspard.

Este frunció los labios y entrelazó sus dedos juntando las manos.

—Sí Quería probarlo ya que es un plato típico. Y debo decir que no me has decepcionado.

—Es todo un cumplido viniendo de ti.

—Eres bueno Vince. Un maldito cabrón sabe lo que hace cuando se mete en una cocina.

—Ahora mismo no sé si sentirme halagado o insultado por tus palabras.

—Los dos sabemos que eres el puto amo de la cocina aquí en París.

—Tal como lo dices parece que fuera un capo mafioso.

—Nada se te resiste. Innovas nuevos sabores, platos, maneras de cocinar... La gente tiene que esperar semanas para que le den una mesa en *L'Orchidée*.

—Es por la gestión de Margot. Ya lo sabes —le aclaró restando importancia a los calificativos vertidos hacia él. Además, ella tenía gran parte de ese éxito que mencionaba Gaspard.

—Dime, ¿por qué cojones has vuelto? ¿No estabas a gusto en tu restaurante de Siena? Leí que tenías mucho éxito. Tanto que no dabas abasto para servir comida. Y vas lo cierras para perderte en una cala de Ibiza. Pues la verdad, podrías haberte quedado allí. Seguro que el clima es mejor que el de París. Aquí llueve y hace frío.

Vince hizo una mueca irónica.

—Sí, podía haberlo hecho. Tienes razón.

—Pero decidiste regresar a París —resumió Gaspard con cierto tono de fastidio.

—Recibí una oferta para volver. Y la acepté.

Gaspard sonrió divertido.

—No entiendo cómo es posible que Margot te haya vuelto a entregar el mando de la cocina después de lo sucedido hace años. Mira que pillarte follándote a la sous-chef. Desde luego que solo se te ocurre a ti.

—Todavía no he sabido de otro que le haya dado por imitarme.

—Espero que cometas otra de tus extravagancias o de tus gilipolleces y vuelvas a acabar en la calle. Solo que esta vez nadie te hará una oferta para dirigir su cocina.

—En ese caso regresaré a mi casa en Siena y volveré a abrir la *trattoria*

en la Piazza del Campo. ¿Sabes que por esta corren los caballos en verano? — le preguntó sin dejar su toque sarcástico en ningún momento—. Por cierto, no me has dicho que te parece mi gallo al vino. Pero viendo que no estás dejando nada... Debe ser de tu agrado.

—Sí. Lo es. Por eso te digo que eres el mejor. No he probado nada semejante.

—Me alegro. Nos vemos cuando quieras.

Vince ya se marchaba pero se volvió en un último momento. Apoyó las manos de manera firme sobre la mesa.

—En cuanto a ese gilipollez que te ha dado por ser el mejor cocinero de París, te regalo el título honorífico que tanta ilusión te hace, hombre. No me importa lo más mínimo. Lo único que quiero es alimentar a la gente.

—No es eso lo que dicen.

—¿En serio? ¿Y qué dicen?

—Que has vuelto para lograr un nueva estrella.

—No he vuelto precisamente para ganar otra estrella. No me va ser general. Pero no la rechazaré si con ella el restaurante sube su caché —le aseguró guiñándole un ojo y apuntándolo con su dedo.

Gaspard lo contempló alejarse de su mesa de regreso a la cocina.

Vince empujó la puerta batiente y regresó a su puesto sin que Margot se percatara de este hecho; solo cuando se dio de bruces con él al volverse hacia su derecha.

—¿Estás bien?

—Sí. Disculpa, es que con tanto jaleo —se excuso ella ajena a que Vince estaba sujetándola por los antebrazos, sintiendo su piel suave bajo la yema de sus dedos. Lo contempló de manera fija mientras él apretaba los labios y asentía antes de soltarla.

—¿Qué tenemos?

—Estaba trabajando en estos primeros —Margot regresó a su tarea, tratando de abstraerse de la cercanía de él. Algo complicado cuando sus codos se rozaban o cuando ambos coincidían en girar en sentidos contrarios y se volvían a encontrar cara a cara.

Vince prefirió largarse de allí y dejarla emplatando mientras él se daba una vuelta por los fogones a ver qué estaban haciendo el resto. Pero casi siempre acababa por lanzarle una mirada. Se decía que para asegurarse de que todo iba bien y de que ella no necesitaba su colaboración para terminar de preparar los platos y darles salida. Pero en su interior que eso era en lo que

menos pensaba cuando se la quedaba mirando. Y que cuando ella volvía su atención hacia el centro de la cocina y sus miradas coincidían, a él le podía la impotencia por no poder tenerla a su lado. Pero respetaría su decisión en todo momento, aunque ello significara renunciar a ella de manera definitiva.

Cuando a cocina cerró y la tranquilidad regresó a esta, Margot se acercó de manera natural hasta Vince, quien terminaba de guardar sus cuchillos.

—No me has contado nada de quién quería verte.

—No era nadie importante —le dijo encogiendo sus hombros.

—¿Gaspard Leoni no lo es?

La contempló mientras arqueaba sus cejas y se mordía el labio.

—Si ya lo sabías por Gerard, ¿por qué me lo preguntas?

Vince pasó por su lado mientras ella se volvía para ver dónde iba. Lo notaba distante esa noche pese a que había tenido un par de gestos y miradas algo significativas con ella. Lo vio coger su ropa y prepararse para marcharse. El móvil de él sonó de repente. Se quedó mirando la pantalla por un momento. Y respondió.

Margot le lanzó un par de fugaces miradas a él mientras lo veía gesticular con los brazos como si en verdad estuviera hablando cara a cara con su interlocutor. Echó una vistazo al reloj de la cocina y asintió. Cuando terminó de hablar guardó el móvil en el bolsillo trasero de sus pantalones y comenzó a despedirse de los que quedaban todavía por allí hasta que le tocó el turno de hacerlo con Margot.

—Nos vemos pasado mañana. *Ciao!*

—Claro —Margot dejó escapar un susurro mientras en su interior algo parecía romperse.

Vince lanzó una última y fugaz mirada a esta y empujó la puerta trasera del restaurante para salir a la calle. Se detuvo en el primer escalón para coger aire. Por un segundo cerró los ojos y sacudió la cabeza sin entender cómo había pasado de tenerlo todo a quedarse tan solo con su empleo. Pero tal vez fuera mejor así. Ahora prefería centrarse en Lizzette. Su amiga ibicenca acababa de llamarle para decirle que su avión acababa de aterrizar en el aeropuerto Charles de Gaulle y que le gustaría que fuera a buscarla. Pero, ¿cómo se le había ocurrido ir a verlo? se preguntó sonriendo. Lizzette y sus locuras se dijo sacudiendo la cabeza. Al menos al día siguiente no tendría que madrugar y podrían recorrer una parte de Paris. Y a él la visita de su amiga le serviría de distracción. Esperaba que ella le hiciera olvidarse un poco de Margot.

Margot pensaba que se había quedado sola en la cocina. Y fue entonces cuando se arrancó su mandil y su gorro para arrojarlos sobre el suelo dejando ver su monumental cabreo a Gerard, quien la contemplaba sin que ella lo supiera.

—¿Crees que el mandil y el pañuelo tienen la culpa de lo que te pasa? ¿O que te ayudarán a sacarte el cabreo que tienes dentro?

Margot se revolvió como un felino para ver a su amigo dirigirse hacia ella y quedarse apoyado sobre el borde de la encimera.

—Pensé que estaba sola —dijo a modo de disculpa mientras se agachaba y recogía ambas prendas.

—Eso mismo he creído yo al verte comportarte de esa manera. ¿Qué te pasa Margot? —la contempló con la mirada entornada y los brazos cruzados sobre el pecho.

—Estoy cansada. No me hagas caso.

—Sí, lo cierto es que la noche ha sido movidita. Se lo comenté a Vince en un momento de la misma.

—¿Qué quería Gaspard Leonie de él? —Margot arqueó una ceja. Prefería hablar de él que de Vince.

—¿No se lo has preguntado a Vince?

—No me ha comentado nada. Se ha limitado a restarle importancia.

—Ese es él. Para él nada tiene importancia cuando se trata de su trabajo.

—No creo que esa afirmación tuya sea acertada cuando se trata de él y de su trabajo.

—Él solo quiere cocinar. No le interesa lo más mínimo conseguir una nueva estrella o ser el mejor chef de París. Pero a Gaspard parece irle la vida en ello. Créeme.

—¿Qué pasa con él? ¿Tiene envidia de Vince? —Margot esbozó una sonrisa algo cínica ante esa perspectiva.

—Algo de eso hay. Pero esa rivalidad, según me contó Vince en una ocasión hace tiempo, viene desde que ambos estaban en la escuela de cocina. Vince siempre ha destacado. Tiene un don natural para la elaboración de los platos. Tal vez tenga que ver el hecho de que pasaba gran parte del tiempo metido en la cocina cuando era pequeño. Ver a su abuela y a su madre cocinar. Vete a saber. Lo que cuenta es que Gaspard siempre se ha sentido en segundo plano con él y eso parece llevarle los demonios.

—Vince no me había comentado nada de esa rivalidad. La otra mañana estaba charlando de lo mismo con Daubigny —Margot bajó el tono de su voz y

se mordió el labio—. Creo que deberíamos irnos a descansar y dejar las rivalidad de Vince para otro momento, ¿no crees?

—Lo agradecería sabiendo que mañana libramos. Y a ti te vendrá bien porque de ese modo no lo pagarás con otra cosa —le aseguró Gerard haciendo un gesto hacia las dos piezas del uniforme de cocina que ella había recogido del suelo.

Margot movió los hombros como si no le diera importancia.

—De todas formas hay que lavarlos.

—Mañana deberías relajarte. Dar un paseo por alguno de los jardines de la ciudad, ir de compras, llamar a un amiga, esas cosas que se hacen los días libres.

—O bien quedarme en la cama y hacer una cura de sueño.

—Si es lo que necesitas —Gerard intuía que las cosas entre Vince y ella estaban algo tirantes desde hacia unos días pero se le escapaba el motivo. No era plan de preguntarle a ella porque le diría que no le importaba su vida. A lo mejor Vince estaba más receptivo y le contaba algo. Fuera lo que fuera más les valdría arreglarlo antes de que pudiera afectarles en la cocina. En ese aspecto no creía que Vincenzo volviera a meter la pata como en el pasado.

Vince se fijó en el monitor del vestíbulo de la terminal de llegadas del aeropuerto Charles de Gaulle. El vuelo en el que viajaba Lizzete acababa de aterrizar. Le llevaría tiempo descender del avión, recoger el equipaje si no lo traía de la mano y llegar al vestíbulo donde él estaba; de modo que no llegaba tarde a recogerla, como había presupuesto en un principio. Echó un vistazo al móvil por si tenía alguna llamada o mensaje de ella cuando alguien le tocó a su espalda. Se volvió de manera rápida para encontrarse con la cristalina mirada de su querida amiga. Sus ojos azules resaltaban sobre el color caoba de su pelo.

—Pero, ¿qué coño te has hecho?

La expresión de Vince provocó las carcajadas en ella.

—¿Lo dices por esto? —le preguntó cogiendo un mechón de pelo entre sus dedos—. Me lo he teñido.

—Sí, eso me queda claro. Pero me refiero a... ¿cómo se te ha ocurrido? ¿Y qué color es? ¿Morado, rojo o una mezcla de ambos?

—Necesitaba un cambio de imagen. Y para tu información es caoba. Tu percepción de los colores está algo distorsionada. Por suerte para tus clientes no te sucede lo mismo con los sabores.

—Sin duda.

—Por cierto, ¿tú qué tal? ¿Te pillo en mal momento?

Vince frunció los labios y titubeó en un principio pero luego se limitó a sacudir la cabeza.

—No, no. Tranquila.

—Pues esa manera tuya de hablar y de titubear me dice lo contrario — Lizzete lo sujetó por el brazo deteniendo su camino y entornó la mirada hacia él.

Vince se sintió algo intimidado por la manera en la que ella lo miraba.

—Será porque acabo de salir de currar...

—No lo sabía.

—Recibí tu llamada cuando había terminado de recoger y me disponía a marcharme del restaurante.

—Podrías haberlo dejado para mañana. Joder, lo siento. Pues vámonos para que descanses. De haberlo sabido no...

—¿Cómo ibas a saberlo?

—Podrías habérmelo dicho cuando te llamé. Habría buscado un hotel para esta noche y ya quedaríamos mañana. No me va a pasar nada por quedarme sola.

—No me sentiría cómodo después de que tú me echaras una mano en Ibiza alquilándome la casa en la cala.

—No compares. Ni empieces con ese rollo que ya me lo sé de memoria. Así que vámonos a tu casa para que descanses.

—¿Has cenado?

—Cogí un bocadillo en el aeropuerto antes de subir al avión.

—Luego, no. Venga vamos a casa. Te prepararé algo con lo que tengo. Te advierto que no será gran cosa.

—Podemos pillar algo de comida aquí en alguno de los restaurante del aeropuerto. De ese modo no tienes que cocinar. Acabas de decirme que has salido de currar y no seré yo la que te haga volverte poner delante de un fogón o de la vitrocerámica a estas horas.

—No me importa hacerlo. Pero si prefieres esperar cola para pillar una hamburguesas con patatas fritas...

—Si a ti no te importa...

—¿Qué me va a importar? Anda vamos. Yo invito —Vince la cogió por el brazo y la obligó a seguirlo hasta un establecimiento de comida rápida.

—¿Qué tal todo por aquí?

Vince se centró en la pantalla táctil en la que estaba confeccionando el menú haciendo oídos sordos a Lizzete. Estaba centrado en el menú.

—¿Cuántos días piensas quedarte? Oye, ¿qué clase de menú quieres?

—Solo he cogido el vuelo de ida. Me da igual. Hamburguesa, patatas...

—¿Ensalada?

—Vale.

—Genial. Esto ya está —sacó la tarjeta y pagó el menú—. Mañana tengo libre. Puedo enseñarte algo de París. ¿Has dicho que solo has cogido el vuelo para venir? ¿No has cerrado el billete de vuelta?

Vince tardó en reaccionar. En parte por el cansancio, pero también por la sorpresa de que su amiga hubiera ido a visitarlo.

—Eso he dicho. Que no he sacado el de vuelta. ¿Mañana descansas? ¡Qué casualidad que haya llegado justo hoy!

—El restaurante cierra por descanso. Por eso te digo que podemos pasar juntos el día.

—No hace falta que te preocupes por mí. Puedo recorrer Paris yo sola.

Además, el resto de los días tú estarás trabajando.

—No te preocupes. No tengo nada que hacer en todo el día.

—¿Y tu jefa?

Vince caminó hacia el mostrador para recoger el pedido sin desviar su mirada de la chica que preparaba su pedido a Lizzete mientras hacía referencia a Margot.

—Supongo que también se tomará el día libre.

—No te vayas por las ramas que sabes a qué me refiero.

Vince esbozó una media sonrisa a caballo entre la ironía y la diversión.

—¿Qué se supone que he de contarte?

La camarera le entregó la bandeja con sus respectivos menús cuando terminó de prepararlos. Vince se encargó de cogerla.

—Elige la mesa que más te guste.

Durante el corto trayecto hacia estas, Lizzete se mantuvo a la expectativa por lo que él dijera. Pero no abrió la boca hasta que se sentaron.

—Por cierto, te puedes instalar en casa los días que vayas a quedarte — Vince cogió un par de patatas y se las llevó a la boca ante la atenta mirada de su amiga.

—¿Tú no has cenado?

—¿Lo dices por que me voy a comer una hamburguesa con patatas fritas? —vio a Lizzete asentir mientras ella se prepara para dar un bocado a la suya —. La verdad es que no. No he tenido tiempo porque ha sido una noche de locos en el restaurante. He picado algo aquí y allá cuando tenía la ocasión; con la disculpa de probar como estaba hecho —le comentó con un sonrisa—. Entiende que tengo que probarlo todo.

—¿También a tu jefa?

Vince cogió su hamburguesa en la mano y se dispuso a dar buena cuenta de esta cuando la pregunta de su amiga lo dejó inmóvil con la mirada fija en Lizzete.

—Es mejor que dejemos ese tema y nos dediquemos a cenar. ¿Sí? ¿A qué no sabías que la carne de aquí es de la mejor que hay?

Vince dejó la hamburguesa en el plato y levantó el pan para señalar la pieza de carne. Hablar de su elaboración y de sus características le serviría para desviar la atención de Lizzete.

—No tenía ni idea, la verdad. Pero hazme el favor y no te desvíes de mi pregunta. ¿Qué ha sucedido? Por tu manera de pedirme que dejemos el tema, me da la impresión de que no ha sucedido nada bueno. ¿O estoy equivocada?

Puedes contármelo ya que yo no voy a irle con el cuento a nadie.

—Eso ya lo sé. Pero al menos deja que cene tranquilo y después hablamos.

Lizzete asintió.

—De acuerdo. Come tranquilo no vaya a ser que te siente mal o te atragantes. Después me lo cuentas.

Vince no le dijo nada y se limitó a hacer un gesto con la cabeza. Sabía que ella tenía razón. Necesitaba contárselo. La situación con Margot no iba de la manera que él hubiera esperado, y encima aparecía el gilipollas de Gaspard en el restaurante con toda esa tontería de quién era el mejor chef de París, pensó mientras contemplaba a Lizzete pegarse con el sobrecito de tomate para echarlo sobre sus patatas.

—Anda trae.

—Siempre tengo el mismo problema con estos chismes de plástico.

—Eso te pasa porque no te fijas que hay una hendidura para abrirlo. Ten.

—Creo que es la primera vez que te veo comer en un sitio como este.

—Pues tampoco creo que me pase nada malo ¿no? Ya te he comentado lo de la carne.

—Se me hace raro siendo tú un chef tan reconocido.

—¿Eres de la clase de personas que piensa que los chefs solo nos alimentamos a base de comida muy elaborada?

—Lo último que pensaría de ti sería encontrarte en un sitio de comida rápida degustando un menú.

Vince sonrió divertido por aquella sugerencia de ella.

—Pues durante el tiempo que pasé en tu casa no es que comiera como si estuviera en el Ritz. De modo que deberías desterrar las falsas creencias sobre comer en estos sitios.

—Pues quién lo diría —Lizzete puso los ojos como platos y elevó sus cejas hasta que estas desaparecieron bajo su pelo.

—¿Qué tal te va por la isla? Cerrar el negocio unos días es raro en ti.

—Ya sé por qué lo dices. Porque soy una obsesiva de mi trabajo. Pero sí. He aprovechado que ha pasado el verano y la gente ya no tiene tanto interés en tatuarse.

—Ya —Vince chasqueó la lengua—. La gente ya comienza a cubrirse la piel.

—De manera que tras unos meses a tope de trabajo, tú mejor que ninguno otro lo sabes, he decidido tomarme unos días para venir a verte y de paso

conocer Paris.

Vince asintió ante este comentario. Ella tenía toda la razón puesto que se había pasado tres meses sin apenas horas libres en el estudio. Y las que le dejaban los clientes las empleaba en preparar nuevos diseños.

—Haces bien. Mañana seré todo tuyo.

—Ummm, según lo has dicho ha sonado algo pecaminoso —Lizzete se mordisqueó el labio en un clara señal de seducción aunque Vince estaba algo lejos de sus gustos sexuales.

—Y luego dices que yo soy una mente calenturienta.

—Hablando de eso, me debes una explicación. Casi hemos terminado de cenar y no sé todavía qué narices ha pasado entre tu jefa y tú.

Vince resopló. Bebió un trago de agua para no sabía muy bien si deslizar el nudo en su garganta, o que le pasara el último bocado de su hamburguesa. Asintió mirando de manera fija a Lizzete.

—Está bien. Lo prometido es deuda.

Margot dejó el bolso y la chaqueta en el sofá del salón camino del cuarto de baño para tomar una ducha. Necesitaba que el agua caliente le ayudara a relajar todos y cada unos de los músculos de su cuerpo. La noche había sido movida en cuanto a trabajo. Si no se equivocaba era la primera vez que algunos alimentos se agotaban. Eso implicaba llamar a los repartidores al día siguiente para que la despensa estuviera completa al terminar el día. La carne y el pescado se los dejaría a Vince. Que fuera él quien se encargara en función de sus recomendaciones. Se desprendió de la ropa y de la goma que todavía le sujetaba el pelo. Hundió sus manos en este y lo alborotó un poco mientras contemplaba la imagen que le ofrecía el espejo. Esperó a que el cuarto de baño estuviera caldeado con el calor que salía de la ducha. Comprobó que la temperatura del agua fuera la idónea y se introdujo bajó el chorro sin pensarlo dos veces. El vapor impregnó la mampara mientras ella permanecía con las manos apoyadas en el frontal permitiendo que el agua resbalara por su espalda camino de su trasero y sus piernas. Cerró los ojos y se concentró en su respiración durante unos segundos en los que consiguió desprender a su mente de cualquier pensamiento que tuviera que ver con Vince y con ella.

*

—A ver, ¿qué ha sucedido entre Margot y tú?

—Nada importante.

—Pues para no haber sucedido nada importante... —Lizzete arqueó su cejas en una expresión de no tragárselo—. ¿Sigues colado por ella?

Vince entrelazó los dedos de sus manos y las situó sobre la mesa apuntando a su amiga.

—Te mentiría si te dijera que no es así.

—Aunque lo hicieras no te creería. ¿Por qué no estás con ella a estas horas? Y en cambio estás conmigo en un restaurante de comida rápida en el aeropuerto.

—Porque me pediste que viniera a recogerte.

—Te dije que llegaba. Y tú te ofreciste a venir a buscarme. Antes te he dicho que me las habría apañado para buscarme un hotel. Hoy en día está tirado hacerlo. Basta tener un móvil.

—Lo sé.

—Entonces... ¿Te has enterado que Margot tiene pareja o algo así? ¿Le gustan las mujeres como a mí? No sé...

—No quiere mezclar su vida profesional con su vida personal.

—¿Me estás diciendo que no es partidaria de acostarse con un compañero del trabajo porque teme que la relación laboral se resienta?

Vince asintió cuando la mirada de Lizzete se clavó en él a la espera de alguna aclaración que fuera necesaria.

—Te lo ha dicho ella, claro.

—Sí. Después de acostarnos... Bueno, en realidad no nos acostamos en sentido literal.

—¿Qué... qué coño quieres decir con después de acostarnos pero no en sentido literal? ¿Te has acostado con Margot o no? Y no me refiero a dormir, Vincenzo —le espetó llamándolo por su nombre con una mezcla de sorpresa, ironía e indignación por enterarse en ese momento. Porque se lo hubiera ocultado.

—Lo que quiero decirte es que tuvimos sexo en la cocina del restaurante y no en una cama —Vince contempló a Lizzete mientras esta abría la boca para decirle algo pero al parecer le estaba costando más de la cuenta—. No hace falta que digas nada. Me basto yo solo para decírmelo todo.

—Me esperaba cualquier cosa menos... que te hubieras tirado a tu jefa en la cocina de su restaurante. Entiendo que es el lugar donde pasáis más horas al cabo del día, pero... —Lizzete hizo una mueca que daba a entender a Vince que a ella no le parecía acertada—. Por cierto es la segunda vez que te lo montas en el mismo sitio. No digo nada pero... —ella sonrió con sarcasmo.

Vince cogió aire mientras la sonrisa de Lizzete seguía en su rostro.

—Surgió sin más. ¿Ninguno lo teníamos planeado? Al menos yo.

—Pero, ¿cómo narices terminaste tirándote a tu jefa?

—Sucedió hace algunas mañanas. Fuimos al mercado a comprar para el menú de ese día. Preparé crepes para desayunar y tan pronto estábamos desayunando y comiéndolos que al rato...

—Pasasteis de comer crepes a comeros mutuamente.

—Eso mismo.

—¿Y qué sucedió? Me refiero a cuando os acabasteis el desayuno.

—Quise quedar con ella fuera del restaurante.

—¿Salir en plan cita? Suena irónico después de lo que me has contado.

—Antes de que sucediera estuvimos hablando de quedar para salir otro día, ya que el anterior nos encontramos en los jardines del Luxemburgo y nos fuimos a cenar.

—Un momento que me estás liando. La noche antes de la fiesta en la cocina, ¿estuvisteis cenando? ¿En plan pareja? —Lizzete parpadeó en repetidas ocasiones porque seguía sin dar crédito a la historia de Vince.

—Sí. La invité a cenar.

—Suena muy romántico y raro al mismo tiempo, viniendo de ti. ¿Qué pasa que no os dio tiempo a terminar y lo aplazasteis para la mañana siguiente o qué?

Vince contempló a Lizzete mientras ella se reía de todo aquello y la verdad es que no le faltaba razón porque ni él mismo lograba aclararse.

—Estuvimos por ahí porque coincidimos en el Luxemburgo. Nada más. Se me ocurrió invitarla a cenar, ya te lo he dicho. No hubo sexo al terminar la noche. Solo nos besamos.

—Ah, vale, solo hubo un beso. Los preeliminarios —Lizzete siguió comportándose de aquella manera tan peculiar con él porque de verdad que lo de Vince era algo irrisorio lo cogieras por donde lo cogieras.

—No debería haberte comentado nada —le dijo él molesto con su comportamiento.

—No me estoy burlando de ti pero reconoce que todo esto que me estás contado es algo chocante. Margot no quiere tener una relación en el trabajo pero se lía contigo, que eres su jefe de cocina. Sin embarbo, acabáis haciéndolo en esta la otra mañana lo que me da que pensar que solo quería un revolcón. Punto y final. No le des más vueltas.

Se quedó mirando a su amigo con los ojos abiertos como platos y los labios pegados.

—Eso me ha quedado claro. Descuida.

—Pues si tan claro lo tienes... ¿Qué piensas hacer?

—Nada. Sigo con mi trabajo, ajeno a cualquier comentario o gesto de ella en ese sentido. No voy a insistir en algo en lo que Margot no tiene ningún interés.

Lizzete chasqueó la lengua mostrando su desilusión.

—Mientras no os afecte en el restaurante, no hay problema, ¿no?

Vince sacudió la cabeza.

—Por el momento no.

—Pero, puede surgir... ¿Es lo que quieres decir?

—Podría sí. ¿Quién sabe lo que puede suceder mañana o la semana próxima?

Lizzete se dio cuenta de que Vince estaba algo pasota. Que no parecía concederle demasiada importancia a la situación una vez que había comprobado que no podía dar más de sí.

—Solo una cuestión más, ¿qué harás si la situación se vuelve algo embarazosa? No es sencillo pasar tantas horas en el trabajo sabiendo lo que hay entre vosotros.

Vince resopló y sacudió la cabeza.

—No tengo ni idea. Pero siempre puedo largarme de vuelta a casa.

A Lizzete no le gustó el tono y la mirada de él cuando lo dijo porque lo conocía y sabía que era muy capaz de hacer la maleta y regresar a Italia. Solo confiaba en que esa situación no se produjera bajo ningún concepto y que Margot y él pudieran llevarse bien, y ¿por qué no? A lo mejor al final surgía la relación, se dijo tratando de animarse así misma.

—Suenan muy frío.

—¿Y qué quieres que te diga? —Vince se encogió de hombros y frunció los labios en un gesto de claro desinterés—. Si has acabado podríamos irnos a dormir. Quiero aprovechar mis horas de sueño sabiendo que no tengo que levantarme en unas horas para ir al mercado.

<<Ni verla a ella>>

*

Margot despertó a la misma hora que todos los días. Se maldijo así misma por este hecho. O más bien echó la culpa a su cuerpo por estar acostumbrado a hacerlo. ¿Es que no podía quedarse en la cama una poco más ni un solo día? Sin embargo el mal humor se le pasó cuando recordó que pese a no tener que abrir el restaurante ese día, ella tendría que hacerse cargo de los repartidores. De manera que tampoco podría perder el tiempo. Tendría que

llamarlos lo más pronto posible. Lo bueno de todo es que había conseguido dormir de un tirón. La ducha le había sentado de maravilla. Había logrando relajar las tensiones acumuladas de la pasada noche. Se le vino a la mente el gesto y las palabras de Gerard cuando la vio arrojar el mandil y el gorro sobre el suelo en mitad de un cabreo de órdago. Y todo por culpa de Vince. Cerró los ojos por unos segundos y se dijo que no iba a dejar que él le arruinara su día libre.

Enviaría un mensaje a su hermana para ver si le apetecía tomar un café cerca de las oficinas de la revista. Recordaba que no había leído si quiera la entrevista que Jules le había hecho a Vince y de la que Gerard hablaba la noche anterior. Le echaría un vistazo mientras desayunaba aunque ello implicara pensar en él.

Minutos después, Margot estaba sentada con una pierna abrazada contra su pecho y el pie apoyado en el borde de la silla. Una postura cómoda y desenfadada mientras pasaba las páginas del ejemplar de la revista, que su hermana le había entregado. Y de repente allí estaba el rostro de Vince mirándola como si de un momento a otro fuera a saltar de la página. Para su propia sorpresa no fue capaz de apartar su mirada y dejar de contemplarlo. Y toda ella comenzó a experimentar un ligero cosquilleo en las plantas de sus pies que ascendía por sus pantorrillas sin encontrar obstáculo alguno a su paso. La piel se le erizó pensando en él y en los crepes que hizo para el desayuno de hacía algunas mañanas. El hormigueo se aventuró entre sus muslos cuando ella dejó que las imágenes de lo sucedido se adueñaran de su mente. Inspiró hondo y se mordisqueó el labio al tiempo que apretaba sus piernas. Luego, se llevó el pulgar a los labios y fruncía el ceño leyendo las preguntas que su hermana había hecho a Vince. Parecía una entrevista de lo más normal del mundo. Hasta que su nombre salió en la conversación y Margot bajó el pie al suelo y se sentó erguida con toda su atención puesta en la revista. Él mencionaba de pasada el hecho de que él había regresado a París por una oferta que ella le había hecho llegar. No hacía referencia alguna a su inesperada y alocada visita a su casa en la cala de Ibiza. Ello la relajó un poco hasta que le llamó la atención la respuesta de él que aseguraba que no tenía intención de abandonar el restaurante ni París, si no todo lo contrario: había regresado con la intención de no marcharse.

Margot bebió un trago largo de café: como si necesitara una dosis extra de cafeína para digerir aquellas palabras. Si él pensaba quedarse en el restaurante la situación entre ellos podía llegar a ser algo... Margot se mordió

el labio pensando en ello. Los días posteriores a lo sucedido en la cocina habían sido algo diferentes. Ella había notado que Vince se había centrado en el trabajo en exclusividad. Solo se dirigía a ella cuando era necesario. Como emplatar algún menú porque él estaba inclinado sobre otro plato. O para probar salsas y guarniciones. En contadas ocasiones la verdad, pensó moviendo sus cejas. ¿Estaría molesto por lo que ella le había dicho al respecto de tener una cita? ¡No necesitaba una relación en ese momento en el que el negocio marchaba viento en popa! Claro que por otro lado, esta situación se debía a la presencia del hombre que aparecía en las páginas de la revista. La noticia de su vuelta a París había corrido como el fuego sobre la pólvora por toda la ciudad atrayendo al restaurante a cientos de clientes curiosos, que deseaban probar alguno de los platos del chef Vincenzo Ferrara. Y para dejar constancia de ello, su hermana le había hecho una entrevista de la que todos en el restaurante se hacían eco. Pero, ¿a qué venía ese cambio suyo? Primero decía que quería pasar desapercibido y en la entrevista aseguraba que iba a quedarse en París. ¿Qué le había empujado a hacer ese cambio? se preguntó ella mordiéndose el labio y contemplando el rostro de él con los ojos entrecerrados.

Margot se sintió confundida al pensar en todo esto. Pasó las páginas y cerró la revista de golpe apartándola como si quemara. Su mirada permaneció fija en el vacío dándole vueltas a su respuesta en la cabeza. ¿Se había enamorado de Vince y no quería reconocerlo? se preguntó al tiempo que ella misma se lo negaba y se levantaba de la silla para empezar el día.

Vince y Lizzete salieron temprano para recorrer París. Él aprovecharía ese día para relajarse. Se había sentido extraño cuando el despertador no sonó como otras mañanas para ir al mercado en busca de los productos para el menú de ese día. Recordarlo le condujo de manera inevitable a pensar en la otra razón por la que no le importaba madrugar: Margot. Todo parecía indicar que ese capítulo estaba cerrado, o camino de hacerlo si ella no cambiaba de opinión. No quería pensar demasiado en lo que haría si como le había preguntado Lizzete, la situación se volvía complicada en el restaurante. Suponía que no sería nada sencillo trabajar codo con codo con ella. Sin embargo, él no iba a cambiar ya que por encima de todo estaba su profesionalidad.

Decidió olvidarse de Margot y centrarse en su amiga y en que sus días en París fueran especiales.

—Supongo que querrás ver la Torre Eiffel y hacerte alguna foto.

—Es lo más emblemático de París. No verla sería un sacrilegio —le aseguró ella situándose frente al monumento.

—Lo suponía. Por cierto me he sometido a tu interrogatorio sobre mis días aquí y lo relacionado con Margot. Pero no hemos hablado de ti.

Lizzie comenzó a reírse con gesto divertido. Lo cierto es que era una mujer increíble, pensó Vince. Lástima que ella prefiriera a las mujeres. Podría llegar a sentir algo por ella aparte de una amistad.

—No estoy con nadie si es lo que estás queriendo preguntarme.

Vince se detuvo delante de ella, le quitó sus gafas de sol y escrutó su rostro.

—Lo dices en serio o disimulas muy bien —le aseguró volviendo a colocarle sus gafas.

—Lo digo en serio. Estoy libre como los taxis y por ahora no me interesa encontrar pasajera. De manera que no sigas por ahí porque no hay mucho que contar.

—Me parece bien.

—¿En serio? No me lo puedo creer.

—¿Por qué?

—Anoche asegurabas que querías una cita con tu jefa y ahora me das la razón por no tener pareja ni buscarla.

—Es distinto Lizzete. Yo creo haberla encontrado pero ella no está por la labor de intentarlo. Quédate quieta para que te haga una foto con la Torre Eiffel a tu espalda o se nos pasará la idea.

—¿Y qué vas a hacer, Vince? ¿Renunciar a ella sin hacerle ver lo equivocada que está?

—Seguiré con mi trabajo que es lo que tengo que hacer y para lo que estoy en esta ciudad —Vince quería dejarlo claro empleando un tono de autoridad para que Lizzete aparcara el tema. Pero ella no parecía dispuesta a hacerle caso.

—Vamos, Vincenzo, no me lo trago. Ni esto ni lo que me aseguraste anoche en el aeropuerto. Eso de largarte de vuelta a Italia y reabrir tu restaurante. Estás en París la ciudad del amor. Y tú sabes cómo seducir a una mujer —le dijo caminando hacia él con los brazos abiertos como si pretendiera abarcar todo el espacio que se abría ante ella.

—Ya lo he hecho y no me ha servido de mucho, la verdad —Vince extendió los brazos con las palmas de sus manos hacia su amiga como si le mostrara algo.

—¿Me estás diciendo que renuncias a ella? Pero ¿cómo es posible que pienses así?

—No se trata de renunciar o no sino de ser inteligente —Vince juntó sus dedos y agitó la mano en característico gesto suyo.

—Dime, ¿crees que si te viera con otra mujer podría cambiar de opinión?

Vince frunció el ceño sin entender qué estaba tramando su amiga. Pero contemplar la expresión de malicia y picardía en el rostro de ella le daba una ligera idea.

—¿No estarás pensando en ti y en mí?

—Tal vez podríamos darle un poquito de celos a ver cómo reacciona.

—¿Estás sugiriendo lo que yo creo? Pierdes el tiempo.

—A ver, tal vez Margot necesite un empujoncito para darse cuenta de la situación real. Mira, yo no me meto en la cama de una chica que no me atrae en muchos aspectos, ni que me haga plantearme ir un paso más allá. Y tú ya has pasado esa etapa. A lo mejor si se da cuenta que puede perder aquello que le atrae...

—Lo que sugieres es ridículo.

Lizzete se cruzó de brazos ante él y lo miró por encima de sus gafas.

—No creo que pase nada malo por decirle que soy tu amiga de Ibiza y que he venido unos días a verte. Ya te dije que no he sacado billete de vuelta.

—¿Y tu estudio de tatuajes?

—¿Qué pasa? No necesito tenerlo abierto cuando no tengo trabajos. Puede permanecer cerrado unos pocos días más —le recordó con una sonrisa cínica y sus cejas subiendo y bajando con toda intención.

—Estás algo loca. Y no me hago responsable de las pérdidas que te ocasione quedarte en París. Allá tú.

—Ni se me ha pasado por la cabeza pedirte una compensación por echarte una mano con Margot. Deja que esta loca haga su papel. Si Margot no reacciona, yo misma le diré que hagas tu maleta y que regreses a tu *trattoria* en Siena. De verdad. Tú y yo sabemos que su excusa es débil. No se sostiene. Y más si pienso en el desayuno tan especial que tuvisteis —Lizzete se mordisqueó el labio adoptando una expresión de ingenuidad y de picardía al mismo tiempo.

Vince resopló ante aquella explicación de Lizzete pero que tenía parte de razón. No podía ni quería renunciar a Margot cuando era consciente de lo que había entre ellos. Ella no podía rechazarlo con una excusa tan simple como el trabajo.

—Está bien. Tú ganas. Pero no te pases.

—Tranquilo. Anda vamos hacia el Trocadero. Dijiste que hay unas vistas maravillosas.

Vince resopló derrotado porque no creía que pudiera hacerla cambiar de opinión con respecto a Margot. ¿Estaba dispuesto a prestarse a aquella farsa por un mujer? ¿Tanto le importaba?

Margot resolvió todos los trámites que tenía pendientes en relación al restaurante en poco tiempo. De manera que a mitad de la mañana llamó a Jules para quedar con ella y tomarse un café. Estaba segura que el tema de la conversación giraría en torno a Vince y a la entrevista que ella le había hecho.

Estaba repasando su correo en el móvil mientras esperaba a que su hermana saliera de las oficinas de la publicación, cuando su voz la sobresaltó.

—¿Algún mensaje o llamada interesante, hermanita?

—Solo las de los repartidores. Tener un día libre en el restaurante no significa que no desconectes del todo. Anoche agotamos casi todas las verduras. Pero ya está solucionado. ¿Qué tal? Vaya susto me acabas de dar. No te esperaba.

—Ya me he dado cuenta de ello. Estoy bien. Currando a tope. Yo no tengo la posibilidad de tomarme días libres salvo en vacaciones.

—Bah, no te quejes. Tú al menos tienes un horario fijo. Yo solo sé el de la hora de apertura pero no el de cierre. Y el de anoche fue bastante tarde.

—Supongo que te habrás quedado en la cama esta mañana sabiendo que no tienes que abrir ni ir al mercado.

—No creas que es nada fácil cuando tu cuerpo está programado para levantarse a las seis —Margot puso los ojos como platos y resopló mientras Jules empujaba la puerta de un café cercano a la publicación.

Pidieron dos cafés y se sentaron en un mesa para estar más relajadas. Jules miró a su hermana con atención, como si buscara algún indicio de cómo se encontraba.

—¿Qué tal todo? ¿Has leído la entrevista a Vince?

Margot frunció los labios y emitió un sonido gutural de aprobación.

—Sí, mientras desayunaba esta mañana.

—Vaya. ¿Y qué te ha parecido?

—Lo esperado de alguien que ha estado apartado del mundo de la cocina durante un tiempo.

—Sí, eso es verdad.

—Te agradezco que no me hayas incluido en la entrevista. Ya sabes...

—Me lo pidió expresamente él. No quería que hiciera muchas referencias a ti salvo lo indispensable.

Margot levantó la mirada del café y la dejó fija en Jules sin entender a dónde quería llegar.

—¿A qué te refieres?

—A preguntas de índole más personal. No quería que incidiera en el motivo por el que lo despediste. Ni que saliera el tema de Nicole ni nada de lo sucedido en su anterior etapa en *L'Orchidée*.

—Pues se lo agradezco porque a mí tampoco me hubiera hecho ninguna gracia remover ese tema.

—Ya que estamos hablando de ello, ¿qué tal con él?

—Bien.

—¿Bien solo? ¿No hay tirantez entre vosotros? ¿Ni le guardas rencor por lo que hizo?

—No sé que esperas que te diga. Se limita a hacer su trabajo. Para eso ha vuelto. ¿Por qué tendría que guardarle rencor? ¿Por qué lo pillé tirándose a la sous-chef?

—Podrías estar dolida pero veo que no ya que fuiste a ofrecerle el puesto de chef de nuevo.

Margot hizo oídos sordos al comentario de su hermana. No sabía si sería conveniente contarle lo sucedido hacía algunas mañanas entre ellos. Cogió la taza de café y tomó un poco para mitigar los nervios. Sabía lo que le iba a soltar Jules en cuanto le contara lo que había pasado entre Vince y ella. Pero también sabía que su hermana no se iba a conformar con una explicación vaga. Intuiría que había algo y que ella no quería contárselo. Ella había tomado una decisión que no pensaba cambiar.

—Nuestra relación profesional y personal es correcta. Nos limitamos a colaborar en la preparación de los platos. Si en alguna ocasión ha habido algún roce se ha debido a que pasamos juntos muchas horas y hay demasiada presión porque todo quede perfecto. Ya sabes como es él —Margot puso los ojos en blanco y sonrió de manera irónica.

Jules asintió ante aquella explicación que parecía sacada de un manual de conversación. Parecía preparada para quedar medianamente bien. Pero lo años de periodismo de Jules en los que había hablado con mucha gente y entrevistado a más, la habían hecho desarrollar una cualidad para saber cuando una persona mentía u ocultaba la verdad. Y Margot lo estaba haciendo en ese instante.

—Sí, sí. Esos roces son lógicos. Forman parte del día a día en el trabajo. Yo también los tengo con la gente de la revista. Además, conozco a Vince y sé que es muy perfeccionista cuando se lo propone.

—Pues ya está. Eso es lo que tengo que decirte. Hay situaciones en las que Vince me ataca los nervios por su profesionalidad y su perfeccionismo. Tú lo has dicho —Margot comenzaba a expresar sus verdaderos sentimientos sin darse cuenta.

—Mujer, es una gran chef. Su comportamiento es totalmente lógico. Esa perfección es la que lo ha llevado a tener tres estrellas.

—No hace falta que lo defiendas.

—No lo hago. Solo te cuento la pura verdad. Y es más, me parece un pelín alterada esta mañana. Y eso que hoy libras. Tal vez seas de esa clase de personas que es feliz currando todos los días —ironizó Jules cogiendo la taza para beber sin dejar de mirar a su hermana por encima de esta.

—No necesito currar todos los días para estar bien y ser feliz, como tú dices. A lo mejor si te pasaras un día entero metida en la cocina del restaurante con Vince, lo entenderías —le espetó sin poder dominar su enojo ante la apreciación de su hermana.

—Bien, lo retiro. Entonces necesitas desfogarte de alguna manera. ¿Cuánto llevas sin tener sexo? A ver... desde que lo dejaste con... ¿cómo se llamaba aquel tío? El abogado —Jules entrecerró los ojos tratando de recordar el nombre de la última pareja de su hermana.

—¿Qué tiene que ver mi vida sexual ahora?

—Solo digo que necesitas soltar tensión. También puedes salir a correr —Jules levantó las manos dejándole claro que ella solo le estaba haciendo alguna que otra sugerencia.

—¡Qué coño sabrás tú de lo que necesito! ¡Ni de cuándo fue la última vez que me tiré a un tío! —le espetó Margot encarándose con su hermana mientras daba una palmada sobre la mesa—. Pues mira, para tu información, me follé a Vince hace unos días.

Margot se quedó a gusto cuando soltó aquella bomba que dejó a Jules con la taza del café suspendida en el aire camino del plato. Pero lo que ella no esperaba era la reacción de su hermana.

—No hablas en serio. Lo dices para tocarme la moral ¿no? —Jules se quedó callada mientras asimilaba aquella especie de confesión y evaluaba el rostro de su hermana. De manera lenta los labios de Jules comenzaron a curvarse—. Desde que entrevisté a Vince me estaba preguntado cuánto tiempo

tardarías en liaros la manta a la cabeza de una puñetera vez. Pues no habéis tardado mucho, la verdad —le aseguró sin abandonar su pose irónica y dejando la taza en el plato.

—¿Qué estás diciendo? ¿Cómo que te has estado preguntando...?

—Sí, mujer. Era cuestión de tiempo que lo hicierais —le confesó con toda naturalidad y seguridad mientras Margot parpadeaba sin terminar de creerla—. Suele pasar cuando dos personas se atraen y sienten el mismo deseo.

—Surgió sin más.

—¿Y qué importa que surgiera sin más? Margot, sé desde hace tiempo que Vince te gusta, te atrae. Y que ese es el verdadero motivo por el que fuiste a Ibiza a ofrecerle volver a trabajar para ti. No esas chorradas que decías de que necesitabas un nuevo jefe para la cocina de tu restaurante cuando tú sola podrías haberla manejado. Y por cierto, Gerard sabía dónde darte y acertó —Jules le guiñó un ojo mostrando su completa seguridad en sus palabras—. Tanto él como yo sabemos que sigues sintiendo algo especial por Vince. No me atrevo a decir que estés enamorada de él porque suena fuerte, pero...

Margot se quedó callada. Parecía que no tenía palabras para contestar a la rotunda afirmación de su hermana. Suspiró en su intento por controlar sus nervios mientras Jules asentía victoriosa.

—Veo que admites mi conclusión.

—¿Qué quieres que te diga? No tengo argumentos para rebatirte.

—Bien. Por fin te has tirado a Vince —Jules sonrió al ver la expresión del rostro de su hermana que parecía estar diciéndole que de qué coño iba—. Sí, no hace falta que me mires así y pongas cara de que pareciera que acabo de insultarte. Lo sé desde lo que sucedió con Nicole.

Margot puso los ojos en blanco y torció la sonrisa.

—Este tema está olvidado, por favor déjalo. Me dolió en su momento pero...

—Lo hizo porque te decepcionó pillarlo con otra. A lo mejor debiste hacerle ver que estabas interesada en él. Bueno ya no me cabe duda de que lo sabe. ¿Qué vais a hacer ahora? ¿Formalizar lo vuestro?

—¿Sugieres que porque hayamos follado tenemos que... formalizar la relación?

—Mujer, supongo que no será una aventura de un solo día, ¿no? ¿O estás pensando en dejarlo pasar una segunda vez? —Jules se alteró al escuchar la respuesta de su hermana, pero más todavía cuando se dio cuenta de que no

parecía que fuera añadir nada más.

—No estoy segura de si tener una relación con él es lo que más me conviene. Pasamos demasiadas horas juntos en el restaurante —añadió queriendo hacer ver a Jules a lo que se enfrentaba.

—¿Antepones el trabajo a tu felicidad con él?

Margot sonrió divertida al escuchar la pregunta de su hermana y como arqueaba su ceja con suspicacia.

—¿Quién me asegura que pueda funcionar? ¿Por qué debería hacerte caso y complicarme la vida? Tengo suficiente con el restaurante.

—Nadie puede decirlo. Pero si no lo intentas, nunca lo sabrás Margot. ¿Complicarte la vida? Desconocía que un pedacito de felicidad significaba eso para ti: una complicación.

—Tal vez me he expresado mal. No...

—Y en cuanto al restaurante, puedes llevar el trabajo y la relación con él a la perfección. Es más, ¿quién puede echarte una mano mejor que él? Lo tendrías a tu lado para solventar cuestiones relacionada con *L'Orchidée*. Vince no va a estar ahí para ti esperando a que te decidas. Tenlo seguro —el tono de advertencia de Jules hizo pensar a Margot—. Tengo que regresar a la revista.

Margot asintió en silencio porque no parecía ser capaz de rebatir una vez más la conclusión de Jules. ¿Y si ella tenía razón en lo que le decía que estaba dejando pasar la oportunidad de ser feliz con un hombre? ¡Pero si ya lo era con la marcha de su restaurante y con su vida! ¿Por qué querría complicársela con Vince? se preguntó camino de la puerta del café.

—¿Vas a quedar con él?

—No. Es su día libre.

—¿Y qué? Con más razón para hacerlo. De ese modo podéis aclarar las cosas.

—Tengo que acudir al restaurante para que me hagan entrega de ciertas cosas. No voy a llamarlo para que también hoy venga. Entiende Jules. Daría la impresión que lo necesito y me he estado apañando yo sola antes.

—Pues procura hablar con él mañana.

—Prometo hacerlo si tengo un momento de descanso.

—Procura encontrarlo. Te dejo que tengo que volver al trabajo. Ya hablamos.

—Descuida te llamo en unos días. O pásate por el restaurante a comer o a cenar.

—Vale. Miro a ver.

Margot dejó a su hermana y pareció dudar sobre lo que debía hacer. ¿Llamar a Vince? No pretendía agobiarlo en su día libre. Y ella necesitaba pensar en lo que Jules le había comentado. ¿Podría compaginar su trabajo en el restaurante con una posible relación con Vince? ¿O más era una disculpa para no pensar en él? Por el momento prefería dejarlo estar hasta que se vieran al día siguiente. Hoy quería estar sola, de esa manera pensaría mejor el paso que debía dar.

La tarde caía sobre los tejados de París. El sol iba perdiendo fuerza con cada día que pasaba. Y aunque la temperatura era agradable, comenzaba a notarse cierto fresquito que parecía anunciar el final del verano.

—¿Dónde queda el restaurante? —preguntó Lizzete en un momento dado.

—Está por la zona de Montmartre. Frente a la plaza de los artistas.

—¿La conocida plaza de los pintores?

—Esa. La Place du Tertre.

—Me gustaría verla. ¿Queda lejos?

—No. Podemos ir dando un paseo hasta allí.

—Y de paso podrás enseñarme el restaurante.

—Más bien la fachada porque hoy está cerrado.

—No importa. Ya que estamos por allí —le aseguró Lizzete encogiéndose los hombros.

—Como quieras.

Margot contemplaba al repartidor descargar las cajas en el interior de la cocina. La verdad es que la cosa se había alargado un poco y se le estaba haciendo algo tarde. Al final su hermana iba a tener razón después de todo cuando le aseguró que su mal genio de ese día era fruto de no trabajar. Lo cierto es que estar controlando los pedidos de Jean Luc le había hecho olvidarse de Vince y de todo lo relacionado con él. Como le había asegurado a su hermana, ella tenía un negocio que atender y sacar adelante. No podía andar tonteando con Vince. Lo que le llevaba a pensar en la posibilidad de que este pudiera conocer a alguien con el paso del tiempo y entonces ella lo perdería para siempre. Por un instante sintió una punzada de celos o de decepción si llegaba a suceder.

—Ya está todo descargado.

La voz de Jean Luc la sacó de sus pensamientos. Sonrió y firmó el documento de entrega.

—¿Si necesitas algo más, solo tienes que darme un toque?

—Por ahora no. Creo que con lo que te he pedido tenemos bastante para

un par de días, al menos.

—Con la vuelta de Vincenzo nunca se sabe. Tendrás más trabajo, más comida que gastar y a la vez que pedir. Lo cual nos beneficia a ambos.

—Sí —asintió en un susurro sin dar más explicaciones. No hacían falta porque Jean Luc había acertado de plano. El reclamo de la presencia de Vince en la cocina suponía más trabajo, y más gasto en materias primas lo que suponía un buen beneficio para Jean Luc.

—Me marcho que hoy no veo la hora de terminar.

—Disculpa que te haya llamado esta tarde. Pero me di cuenta de que para mañana me faltaba todo esto. Ya ves —Margot se encogió de hombros sin saber qué otra explicación podía darle. Lo vio salir por la puerta trasera del restaurante, subir a la furgoneta y largarse mientras ella regresaba al interior.

El barrio de Montmartre estaba bastante concurrido a esas horas como pudo ver Lizzete. Los artistas se diseminaban por la plaza con sus caballetes, sus sillas y todos sus utensilios de pintura. Cada uno pintaba con un material distinto: acuarela, óleo, o carboncillo. Había paisajistas y caricaturistas. Y luego estaban los que te recortaban el perfil de tu rostro en un papel y se lo entregaban a cambio de una pequeña cantidad.

—Es curioso el ambiente bohemio que se respira en este lugar. Me recuerda en cierto modo a los mercadillos que hay en Ibiza.

—Sí, algo así. Este es el barrio de los artistas. De la bohemia. Picasso, Modigliani, Pissarro, Renoir o Degás entre otros muchos trabajaron creando muchas de sus más famosas obras. Imagino que habrás escuchado a Charles Aznavour y su canción más conocida en la que un viejo artista rememora sus años de juventud en un Montmartre que ya no existe.

—Sí, claro. ¿Quién no ha escuchado esa canción alguna vez?

—Pues en ella se describe el cambio que experimentó el barrio. Ah, por cierto, ahí está *L'Orchidée*.

Lizzete se detuvo a contemplar la fachada del restaurante con ese toque bohemio y chic al mismo tiempo. Una composición que sin duda llamaba la atención.

—Si vienes mañana, podrás conocer el interior.

Justo entonces la puerta del restaurante se abrió para sorpresa de ambos, pero todavía más para Vince que reconoció a Margot. Ella no se había dado ni cuenta de su presencia hasta que se volvió y se encontró frente a él. Lizzete se quedó en el lugar, sin decir nada mientras se fijaba en cómo la mirada de su amigo se clavaba en la bonita francesa que se había vuelto hacia ellos. Lizzete

contempló el asombro que parecía sobrecogerla por ver a Vince.

Margot no supo cómo reaccionar ya que lo que menos esperaba a esas horas era encontrarse a Vince allí... acompañado por una atractiva chica de pelo caoba y ojos claros. Hizo un esfuerzo por controlar sus nervios y logró deslizar la opresión en su garganta. No tenía otra opción que saludarlos ya que lo había visto. Pero entonces recordó las palabras de Jules que cayeron en su mente como un cubo de agua fría: Vince no va a estar esperándote siempre. Pero, ¿ya la había cambiado por aquella muchacha? se preguntó sin poderlo evitar.

Lizzete deslizó su mano bajo el brazo de Vince y se pegó a él con toda intención mientras susurraba algo que parecía más que evidente.

—¿Margot?

—Sí —susurró Vince caminando hacia ella.

—Es muy mona.

Vince intercambió una mirada con su amiga como si la estuviera advirtiendo de algo. Pero Lizzete se limitó a sonreír.

Margot se detuvo a escasos pasos de ellos e intentó por todos los medios no quedarse contemplando a la muchacha, pero era difícil con aquel color de pelo y de ojos. Sin duda que llamaría la atención allá donde fuera. De eso estaba completamente segura. Ya había captado la de Vince. ¿Sería un nuevo ligue como la tal Monique que lo saludó en los jardines del Luxemburgo? se preguntó sin poder evitarlo.

—Vaya, no esperaba verte por aquí —dijo tratando de ofrecer la mejor de sus sonrisas, pero claro, ante aquella situación le resultaba algo complicado.

—Lizzete quería ver el barrio de los artistas y la basílica —le dijo haciendo mención a esta que no se había soltado del brazo de Vince—. Es una amiga que ha venido a pasar unos días a París. Ella es Margot, la dueña del restaurante donde trabajo. Ella quería verlo y por eso estamos aquí.

—Encantada —Lizzete asintió con una sonrisa llena y una mirada no exenta de curiosidad. Arqueó una ceja con suspicacia.

—Mucho gusto —Margot correspondió al saludo con bastante esfuerzo. ¿Qué le sucedía? ¿Estaba molesta por encontrarse a Vince en compañía de una atractiva mujer? Ella había rechazado la invitación de él para tener una cita y ver qué podía surgir entre ellos. Pero ella cerró de golpe esa puerta y ahora él... Él se había buscado un nuevo ligue.

—No te hacía a estas horas en el restaurante —le comentó Vince

extendiendo el brazo hacia ella como si en verdad sintiera la necesidad de rozarla.

—Sí, bueno. Ayer nos quedamos sin algunas cosas y he aprovechado el día libre para llamar a los repartidores y tener la despensa llena para mañana. De ir al mercado te encargas tú ¿verdad?

Vince la contempló en silencio mientras entornaba la mirada hacia él. Por el tono de su voz y aquel gesto le hacía ver que ella no iba a acompañarlo. De manera que ni si quiera se lo preguntó. Le parecía algo fría con él. ¿Tendría que ver algo la presencia de Lizzete? No podía creer que fuera así porque no quería darle la razón a su amiga acerca de ponerla celosa. Consideraba a Margot como alguien a quien los celos no le influían. Pero estaba claro que algo le sucedía con él.

—Sí. Deja que piense en el menú de mañana.

Margot arqueó las cejas al tiempo que lanzaba una mirada a Lizzete. Pareció algo sorprendida porque él no le preguntara si no pensaba acompañarlo.

<<Si ella te deja tiempo>>

—Claro. Bueno, te dejo que quiero irme a casa. Estoy algo cansada. Ha sido un placer —le dijo a Lizzete mientras esta la contemplaba con detenimiento y curiosidad.

—Sin duda que lo ha sido. Espero venir a cenar a tu restaurante y probar el menú de Vince —le dijo apretándose más contra él queriendo provocar los celos de Margot.

Esta asintió sin sonreír en esta ocasión porque no la sonrisa no le salía. Estaba deseando que el suelo se abriera bajo los pies de ellos y se los tragara. ¿En qué momento se le ocurrió hacer caso a Gerard y hacerle una oferta a Vince si sabía lo que era con las mujeres? se preguntó.

<<No, querida. Más bien pregúntate por qué narices le permitiste no solo entrar en tu corazón, sino quedarse>>

—Te veo mañana —dijo despidiéndose de Vince—. Y, Lizzete, puedes venir cuando gustes.

—Lo haré. Descuida —asintió ella observándola caminar calle abajo pero con especial interés en su trasero enfundado en sus vaqueros. Entrecerró sus ojos e hizo un mohín con sus carnosos labios ante la atenta mirada de Vince.

—¿Por qué la estás mirando de esa manera?

—¿Estás seguro de que no le gustan las mujeres?

—No se lo he preguntado. ¿No estarás pensando en ella...?

Lizzete dejó escapar una cadencia de carcajadas ante la sugerencia de él.

—Descuida que no voy a desplegar mis armas de seducción con ella. Además, tampoco creo que le afectaran porque solo tiene ojos para ti.

—¿Qué dices?

—Lo que has escuchado. Deberías haberte centrado en su manera de dirigirte la palabra. Se la notaba tensa y estoy por apostar que era porque yo estaba aquí.

—Estás muy convencida.

—Te puedo asegurar que no le ha hecho ni pizca gracia verme colgada de tu brazo —Lizzete sonrió con picardía y diversión dirigiendo su mirada a Vince para ser testigo de su gesto de contrariedad.

—Si es cierto lo que aseguras, entonces ¿por qué no quiere tener una cita conmigo? Coño hemos hecho lo más difícil.

—¿A qué te refieres con <<haber hecho lo más difícil>>? —Lizzete arqueó una ceja con suspicacia intuyendo lo que Vince quería decir.

—Pues está claro ¿no? ¿Quieres que vuelva a contarte lo que sucedió en la cocina hace algunas mañanas?

Lizzete abrió la boca fingiendo estar sorprendida.

—Te refieres al sexo —contempló a Vince asentir y poner cara de <<a eso mismo>> —. No, para nada. Lo más difícil que tienes por delante es llegar a su corazón y hacerle ver que ella te interesa como mujer, como pareja. No solo para tirártela. Todo es complicado cuando quieres conquistar a una mujer. No te equivoques —le dejó claro con un gesto de advertencia por lo que acababa de decir.

—Pero ¿es que no le ha quedado claro?

—Te conozco desde hace años y sé la clase de tío que eres. Y no. No pienses que porque lo hayáis pasado muy bien en la cocina ella va a quedar contigo a cada momento.

—Vale gracias.

—Te pilló tirándose a tu sous-chef. Y ahora te encuentra conmigo colgada de tu brazo después de haber hecho lo mismo con ella. ¿Qué quieres que piense de ti?

—Pero, le pedí una cita. Insisto. Y lo de colgarte de mi brazo ha sido idea tuya —le recordó apuntándola con un dedo como si la estuviera acusando.

—Sí, se la pediste. Y luego te la tiraste ¿no?

—¿Y? ¿Cuándo tengo que pedirla? Ni que esto fuera el dentista, joder. Desconocía que existiera un protocolo para salir con alguien.

—Debes hacerle ver lo que sientes por ella.

—Pero si está claro...

—Vince, ella está enamorada de ti y no se fía de un tío que se puede largar con otra en cuanto gire la esquina —Lizzete lo miró de manera fija con una sonrisa risueña.

—Pues no ha ayudado mucho que me vea contigo, la verdad.

—Al contrario, ahora ya sabes lo que siente por ti.

Vince sacudió la cabeza y resopló sin poder creer que todo esto le estuviera sucediendo a él.

—Si tú lo dices. Anda vamos a ver la basílica del Sacré-Coeur —le dijo haciendo un gesto con la cabeza en dirección a esta.

—Por cierto, ¿sueles ir con ella al mercado? Lo pregunto porque me ha parecido que esperaba a que la invitaras a que te acompañara.

—Sí. Solemos ir juntos y luego dejar la compra en el cocina del restaurante.

Lizzete sonrió con picardía al recordar que fue entonces cuando Vince y Margot comieron los crepes de entrada y luego...

—En ese caso deberías pedírselo si estás interesado en ella. No la apartes de tu lado porque yo esté aquí.

Vince apretó los labios y asintió convencido de que tal vez Lizzete tuviera razón. Sacó el móvil y le envió un mensaje para quedar a la mañana siguiente. Confiaba que su amiga tuviera razón porque Margot era una mujer que merecía la pena.

—Tengo mis dudas al respecto después de haberte visto conmigo... No sé si al final tu genial idea tendrá buenos resultados.

—Los tendrá. Ya lo verás.

Margot decidió darse un paseo antes irse a casa con aquella mezcla de emociones. Cabreo, decepción y resignación. Necesitaba controlarse y desprenderse del estado de nervios y mal humor que la presencia de Vince junto a su amiga le había dejado. La verdad era que no entendía por qué se sentía tan afectada a fin de cuentas porque ella no pretendía tener una relación con Vince. Pues bien, ¿qué podía importarle a ella con quién estaba? Le parecía genial que sus amigas vinieran a visitarlo a París. Estupendo, siempre y cuando ello no influyera en su trabajo. Eso lo tenía que tener claro y si no se lo dejaría ella. Estaba cabreada porque todo parecía estar en su contra. ¿Por qué coño tuvo que ir a visitar la plaza de los artistas esa tarde? París era enorme. ¡Con infinidad de lugares, calles, plazas y rincones por los que pasear! Y ella, ¿por qué decidió abandonar el restaurante por la puerta principal en último momento, si ya había decidido hacerlo por detrás? Todo parecía estar confabulado contra ella pero ¿con qué propósito? ¿Recordarle que ella había rechazado a Vince? se preguntó cuando el pitido de su móvil le avisó de la entrada de un nuevo mensaje.

Contempló la pantalla sin dar un solo paso más porque no daba crédito a que Vince se hubiera acordado de ella y la hubiera escrito para proponerle ir al mercado como en otras ocasiones. Le decía que la pasaría a buscar por su casa. Margot ahogó su risa irónica ante aquella invitación. Sacudió la cabeza sin poder creerlo. Le había sorprendido e incluso molestado que no le dijera nada cuando estuvieron hablando antes. Resopló y tecleó su respuesta de manera rápida. Devolvió el móvil al bolso y siguió caminando hacia casa cuando este volvió a vibrar. Margot lo sacó del bolso y miró el mensaje.

Todo perfecto. Pasaría a recogerla e irían al mercado.

Continuó su camino tratando de no pensar más en él. Ya tendría tiempo de verlo y hablar con él por la mañana. Llegó a casa y se preparó una copa de vino mientras se ponía cómoda y daba vueltas por al casa ajena a la presencia de Atenea, su gata persa, que permanecía sobre la repisa de la ventana contemplando como caía la noche sobre París. Ella si que se había percatado de la llegada de Margot a casa y de inmediato caminó hasta ella para rozarse contra sus tobillos como prueba de que no la había saludado.

Margot sintió la suave caricia del pelaje de Atenea y sonrió. Se agachó para pasarle la mano por la barriga cuando esta se tumbó en mitad del pasillo.

—¿Qué te pasa? ¿No irás a ponerte de morros porque no te he dicho nada? —le preguntó con ella en brazos mientras Atenea ronroneaba—. Al menos tú no eres tan traicionera como otras personas.

La gata dio un brinco desde los brazos de Margot y aterrizó en el suelo sin hacer ruido. Luego la llevó hasta la cocina. Se detuvo frente al mueble donde sabía que tenía la comida y estiró la patas para apoyarse en este. De repente comenzó a maullar de manera lastimera.

—Ya sé lo que me estás pidiendo así que no te pongas dramática.

Margot pareció distraerse y olvidarse de Vince gracias a Atenea. Le echó de comer y la acarició mientras esta se daba un festín.

—En fin, ¿tú crees que debo fiarme de Vince? —preguntó contemplándola comer ajena a su pregunta y a su presencia—. ¿Qué vas a saber tú? En serio, ¿es así como pretendía tener una cita conmigo? Le digo que no es buena idea y él en vez de insistir o de hacerme ver que va en serio se pasea por París del brazo de su amiga que ha venido a visitarlo. Pues no pierde el tiempo. Si solo tengo que pensar en Nicole. ¡Joder, deberías haber visto a su amiga! Se parecía a ti cuando te restriegas contra mi cuerpo pidiendo mimos o comida! Me ha quedado claro que ella le estaba pidiendo mimos, también —comentó frunciendo los labios y el ceño al unísono sin poder creer que en el fondo estuviera celosa de ella.

Cogió la copa y bebió un trago dejando la mirada perdida en el vacío y la mente en blanco. Por otro lado, tal vez después de todo fuera lo mejor y que Vince no permaneciera en su vida salvo por el trabajo. Nada más, se convenció apurando el vino de su copa y contemplando como Atenea se relamía tras el último bocado.

Horas más tarde Margot dormía relajada cuando el timbre del interfono sonó. No fue consciente de ello hasta que escuchó varios timbrazos más prolongados. Se incorporó y cogió el móvil de la mesita de noche para comprobar la hora.

—Joder...

Apartó la ropa de la cama y salió de esta hacia el pasillo y descolgar el telefonillo para abrir la puerta a Vince. Se había quedado dormida. Demasiado vino, se dijo cuando recordó el ligero dolor de cabeza que la aquejaba en ese preciso instante. No podía ser tan infantil y dejarse llevar por unos simples celos, coño se dijo. Como si se tratara de un zombie se dirigió a la puerta para abrir ajena a su apariencia.

Vince estaba delante de la puerta esperando a que Margot le abriera. Y

podría jurar sin temor a equivocarse que cuando ella lo hizo lo que menos esperaba era encontrársela recién salida de la cama. Creía que estaría lista para ir al mercado pero... ¿Habría cambiado de opinión después de todo? Él no dijo nada sino que se limitó a sonreír ante su aspecto. Su pelo se asemejaba a un nido de pájaros. Lo estaba mirando con los ojos entrecerrados apoyada en el marco de la puerta. Vince apretó los labios cuando bajó la mirada y se dio cuenta que ella llevaba puesto un top, que le resaltaba su generoso busto y unos pantalones de rayas que dejaban entrever la goma de su ropa interior. Sensual, atrevida, provocativa, preciosa fueron algunos de los calificativos que se le pasaron por la cabeza al fijarse en ella.

—Buenos días —le saludó con una leve inclinación de cabeza.

—Pasa y cierra la puerta.

Hizo lo que ella le pidió sin apartar la mirada de ella para verla caminar hacia su habitación. La tela de su pijama se ajustaba a la redondez de su trasero incitando a Vince a seguir mirando en aquella dirección.

—Olvidé poner el despertador. En seguida estoy contigo —le aseguró desprendiéndose de su top avanzando por el pasillo mientras el deseo por seguirla golpeaba a Vince al centrarse en su espalda desnuda.

—No te preocupes. Tómate tu tiempo, en serio —le dijo mientras él se desprendía de su chaqueta, se subía las mangas de la camisa y desaparecía en la cocina.

Margot entró en el baño con un resoplido. Lo que más le fastidiaba era haberse quedado dormida después de creer que él no se acordaría de que irían juntos al mercado. Y ahora... Tenía que empezar a comportarse como una mujer adulta y responsable y no como un quinceañera. Todo era culpa de las copas de vino que se tomó antes, durante y después de su cena. Se metió bajo el chorro del agua para despertarse y no hacerle esperar demasiado.

Vince se movía por la cocina con total naturalidad y rapidez, al fin y al cabo era su lugar de trabajo. Decidió prepararle el desayuno a Margot mientras ella se duchaba. Además, no le gustaba la idea de estar de brazos cruzados. De repente sintió algo rozarle los pies y se quedó con los ojos abiertos como platos cuando descubrió una bola peluda de color gris. Ahogó su sonrisa y se agachó para cogerla.

—¿Y tú quién eres?

La gata ronroneó por un momento antes de agitarse entre las manos de aquel desconocido para ella. Vince la dejó ir libre a su plato de comida y él regresó a su tarea con una sonrisa. Pero segundos después esta empezó a

maullar captando toda la atención de él.

—Tú también quieres desayunar ¿eh? Bueno, a ver dónde tiene la jefa tu comida —Vince comenzó a abrir los muebles de la cocina hasta encontrarla. Tras echarle un cantidad razonable la gata comenzó a comer y él pudo regresar a su tarea.

Margot se envolvió en su albornoz, cubrió su pelo con una toalla y salió del baño. Se daría prisa ya que no quería que él estuviera esperándola más tiempo del necesario. Pero hubo de detenerse al escuchar ruido en la cocina.

Vince terminó de preparar la mesa y al levantar la mirada encontró a Margot cubierta por un albornoz de apariencia suave y una toalla en su pelo. Se quedó clavado en el sitio sin saber si debía moverse o incluso decir algo. Se dio cuenta que tenía la cafetera en una mano como si fuera a servir y cubiertos en la otra pero no pareció importarle en ese preciso instante. Si cuando ella le abrió la puerta y se fijó en su apariencia, ella le había parecido de lo más sexy que podía contemplar a esas horas, en ese preciso instante, le daban ganas de dejarlo todo para acercarse a ella, aflojar el cinturón que cerraba el albornoz e introducir sus manos y dejar que recorrieran su cuerpo desnudo.

Margot sintió una sacudida inesperada cuando la mirada de Vince se posó en ella. No la estaba contemplando con curiosidad o sorpresa por haber aparecido de repente sino con deseo. Apostaba a que si se lo permitiera él le quitaría el albornoz y haría con ella lo que le viniera en gana. Una media sonrisa irónica y pícara se dibujó en sus labios. Se movió inquieta y para tratar de rebajar la temperatura de su cuerpo, se centró en la mesa y en el desayuno que había sobre esta. No pudo evitar sentir una punzada de orgullo porque él hubiera tenido ese detalle. Ni que el calor sofocante se transformara en una calidez placentera. ¿Qué diablos le estaba sucediendo?

—No tenías que... molestarte —balbuceó sin saber qué decir y Vince negaba con la cabeza.

—No iba a quedarme de brazos cruzados mientras tú te duchabas. Además, he conocido a tu compañero peludo de piso. Desconocía que tuvieras un gato —comentó haciendo un gesto hacia este que miraba a Margot de manera fija.

—Es Atenea. Una gata persa.

—Entonces, compañera de piso. Le he dado de comer ya que parecía tener hambre.

—Siempre lo tiene. ¿Has preparado todo eso para mí? —preguntó sin

salir de su asombro al ver café recién hecho, tostadas, tortitas...

—Me las he apañado con lo que tenías en la nevera.

—Eres capaz de preparar una comida de aspecto delicioso con cuatro cosas. Eres... —Margot se mordió los labios cuando iba a dedicarle un cumplido. Prefirió dejarlo estar cuando la imagen de él con su amiga invadió su mente. Al parecer una parte de ella se empeñaba en recordar lo que no le convenía.

—Gracias. Podemos compartirlo.

—¿Tampoco has desayunado? —le hizo la pregunta mientras tomaba asiento y se desprendía de la toalla que le cubría el pelo, dejándolo libre para que se secase al aire.

Vince percibió la ironía y la burla en el tono de ella haciendo clara alusión a Lizzete.

—Un cruasán de camino aquí, nada más. Tenía intención de que desayunáramos antes de ir al mercado.

—Ya. Esperabas que estuviera preparada para irnos en cuanto llegaras —se sintió culpable por haberse quedado dormida.

—Pero me habría perdido este desayuno contigo. En la cocina de tu casa, con tu gata rondándonos. No lo cambiaría por el mejor pescado de esta mañana en el mercado. Créeme —le aseguró pesando en la manera de hacerle ver que le importaba más allá del sexo con ella. Había decidido hacer caso a Lizzete e intentaría conseguir que ella se enamorara de él.

El calor volvió a inundar el pecho de Margot lo que hizo que se removiera en la silla. No estaba bien que se sintiera halagada por las miradas y los cumplidos de él. No. No era lo correcto, se repitió pese a que su cuerpo parecía ir otro camino bien distinto al de su mente. Y mucho menos que disfrutara de aquel desayuno que él le había preparado.

—¿En serio? Pensaba que lo harías con tu amiga.

—No. ¿Por qué?

—Porque está en tu casa. Me parece lo más lógico después de todo — Margot escondió su mirada en la taza de café y dio un trago que le vino como perlas para despejarse—. Lo has cargado.

—A estas horas viene bien una taza así. De todas formas desconozco el café que usas. Si es natural o mezcla. Lo he encontrado en un tarro de cristal —le explicó encogiendo sus hombros.

—Me gusta cargado. Has acertado —no pudo evitar que la sonrisa tímida volviera a sus labios. Hubo de esconder el rubor en su taza. No quería que él

fuera testigo de estas bajo ningún concepto—. Siento que me hayas pillado en la cama todavía.

—Yo no, si te soy sincero.

Ella se quedó contemplándolo una vez más sin saber qué decirle. ¿Por qué de repente se encontraba cómoda con él? ¿Por qué la rabia del día anterior parecía irse fundiendo como el chocolate al calentarlo? ¿Es que no podía mostrarse fría como se había dicho así misma?

—Ya pero... Hacerte venir...

—No le des más importancia. No obstante si no quieres venir...

La contempló untar la mantequilla sobre el pan tostado. Disimuló su sonrisa porque a cada momento que se fijaba en ella el comentario de Lizzete volvía a su mente. No podía creer que Margot estuviera celosa de ella.

—¿Estás de coña? ¿Y qué se supone que hago yo levantada a estas horas hasta que abramos el restaurante? ¿Qué has pensado recomendar hoy?

—Dependerá de lo que encontremos. Algún pescado y algo de carne. Pero no estoy seguro de qué clase. ¿Por qué no me llamaste decirme que vendrías conmigo?

Margot levantó la mirada del plato de tortitas para dejarla suspendida en el rostro de él. Entreabrió sus labios para tomar aire y pensar en su respuesta.

—Estabas con tu amiga. No era plan de cortarte el rollo. Oye, las tortitas se te dan de muerte —le dijo señalando estas y cambiando el asunto de la conversación.

—Lizzete se presentó de sorpresa la noche anterior. No tenía ni idea de que iba a venir a París.

—Vale, pero a la vista de lo de ayer, no tenía ningún sentido hacerlo. Me habrías dicho que estabas ocupado, ¿no? —ella abrió los ojos como platos y sus cejas se arquearon en demasía.

—¿Qué tiene que ver que estuviera con Lizzete? Ella podría haberse quedado en mi casa, dar una vuelta por París o incluso echarnos una mano.

—No quería estropear tu día libre.

—No lo habrías estropeado. Al contrario...

—Eso lo dices ahora que ya ha pasado —sonrió con sarcasmo mientras por dentro estaba que mordía sin saber el motivo. Pero sus últimas palabras parecían haber sido una especie de bálsamo. ¿Qué había querido decirle con la expresión <<al contrario>>? ¿Había esperado que ella lo llamara para quedar ese día?

—¿Por qué tengo la sensación de que tienes algo contra mí esta mañana?

¿No has dormido bien?

—He dormido muy bien y no tengo nada contra ti —le aseguró inclinándose hacia él sin ser consciente de que el albornoz se le había abierto mostrando el canalillo de sus pechos.

Vince apretó los labios. Se había percatado de ese detalle pero no sería tan descarado de fijar su atención en esa parte de la anatomía de ella. Por ese motivo se quedó mirándola a los ojos.

—Me queda claro.

Margot asintió dando por hecho que no tocarían el tema más. Siguió desayunando cuando se percató de que estaba enseñando más de lo que a ella le gustaría. Se colocó el albornoz en su sitio mirando de reojo a Vince, quien sonreía con picardía y diversión.

La siguió con la mirada mientras ella se levantaba de la silla y se giraba camino de su habitación. En esta ocasión no se desprendió de la ropa, como cuando se dirigió al baño para ducharse, ya que hubiera sido demasiado provocativo.

¿Cómo coño iba a mostrarle que le importaba? Seguía pensando que Lizzete había venido a París a verlo y que esa visita incluía algo más. Pero no le sacaría él de sus dudas. Después de pasar parte de la noche charlando con Lizzete a este respecto, Vince decidió seguirle el juego a Margot. No le diría quien era su amiga ni qué gustos sexuales tenía. No pretendía hacerle daño porque no se veía capaz pero ese toque de genio y celos que ella mostraba en ciertos momentos, le gustaba. Hacía que la deseara más.

Recogió los restos del desayuno mientras ella terminaba de arreglarse. No terminaba de acostumbrarse a ella porque cuando la volvió a ver caminando hacia él hubo de controlarse al máximo para no rodearla por la cintura y sujetarla mientras la besaba.

—Cuando quieras. Ya podemos irnos.

Vince recogió su chaqueta mientras ella salía por la puerta pero se giró en el último momento echándose encima de él. Sus miradas volvieron a quedarse fijas, sus cuerpos pegados y sus respiraciones fundidas en una sola.

Margot se humedeció los labios como si esperara a que él la besara.

—Disculpa. Olvidaba el móvil.

Vince se apartó y salió al rellano. Aquella situación iba a ser algo complicada si pretendía no tocarla.

Margot cerró la puerta y suspiró antes de girarse ante él temiendo que volviera a producirse la situación anterior. Solo era consciente de que cada

vez que lo tenía cerca algo se alteraba en su interior. Algo que no lograba controlar por mucho que se dijera que era mejor no pensar en él y dejarlo estar. Que había dejado a su amiga en la cama después de compartirla la noche pasada, estaba segura de ello. Lo que desconocía era cuánto tiempo podría soportar esa situación.

Se quedó contemplándolo durante unos segundos mientras él hacía lo propio con ella y se preguntaba cuál era el verdadero motivo por el que ella no quería una relación.

—¿A qué se dedica tu amiga?

La pregunta cogió desprevenido a Vince. Volvió el rostro hacia Margot, quien lo contemplaba de manera fija.

Incluso ella estaba tan sorprendida como él porque no sabía por qué coño se le había ocurrido seguir con el tema de la amiga.

—Tiene un estudio de tatuajes.

—De manera que se dedica a tatuar a la gente.

—Sí. ¿Qué te parece la merluza? ¿O llevamos lubina?

Margot se inclinó sobre ambos pescados ajena a la mirada de Vince y a su sonrisa. Él seguía pensando que después de todo Lizzete iba a tener razón y Margot estaba algo... celosa. Le gustaba que sacara esa parte de ella, aunque al final nunca lo reconocería.

—Podemos llevar par de cada y preparar dos platos diferentes de pescado. ¿Qué opinas? —Margot elevó una ceja con suspicacia al que tiempo que fruncía sus labios.

Vince sonrió cuando por su cabeza pasó la idea borrarle aquella expresión con un beso.

—No hay problema. Pon un par de cada —le pidió al dueño del puesto del pescado—. Prepararé dos recetas diferentes. ¿Hay algo más que quieras saber de mi amiga Lizzete? ¿Alguna curiosidad más?

Margot se sintió cohibida y descolocada cuando Vince le lanzó las preguntas.

—¿Por qué debería?

—No lo sé. Dímelo tú. Me has estado haciendo preguntas acerca de ella como si tuvieras algún interés especial.

—¿Qué pasa? ¿No puedo hacerlas? —Margot se detuvo delante de él con el ceño fruncido y un gesto de rabia reflejado en su rostro.

—Estás en tu derecho —Vince pasó a su lado dejándola atrás con la palabra en la boca y él continuaba su camino sin poder borrar la sonrisa de su

cara. Esperaba a que hiciera la pregunta que según Lizzete le había comentado la noche pasada. La curiosidad por saber si entre ellos había algo más que una simple amistad, le había comentado su amiga mientras cenaban en un restaurante parisino. Pero Vince le había asegurado de manera rotunda que Margot no era de esa clase de personas que indagan en la intimidad del resto hasta ese punto. Ella prefería quedarse con la duda antes que preguntarle si se acostaban.

Margot caminó hasta situarse a la altura de él.

—Espero que ella no se convierta en una distracción para ti.

—¿Distracción? ¿No lo dirás por el trabajo? —le preguntó él de manera desinteresada.

—¿A qué otra cosa si no?

—Descuida, Lizzete no me quita el sueño —le dejó claro guiñándole un ojo.

—No me interesa saber lo que haces por las noches —le dejó claro con un gesto que trataba de mostrar su aparente frialdad.

—¿Hay algo más que necesitamos comprar o ayer ya te encargaste tú con los repartidores?

—Creo que está todo.

—Bien, no obstante siempre podemos improvisar con otros ingredientes si nos falta alguno.

—Siempre que tu improvisación esté acorde al plato que hay en el menú —le rebatió con un tono cortante—. Quiero decir que una cosa es la improvisación de un plato en cuestión y otra que me vayas a cambiar el menú.

—Ni se me ha pasado por la cabeza semejante locura. Iremos a dejar la compra, ¿no? O mejor, puedo quedarme en la cocina preparándolo. Podemos ofrecer un pescado en la comida y otro en la cena. ¿Qué te parece?

—Tú eres el chef.

—Y tú mi sous-chef —le recordó acercándose demasiado a ella para su gusto. Su cercanía hizo que Margot apretara los labios hasta hacerlos desaparecer. Se le podrían cruzar los cables en un momento y cometer una locura. Pero no hizo falta que ella se apartara o que dijera algo porque la aparición de Gaspar Leonie hizo el resto. Nunca la aparición del rival de Vince fue más oportuna, se dijo Margot.

—Vaya, ¡qué casualidad que os encuentre aquí! ¿Haciendo la compra para el menú de hoy? ¿Qué tienes pensado ofrecer hoy en *L'Orchidée*?

Vince dio un paso atrás para apartarse de Margot, quien no le perdió la

mirada en ningún momento sabedora de la rivalidad existente entre ambos.

—Yo también me alegro de verte.

—Margot, ¿cuándo vas a entrar en razón de una vez? —Gaspard entornó su mirada hacia ella y puso cara de lástima.

—¿Lo dices por tener a Vince como jefe de cocina? Sin duda que debo estar algo tarada para haberlo hecho una segunda vez —dijo mirando a Vince con una sonrisa a caballo entre la ironía y la rabia.

—Sin duda que después de que lo pillaras en plena faena con la anterior sous-chef —ironizó Gaspar moviendo sus cejas arriba y abajo—. Ya me entiendes.

A Margot se le revolvía el estómago cada vez que pensaba en ese incidente. Y si ella ya lo había superado y casi olvidado, siempre tenía que haber alguien tocándole las narices con esa situación. De repente Gaspard Leonía no era tan bien recibido en ese momento como ella había pensado al verlo. Y además, había pasado a engrosar la lista de las personas a evitar.

—¿Querías algo, Gaspard? —Vince intervino al ver el semblante de Margot: apostaría a que en otro lugar ella sería capaz de reaccionar de una manera muy diferente a cómo lo estaba haciendo. Sin embargo, tampoco se le había pasado por alto las palabras de ella al respecto de su contratación.

—No, solo saludaros. Ah sí, ya que os veo. Se rumorea que los representantes de la guía están de gira por los principales restaurantes para ver si conceden alguna estrella más. Andad con cuidado.

Margot acusó el golpe de la noticia y permaneció expectante ante la información que pudiera ofrecerle Gaspard.

—Pues ponte a cocinar para que te la concedan —le aconsejó Vince con sorna.

—Estoy seguro de que así será. ¿Y tú?

—No me interesan las estrellas. No tengo complejo de general. Me basta con alimentar a la gente que acude a su restaurante —Vince volvió su atención a Margot y asintió.

—En ese caso, sigue alimentándolos que yo me llevaré alguna estrella más. Que tengáis buen día.

Margot se quedó contemplando a Gaspard alejándose de ellos dos. Luego levantó la mirada hacia Vince quien no parecía inmutarse por esa noticia.

—Me parece bien que pretendas alimentar a la gente, pero a mí me gustaría que *L'Orchidée* lograra otra mención en la guía gastronómica y por qué no otra estrella. De ese modo seguiríamos siendo un restaurante

recomendado en las guías de viajes para todos los turistas que vienen a París. E incluso para los propios parisinos —le recordó con un tono y una mirada que a él no le quedaron dudas de que en ese momento Margot era la jefa, y no la sous-chef, ni la mujer de la que estaba enamorado, lo cual le jodió.

Vince inspiró hondo y su gesto se transformó de igual modo que minutos antes el de ella.

—No te preocupes. *L'Orchidée* logrará una nueva estrella y una nueva mención en las guías gastronómicas —le prometió con el mismo tono que ella había empleado: frío, serio y profesional. Carente de cualquier sentimiento—. Y ahora me iré a preparar los pescados, como te comentaba antes de que Gaspard apareciera.

Margot percibió un cambio en el semblante de él y que sin duda se había producido por la manera en la que ella se había dirigido a él para recordarle que ella sí quería que su restaurante subiera su categoría. Tal vez había sido demasiado fría y borde. Se había dejado llevar por la rabia que sentía en su interior y que todavía estaba ahí, desde que vio a Vince con su amiga. O tal vez ese enfado era con ella por no haber sabido reaccionar en el momento oportuno: cuando él le propuso quedar fuera del trabajo. Pero lo cierto era que no le había hecho gracia lo que Vince le había confesado a Gaspard.

Lizzete avisó a Vince para decirle que iría a comer al restaurante. Lo había notado algo diferente en su tono, lo cual le daba mala espina. Él, por su parte, pasó de contarle la charla con Margot en el mercado después de encontrarse con Gaspard. No tenía sentido hacerlo. Le había quedado muy claro que su preferencia era el restaurante y conseguir una nueva mención, y no se lo discutía ya que era su negocio. Pero había maneras de hablarlo y la forma en la que ella lo había hecho lo había sorprendido. Su humor era de perros desde que fue a buscarla a su propia casa. Estaba claro que no tenía ninguna opción con ella. De manera que se centraría en preparar los mejores menús para que el restaurante destacara, y una vez que *L'Orchidée* tuviera una nueva estrella y una mención en las guías de viajes, él se iría. Esta era la conclusión a la que había llegado tras meditarlo a solas en la cocina del restaurante mientras preparaba los pescados para el menú. Si el único interés de Margot era lograr una nueva estrella para el restaurante, su presencia allí duraría hasta que la consiguiera. No tenía sentido pasar el tiempo intentando que ella cambiara de opinión con respecto a ellos dos.

La única compañía que tuvo en la cocina era la ópera que escuchaba en ese momento. Justo hasta que apareció Gerard y se quedó completamente sin

palabras al escuchar a Vince cantar.

—Desconocía que cantarás ópera.

—Ni por asomo. Tan solo la imitó. Gesticulo y me dejo llevar por la música.

—¿Qué coño haces aquí tú solo? —Gerard extendió los brazos y se giró sobre sus talones para comprobar que era cierto que no había nadie más.

—Preparar el pescado para el menú de hoy. No me gusta dejarlo en la cámara frigorífica hasta usarlo. Ni mucho menos congelarlo: eso lo tengo prohibido.

—¿Y Margot? ¿Cómo es que no ha venido todavía? ¿No ha ido contigo al mercado?

—Imagino que estará al llegar. Si, fuimos juntos y luego ella se marchó a su casa y yo me vine aquí.

—Sí. Pero es extraño que hayas abierto tú.

—Ella me dejó un juego de llaves.

—Supongo que habrás comido —Gerard sonrió al darse cuenta de lo que había dicho—. Qué pregunta más gilipollas acabo de hacerte. Dime, ¿qué tal con Margot?

Vince pareció hacer oídos sordos a la pregunta porque no respondió. Solo cuando Gerard hizo un sonido gutural que captó su atención, Vince se dio cuenta.

—Bien. Lo llevo bien.

—¿En qué sentido?

—En todos.

—¿En lo personal también?

Vince dejó el cuchillo y cogió un trapo para limpiarse las manos mirando a Gerard esperando que este se aclarara. Pero el maître parecía estar esperando a que fuera él quien se lo dijera.

—En lo personal también aunque en ocasiones es algo complicado trabajar con ella.

—Bueno, los roces siempre existen en un lugar de trabajo. No se lo tengas en cuenta.

—No lo hago.

—Le costó dar su brazo a torcer e ir a buscarte, créeme.

—Soy consciente de ello. No es nada sencillo ofrecer el puesto de trabajo a la misma persona que despediste tiempo atrás por follarse a la sous-chef.

—No hemos hablado de ese asunto.

—Lo estamos haciendo.

—¿Te ha perdonado?

—Eso deberías preguntárselo a ella cuando entre en la cocina —le sugirió haciendo una señal con el mentón en dirección a la puerta.

—¿Qué hay entre vosotros, Vince?

—No sé a qué viene esa pregunta, la verdad.

—Vamos, no te escondas. Uno solo tiene que fijarse en vosotros dos para darse cuenta de que hay química. Si la animé a ir en tu busca fue en parte porque sé lo que siente por ti.

—Pensaba que lo hacía por el trabajo. Por lograr una nueva estrella para su restaurante —Vince mostró una sonrisa irónica.

—Sí claro. Pero lo personal también entra en juego.

—Te diré que nos entendemos bien aquí. No te lo niego. Tú mismo puedes verlo cada vez que apareces.

—No me refería solo al trabajo —Gerard entornó la mirada hacia Vince pero este esquivó muy bien el tema.

—Por cierto, esta mañana estuvimos con Gaspard en el mercado. Asegura que los miembros de las guías turísticas y de restaurantes están dándose una vuelta para ver si conceden alguna mención más. ¿Has oído algo?

—Ellos siempre están expectantes; y tú lo sabes mejor que ningún otro. ¿Por qué me cambias el tema?

Vince chasqueó la lengua.

—Porque Margot quiere una nueva estrella para *L'Orchidéé*. Para que estés atento cuando veas a algún comensal que pueda ser uno de esos que evalúan a los restaurantes. Eso es lo importante desde ya —le dejó claro con gesto sombrío.

—Es lógico por su parte. Ella quiere convertir el restaurante en uno de referencia en París. Supongo que eso ya lo sabías.

—Lo intuía. Pero esta mañana me lo ha dejado claro.

Gerard entornó la mirada hacia Vince porque a juzgar por la manera en la que se lo había contado había algo más. Y su tono se había vuelto frío y algo cortante al hablar de ella y de sus aspiraciones con el restaurante.

—¿Algo más que quieras contarme antes de empezar?

En ese momento Margot apareció en la cocina acompañada de algunos de los miembros del equipo. Le dedicó una mirada fugaz a Vince cuando entró. No sabía el motivo pero había intuido que él seguía allí. Que no se había

marchado en toda la mañana. Y en parte se sentía culpable por haberle dicho que esperaba ganar otra estrella para su restaurante. Fue algo brusca en su forma de decírselo. Llevaba por la rabia que sentía desde la tarde anterior pero ya no había modo de echarse atrás. Lo aclararía con él cuando tuviera tiempo y la conversación saliera. Solo quería decirle que esperaba lo mejor de él, como hasta ahora.

*

El ritmo de petición de comidas fue incrementándose de manera paulatina. Vince no levantaba la cabeza de su mesa porque cada cinco minutos le llegaba un plato listo para emplatar y revisar antes de darle salida hacia el comedor. Se mantenía concentrado en todo momento evitando por todos los medios mirar a Margot y si tenía que hacerlo era porque no le quedaba otra opción.

—¿Dónde coño está ese bistec? El cliente lo ha pedido para comer no para cenar. ¿Qué coño está pasando? —Si Margot quería una nueva estrella en su restaurante, él se la conseguiría, pero para hacerlo iba a exprimirla—. ¡Margot ponte a emplatar!

Ella lo miró desconcertada por aquella petición. Estaba desbordada atendiendo a los fogones cuando escuchó aquella orden. Pareció vacilar un segundo pero la mirada y el gesto de él no le dejaron dudas.

—Vamos, ponte ahí —insistió él señalando su lugar a su lado en la mesa sobre la que le estaban esperando varios platos.

—Sí, chef.

Vince iba a hacer que ella deseara no haberle confesado aquella petición de una estrella para el restaurante. Ni él tampoco.

—La gente tiene hambre. No pueden estar esperando por su comida como si esto fuera el bufé de un hotel. Esto es un restaurante de prestigio —alguien le colocó un plato de comida delante para que lo emplatará antes de sacarlo—. ¡¿Qué cojones es esto?! —preguntó contemplando con cara de asombro a la persona que se lo había entregado. Todos lo contemplaron con el plato que contenía la pechuga de pato—. ¿Qué mierda de magré es esta? ¿Qué os dije el primer día que llegué? ¿No os quedó claro? —Vince lo cogió entre sus dedos y lo arrojó al cubo de la basura—. Margot encárgate de preparar un magré de pato como debe ser cuando termines de emplatar. ¿Qué sucede con el entrecot? ¿Estáis matando la ternera o qué? ¡Joder! ¿Se puede saber qué cojones os pasa? Que os quede claro que no estoy aquí para perder el tiempo.

Margot no daba abasto con las peticiones de Vince. Era como si estuviera

poseído por el diablo. No paraba de vociferar aquí y allá. A unos y a otros pero sobre todo a ella. Parecía que esa mediodía la tenía tomada con ella porque no la dejaba descansar ni un solo minuto. Ni tiempo le dejaba para ir al baño. ¿A qué venía aquel comportamiento? ¿Tenía algo que ver con lo que ella le había comentado en el mercado acerca de obtener una nueva estrella?

Durante las horas que la cocina estuvo abierta Vince no permitió que nadie bajara el ritmo. Por momentos la mirada de Margot se cruzó con la de él preguntándose qué demonios le sucedía. ¿Qué había pasado durante las horas que había estado solo preparando el pescado? se preguntaba ella cada vez que se fijaba en él.

Cuando llegó la hora de cerrar todos parecieron respirar aliviados. El cansancio se reflejaba en sus rostros, el sudor, los colores en las mejillas, las ojeras... Vince sonrió satisfecho ante esa visión.

—Buen trabajo equipo —les dijo situándose delante de ellos para aplaudirles ante la estupefacción de Margot. Ese era Vincenzo Ferrara. Un tipo que te exprimía a tope en la cocina, tiraba al cubo de la basura los platos que no estaban a su gusto y al terminar el día no vacilaba en aplaudir tu trabajo.

—Vince —Gerard captó su atención—. Tu amiga te espera en el comedor.

—Ahora voy.

No miró a Margot camino del comedor pero de haberlo hecho se habría dado cuenta de la mezcla de cansancio y decepción reflejada en su rostro y en su mirada.

Lizzete permanecía sentada a la mesa que había ocupado para comer. Estaba terminando su café cuando vio aparecer a Vince y sonrió.

—Vaya, mírate. Estás la mar de seductor con tu traje de faena. Y con ese pañuelo cubriendo tu cabeza pareces un pirata —ironizó Lizzete con una sonrisa—. Anda siéntate un momento y relájate. Lo necesitas ya que estoy segura de que no has parado ahí dentro —ella levantó el mentón para hacer un gesto hacia la cocina.

—Tienes razón. Ha sido de locos. Pero nada diferente a lo que estoy acostumbrado —Vince resopló y se despojó del pañuelo, lo arrebujó y se lo guardó en el delantal.

—El comedor no ha dejado de estar lleno el rato que llevo yo aquí. Los pobres camareros no daban abasto, la verdad.

—Hemos estado algo desbordados por momentos. Pensaba que no sacaríamos toda la comida a tiempo.

—¿Qué tal Margot?

—Supongo que estará comiendo con el resto del equipo.

—Si quieres ir tú también, ve. No quiero quitarte tiempo. Podemos quedar más tarde si no tienes otros planes.

—Claro que no los tengo y tú mejor que nadie lo sabes. Te llamo en una hora, lo que tardaremos en recoger.

—No te veo muy animado, Vince. ¿Qué ha pasado?

Él sonrió irónico. Se arrellanó en la silla y jugueteó con la copa de vino que Lizzete había usado.

—Que estoy cansado, eso es todo. ¿Qué has pedido de comer?

—La recomendación del chef. ¡Qué pregunta la tuya! —lo contempló con los ojos abiertos como platos y cara de no haberlo escuchado bien.

—¿Te ha gustado?

—En tu línea. Delicioso. Aunque reconozco que me sigues sorprendiendo después del tiempo que hace que nos conocemos y de la cantidad de comidas que me has preparado.

—Vale. Luego te llamo y damos un paseo por las Tullerías y la calle Rivoli. ¿Has pensado darte un capricho en Cartier? —le preguntó mientras se acercaba a ella y la besaba en la mejilla para sorpresa de ella—. Lástima que prefieras a las mujeres. Haríamos un buen equipo.

Lizzete se quedó con la boca abierta por el gesto y por su último comentario. No recordaba habérselo escuchado decir nunca. Sonrió con picardía y sacudió la cabeza mientras apuraba su café y se levantaba de la silla para marcharse.

Vince empujó las puertas de la cocina y encontró a su equipo comiendo. Algunos charlaban y otros permanecían en silencio. Le habían reservado su asiento a la cabecera de la mesa como de costumbre por ser el chef. Él se dirigió hacia este con la vista fija en Margot, quien no había apartado la suya de él nada más verlo regresar. Y cuando vio que él se detenía a su altura con el brazo extendido, ella se limitó a entrecerrar los ojos y sacudir la cabeza sin entender aquel gesto.

—Creo que hoy te toca a ti presidir la comida. Por favor, haz los honores —le dijo mientras todos los demás paraban de hablar, de comer o de reír y se centraban en Margot—. Hoy has estado a una altura increíble.

Todos los allí presentes asintieron, aplaudieron y vitorearon a Margot cuando ella se levantó de su silla incapaz de decir una sola palabra.

—Sí, venga jefa, hoy te has ganado presidir la mesa —exclamó Bertrand.

Ella sintió la oleada de calor invadirla y asentarse en su rostro durante unos minutos. Miró a todos y en especial a Vince, quien se había sentado en el lugar que hasta hacía unos segundos había ocupado ella.

—¿Por qué lo has hecho?

Vince volvió el rostro cuando escuchó su comentario en voz baja.

—Te lo has ganado. Te he exigido demasiado y has respondido sin protestar. Eso es bueno para ti como futura chef y para tu restaurante —Vince no le sostuvo la mirada sino que la volvió a su plato. No quería hacerla partícipe de sus planes futuros.

Margot sintió que se atragantaba pero no por causa de su felicitación sino porque él daba por sentado que ella sería la jefa de esa cocina en la que se encontraba. Pero, ¿qué sucedería con él? Si ella lograba convertirse en jefa de cocina, ¿pensaba marcharse? ¿Dejarla sola al frente de todo aquello? Aseguró en la entrevista a Jules que se quedaría en París. Bueno, tal vez decidiera abrir su propio restaurante allí. O tal vez trabajar en otro. Esperaba que le aclarara sus palabras cuanto antes si era cierto lo que ella pensaba.

No encontró las fuerzas para rebatirle, para decirle que él estaría a su lado, que juntos convertirían a *L'Orchidée* en un restaurante de referencia en París. ¿No era eso lo que él quería? Se suponía que iba a permanecer en la ciudad.

La comida discurrió con total normalidad. Todos intercambiaban comentarios al respecto del medio día vivido en la cocina. Vince se fijaba en Margot cuando ella no era consciente de que él lo estaba haciendo. Preciosa; la mirara por donde la mirara. Con su pelo recogido salvo por algunos mechones que escapaban después de tantas horas de forzoso cautiverio. Sonreía, charlaba con los demás, humedecía sus labios o se quedaba pensativa escuchando el comentario de uno de los presentes.

Lo que daría por poderla besar, por acariciarle la mejilla y colocarle ese mechón rebelde detrás de la oreja. Dejar que sus dedos trazaran el perfil de su rostro y detenerse en sus labios. Degustar su sabor como las anteriores ocasiones y quedarse aturdido con sus besos.

La hora de recoger y marcharse llegó y cada uno se dirigió a sus casa a descansar, cambiarse de ropa y demás para volver horas más tarde allí de nuevo. Vince tecleó un mensaje para Lizzete mientras Margot lo observaba desde la distancia.

—Si no hay nada más que hacer... —le dijo levantando la mirada de la pantalla de su teléfono para descubrirla a ella una vez más.

—No... Todo está recogido y listo para la noche. Puedes irte si has quedado.

Vince asintió en silencio e inspiró sin apartar su atención de ella.

—Estaré aquí con tiempo necesario para prepararlo todo para la cena. Confío en que sea algo más relajada que la comida.

—Sí, yo también. De lo contrario volveremos a verte de uñas con nosotros —Margot movió las cejas y sonrió. Su tono era comedido e incluso quería dotarlo de cierta cordialidad. Pero en el fondo así había sido. Vince había estado algo alterado durante la preparación de las comidas.

No pudo dejar escapar una sonrisa. Sí, había estado algo exigente.

—Yo diría más bien que he estado algo mandón.

—¿Algo? —ella caminó decidida hasta él con la boca abierta y los brazos cruzados. Sacudía la cabeza sin poder creer que él estuviera en lo cierto.

—Exigente y profesional es lo que se espera de mí, ¿no?. Tal vez en algún momento me haya pasado pero no puedo permitir que bajemos la guardia si quieres lograr una nueva estrella para tu restaurante. Es así de simple.

Margot se humedeció los labios.

—¿Lo haces por eso? El exigirnos tanto...

—Sí. Por eso mismo.

Ella cerró los ojos por un segundo. Apretó los labios y cerró sus manos convirtiéndolas en puños como si fuera a golpear algo, o a alguien. ¿Era ese el verdadero motivo de su comportamiento? pensó antes de levantarla y dejarla suspendida en él.

—Tampoco hace falta que seas tan...

—¿Duro? —Vince arqueó una ceja.

—Entiendo que quieras lograr una nueva estrella para ti.

—No tengo complejo de general en jefe. Ya lo he dicho en alguna ocasión. Las nominaciones, los premios y toda esa parafernalia me dan exactamente igual, Margot. Disfruto con mi trabajo, creí que ya lo sabías. No quiero más estrellas. No es por lo que vine a París.

Margot pareció dudar ante este último comentario de él.

—Bien. Ese es tu punto de vista. ¿Por eso mismo no quieres cobrar?

—No lo necesito para vivir aquí en París.

—Claro... Olvidaba que estás forrado —ironizó ella torciendo sus labios.

—He ganado dinero haciendo lo que más me gusta. Si la crítica culinaria

me ha puesto por las nubes no es culpa mía.

—Pero ello te ha venido de perlas.

—Sí, para tener clientes haciendo cola en la puerta de mi restaurante durante semanas o meses. Por eso mismo cerré mi trattoria en el centro de Siena. No necesitaba tanta gente.

—Pues siento decepcionarte si te digo que yo sí. Me gustaría tener el restaurante lleno todos los días.

—Y lo tienes y lo seguirás teniendo —Vince elevó sus cejas y la contempló como si ella no se hubiera dado cuenta de este hecho.

—¿Y qué sucederá cuando la logremos? Porque estás convencido de que el restaurante logrará una nueva estrella.

La contempló avanzar hacia él sin intención de detenerse salvo cuando no le quedó más remedio. Pero lo hizo tan cerca de él que al momento de hacerlo se estaba arrepintiendo.

—Que *L'Orchidée* será un referente en todo París.

—¿Y tú?

—No te entiendo. ¿Lo dices por lo que puede significar una nueva estrella para mí? —Margot asintió mientras procuraba templar los nervios—. Acabo de decirte que perdí el interés en estas hace tiempo.

—¿Seguirás llevando esta cocina?

La pregunta que ambos temían que se produjera estaba sobre la mesa. Margot la había estado considerando desde que se sentaron a comer y él dejó entrever que esa posibilidad podría llegar.

—No creo que después de lograr otra estrella y de haber pasado el tiempo a mi lado en la cocina, necesites que siga. Aprendes deprisa. Te he dicho que tú sola puedes dirigirla.

Los temores de ella se materializaron en un solo instante. Tragó antes de anunciarle la conclusión a la que estaba llegando.

—Eso significa que te acabarás marchando.

Vince la vio esbozar una media sonrisa cargada de ironía y decepción. Luego dio un paso atrás para separarse de él lo suficiente como para que no sintiera el poder de la atracción que él ejercía en ella. Algo que no lograba controlar. Y que más le valía ir dejando a un lado porque todo le indicaba que él se marcharía.

El pitido del móvil de él captó la atención de Margot.

—Te estoy entreteniendo. Es mejor que te marches.

Vince la sujetó antes de que ella se acabara marchando y la obligó a

volverse hacia él. Sus cuerpos se rozaron mientras sus rostros permanecían separados por escasos centímetros.

—No lo haces. Ni me haces perder el tiempo, ni me molestas. ¿Por qué siempre pones excusas cuando estamos juntos?

—No son excusas. Has quedado y yo no quiero que llegues tarde.

—¿Y si lo hago?

—Puedes hacer lo que te venga en gana. Pero no porque yo te entretenga.

—Margot se soltó de la mano de él y lo contempló por un solo segundo—. Nos vemos luego.

—Sí, nos veremos y aclararemos esto de una vez.

Margot sacudió la cabeza.

—No hace falta. Todo está muy claro. Voy a cerrar la puerta delantera. Sal por detrás.

Vince la vio dirigirse fuera de la cocina. ¿Qué no había nada que aclarar? ¿Qué se suponía que tenía que hacer? Le había pedido que la dejara conocerla y ella lo había rechazado. Era ella la que lo empujaba a marcharse del restaurante y de París. Trabajar a su lado sería como hacerlo en el infierno porque intuía que ella nunca se entregaría a él con la misma pasión y la misma devoción que a la comida y al restaurante.

—Estoy pensando dejar el restaurante —Vince le soltó la noticia a Lizzete cuando caminaban bajo la arcada de la Rue Rivoli. La galería repleta de tiendas para turistas, que la poblaban dado que esta calle se extendía a lo largo del Louvre hasta la plaza de la Concordia.

A él le dio la impresión de que su amiga iba más pendiente de los escaparates de las tiendas que de él.

Lizzete esperaba que Vince le confesara los motivos que lo habían llevado a tomar esa decisión; porque estaba convencida de que los tenía. Y cuando se percató de que él caminaba en silencio con la mirada en el suelo, ella se lo preguntó.

—¿Por qué? Imagino que tendrás motivos para hacerlo. ¿Es Margot uno de estos?

—Creo que fue un completo error aceptar su oferta para volver, sabiendo lo que sentía por ella y que en el fondo...

—¿Ella no sentía lo mismo que tú? No creo que ese sea el motivo porque tú mismo me confesaste que tuvisteis una buena dosis de sexo culinario, por catalogarlo de alguna forma.

—Sí, pero Lizzete, ¿qué pinto trabajando con ella sabiendo lo que hay entre nosotros?

—Visto por ese lado: nada. No pintas nada. Es más puedes venirte de vuelta a Ibiza conmigo si quieres.

—No me tientes.

—¿Lo ves? —ella se detuvo y se volvió para quedarse mirándolo mientras lo apuntaba con un dedo.

—¿Qué se supone que tengo que ver según tú?

—En el fondo no te quieres ir.

—He dicho que lo estoy considerando. Nada más.

—Eso es. Si de verdad lo tuvieras claro y pretendieras dejar a Margot, me habrías preguntado cuándo pensaba marcharme. Y que estarías dispuesto a regresar conmigo.

—¿Y qué? —él se encogió de hombros sin darle importancia a ese comentario.

—A eso voy, no lo tienes claro porque no deseas dejar París. Ni a ella.

—No es tan sencillo.

—Claro que no lo es porque soy consciente de que estás enamorado de ella —le confesó lanzándole una mirada por encima de sus gafas de sol.

—Pero creo que es lo mejor para los dos.

—¿Se lo has preguntado a Margot? Me refiero a que si es bueno para ella que tú desaparezcas de su vida. Supongo que ahora que su restaurante es uno de los más reclamados en París, y que conste que no lo digo yo sola, sino las noticias en Internet.

—No le he dicho nada. Pero no hace falta que lo haga. Supongo que ella se lo imaginará.

—Lo único que sabes es que ella no está dispuesta a iniciar una relación por ahora. Nada más. Pero, ¿quién puede decirte que no lo haga en el futuro?

—El restaurante es su única pasión, Lizzete. Su vida. Y no va a sacrificarla por una relación. Además, le he dicho que ella sola puede dirigir la cocina. Llegará a convertirse en una gran chef. Eso es todo. No me necesitará.

—Se lo has dicho así, como a mí.

—Sí.

—Suena a disculpa para alejarte de ella. Pero... si crees que así lo arreglas.

—¿Prefieres que le diga que me voy porque nunca habrá nada entre nosotros?

—Algo así. ¿Por qué vas a mentirle cuando no deseas hacerlo? Dile la verdad. Que no puedes esperar toda la vida por ella. Que si no lo tiene claro con respecto a vosotros entonces es mejor dejarlo porque podrías acabar haciéndole daño. Ahora bien, imagino que a ella le sonara a disculpa o a chantaje, claro. Me quedo en el restaurante si tenemos una relación —resumió ella frunciendo los labios—. No es muy caballeroso por tu parte.

—Es mejor que me marche por motivos profesionales. Haré que consiga una nueva estrella y dejaré el restaurante en lo más alto. Sabes que no me van los premios y todo eso. Lo dejé todo en Italia escapando de eso mismo.

—Pues debiste elegir otro empleo —sonrió ella—. Mira, hemos llegado a la place de la Concorde. ¿Dijiste que me comprarías algo en Cartier? —le preguntó con gesto ingenuo mientras él sacudía la cabeza y sonreía ante la ocurrencia de ella—. ¿Qué más te da gastarte un poco de dinero en tu mejor amiga? Acabas de decirme que para ti el dinero y los premios que te dan carecen de valor ¿no? —lo contempló con una amplia sonrisa mientras él la apartaba del escaparate y seguían caminando.

La noche fue larga en el restaurante y cuando al final de esta las puertas se cerraron, la gente de la cocina respiró aliviada.

—Si seguimos a este ritmo necesitarás ampliar la plantilla, Margot —le aseguró Gerard mientras entraba en la cocina y se desataba el nudo de su corbata.

Ella lo miró de pasada sin decir nada. Su preocupación no era tener que aumentarla sino que no se redujera con la posible marcha de Vince. El restaurante estaba al mismo nivel en el que él lo dejó y Margot no quería que volviera a suceder lo de entonces. Si llegaba el caso, tendría que convencerlo para que no se marchara; por mucho que él le asegurara que ella podría manejar la cocina ella sola.

—Hemos vuelto a llenar el comedor y ya os aviso que el fin de semana estará completo en cuanto a reservas. No queda una sola mesa libre.

—¿Ni para comer ni para cenar? —preguntó Cristine alzando la voz desde el fondo de la cocina.

—Eso mismo.

—Son muy buenas noticias —aseguró ella ante la algarabía que se había formado—. Debemos aprovechar el momento, ¿no?

—Sin duda que la vuelta de Vince ha sido todo un acierto —comentó Gerard haciendo un gesto hacia este.

—No es para tanto —se disculpó él—. Estoy convencido de que podrías dar lo mismo de sí cada uno de vosotros si yo no estuviera aquí.

—Reconoce que tú eres el artífice de este resultado —señaló Robert mirando a los demás que se limitaron a asentir. Todos parecían estar de acuerdo incluida Margot. Pero a diferencia de los demás ella se guardaba su opinión para ella. Claro que Vince era culpable de aquella situación que estaban atravesando.

—Solo soy una parte, Robert. Tus compañeros son partícipes igual que yo y que tú —le aseguró extendiendo sus brazos hacia el equipo de cocineros que terminaban de recoger y fregar todo para que estuviera listo al día siguiente.

—Acabaremos llamando la atención de la crítica.

—Ya lo hemos hecho —señaló Gerard captando la atención de todos—. Solo tenéis que echar un vistazo a Internet. Buscar el nombre del restaurante.

Todos echaron mano de sus móviles y comenzaron a buscar referencias del restaurante.

Vince sonrió y siguió limpiando mientras los demás comprobaban los que

Gerard les había asegurado. Ya había leído esos comentarios y críticas porque Lizzete se los había pasado. Ver al equipo de cocineros intercambiando opiniones de las diferentes páginas, riendo y entrechocando las palmas de sus manos le hizo sentirse orgulloso de su trabajo. Lanzó una mirada a Margot pero para su sorpresa no parecía tan entusiasmada como los demás. Se volvió hacia sus cuchillos para limpiarlos a conciencia.

—El día menos pensado tendremos a los inspectores revisando todo con meticulosidad para conceder al restaurante una nueva estrella —apostó Gerard que parecía muy seguro de sus palabras.

—Vince tiene experiencia en conseguirlas —apuntó Fabrice mirando a este guardar sus cuchillos en su estuche.

—Es todo un experto en lograr premios —intervino Bertrand.

—Acabaréis por sacarme los colores —comentó él sonriendo de manera tímida mientras se volvía hacia ellos.

—Eres unos de los mejores chefs que existen en la actualidad —corroboró Gerard—. Eso no puedes negarlo, Vince.

Este asintió. Era cierto lo que decían unos y otros, aunque él no quisiera reconocerlo o más bien alardear de su éxito. Nunca pensó que su manera de cocinar lo encumbrara a lo más alto pero así había sido. Y ya no podía hacer nada por cambiar esa situación. Se había retirado tras cerrar su propio restaurante y había regresado cuando Margot se lo pidió. Pero no lo hizo para volver a dirigir la cocina de un restaurante de renombre como *L'Orchidée*. Volvió por *ella*. Y ahora estaba jodido. Bien jodido.

—Está bien, está bien. Me han concedido algunas menciones y...

—Y tu restaurante en Italia aparecía en todas las guías culinarias —interrumpió Gerard.

—Es cierto. Mi pequeña trattoria en el centro de Siena era uno de los restaurantes que todas las guías de Italia, la Toscana y demás recomiendan, porque todavía así lo hacen pese a que lleva cerrado más de un año.

—¿No has considerado volver a abrirlo? —preguntó Cristine mirando con atención a Vince.

—¿Te interesa? Si quieres podemos negociar su reapertura —le aseguró entre risas.

—No, no, no estaría a tu altura —se disculpó la joven cocinera.

—¿Por qué no? Cualquiera de vosotros podría trabajar en el restaurante que se proponga. E incluso dirigir la cocina de uno como hace Margot —él se volvió hacia esta para señalarla con su brazo extendido y mirarla de manera

directa esa noche. No recordaba haberlo hecho en el transcurso de esta, más preocupado por sacar el trabajo adelante.

Ella sintió el vuelco en el estómago cuando Vince se fijó en ella. El calor invadió su cuerpo y se acentuó en su rostro de manera rápida. Sonrió a medias y desvió su atención de él. No le apetecía mantener una conversación con él en ese instante. Se habían pasado la práctica totalidad de la noche evitándola, o esa era la impresión que le había quedado a ella. Por otra parte, tal vez fuera demasiado exagerada en sus suposición porque cada cinco minutos Gerard entraba en la cocina con nuevos platos a preparar y no tenían tiempo de levantar la mirada de la elaboración de estos.

—Bueno chicos creo que es hora de marcharnos a descansar ya que cómo habéis escuchado a Gerard, el fin de semana promete —dijo Vince al comprobar que Margot permanecía en silencio—. Guardad fuerzas.

La gente terminó de recoger y empezó a desfilar por la puerta hacia sus casas. Vince se entretuvo un poco terminando de recoger sus pertenencias y cuando levantó la mirada se dio cuenta de que solo Margot permanecía allí. Se quedó contemplándola en silencio unos segundos esperando a que le dijera algo. Allí estaba ella. Parecía que no sabía que hacer. A él no le importaba lo más mínimo porque todo el tiempo que pasara a su lado no tenía precio.

—¿No tienes ganas de pillar la cama? —le preguntó queriendo saber lo que iba a hacer ella.

—No creas. Hay noches que es tal el cansancio que tengo que soy incapaz de conciliar el sueño. Tengo que darme una ducha para relajar la tensión de los músculos.

—Sí, estamos viviendo unos días de mucho ajetreo. Y por lo que parece no van a aflojar, a la vista de lo que ha dicho Gerard sobre el próximo fin de semana. Tendremos que guardar fuerzas.

—Eso parece —asintió mordisqueándose el labio con un gesto pensativo—. ¿Es verdad que no has pensado reabrir tu restaurante?

La pregunta sorprendió a Vince porque no la esperaba después de haber respondido a Cristine.

—Se me pasó por la cabeza estando en Ibiza tumbado al sol.

—¿Qué sucedió para que al final no lo hicieras? ¿Demasiada fiesta?

Vince se fijó en el semblante de ella. Una media sonrisa, las cejas formando un arco y los ojos reflejando cierta expectación por lo que tuviera que decir.

—Consideré que no tenía sentido hacerlo. No era el momento.

—Pero si lo era regresar a París, a *L'Orchidée*...

—Lo cierto es que lo primero que pensé cuando apareciste en lo alto de la playa fue que alguien se te parecía bastante. Y cuando me acerqué me di cuenta que eras tú la que me contemplaba con cara de sorpresa.

—Me sorprendió verte salir del agua. Nada más.

—No soy muy buen nadador como te darías cuenta —Vince resopló teniéndola tan cerca que podía sentir su respiración, sus mirada fija en la suya o sus labios entreabiertos como si le costara respirar—. En fin, allí estabas tú haciéndome una propuesta para volver a dirigir esta cocina —Vince abrió los brazos como si pretendiera abarcarla por completo.

—Pudiste rechazarla.

—Sabías que no lo haría pese a que te diera largas.

Margot sonrió a medias al escucharlo.

—Entonces, ¿por qué me pediste tiempo?

—Para pensar si era lo correcto. Una parte de mí me pedía que volviera a París. Echaba de menos esta ciudad y su atmósfera.

—¿Y la otra parte?

—Mi conciencia me aseguraba lo contrario. Que lo dejara estar. Que no pintaba nada aquí. Había tomado una decisión y debía seguir con esta.

Margot suspiró al escuchar aquella confesión.

—A lo mejor debiste hacerle caso a tu conciencia.

—Tal vez. Pero soy muy impulsivo. Me dejé llevar y aquí estoy.

—¿Y ahora, qué vas a hacer? Aseguras que lograrás una nueva estrella de la cocina.

—Lograremos —rectificó él esgrimiendo su dedo índice ante ella—. Y después, haré caso a mi conciencia.

—Eso quiere decir que te marcharás.

Margot sintió la opresión en su garganta cuando lo dijo. La vista comenzó a nublarse con el solo pensamiento de que él se marchara.

Vince apretó los labios y los frunció.

—Tal vez haya llegado el momento de regresar a casa.

Margot lo comprendió. Él no iba a quedarse con ella allí en París si no existía una razón de peso. Dirigir la cocina de su restaurante no le parecía bastarle. Él tenía el suyo propio en la Toscana italiana. Podía regresar en cualquier momento y seguiría con su éxito. Pero y ella, ¿estaba dispuesta a dejar que se marchara una segunda vez? ¿A permitir que saliera de su vida para no regresar? Porque estaba convencida que de no existiría una tercera

ocasión para ver París.

—Primero conseguiremos colocar a *L'Orchidée* en el lugar que se merece. Pero ahora lo que toca es retirarse a descansar. El día ha sido muy largo desde esta mañana.

—Claro. Y a ti te estarán esperando.

Vince la vio darle la espalda y prepararse para irse.

—Lizzete y yo no estamos juntos. Ella prefiere a las mujeres.

—No tienes por qué contármelo.

—Es una muy buena amiga que me acogió en su casa de Ibiza cuando decidí alejarme de todo. Perderme hasta que tú me encontraste.

—Si no querías que te encontrara, tal vez no deberías haber aparecido en las revistas. Estaba claro que al hacerlo te delatabas. Y no hace falta que me des explicaciones de ningún tipo. Nunca te las he pedido ni...

—Pero quiero hacerlo para quedarme a gusto conmigo mismo. Se marcha mañana de regreso a Ibiza. Le he prometido mostrarle París iluminada. Puedes venir si así lo deseas.

Margot sintió un alivio de repente cuando supo que Vince y Lizzete no estaban juntos. Desde que los vio juntos aquella noche al salir ella del restaurante había pensado lo contrario.

—No, tranquilo. Me marcharé a casa a ver si duermo un poco.

—No obstante te espero y te dejamos en casa.

—Si insistes.

—Insisto.

No la besaría, ni la rozaría porque sin duda que complicaría la situación mucho más. Permanecería a su lado el tiempo que tardara en conseguir que su restaurante lograra otra mención en las guías turísticas y de gastronomía. Después, regresaría a Italia. Lo tenía decidido. No podía quedarse con ella sabiendo que entre ellos no habría más que una relación profesional.

Lizzete esperaba en la calle a que Vince saliera. Pero lo que no esperaba era que este saliere acompañado. Es más, creyó percibir cierto buen rollo entre ellos aunque tampoco era para tanto. El brillo de la mirada de ella era bastante delator de que la cosas no habían ido tan bien como parecían.

Margot se quedó mirándola con curiosidad y cierto alivio. Que cogiera del brazo a Vince o que se arrimara demasiado a él no quería decir nada salvo una buena amistad. Se había dejado llevar por lo que había visto entre ellos y en ese momento se sentía como una completa estúpida. De haberlo sabido antes se habría ahorrado algún que otro cabreo consigo misma. Pero poco

importaba en ese momento que sabía que él se acabaría marchando en cuanto el restaurante lograra una nueva estrella.

—Si no te importa dejaremos a Margot en su casa y luego nos iremos tú yo a ver París de noche —le anunció Vince a Lizzete mientras ella asentía.

—Por mí no hay ningún problema. No tengo nada que hasta que salgo el vuelo mañana.

Lizzete había decidido que ya había pasado cierto tiempo en París y que le convenía regresar a su vida y a su trabajo. Además, no creía que prolongar su estancia allí ayudara a Vince después de todo. Había quedado claro lo que Margot sentía por él, de manera que tampoco era cuestión de estar un día sí y otro también con la misma canción de darle celos. Iba a pensar que era una empalagosa estando con él a todas horas. Y ella podría ser muchas otras cosas pero no de esa clase de mujeres.

—¿Te ha gustado París?

—Bueno, por lo poco que he visto me ha encantado. Lo cierto es que necesitaría más de una semana para recorrerla como en verdad se merece. Pero ha estado nada mal para una primera impresión.

—Me alegro. Espero que hayas comido bien en mi restaurante.

—Eso no hace falta que lo preguntes cuando tienes al mejor chef —le aseguró señalando a Vince.

—Sí. Soy consciente de ello.

<<Hasta que decida que su tiempo ha concluido y se marche>> se dijo sin poder evitar pensar en la conversación que acababan de tener minutos antes de abandonar el restaurante.

—¿Te paso a recoger para ir al mercado mañana?

La proposición de él la dejó casi sin habla. Entre el cansancio que arrastraba, lo que estaba viviendo al lado de él y esa extraña sensación de hambre en su estómago, se sintió algo cortada.

—Bueno, si lo prefieres puedes quedarte en la cama. Lo necesitas.

—Sí, la verdad es que lo necesito —asintió ella con una media sonrisa.

—En ese caso, nos vemos en el restaurante a la hora de abrir.

—Espera, ten las llaves para dejar la compra que hagas.

Las manos se encontraron de manera casual y los dedos parecieron querer entrelazar y no separarse. Margot sintió la leve caricia de los de Vince en los suyos y los apartó al momento como si de un chispazo de corriente se tratara. Se quedaron en silencio por un momento hasta que ella se apartó mirando a Lizzete, quien se había apartado un poco para dejarles cierta

intimidad.

—Me alegro de haberte conocido y espero que todo te marche bien.

—Gracias. Yo también espero que todo te salga a pedir de boca —asintió Lizzete con una amplia sonrisa y moviendo las cejas arriba y abajo con rapidez.

—Vale. Hasta mañana.

Lizzete y Vince la dejaron en su casa y durante unos segundos ambos se quedaron en silencio mientras se contemplaban.

—Le has dicho la verdad de quien soy.

—¿Por qué dices eso?

—Me ha mirado de manera diferente a los demás días. Y se ha mostrado muy atenta conmigo.

—No podía ocultarlo más.

—¿También le has dicho...? —Lizzete entornó la mirada sin hacer mención a su condición sexual.

—¿Qué te gustan las mujeres? —preguntó Vince mientras ella se limitaba a asentir—. Te lo acabo de decir. Anda vamos a dar un último paseo por París para que te despidas hasta que decidas volver.

—El que no debería volver serías tú. Ya me entiendes.

Vince resopló pero no dijo nada más. No tenía ganas de hablar de lo mismo otra vez. Por lo pronto enseñaría a Lizzete los sitios más emblemáticos de París por la noche, si les quedaba alguno a estas alturas.

*

Después de un fin de semana con mucho jaleo en el restaurante, el día de descanso, vino muy bien para recargar las pilas. Margot había quedado a comer con su hermana a la que contemplaba esperando a que se pronunciara al respecto de lo que acababa de contarle sobre Vince. Margot no había dudado en hacer partícipe a Jules de sus temores con respecto a una posible marcha de Vince después de escucharlo a él hablar al respecto de que ella no lo necesitaría una vez que el restaurante obtuviera una estrella más. Jules permanecía pensativa con los labios fruncidos en un claro gesto de no concederle demasiada importancia.

—¿Me está diciendo que Vince se largará en cuanto tu restaurante consiga una nueva estrella, no?

—Eso mismo.

—Bueno, está en su derecho a hacerlo cuando considere que aquí no es necesario. ¿Cuál es el inconveniente? ¿El hombre o el chef que hay en Vince?

—Jules se quedó contemplando a su herma con los ojos abiertos como platos ante la expectativa de su respuesta.

—Sinceramente, es posible que el restaurante se resienta si Vince se marcha, aunque él asegura que yo puedo dirigir la cocina yo sola con la ayuda de mi equipo —explicó con cautela obviando la primera parte de la pregunta de su hermana en la que hacía referencia a Vince como hombre. Margot ya sabía por dónde iban los tiros al respecto.

—Él mejor que ninguno otro te conoce en tu trabajo. Y si te ha dicho eso es porque sabe que puedes hacerlo, luego te repito que no entiendo tu preocupación salvo que te refieras a su marcha en otro sentido y ambas sabemos.

—En cuanto se vuelva a correr la voz de que Vince se ha marchado la gente dejará de acudir al restaurante.

—Según lo cuentas parece que él fuera el alma de *L'Orchidée*.

—Es una pieza importante.

—Ya, pero según lo dices parece que fuera a acabarse el negocio. Esa es mi conclusión escuchándote. Creo que no es para tanto —Jules sacudió la mano para restarle importancia a este hecho—. No va a acabarse el mundo porque Vince deje su puesto en la cocina de tu restaurante. Ni creo que la gente deje de acudir por este hecho.

—Pues te recuerdo que tú fuiste la primera en hacerle una entrevista y airear que estaba de vuelta en París. Desde ese día el trabajo no solo no ha faltado sino que ha ido a más. Este fin de semana pasado ha sido poco menos que una locura.

—Carpe diem, hermanita. Aprovecha el tirón de su presencia. Es más, estoy pensando que incluso puede venirte hasta bien bajar el ritmo.

—¿Bajar el ritmo? ¿Por qué?

—Acabas de contarme que lleváis días de locura. Mírate. Tienes ojeras, mala cara. Estoy segura de que duermes poco y mal.

—Gracias por tu sinceridad —le rebatió con cierto mal humor.

—De nada. Si tienes miedo a que se marche súbele el sueldo aunque dudo mucho que alguien como Vincenzo Ferrara lo necesite —ironizó torciendo sus labios en una mueva de sarcasmo.

—No necesita el dinero. Cocina porque le gusta.

—Entonces, ofrécele lo único que puede hacer que se quede. Ya sabes...

—Jules elevó sus cejas con rapidez para dejar claro a Margot a lo que se refería.

—No tengo intención de tener una relación con él —le dejó claro Margot sacudiendo la cabeza y rechazando esa posibilidad.

—Pues no veo el inconveniente si los dos tenéis los mismos gustos.

—No me fío de él después de que lo pillara con Nicole. Eso es todo.

—¿Por qué estás tan segura de que volverá a hacerlo?

—Porque Vince es una especie de Casanova. Deberías haber visto qué amistades tienen París —le dijo recordando la tarde que se vieron en el Luxemburgo. La chica aquella, de la que no recordaba el nombre, joder se lo comía con la mirada. Y si él se lo hubiera propuesto se la habría llevado a la cama esa misma noche.

—Supongo que conocerá a mucha gente dado su trabajo y su renombre.

—Sí. Sin duda que conoce a mucha —asintió Margot con los ojos abiertos como platos y cierto retintín en el tono de su voz.

—Vale te entiendo. Mira, Vincenzo es muy atractivo, con mucha labia y un don especial para atraer a las mujeres. Pero también te digo que ello no le impedirá buscar y encontrar a la mujer ideal para él.

—¿No lo dirás por mí? —Margot arqueó una ceja con suspicacia.

—Tú sabrás. Trabajas con él a diario y habéis tenido algo más que palabras —le dijo recordando el día en que su hermana le contó su escarceo sexual con él en la cocina del restaurante.

—Que hayamos tenido sexo no significa nada.

—Me ha quedado muy claro. En ese caso, solo te queda esperar con paciencia a que llegue el día en el que Vince te diga adiós. Como yo ahora mismo que tengo que marcharme a hacer unas cosas.

Margot emitió un gruñido.

—A lo mejor después de todo no llega a irse. Si depende de la concesión de otra estrella al restaurante... Tal vez pase mucho tiempo o ni siquiera llegue ese momento, ¿no crees? —Margot miró a su hermana como si le estuviera pidiendo que la apoyara y le dijera que así podría ser.

—Si esperas eso de él, te diré que vas por el camino equivocado. No voy a darte falsas esperanzas. La crítica no tardará en presentarse en tu restaurante para evaluar el menú sabiendo que Vince trabaja en este. Y tú y yo sabemos cómo trabaja. Conseguirá la estrella. Vete haciendo a la idea.

Margot permaneció pensativa ante las cuestiones que le planteaba su hermana. Era cierto que los de la guía Michelin no se habían presentado a estas alturas. Pero ello no quitaba que no tardaran en hacerlo, porque como decía Jules, tarde o temprano lo harían sabiendo que Vince trabajaba allí. En

cuanto a la segunda parte de su pregunta, Margot no podía asegurar que no terminara por ceder a lo que sentía por Vince.

—Dime una última cosa, ¿estarías dispuesta a permanecer a su lado sabiendo lo que siente por ti?

—Tal vez con el tiempo cambie de parecer ¿no?

—¿Y si lo hace él? ¿Podrías soportar verlo en brazos de otra mujer sabiendo que tú has tenido la posibilidad de ser ella? Hazte esa pregunta cada vez que lo mires, ¿querrás? Ya hablamos.

Margot quiso decir algo más pero esta última cuestión hizo que se mantuviera en silencio. Esa posibilidad ya la había experimentado cuando conoció a Lizzete. Y no le hizo mucha gracia.

*

La vuelta al trabajo fue algo más tranquila ese día aunque la clientela siguió acudiendo a *L'Orchidée*. Margot parecía algo más relajada aunque no se fiaba de las expectativas. Después de la conversación que tuvo el día anterior con Jules acerca de la visita de los inspectores a su restaurante, Margot casi prefería que estos no se presentaran y que la dejaran en paz. Quería que Vince se quedara trabajando allí con ella pese a todo los elementos externos que los rodeaban. Una postura algo egoísta por su parte pero deseaba que fuera así.

—¿Qué tal tu día libre? —la pregunta de Vince pareció sacarla del mundo en el que Margot parecía estar encerrada.

—Estuve comiendo con Jules. Poniéndonos al día y todo eso, ya sabes. ¿Y tú?

—No hice nada especial. Estuve en el Quartier Latin.

—¿Pasaste el día en el barrio Latino? ¿Compraste algo?

—Algunos libros en un antigua librería que vi.

—¿De gastronomía?

Vince sonrió por la pregunta de ella.

—No, nada que ver con la comida. Novela.

—No me puedo creer que después de las horas que pasas aquí metido, te quede tiempo para leer —le comentó con cara de sorpresa.

—Tengo un día libre a la semana.

Gerard entró en el momento preciso en el que la conversación entre ellos era relajada.

—Atención, creo que los inspectores han llegado.

Aquel anuncio paralizó a Margot. Vince se fijó en ella y en cómo le

cambiaba el semblante. Permaneció rígida junto a la encimera con las manos sobre esta. Prestó atención a su respiración que hacía subir y bajar su pecho: de repente se había alterado.

—¿Por qué estás tan seguro? —preguntó Vince consciente de que Margot no era capaz de articular una sola palabra.

—Es un pálpito. Son dos hombres y una mujer vestidos de manera elegante, con buenos modales y no han dejado de mirar el restaurante desde que llegaron.

—Eso no es concluyente —comentó Vince rebajando la tensión que había creado el comentario de Gerard. Tenía que conseguir que Margot se despreocupara y cocinara como cualquier otro día. Sin presión añadida de ese tipo. Aunque por otro lado, ella debería saber que ese momento podría producirse cualquier día.

—Lo sé, lo sé pero...

—Que se fijen de manera especial en el restaurante y en el comedor no significa nada y lo sabes. Ellos solo evalúan la comida: producto, elaboración, sabor y por último la relación calidad precio. Los parámetros que reflejan la personalidad de un chef y de su equipo. Lo demás es secundario. Así que nos lo tomaremos como un día más de trabajo sin pensar en que pueden o no ser inspectores —resumió él lanzando una mirada a Margot con el propósito de ver si estaba bien—. Sal como si nada y tómales nota.

Margot resopló soltando todo el aire que había retenido desde el momento mismo en que Gerard apareció.

—¿Te encuentras bien? —Vince se acercó a ella sin perderle la mirada.

—Sí, es solo que...

—Que la noticia te ha impactado. Pero no tiene que ser cierto. Gerard puede estar equivocado y esa gente ser unos clientes más que han decidido comer hoy aquí. No vamos a cambiar nuestra manera de trabajar ¿de acuerdo? Te necesito a mi lado —Vince le sonrió al tiempo que posaba su mano sobre el antebrazo de ella y lo apretaba en un gesto de cariño.

Ella sintió la caricia, la calidez aquella mano, la seguridad en su mirada y esas últimas palabras que sacudieron todo su interior sin remisión. Se limitó a asentir y él la dejó libre para ponerse manos a la obra cuando Gerard volvió a aparecer.

—Atención equipo. Empieza el juego.

Todo comenzó a funcionar como cualquier otro día. Vince revisaba con

exquisita atención cada plato que salía en dirección al comedor. Puso un poco más de énfasis en los que iban para la mesa de los supuestos inspectores, según palabras de Gerard. Siempre que podía, buscaba a Margot con su mirada para ver cómo se encontraba. Parecía la misma de siempre y que el susto inicial había pasado a un segundo plano cuando comenzó la elaboración de los platos del menú.

Si Gerard tenía razón, su final estaba más cerca de lo que había pensado en un primer momento.

Las horas pasaron demasiado rápidas para Margot. Aunque se había centrado en la preparación del menú, le había resultado complicado sacarse de la cabeza la posibilidad de que los inspectores de la guía Michelin estuvieran en el comedor. De ser cierto la posibilidad de que Vince se marchara estaba más cerca de estas horas. Por un segundo sus labios se curvaron en una sonrisa delicada cuando bajó la mirada hacia sus manos. La suave caricia de sus dedos en estas. Su mirada llena de seguridad y de confianza en todo momento. Dejó escapar un leve suspiro pensando en todo ello antes de volverse a centrar en los postres que estaban elaborando para salir al comedor. Y si... Sacudió la cabeza cuando una absurda idea cruzó su mente.

En ese momento Gerard regresaba a la cocina.

—¿Algo más? La cocina va a cerrar —le anunció Margot algo más relajada pese a ciertos errores que había cometido a lo largo de la medio día. Por suerte se habían subsanado con rapidez. No podía seguir así. Viendo trabajar a Vince y pensando en él de una manera que no podía ser.

—No, tranquilo. El comedor está casi despejado.

—Me alegro. ¿Y tus inspectores? —Vince sonrió con ironía empleando un toque sarcástico para rebajar la tensión. Él estaba acostumbrado a trabajar bajo la presión de ser uno de los chefs más cotizados. Y no es que lo dijera él sino toda la crítica gastronómica.

—Han pagado y se han largado.

—Habrán dejado propina al menos —Vince elevó su ceja con suspicacia mientras sentía la cercanía de Margot.

—Sí. Eso sí lo han hecho.

—Bien. Estoy seguro de que eran tres clientes normales. Ya lo verás —lo apuntó con un dedo mientras se alejaba hacia el cuarto de baño ahora que todo había concluido.

—Tú, ¿lo crees? —Margot se mostraba cautelosa al respecto—. A él

parece que todo le da igual.

—Vince está acostumbrado a estas situaciones. No es que le de igual o no. Él es así. Despreocupado en todo momento.

—Sí.

<<Esa es la impresión que siempre me da. Que parece no tomarse la vida en serio. ¿Por qué iba a hacerlo con una relación?>>

—Tal vez esté en lo cierto y esos tres clientes sean tres amigos o compañeros de trabajo que han decidido comer aquí sin más.

—Sí, tienes toda la razón. Lo que pasa es que es raro que sabiendo que él está de vuelta en París, los inspectores no se hayan presentado. Nada más.

—No están obligados a hacerlo. Además, el restaurante ya se encuentra en todas las guías gastronómicas. Tenemos mucho trabajo, tal vez más del que podíamos imaginar desde aquel día.

—Sí, es cierto. No tienen porque concedernos más galardones —aseguró con una sonrisa que no ocultaba sus nervios alejándose de Gerard par empezar a recoger y a fregar—. Por cierto, la cocina ya está cerrada desde ya. Te lo digo por si acaso entra alguien más.

—Lo tendré en cuenta. Y relájate.

Margot asintió mientras veía a Vince sonreír y charlar con varios compañeros de la cocina. Ese era él. Un tipo que no se preocupaba sino por alimentar a la gente, como él decía. Y que no se asustaba por nada: ni si quiera ante una hipotética presencia de los inspectores de la Michelin. Había elaborado los platos como cualquier otro día, con la misma meticulosidad y atención según había comprobado ella. E incluso le había pedido que emplatará los pedidos de la mesa en cuestión, la de los supuestos inspectores. Y cuando ella le comentó que debería ser él quien lo hiciera, Vince se limitó a decirle que él estaba ocupado, y así era. ¿Lo había hecho para que ella perdiera el miedo? ¿A darle más responsabilidad? Tendría que preguntarle a qué había venido aquel gesto.

Cuando la gente se marchó, Vince sujetaba su copa de vino entre sus dedos. Su mirada parecía estar perdida en esta, pero no era ajeno a Margot que se encontraba en otro extremo de la cocina. La vio acercarse a él mientras se desprendía del mandil, que a esas alturas del día todavía llevaba puesto.

—Lo has hecho —dijo levantando la copa en alto a modo de brindis.

—¿A qué te refieres? —Margot se mostró desconcertada por ese gesto suyo.

—Has preparado los platos destinados a los inspectores —dijo haciendo

comillas con su mano libre.

—Lo hiciste a sabiendas, ¿verdad? Cuando te pedí que fueras tú quien revisara y emplatará.

—Lo hice para que te dieras cuenta de que no existe diferencia alguna entre un inspector de la guía Michelin y un cliente normal. Para que pierdas el miedo. Podía haberlo hecho yo pero prefería que fueras tú porque tarde o temprano tendrás que dirigir tu propia cocina.

—Ah, olvidaba que es de eso de lo que se trata —le dijo con cierto sarcasmo mientras observaba el gesto de incredulidad de él—. De que vas a largarte y quieres dejarme al frente. Estoy segura de que en el fondo deseabas que Gerard no se equivocara y esos tres clientes fueran quienes decía. De ese modo tal vez puedan concederte una nueva estrella con la que largarte de París.

Margot le arrojó la rabia que sentía en ese momento. Rabia provocada por tal posibilidad.

—No olvides que *L'Orchidée* seguirá sin mí y con sus estrellas. Y entonces serás tú la que tenga que mantener ese listón alto has la próxima evaluación.

—Si quieres marcharte no hace falta que esperes a que puedan o no concedernos una nueva estrella —le espetó encarándose con él sin ser consciente de que su proximidad le provocaba un vacío en el estómago.

Vince la miró desconcertado. Dejó la copa de vino sobre la mesa y resopló sin poder creer que ella le estuviera diciendo algo así.

—En el fondo te arrepientes de que esté aquí.

Ella le sostuvo la mirada sabiendo que aquello estaba yendo demasiado lejos. Que lo que acababa de decirle no lo había pensado si quiera. Que era fruto de la impotencia que sentía por no ser más fría con él. Por ser incapaz de sacárselo de dentro.

—No es cierto lo que dices.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste y ahora me echas en cara todo esto?

Margot aguantó la mirada de él a pesar de que por dentro de rompía en pedazos ella misma. E iba a hacerlo con él por lo que iba a confesarle.

—Para que el restaurante ganara prestigio. Por eso fui a buscarte. ¿O es que todavía no te has dado cuenta?

Vince no se movió mientras trataba de analizar aquellas palabras. Luego se apartó de ella dándole la espalda y se pasaba la mano por la nuca. Sacudió la cabeza y resopló.

—Joder.

Había creído que entre ellos podía llegar a haber algo más que sexo. Pero estaba equivocado. Y mucho porque ella no lo había considerado en ningún momento, al parecer. Tal vez incluso ella había sido más fría e inteligente que él en todo esto. Había buscado su propio beneficio y estaba apunto de lograrlo.

Margot no dijo más. No encontró las fuerzas para ello. En un primer momento fue cierto. Se dejó convencer por Gerard para irlo a buscar y ofrecerle regresar. No creía que en ningún momento ella pudiera volver a experimentar lo mismo que hacía unos años cuando él entró a trabajar en *L'Orchidée*. Pero así había sido e incluso había ido a más hasta acabar enamorándose de él. Y ahora estaba dispuesta a dejarlo ir para protegerse.

—Bien. Mantendré mi palabra y me quedaré hasta que obtengas la estrella. Luego me marcharé.

Margot se limitó a contemplarlo mientras él caminaba hacia la puerta de salida.

Vince arrojaba la toalla con ella. Respetaría su palabra de seguir hasta lograr la estrella pero se acabaría marchando. Había sido un iluso por creer que ella podría llegar a quererlo, a enamorarse de él, a sentir algo más que puro deseo. Pero al parecer no había salido bien. Debió verlo venir cuando aquella mañana después de tener sexo ella rechazó de plano su oferta para tener una cita. Era mejor dejarlo estar y seguir siendo un profesional hasta el final. Ahora más que nunca deseaba que Gerard hubiera tenido razón y que las tres personas que según él eran inspectores de la guía Michelin, lo fueran. De ese modo, Margot tendría lo que quería.

Ella permaneció en la cocina con la mirada fija en la puerta por la que minutos antes Vince había salido. Había hecho un gran esfuerzo para decírselo. Pero creía que era la manera idónea de alejarlo de una vez por todas. Si él se marchaba, ella se centraría en el restaurante y acabaría por olvidarlo. Y para lograrlo tenía que conseguir que él dejara de portarse de aquella manera con ella. Que la dejara de mirar como lo hacía, consiguiendo que ella se fundiera por dentro. Llegar a la cima costaba mucho y había que hacer sacrificios. Y por ahora, Vince y el amor eran dos de los que Margot quería desprenderse.

Los días siguientes fueron algo tensos entre Margot y Vince a pesar de que en todo momento mantuvieron la profesionalidad.

Vince se centraba única y exclusivamente en el trabajo. Madrugaba para ir al mercado a comprar lo que necesitaba para preparar las sugerencias del menú de cada día. Se entregaba a la elaboración de los platos y se marchaba a casa sin esperar a Margot. Solo una despedida cordial y nada más. Esa había sido la rutina desde que la situación entre ellos había quedado aclarada. Por si él tenía alguna duda al respecto, o pensaba que le restaba alguna posibilidad de tener algo serio con ella, Margot se lo había dejado claro: su presencia allí era única y exclusivamente para darle prestigio al restaurante.

Aquella medio día al llegar la hora de cerrar la cocina, Gerard apareció con un sobre en la mano y una amplia sonrisa. Lo había retenido hasta última hora para entregárselo a Margot y que le noticia no le afectara. Aunque entendería que no fuera así. Una sensación extraña se había apoderado de él desde el mismo instante que leyó el remitente.

—Esto es para ti —se lo tendió a Margot moviendo sus cejas y abriendo los ojos al máximo.

—¿Para mí? —ella pareció titubear en un principio. Se limpió las manos a su mandil antes de recoger el sobre que Gerard le tendía.

Vince intercambió una mirada con el maître y este asintió intentando ocultar sus sonrisa de satisfacción ya que intuía lo que aquella carta contenía.

Margot inspiró hondo cuando leyó el nombre del remitente: Michelin. Sus dedos temblaban y todo su cuerpo se convirtió en un manojo de nervios. Se humedeció los labios sin despegar la mirada del sobre.

Vince asintió en repetidas ocasiones mientras seguía recogiendo sus cuchillos. Si no se equivocaba aquella carta significaba su salida de *L'Orchidée*.

Margot desdobló el folio que había en el interior del sobre y se llevó la mano a la boca para ahogar su grito de asombro cuando terminó de leerlo. Su equipo de cocineros se había acercado hasta ella cuando la vieron temblar de emoción. Pero sobre todo cuando su ímpetu la empujó a abrazar a Gerard soltando toda la tensión acumulada desde hacía días.

—Ya es tuya —le susurró Gerard a Margot mientras esta se apartaba del maître para hacer partícipes de aquello a todos.

No miró a nadie en particular. Vince permanecía en segundo plano, apoyado contra una mesa, con los brazos cruzados y una mirada de satisfacción.

Margot levantó el documento y sonrió.

—Un momento de atención, equipo —dijo levantando la voz para hacerse oír. En un segundo obtuvo la atención de todos que la contemplaba con la normal expectación—. Acaban de concedernos una nueva estrella. —anunció quedándose atónita al instante. Sin saber qué más poder decir porque no se lo esperaba a fin de cuentas. Resopló y se pasó la mano por la cabeza desprendiéndose del pañuelo que dejó caer al suelo. Y se encontró ajena a todo lo que estaba sucediendo a su alrededor.

El griterío fue casi ensordecedor a pesar de que no eran muchos. Aplausos, vítores, exclamaciones de júbilo, abrazos y demás muestras de alegría.

Vince aplaudió, estrechó manos y repartió abrazos. Sin duda que aquel equipo de cocina se lo merecía, pensó al verlos. A algunos ya los conocía de sus etapa anterior en el restaurante y sabía cómo trabajaban. Y el resto le había demostrado que eran muy buenos.

—Sabía que en cuanto supieran que él estaba aquí vendrían —comenzó Robert mirando a Vince convencido de que así había sido.

Este se convirtió en el centro de las miradas de todos los allí presentes, incluida la propia Margot. Cuando se cruzaron ella sintió que la de él no era tan cálida como en otras ocasiones. Era más bien distante, profesional y algo fría. Lo vio levantar la mano como si quisiera decir algo. ¿Iba a anunciar su adiós? se preguntó ella sin poder evitarlo.

—No creo que esa haya sido la cuestión principal —comenzó explicándose al tiempo que intentaba mirar a todos, y a nadie en especial—. Que sepáis que yo solo me he limitado a hacer mi trabajo. Nada más. Os he exigido mucho, casi podría decir que os he exprimido para dar lo mejor de cada uno de todos. De manera que esta estrella es de todos. No tiene nada que ver conmigo, de verdad.

—Pero hay que reconocerte tu trabajo —le aseguró Bertrand—. Las dos ocasiones en las que has estado aquí el restaurante ha ganado dos estrellas. Algo tendrá que ver, ¿no?

—La primera vez fue toda una sorpresa porque no era nadie conocido en el mundo de la restauración. Tal vez en esta segunda ocasión sabía a lo que venía —miró a Margot para hacerle ver que todo estaba claro entre ellos—.

Vine a conseguir que *L'Orchidée* consiguiera una nueva estrella. Y lo he conseguido —asintió bajando el tono de su voz. Apretó los labios y asintió sin dejar de mirarla.

Ella acusó aquella confesión pero no le dijo nada. Pero Gerard si se dio cuenta de lo que aquellas palabras implicaban. ¿Qué había pasado? Desde hacía días Vince apenas sin intercambiaba una palabra con ella, él se había dado cuenta de esto. Ni la esperaba cuando cerraba el restaurante ni Margot lo acompañaba al mercado según había sabido. Vince siempre era el primero en estar en la cocina, preparando el menú del día. Y Margot aparecía después. Si era verdad que el motivo de que él estuviera allí era conseguir una estrella para el restaurante, entonces ya lo había logrado, y en tan poco tiempo. ¿Significaba que se marchaba? se preguntó Gerard mirando a Margot y a Vince. Sin duda que él pensaba que había algo más entre ellos. No era normal el cambio tan radical en el comportamiento de ambos. Y él creía saber qué les estaba sucediendo.

—Está bien, será mejor que recojamos y limpiemos para tenerlo todo preparado para abrir esta noche, ¿no? —anunció Margot evitando seguir sumida en aquel silencio tan tenso que había surgido entre Vince y ella mientras se contemplaban.

Cada uno se encargó de su parte y cuando Vince iba a ponerse a limpiar lo que le correspondía sintió la mano de Margot en su brazo. Se volvió hacia ella para quedarse contemplando su rostro de manera fija.

—Antes de nada, quería darte las gracias.

—¿Por qué? —Vince elevó sus cejas en clara señal de sorpresa por aquel comentario de ella.

—Ya sé que era parte de tu trabajo conseguir la estrella y que fui algo directa cuando te lo dije; y algo brusca... —se detuvo para coger aire porque la cercanía de él le cortaba la respiración. Su mirada fija y penetrante en ella le causaba una dosis extra de nervios—. Pero quiero agradecer tu entrega y tu profesionalidad en todo momento.

—Soy así. Me entrego a tope hasta el final, Margot. En todo.

Margot apretó los labios y se limitó a asentir.

—¿Piensas marcharte? —ella no quería hacerle esa pregunta porque temía su respuesta.

Vince permaneció pensativo sin decir nada al respecto.

—No es el momento de hablar de mi futuro profesional, ¿no crees? Acabas de recibir la confirmación de que *L'Orchidée* tendrá una estrella más a

partir de mañana. Eso subirá el caché, sin duda.

—Es un riesgo que todos corremos.

—Es mejor que terminemos de recoger aquí y marcharnos. Es tarde, y hay que prepararse para la cena. Mañana habrá que ir al mercado y todo seguirá su curso. Una estrella no significa que haya que relajarse y ya está. Habrá que redoblar los esfuerzos y seguir ofreciendo la calidad de hasta ahora, o más. Desde mañana, cuando la noticia se sepa, todos los clientes dirigirán sus miradas hacia a *L'Orchidée*.

Margot apretó los labios y asintió.

—Sí, tienes razón.

Se alejó de él con la sensación agridulce. No le había dicho a las claras que se marcharía sino todo lo contrario. El trabajo seguía, y esa noche y el día siguiente todo seguiría como si nada hubiera sucedido. O mucho se equivocaba o él se acabaría marchando como Jules le había asegurado. Desde ese momento el restaurante tendría más categoría, lo que implicaría más trabajo y más responsabilidad para todos, y en especial para ella que tendría que dirigir la cocina ante la más que presumible ausencia de Vince.

Esa noche el trabajo volvió a ser exhausto, y eso que la noticia de la nueva estrella con la que contaba el restaurante no se había hecho público en la prensa. Margot había temido que Vince no se presentara a trabajar, sino que le dijera que se largaba y que ahí se quedaba ella. Que ella ya tenía lo que quería. Para lo que lo contrató. Pero no lo hizo. Él se presentó como cualquier otra tarde dispuesto a trabajar como el que más. Con la misma profesionalidad y la misma exigencia de siempre. Como si no le hubieran concedido otro estrella. Aunque en realidad el galardón era para el restaurante, que al fin y al cabo era el que aparecía en la guías turísticas y gastronómicas. Era este el que luciría en su puerta el número de estrellas que le habían concedido aunque cambiara de chef. Vince era el principal artífice de ello pero si al final se iba Margot tendría que mantener el listón alto para que no se la quitaran.

—Margot emplata los segundos de la mesa seis. Tengo que ver cómo marchan los otros dos que saldrán a la vez.

—Sí, chef —asintió mirándolo de reojo mientras él se dirigía a los fogones para dar las instrucciones pertinentes. Se centró en la tarea que le había pedido pero esa noche no parecía ser la misma. ¿Tanto le afectaba la nueva estrella para el restaurante? Es que esta significaba más presión, el más que posible adiós de Vince en cualquier momento... De repente creía que todo aquello la superaba. Pensaba que era más fuerte pero se engañaba.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué dudas? —Vince había regresado a la mesa donde Margot parecía estar bloqueada porque miraba el plato con la tajada de carne pero no acertaba a decorarlo con la guarnición que la acompañaba.

Ella resopló y apoyó las manos sobre la encimera cerrando los ojos por unos segundos.

Vince sacudió la cabeza sin comprenderla. ¿Qué le sucedía?

—¿Están los segundos de la mesa seis? —la voz de Gerard terminó por crisar los nervios de ella un poco más. Abrió los ojos de golpe y se quedó mirando a este sin capacidad de reacción.

Gerard se quedó contemplando a Margot sin saber qué sucedía y luego a Vince, quien tomó las riendas de la situación al ver que el tiempo se le echaba encima.

—Dame un minuto.

Gerard paseó su mirada de Margot a Vince y viceversa. ¿Qué narices estaba sucediendo allí? ¿Por qué no se movía ella?

—Ya acabo yo...

—Deja, ya están. Vete a que te de el aire. Y no es un consejo —le dijo él sin levantar su mirada de los platos que preparó en meno de cinco minuto—. Listos.

Gerard se quedó mirando a Vince mientras los camareros cargaban los platos en las bandejas.

—¿Se ha bloqueado?

—Está cansada. Y con todo esto de la nueva estrella...

Gerard resopló.

—No me puedo creer que la presión le pueda.

—Nos puede pasar a todos.

—Chef, los siguientes segundos de la seis —le indicó Cristine dejándolos delante de él.

—Soporta demasiada presión —le comentó a Gerard mientras él leía la nota de la mesa seis y colocaba la guarnición y la salsa. Limpió el bode del plato con sumo cuidado y los empujó hacia Gerard para que salieran al comedor.

—No puedes dejarla Vince. Ahora no —le pidió con gesto serio fijando su mirada en él.

Este permanecía en silencio revisando los pedidos que restaban por salir. Se volvió hacia el equipo y preguntó cómo iban los platos bajo la atención de Gerard.

—Joder Margot —susurró volviendo al comedor para controlarlo.

Vince dio algunos consejos y sugerencias para que los platos estuvieran como a él le gustaban. Luego buscó a Cristine con la mirada y se dirigió a ella.

—Te haces cargo de la cocina mientras estoy fuera.

—Sí chef.

—Equipo, ella está al cargo —dijo señalándola mientras él se dirigía a la puerta trasera del restaurante en busca de Margot.

Cuando abrió la puerta la encontró paseando mientras se mordisqueaba la uña del pulgar de su mano derecha. Tenía la mirada fija en el suelo en todo momento y ni si quiera la levantó cuando escuchó el sonido de la puerta al abrirse. Vince se detuvo detrás de ella y aguardó a que se volviera para verlo. Las palabras de Gerard retumbaban en su mente. <<No puedes irte. No en este momento>> ¿Qué cojones iba a hacer? No quería hacerlo. Pero allí... no tenía nada por lo que quedarse. Había logrado la nueva estrella para el restaurante. Luego su estancia en París parecía carecer de sentido. Salvo por la mujer que se giraba para caminar hacia él con gesto contrariado.

Margot no esperaba que él saliera a buscarla. Pero de hacerlo estaba segura que sería para echarle una bronca de cojones por haberse quedado bloqueada ante los platos. No podía pasarle si quería que el restaurante fuera una referencia en París. No podía dudar ante algo tan sencillo como emplatar.

—Lo siento. Yo... —Margot contempló a Vince sacudir la cabeza para que guardara silencio.

—No pasa nada. Te has bloqueado. Puede sucedernos a cualquiera. Ya está. Los platos han salido puntuales para los clientes.

—Sí, gracias a ti —le dijo con una sonrisa sarcástica. Cogió aire antes de seguir—. No volverá a pasarme o de lo contrario tendré un serio problema.

—No va a volver a pasarte.

—¿Quién dirige la cocina? ¿Cris? —ella elevó una ceja mientras observaba a Vince asentir.

—Es alguien en quien puedes confiar. Tiene don de mando y de organización.

Margot sonrió desilusionada Vince le estaba diciendo que él no estaría dentro de poco y que Cristine sería la persona en quien ella debería apoyarse.

—Tengo que volver dentro —ella hizo ademán de dar un paso pero se encontró con la mano de él cerrándole el paso y su mirada fija en su rostro.

—Déjalo por esta noche.

—¿Estás loco? No puedo hacerlo. ¿Qué imagen daría al equipo? ¿Cómo

narices van a confiar en mí si huyo porque una gilipollez como colocar la guarnición a un plato me detiene?

—Puedes hacerlo. Eres la dueña del restaurante. Y no se trata solo de emplatar un pedido.

—¿Ah no? —ella prosiguió empleando un tono irónico y duro porque sabía que era la manera de rechazar las emociones que él le provocaba con su cercanía. Y que cada vez surgían antes y eran más complicadas de detener.

—Sigues con la emoción que te ha causado que hayan galardonado al restaurante. La presión y la responsabilidad que ello supone desde ahora.

—Para ti es sencillo. Llevas tiempo viviendo con ella. A ti nada te afecta, nada te pone nervioso. Hace cinco minutos yo no podía siquiera hablar, y tú estabas preparando los platos como si nada —Margot chasqueó los dedos delante de ellos sin perder la mirada a Vince quien se limitó a sonreír por aquella ocurrencia de ella.

—Cualquiera que te escuche dirá que cocinar es sencillo.

—Eres tú el que lo hace parecer. A veces me pregunto si hay algo a lo que le concedas la importancia que se merece.

—Claro que lo hay.

Margot sintió la mirada fija de él y como se acercaba en demasía a ella como si fuera a besarla. Su tono de voz acercándose al susurro le erizó la piel sin previo aviso.

—Tengo que regresar dentro.

Vince no le dijo más porque sería perder el tiempo con ella. Tampoco tenía intención de detenerla. De manera que resopló y regresó al interior del restaurante a proseguir la noche.

A nadie pareció importarle que ella regresara a la cocina porque todos mantenían la atención en los platos que se preparaban bajo la dirección de Cristine.

—Te dejo tu sitio —le dijo esta a Vince cuando lo vio aparecer. Él la retuvo y sacudió la cabeza mirándola con una sonrisa.

—Ni hablar. Sigue en tu puesto. Que Margot te dirija.

Las dos mujeres se miraron unos segundos sin entender a qué venía aquel gesto de él. Lo vieron caminar hacia el resto del equipo y preparar los platos que faltaban por salir como uno más.

—¿Por qué no quiere ponerse aquí? Es su lugar —comentó Cristine mirando a Margot.

Esta sonrió de manera tímida y luego se mordisqueó el labio.

—No lo sé. Pero será mejor que nos pongamos a emplatarse todo lo que llegue.

Vince era un tipo que no sabías por dónde iba a salirte, pensó Margot. Recordó una conversación con Gerard a este respecto. Le sorprendió que este le dijera que Vince era un tipo que parecía darle igual las cosas pero nada más lejos de la realidad. Algo raro y excéntrico en algunas decisiones que tomaba, pero ese comportamiento lo había llevado a lo más alto.

Cuando la noche acabó y todo estuvo recogido Vince decidió esperarla. Quería saber si estaba bien aunque estaba seguro de que así era puesto que la había visto trabajar a tope después de volver del callejón.

—¿No tienes prisa por acostarte? —le preguntó ella al darse cuenta de que él permanecía allí todavía.

—Solo quería saber cómo estabas.

Margot sonrió tímida. ¿Por qué coño se preocupaba tanto por ella? ¿Es que no podía largarse como noches atrás? Quería que volviera a ser un tipo que no se preocupaba por ella. Aquella manera suya le complicaba la situación todavía más.

—Estoy bien. Puedes marcharte a casa. ¿O piensas pasarte la noche aquí?

—No claro.

—Menos mal.

Vince caminó hacia la puerta para salir de la cocina seguido por ella. Después de noches sin esperarla para marcharse a casa, él volvía a hacerlo.

—Tenías razón en cuanto a Cristine —ella rompió el silencio que se había instalado entre ambos—. Es una chica que vale para sous-chef. Sabe en todo momento por dónde se anda.

—Por eso siempre que me ausento la dejo al cargo. Llegará alto si sigue así.

Doblaron la esquina para salir a la place du Tertre, desierta a esas horas, para bajar la calle cuando alguien los llamó.

—¡Margot! ¡Vince!

Jules y Sabine parecían estar esperándolos.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Margot sorprendida por ver a su hermana y a su mejor amiga dirigirse hacia ellos.

—¿Qué vamos a hacer? Esperarte, bueno en este caso, esperaros —rectificó mirando a Vince.

—¿Qué pasa? Nos íbamos a casa.

—¿Cómo que qué pasa? ¿Tú que crees? Venimos a buscarte y nos

enteramos de la noticia por Gerard.

—No tengo la cabeza para mucho. Estoy agotada y...

—Ya que hemos venido a buscarte podemos celebrar la nueva estrellita que te han concedido —le interrumpió Sabine mirándola con los ojos abiertos como platos.

Hubo un momento de silencio en el que ninguno de los cuatro dijo nada. Margot no comprendía que su hermana lo supiera.

—Vale, sí. Llegó esta mañana la notificación por la que el restaurante recibía una nueva estrella. Iba a llamarte mañana para contártelo con más tranquilidad.

—Pues ya no hace falta que lo hagas. Anda vámonos por ahí celebrarlo. No todos los días uno recibe un galardón como este —Jules se colgó del brazo de su hermana y prácticamente la arrastró calle abajo ante la atónita mirada de ella y de Vince.

—Si quieres puedes venir tú también. Al fin y al cabo eres parte imprescindible en la consecución de la estrella —le pidió Jules volviendo el rostro hacia este.

—Sí, Vince debería venir —le aseguró Sabine acercándose a él para susurrarle las palabras.

Vince resopló. Se pasó la mano por la nuca mientras su mirada caminaba detrás de Margot y de su hermana que se perdían en la oscuridad de la calle. ¿Una noche con ellas tres? Podía ser una pérdida de tiempo o tal vez una buena elección para despedirse de París.

—Venga Vince, ¿a qué narices estás esperando? —insistió Jules llamando su atención.

—¿Quieres dejarlo en paz? —le pidió Margot algo contrariada por la situación. Quería que él aceptara y que se fuera con ellas aunque era consciente del riesgo que ellos implicaba—. No le hagas caso a mi hermana. No sabe lo que dice.

—Pero mujer, deja que sea él quien lo decida. Ya es mayorcito —aclaró Sabine colgándose del brazo de él como si pretendiera no dejarlo irse pese a lo que decidiera.

Margot se fijó con atención en aquella estampa y algo dentro de ella se removió. ¿Celos de Sabine? Recordó que Vince la había llamado <<la dulce Sabine>>, la dulce Sabine. A veces ella misma deseaba tener algo más de iniciativa para tomar las riendas de su vida y dejarse llevar sin pensar en las consecuencias. ¿Por qué siempre miraba los pros y los contras? Incluso en las

relaciones.

—Deja de mirar a Sabine como si fueras a acabar con ella y sé tú la que convenza a Vince de que se venga. ¿Quién sabe qué puede salir de esta noche? —le susurró Jules con toda intención pues sabía lo que estaba sintiendo su hermana en su interior.

—¿Yo? ¿Por qué dices lo de Sabine?

—Porque conozco a mi hermana y en estos momentos soy consciente de que desearía ser ella la que se colgara del brazo de Vince porque en realidad está enamorada de él. Pero no quiere reconocerlo. Y acabará por perderlo. ¿Por qué narices fuiste a buscarlo? ¿Para que te hiciera ganar una nueva estrella o para confesarle cuánto lo has echado de menos?

Margot resopló y puso los ojos en blanco.

—Vince ha decidido marcharse ahora que el restaurante ha conseguido su estrella —le confesó Margot a Jules dejándola sin palabras por unos segundos—. Así que deja de recordarme los mismo a todas horas.

Jules contempló a Margot sin saber qué más decir ya que parecía tenerlo asumido. Volvió la vista hacia Vince y Sabine. Su hermana dejaría escapar la oportunidad de ser feliz.

*

Vince se levantó temprano para ir al mercado. No había quedado con Margot ya que esta se acabó marchando con su hermana y con Sabine la pasada noche. Esta seguro que se acostaría tarde, o a lo mejor todavía estaba por ahí. Al final él había declinado la invitación de acompañarlas ya que después de pensarlo fríamente había concluido que era mejor poner distancia entre Margot y él después de todo. Si iba a dejar el restaurante y París para regresar a Italia, lo mejor sería no implicarse demasiado con ella a estas alturas. Solo le faltaba decidir cuando se iría. Quería darle tiempo a Margot para organizarse en la cocina, aunque él ya le había indicado que Cristine era una buena ayudante para ella. Pero lo hablaría con ella en un momento que la pillara relajada y de buen talante. El tema era delicado y no quería causarle más trastornos. No sería sencillo cuando él no quería irse en el fondo. Pero ¿qué podía hacer? Sabía lo que había entre ellos y que Margot no iba a cambiar de opinión por el momento.

Estaba preparando café cuando el timbre del interfono comenzó a sonar en repetidas ocasiones de una manera estridente.

—Pero, ¿quién coño llama a estas horas? —Vince caminó hacia el telefonillo con una mezcla de sorpresa y cabreo. Parecía que el que fuera

había dejado pegado el dedo y no era capaz de despegarlo. Seguro que se había confundido de piso o bien quería gastarle alguna broma a esas horas. ¡Joder, ¿pretendía quemarle el timbre o qué?! —. ¿Quién es?

—Vince, ¿quieres abrir de una vez?

La voz de Margot lo dejó contrariado. Presionó el botón de apertura de la puerta. ¿Qué coño hacía ella allí a esas horas? Se dirigió a la puerta y la abrió antes de que ella se pusiera a aporrearla o a llamar al timbre. No quería que llamara la atención de los vecinos en el rellano. No eran horas para dar la nota.

La vio salir del ascensor y luego caminar hacia su puerta. Vince fue a decirle algo pero la visión de ella lo dejó sin palabras. ¿Regresaba a casa a estas horas? se preguntó viéndola con la misma ropa del día anterior. Pero lo que más le llamó la atención fue su mirada brillante, su sonrisa endiabladamente seductora, sus mejillas encendidas y su pelo algo despeinado.

—Hola, buenos días —le saludó con un tono algo... diferente al que él esperaba. Se apartó para dejarla pasar al interior del apartamento. Cerró la puerta y se quedó contemplándola vagar por las pocas habitaciones que había.

—¿Qué... qué haces aquí a estas horas? —le preguntó con la mirada entornada sin poder creer que ella estuviera allí.

—Verás... iba a casa a acostarme un poco hasta que... hasta que abriéramos...

—¿Pero? ¿Ibas a casa a estas horas?

—Sí. Eso... he dicho. Pero pensé que debería decirte una cosa... — Margot se humedeció los labios y tragó antes de seguir. Estaba nerviosa, tenía sueño, hambre, estaba algo achispada por el vino que había tomado. Aparte de todo ello tenía un montón de sensaciones apretándole todo el cuerpo pero tenía que acabar con aquello de una maldita vez.

—¿No puede esperar a más tarde? Creo que necesitas descansar, Margot.

—No, no, no... —ella sacudió la cabeza en repetidas ocasiones.

—Oye, ¿tienes alguna copa de más o te afecta el no dormir?

—Hemos estado por ahí pasándolo bien, ya sabes. Hemos bebido... y yo la verdad es que no estoy acostumbrada a tomar más de dos copas de vino. Tengo la cabeza...

Vince se acercó a ella y la rodeó por la cintura para llevarla a su cama.

—Sigo pensando que deberías descansar unas horas.

—Si estoy bien. Mira lo que tengo que decirte no puede esperar —le

aseguró sujetándolo por la camiseta que él llevaba puesta y tirando de esta para acercarlo más a su rostro sin ser consciente de lo que eso significaba para él—. No puedes irte. ¿Comprendes? No puedes dejarme.

—Vale, pero eso mejor lo hablamos cuando hayas descansado. ¿Sí?

Vince le quitó los zapatos, el bolso que llevaba colgado de su hombro y la recostó en la cama.

—No, no... Vince... Es mejor que te lo diga ahora o no lo haré jamás. Y tú te largarás pensando lo contrario.

—No te preocupes. Supongo que tienes tus razones para hacer que me quede pero te repito que es mejor que lo dejemos para más tarde. Tengo que ir al mercado para comprar algo para el menú de hoy.

Vince no podía creer que estuviera viviendo aquella situación. Sonrió divertido al ver a Margot algo achispada después de estar por ahí toda la noche con su hermana y Sabine. Nunca la había visto tomarse más de una copa de vino, la verdad. Y apostaba a que se les fue la mano celebrando que su restaurante tenía otra estrella.

—No quiero que te marches de mi vida, Vince. ¿Sabes? ¿Sabes por qué fui a buscarte en realidad?

—Necesitabas un jefe de cocina.

—Sí... Pero... en verdad era... bueno es... porque estoy enamorada de ti —Se quedaron contemplándose en silencio unos segundos en lo que pareció que el mudo se acababa de detener y que ellos dos permanecían en una especie de burbuja.

—No hablas en serio. Estás cansada y...

—Es verdad, estoy cansada y algo mareada pero... —Margot cerró los ojos por unos segundos y se dejó caer sobre la almohada.

—Será mejor que duermas. Al despertar lo verás todo con otra perspectiva.

Vince resopló primero, luego sacudió la cabeza sin dar crédito a lo que Margot acababa de decirle. No podía dar demasiado crédito ya que ella estaba algo cansada, mareada y... achispada por el vino como ella había dicho. La arropó con la colcha dejándola dormir mientras él iba al mercado. Durante unos minutos se quedó contemplándola sin querer preguntarse qué iba a hacer. La verdad es que tampoco quería dejarse llevar por lo que ella acababa de confesarle en su estado. Y apostaba a que ella lo negaría una vez que hubiera descansado, se hubiera dado una ducha y bebido un café bien cargado. Por ese motivo no le daba la importancia.

Horas más tarde Margot se despertaba con un terrible dolor de cabeza. Se fijó que seguía vestida y que aquella cama no era la suya. Claro, estaba en la de Vince. Había pasado a verlo para pedirle que no se marchara de París porque... De repente cerró los ojos de nuevo y resopló. Se cubrió la cara con ambas manos al darse cuenta de lo que había hecho. Si no se hubiera dejado liar por Jules y por Sabine. Debería haberse marchado a casa al salir del restaurante. En cambio lo hizo con ellas dos y tras algunas copas y que ambas le pusieran las cosas claras con respecto a Vince, ella en vez de irse a casa había acabado en la de él.

Se incorporó quedando sentada durante unos segundos en los que la cabeza parecía darle vueltas, ¿o tal vez fuera la habitación? se preguntó tratando de centrarse. Escuchó ruido en la casa y dedujo que debía ser Vince. Lanzó un vistazo al móvil para ver la hora y salió de la cama de un brinco.

Vince estaba ordenando la casa cuando la vio salir de su habitación.

—¿Estás mejor?

Margot se detuvo apoyándose con los brazos cruzados en el marco de la puerta cuando sintió el mareo invadirla.

—Prométeme que no me dejarás volver a salir con Jules por mucho que ella insista. O al menos vendrás conmigo para no dejarme beber.

—Bueno, lo tendré en cuenta para próximas veces. ¿Café?

—La verdad es que lo necesito para terminar de despertarme.

—Puedes darte una ducha si lo quieres mientras te preparo algo para desayunar. Hay toallas limpias en la parte inferior del armario.

Margot frunció el ceño como si no estuviera segura de ello. En ese instante solo lo estaba del malestar que sentía en todo su cuerpo.

—Vale.

—Todo tuyo —le dijo indicándole la puerta del cuarto de baño

Prefería estar despejada del todo antes de enfrentarse a Vince porque estaba convencida de que tendría que aclarar el motivo de su presencia allí y lo que le había confesado. Eso no podría olvidarlo por mucho que quisiera.

Vince se centró en prepararle el desayuno, aunque la hora no fuera la más acertada. Estar ocupado no le haría volver a pensar en lo que ella le había confesado horas antes, cuando la recostó en la cama. No quería darle mayor importancia de la que precisaba. Lo dejaría estar hasta que ella se explicara, si lo hacía. Él, por su parte, no iba a preguntarle el por qué había ido a su casa ni si lo dicho era cierto.

Minutos después ella estaba ante él con el pelo húmedo y un gesto de

culpabilidad en su rostro.

—Siéntate y come. Es más bien la hora del segundo desayuno ya.

—No sé qué coño haría sin ti, la verdad. Soy un desastre Vince.

—No estoy de acuerdo.

—Ya, claro, ¿qué vas a decir? Pero mírame. Ayer me bloqueé en la cocina a la hora de emplatar, tuviste que hacerlo tú, luego me marché con mi hermana y mi mejor amiga y bebo dos copas y acabó viniendo aquí.

—Lo cierto es que no esperaba tu visita. Pensé que venías para que fuéramos al mercado.

—Esa debería ser la verdadera razón, Vince. El trabajo, la responsabilidad, la seriedad y no que vine a verte porque... —se detuvo mientras resoplaba y se llevaba las manos a la cabeza como si pretendiera sujetársela antes de esta se le cayera de los hombros y saliera rodando como si fuera la novia cadáver de la película de Tim Burton.

—Es mejor que comas algo —le dijo acercándole un plato que contenía una tortilla y varias tostadas. Vertió una generosa cantidad de café y le dio un ligero empujón a la taza para acercársela.

—Soy un desastre, repito. Ni si quiera sé por qué te has fijado en mí.

Vince sonrió ante aquella sugerencia de ella.

—Tal vez porque en medio de ese desastre he encontrado algo que me llama la atención de manera poderosa. Por el momento es mejor que comas o se te enfriará —le sugirió haciendo una seña hacia la tortilla—. Voy a ventilar la habitación y a recoger el baño.

—No tienes que hacerlo. Ya lo he hecho. Por cierto la tortilla está buena —le aseguró llevando un pedazo a su boca—. ¿Cómo consigues que una simple tortilla sepa tan buena?

—Más bien pienso que es el hambre que tienes el que habla por ti.

—Siento todo esto.

—Yo no.

—¿Has ido al mercado? Debería haberte acompañado —Margot cambió el tema de conversación al fijarse en la manera en la que él la contemplaba.

—Todo controlado, no te preocupes por nada. Y bueno, todos los días te digo que te quedes en la cama ¿no? Hoy por fin me has hecho caso. Lo que pasa es que no nos queda mucho tiempo antes de abrir. Y tú, imagino que querrás pasar por tu casa para cambiarte de ropa.

—Sí, creo que es lo mejor.

—No tengas prisa por ir al restaurante. Yo puedo abrir.

—Lo sé.

¿Qué iba a hacer si él se marchaba? Estaba quedando bastante mal ante él. No le cabía duda de que lo necesitaba a su lado y no solo para ayudarla a situar a *L'Orchidée* como un restaurante de referencia de París, sino también para organizar su vida. Le extrañaba que él no le hubiera comentado nada sobre lo que ella le había confesado. O no la había tomado en serio o ya no le interesaba como mujer. Si ya había tomado la decisión de irse, ¿qué le importaba ya lo que le sucediera a ella o lo que le dijera a estas alturas?

Jules se lo había advertido hacía tiempo: acabaría perdiendo aquello que había ido a buscar.

*

El horario de comidas resultó tan ajetreado como los días anteriores. Vince se multiplicó en la cocina para cubrir a Margot. Le había pedido que se quedara descansado en casa y que fuera por la noche. De ese modo estaría al cien por cien para dar las cenas. Además, le vendría bien para aclararse con respecto a su sorprendente confesión de aquella mañana, se dijo él sin poder ocultar la sonrisa que le provocaba pensar en ella algo más contenta de lo normal asegurándole que fue a buscarlo a Ibiza porque en verdad estaba enamorada de él desde hacía tiempo. Pero, ¿por qué narices no se lo hizo saber entonces? No habría metido la pata con Nicole y todo habría sido diferente entre ellos.

—Me llamó Margot para decirme que no vendría. Necesitaba descansar después de salir por ahí con su hermana y con Sabine. Al parecer tenían mucho que celebrar —le comentó Gerard a Vince cuando entró en la cocina.

—Sí, lo imagino. Querían que las acompañara, pero rechacé su invitación viendo el panorama.

—No todos los días se consigue una estrella Michelin. Es lógico. Dice que vendrá a la tarde para estar para dar las cenas.

—Que descanse y disfrute de su éxito ¿no? No apañamos bien aquí en la cocina. Margot cuenta con un equipo excelente.

—¿Has pensado algo al respecto de marcharte? Vince... No quiero presionarte para que te quedes pero ella te necesita. Y los dos lo sabemos — Gerard entornó la mirada hacia él—. Sabemos que no se trata solo del restaurante.

Vince se limitó a sonreír sin perder de vista los platos que tenía entre manos y se los tendía a Gerard para que los camareros los sirvieran.

—No te preocupes que la presión no me afecta a la hora de decidirme.

Gerard asintió sin mediar una sola palabra más.

Vince siguió con los pedidos que faltaban sin pensar en Margot y en su decisión.

—¿Cómo que acabaste durmiendo en casa de Vince? —Jules abrió los ojos como platos y tardó en parpadear mientras Margot asentía y se mordía el labio en sentido de culpabilidad. Ambas estaban sentadas en un café de los Campos Elíseos aprovechando el tiempo que le faltaba a Jules para volver al trabajo.

—A ver, no te montes ninguna película que no es lo que estás pensando.

—Pues ilústrame, ¿quieres? Acabas de dejarme a cuadros.

—No sé por qué fui a su casa. Bueno sí lo sé. Para pedirle que no se marche ahora que el restaurante ha conseguido una estrella más.

—¿Le has dicho de una vez por todas el verdadero motivo por el que no quieres que se vaya? —Jules entornó la mirada hacia su hermana esperando que esta vez fuera la definitiva. Que le había dado por fin una razón de peso a Vince para que se quedara.

—Sí —Margot apretó los labios y miró a su hermana con cara de culpabilidad.

—¿Y qué te ha dicho?

—Nada.

—¿Nada? Pero, tú le has dicho que estás enamorada de él desde que él estuvo en tu restaurante por primera vez, ¿no? —insistió Jules observando a su hermana asentir una y otra vez—. ¿Y no ha dicho nada?

—Que hablaríamos más tarde. Que descansara. Yo creo que no se lo ha creído, Jules.

—Pues tendrás que convencerlo antes de que te diga que se marcha. Tendrás que hacerlo lo antes posible. ¿Te ha dicho algo de cuando piensa marcharse?

Margot inspiró hondo como si se estuviera preparando para ese momento. Porque era consciente de que no podría demorarlo mucho más.

—No. Solo me comentó en su momento que seguiría hasta este momento y que después...

—Tendrás que adelantarte a él. Me refiero a que le digas la verdad antes de que él se decida a irse. De ese modo lo sorprenderás, lo dejarás sin palabras y será él quien tenga que decidirse. La pelota estará en su terreno. Claro que no me extraña que te dijera que mejor lo hablabais cuando estuvieras despejada. Se lo habrá tomado a cachondeo después de habértelo

tirado y decirle que no querías nada con él —ironizó Jules sonriendo con malicia.

Margot se limitó a resoplar mientras pensaba en la llegada de ese momento.

—Lo que habrá pensado de mí... No quiero ni imaginármelo.

—Si te quiere, no le dará la mayor importancia.

Margot se quedó contemplando a su hermana pensando en su último comentario. ¿La quería? ¿Seguiría sintiendo lo mismo pese a que ella le había dicho que no quería nada con él?

El móvil de Vince sonó en el momento en el que terminaban de recoger. El nombre de su querida Lizzete aparecía en la pantalla.

—Ya decía yo que estabas tardando en llamar —le dijo Vince sonriendo.

—Eso mismo pensaba yo. Debes estar muyyyyyy ocupado para no haberte acordado de tu amiga.

El tono irónico y de fingido enfado de ella provocó las carcajadas en Vince.

—La verdad es que así es desde que le han otorgado una nueva estrella al restaurante —Vince escuchó el chillido de alegría al otro lado de la línea.

—Bueno, eso era algo que no sorprende siendo tu el que anda por medio ¿no? Me refiero a que siendo tu el jefe de cocina, no tardarían mucho en ir a ver qué tal estabas. En serio, enhorabuena. ¿Qué dice Margot?

—Ella está muy contenta..

—Imagino. ¿Y tú?

Vince se tomó unos segundos en los que recapacitó sobre los últimos acontecimientos. Se pasó la mano por el pelo y la nuca como si este simple gesto lo ayudara a aclararse.

—No lo sé. Siento un choque de sensaciones. Estoy feliz por ella porque ha conseguido lo que quería.

—Pero tú no. A ti los galardones te la traen floja después de todo. A ti te interesaría conseguirla a ella.

—Ya, pero por ahora... —se detuvo pensando en lo que Margot le había confesado esa misma mañana.

—Por ahora la cosa no cambia ¿no?

—No, no.

—¿Te quedarás a ver qué sucede o regresas a casa?

—Por ahora seguiré un poco más en lo que todo se asienta aquí. Estoy cediendo el protagonismo a Margot y preparando a Cristine para que sea su

ayudante.

—Eso significa que te acabarás marchando.

—Es posible. ¿Y tú?

—Oye te noto raro. Hay algo que no me has dicho y que te estás guardando.

Vince sonrió al escuchar aquel comentario de Lizzete. Sin duda que tenía ese don de saber qué le sucedía en determinados momentos. No le contaría lo de Margot por respeto a esta. No era plan de airear que ella había aparecido en su casa esa misma mañana y que iba algo contenta. Ni tampoco venía a cuento revelar a Lizzete lo que Margot le había dicho porque seguramente lo tacharía de algo sin importancia y fruto de la situación.

—No, solo que estoy algo liado y no sé qué haré. Esperaré a ver. ¿Todo bien por el estudio?

—Aquí estoy diseñando algunas cosillas que me han pedido. Todo sigue igual.

—Me alegro. Tengo que dejarte porque vamos a cerrar y no me apetece pasar más horas aquí encerrado. Cuídate.

—Sí, eso mismo. Y piensa bien lo que vas a hacer.

—Descuida —Vince corto la comunicación y se guardó el móvil. Tenía muy claro lo que quería e iba a ir a por ello. A por su estrella Michelin particular. Si era cierto lo que Margot le había dicho esa mañana, le pediría que se lo repitiera.

Margot estaba nerviosa. Llegó con tiempo a la cocina para echar una mano a su equipo a prepararlo todo para la hora de la cena. No estaba segura de si la conversación que había tenido con Jules le había hecho más bien que mal. A ver, ella necesitaba contarle a su hermana lo sucedido esa madrugada con Vince. Y como era de esperar, Jules le había dado su punto de vista, que a Margot le había parecido un ultimátum. Pero tenía razón. Si no le contaba la verdad a Vince, este se marcharía y no volvería a verlo.

—¿Cómo estás Margot?

Gerard fue el primero en saludarla nada más verla aparecer en el restaurante.

—Bien, bien. La verdad es que necesitaba tomarme un breve descanso después de todas las emociones vividas ayer. ¿Todo correcto en la hora de la comida?

—Todo controlado. Vince y Cristine se encargaron. Nada a destacar excepto una nueva felicitación a Vince por sus creaciones. Ya sabes... —

Gerard se encogió de hombros como si no le diera demasiada importancia puesto que era algo normal cuando se trataba de Vincenzo Ferrara.

—Voy a prepararme.

—De acuerdo. Te veo en cuanto empiece la fiesta.

Margot asintió y se dirigió a la cocina con paso ligero. No quería hacer esperar a la gente. Quería que su equipo la viera y supiera que estaba de vuelta para trabajar. La verdad era que no le gustaba faltar al trabajo, y que le había costado mucho hacer caso a Vince; pero esas horas de descanso le habían venido geniales para cargar las pilas y aclararse.

Todos la saludaron nada más verla.

Vince entraba en ese momento por la puerta trasera con su estuche de cuchillos bajo el brazo. Saludó a todos los presentes y se fijó en Margot y en que el descanso le había sentado de maravilla. Su aspecto era fresco, despierto y su mirada brillaba en demasía cuando se fijó en esta. Se limitó a asentir a esta camino de su lugar en la cocina.

Margot apretó los labios y comenzó a prepararse pero al parecer sus manos parecían no saber ni hacer un nudo.

Vince se acercó hasta ella cuando se fijó en este detalle.

—¿Estás mejor? ¿Has descansado?

—Eh... Sí, sí. Estoy... mejor.

—¿Estás nerviosa?

—Yo... ¿Por qué lo preguntas?

En un gesto sin precedente el cogió las dos tiras de tela y se las pasó alrededor de su cintura de ella. Margot experimentó una repentina subida de temperatura en todo su cuerpo debido a la cercanía del de Vince, a sus manos haciendo el nudo de su mandil, a su mirada fija en ella en ese momento en el que deseó que los pocos que estaban en la cocina se evaporaran ya.

—Gracias. Pero no hacía falta que...

—Me alegro de que no necesitaras ayuda. De verdad —le guiñó un ojo en complicidad y se apartó para ponerse en marcha.

Margot apretó sus labios hasta convertirlos en una delgada línea. Inspiró de manera profunda y se dijo que la tarde no empezaba nada mal si tenía en cuenta lo que acababa de hacerle sentir Vince con su proximidad.

Vince asintió mirándola de manera furtiva. Una mirada larga acompañada de una sonrisa significativa. Si era cierto lo que ella le había dicho en su casa, entonces no había más que hablar. Se centró en comprobar que todo estuviera listo para cuando Gerard apareciera con los primeros pedidos.

En pocos minutos la cocina comenzó a funcionar en plena ebullición llenándola con los más diversos aromas. Todo el equipo se desenvolvía con rapidez y eficacia. Margot había dejado sus nervios a un lado y se había centrado en tener todos los pedidos listos para que Vince diera el último toque antes de salir al comedor. Gerard observaba con atención el comportamiento de ambos y asentía convencido de que Vince se quedaría con ella. No tenía más que fijarse en su manera de trabajar, con precisión, profesionalidad y al mismo tiempo en cómo la miraba a ella cada vez que le entregaba algún plato.

—Margot, me faltan los primeros de la mesa tres. Y los segundos de la siete —le recordó alzando la voz para que ella lo escuchara.

—Están saliendo.

—Pues venga. Llevamos algo de retraso con esos primeros —él se quedó contemplándola mientras caminaba hacia él con varios platos en las manos.

—Los primeros que has pedido.

La ayudó a descargar el peso sobre la mesa y cuando se iba a marchar la sujetó por la muñeca obligándola a volverse hacia él sin que lo esperara.

—Quédate a mi lado.

Aquellas palabras junto con su mirada y que la estuviera sujetando por la muñeca con delicadeza le provocaron un ligero sobresalto. Margot entreabrió sus labios para decir algo pero solo se limitó a dejar escapar un suspiro.

—Vamos, ponte aquí y échame una mano con todo esto. Ya sabes la guarnición que acompaña.

—Sí, sí, claro —pareció perdida en sus pensamientos y temió no ser capaz de corresponder a la petición de él. Resopló por un momento pero de inmediato se puso a emplatar junto a él. Una sensación de felicidad y confianza la inundó cuando se dio cuenta que podía hacerlo. Que los nervios y la presión parecían haberse quedado atrás. Miró a Vince, quien la llevaba contemplando unos segundos bajo la atenta mirada de Gerard. Y cuando ella volvió su atención hacia él, Margot sintió el nudo apretarle el estómago y que ella achacó al hambre y no a que estaba enamorada de él sin poderlo remediar.

Vince asintió complacido por el trabajo de ella y le pasó los platos a Gerard para que los camareros los sacaran de allí y los sirvieran.

—Buen trabajo —le dijo guiñándole un ojo que encendió el rostro de ella —. Sigamos. Esto no ha terminado.

—Voy por esos segundos que habías pedido.

Vince se fijó en Gerard y en el rostro que este mostraba.

—¿Qué te sucede? ¿Por qué te has quedado mirándome con esa cara?

—No te miraba a ti sino a ella —hizo un gesto con la cabeza en dirección a Margot que en ese momento se desenvolvía como pez en el agua entre los fogones.

—Ah, vale.

—Me fijaba en la manera en la que te mira.

Vince no hizo caso al comentario de Gerard y se dispuso a revisar las notas que todavía quedaban.

—¿No tienes nada que hacer? ¿Atender a nuevos clientes?

—El comedor está lleno. Como cada noche —le respondió Gerard con una sonrisa—. Deja que me tome un descanso de vez en cuando y te vacile un poco, ¿eh? Si te marchas sin decirle de verdad lo que sientes por ella eres un completo gilipollas, por muchas estrellas Michelin que hayas ganado y todo eso.

—Ya se lo hice saber.

—No, no. Tienes que decírselo, ya me entiendes. Dile que la quieres y que no te apartarás de ella.

Vince apoyó las manos sobre la mesa e inclinó la cabeza, cerró los ojos y sacudió la cabeza ajeno a que Margot había regresado.

—Los segundos que... ¿Sucedo algo?

Vince giró el rostro hacia ella. No quería asustarla no fuera a ser que ella se pusiera nerviosa. De manera que se incorporó y asintió.

—Nada, que Gerard me decía que el comedor está lleno. No cabe nadie más.

—Oh.

La vio dudar, quedarse en silencio si saber qué hacer.

—Dame —le cogió los platos de sus manos dejando que sus manos se rozara con las de ella con toda intención mientras no dejaba de fijarse en su mirada.

Margot cogió aire y sujetó con firmeza los platos porque pensaba que se le caerían de las manos. Vio a Vince prepararlos en varios minutos y los dejó para que los sacaran al comedor. Se permitió respirar unos segundos en los que se quedó contemplando a Margot.

—¿Qué pasa? —le preguntó pensando que él estaba recordando lo sucedido esa mañana en su casa. Apostaba a que se estaba riendo de ella y de su patética imagen y no se lo discutía porque era verdad.

—Eres increíble.

—¡Margot! ¡Los primeros que faltan por salir!

Lanzó una última mirada a Vince antes de acudir a la llamada de Robert. El vacío en el estómago se hizo más y más grande a medida que se acercaba el momento en el que ella tendría que sincerarse con él.

Cuando las luces del restaurante se apagaron y todos se habían marchado, Margot respiró y relajó los hombros. La noche había sido más que movida. Si todas iba a ser así desde ese momento, no estaba segura de poder aguantarlas. Tendría que tomar vitaminas, se dijo con una sonrisa de felicidad bailando en su rostro. Giró en redondo en mitad de la cocina sin poder creer todo lo que se había preparado en esta durante las tres horas que había permanecido abierta. De pronto se dio cuenta de que se había quedado sola. ¿Dónde estaba Vince? ¿No la había esperado? De repente el corazón comenzó a latirle acelerado al darse cuenta de ella. ¡Joder, no! Necesitaba hablar con él y explicarle lo ocurrido en su apartamento.

—¡Mierda!

Había estado tan centrada en la conversación con Gerard acerca de las ganancias de esa noche y de las reservas que había para el fin de semana que se había olvidado de él. Pero, ¿por qué no le había dicho que la esperara al cerrar? Se dirigió hacia la puerta arrastrando los pies y maldiciendo en voz baja hasta salir a la calle. Resopló quitándose la goma que todavía sujetaba su pelo e iba a recogerse de nuevo cuando la voz de él captó su atención.

—¿No crees que deberías dejarlo suelto por unas horas?

Margot abrió la boca para decir algo cuando se fijó en él allí en la plaza de los artistas esperándola, comprendió que era mejor callarse.

—Pensaba que no saldrías nunca de la cocina.

—Sí, es cierto. Con la noche que hemos tenido. Creía que no acabaría nunca. ¿Qué haces aquí?

—¿Tú que crees? Contemplar los cuadros de los pintores no, desde luego —Vince arqueó sus cejas y la contempló con una sonrisa.

—¿Esperarme? —le preguntó observándolo asentir sin decir nada más. Margot cogió aire porque se temía que el momento había llegado. Dibujó media sonrisa en su rostro sin saber por dónde empezar.

—Sí. Quería decirte algo.

Ella mudó el color del rostro y los peores escenarios se le presentaron. Recordó el consejo de su hermana.

<<Díselo antes de que él se te anticipe y te diga que se marcha. Lo dejarás sin palabras, sin reacción>>

—Ya lo sé. Lo de esta mañana, bueno más bien según la hora que es, lo

de la madrugada pasada —se dio cuenta que él parecía no esperar aquella interrupción y se quedó callado observándola—. En fin lo que dije...

—Oye, no tienes que decir nada más. Todo está muy claro.

—Me alegro que lo tengas tan claro pero para que no haya malos entendidos te lo repito —se acercó a él con toda intención. No iba a esperar más a decirle lo que sentía por él—. Fui a buscarte porque desde que te fuiste no conseguí olvidarte. Y eso que me jodió pillarte de la manera que lo hice. No quiero que te marches de *L'Orchidée*, ni de París, ni quiero que salgas de mi vida y si lo haces iré Ibiza o a Siena a pedirte que vuelvas.

Vince sintió un ligero temblor en sus piernas. Era la primera vez que una mujer se le declaraba y él no sabía qué responderle. Estaba... tan alucinado con lo que acababa de escuchar que a duras penas podía hablar. Por ese motivo se limitó a sacudir la cabeza.

—No.

Ella dio un paso atrás y tuvo la impresión de que acababan de extraerle toda la sangre del cuerpo. Su vista comenzó a empañarse por las lágrimas al escucharle decir aquella única palabra.

Vince sonrió porque son duda que ella lo había mal interpretado y se apresuró explicarle.

—No hará falta que vayas a buscarme a ninguna parte, salvo que lo hagas a mi apartamento —el gesto de ella comenzó a cambiar poco a poco—. No iba a irme porque lo que más necesito y lo que más quiero está aquí en París. Eso sí, cuando vayas a pasar avísame para estar preparado por lo que pueda ver y oír.

Vince se acercó a ella y cogió su rostro entre sus manos. Sonrió cuando se vio reflejado en estos.

—No hacía falta que me dijeras que te habías enamorado de mí, ya lo sabía.

Se inclinó sobre los labios de ella para apoderarse de estos de una vez por todas esa noche. Escuchó el gemido de ella ahogado entre sus bocas. Y sintió como sus manos se apoyaban en sus antebrazos para resistir el empuje del beso.

Margot no podía creer que estuviera sucediendo. Que estuviera sintiendo aquello que la llenaba y la elevaba por encima de los tejados de París. Se apartó de él al tiempo que se humedecía los labios y no podía ocultar su sonrisa traviesa.

—La otra mañana debiste pensar que estaba como una cabra al

presentarme de aquella manera en tu apartamento a las seis de la mañana — ella puso los ojos en blanco al recordarlo.

—La verdad es que me sorprendiste bastante. Estabas muy graciosa e incluso con un puntillo sexy. Lo admito.

—No hablas en serio.

—Totalmente. Te habría besado hasta que te desapareciera la resaca.

—Sin duda que la manera en la que me tratas hizo que me diera cuenta de lo que te importaba. Y luego el hecho de que te preocuparas por mí y que me pidieras que no apareciera por el restaurante, que descansara. Todo eso además de lo que has hecho por mí. Has estado junto a mí en todo momento sabiendo que yo no...

—Te prometí que el restaurante lograría otra estrella.

—¿Y ahora?

—Ahora te prometo no alejarme de tu lado en ningún momento. Y podemos empezar por irnos juntos a donde quieras —la besó con ternura mientras Margot sonreía traviesa ante su sugerencia.

Epílogo

Días después.

La melodía del móvil sonó puntual como cada mañana y Margot se removió bajo las sábanas. Hizo ademán de sacar el brazo y extenderlo hacia la mesita de noche para apagarlo cuando este se detuvo. Sintió el peso y el calor de un cuerpo sobre su espalda. Sus labios se curvaron en una sonrisa de felicidad. No abrió los ojos en ningún momento mientras Vince la contemplaba en la penumbra de la habitación de su casa. Llevaban días durmiendo juntos, algo a lo que ninguno de los dos se había opuesto. Tenían que recuperar el tiempo que habían perdido.

Margot emitió un gruñido cuando sintió una corriente de frío cuando Vince salió de la cama. Había que ir al mercado a elegir las mejores piezas para el menú de ese día. De manera que no le quedaba más remedio que levantarse e ir con él.

Cuando Vince la vio aparecer en la cocina vestida tan solo con la camiseta con la que dormía, se preguntó si sucedía algo por irse al mercado diez o quince minutos más tarde.

—¿Qué estás mirando? —le preguntó ella contrariada por la mirada de él.

—A ti.

—Oye, te advierto que me he levantado para ir al mercado —comenzó a decirle en clara señal de advertencia extendiendo los brazos al frente con las palmas de las manos a modo de obstáculo. Pero la sonrisa traviesa de ella decía lo contrario. Disfrutaba cada vez que él la miraba con deseo, como era el caso.

—Y yo. Pero creo que no pasará nada por ir poco más tarde —Vince la acorraló contra la pared mientras ella fingía sentirse molesta.

—Sí, pero...

—¿Crees que no somos capaces de prepara un menú aunque no compremos nada?

La respuesta de Margot fue un ligero sobresalto cuando los dedos de él se introdujeron bajo su camiseta para recorrer su piel suave y cálida. Además de un gemido ahogado en el fragor del beso. Se olvidó del mercado, del menú y del restaurante pero no de lo que Vince le hacía sentir cada vez que la tocaba

como era el momento.

Llegaron al mercado a tiempo para adquirir un buen par de piezas de pescado y algo de carne.

—Lo tuyo con las cocinas es fijación ¿no? —le preguntó ella recordando lo sucedido en la de su casa hacía un rato.

—Reconozco que es mi lugar de trabajo y que disfruto en esta. ¿Por qué lo preguntas?

Margot iba a responderle cuando se fijó en Gaspard Leonie que se acercaba a ellos.

—Vaya, no esperaba verte por aquí —dijo mirando a Vince—. Te hacía lejos de París una vez lograda la estrella para *L'Orchidée*. Por cierto, enhorabuena Margot.

—Gracias, Gaspard.

—¿Y bien? ¿Cómo es que no te has marchado?

—¿Tal vez se debe a que no pienso hacerlo?

—Entonces ¿piensas quedarte en *L'Orchidée* y lograr más estrellas?

—Exacto. Me quedaré más tiempo. Y yo ya tengo la estrella que buscaba. Gaspard frunció los labios en un gesto de desagrado al escucharle decir eso.

—En ese caso, nos veremos por aquí.

—Seguro que sí. Disfruta Gaspard.

Margot se contuvo la risa al ver la ironía con la que Vince lo trataba.

—¿No habrá forma de que os llevéis bien?

—Nos llevamos bien. Ambos somos dos grandes chefs. Gaspard es un gran chef pero le puede ser el centro de atención del público y de la crítica culinaria.

—A ti no.

—¿A mí? Pues claro que no. Por cierto, ¿cuándo va a entrevistarte tu hermana?

—Hemos quedado en un día de estos, pero no tengo prisa en hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque sé que se va a centrar en ti y en mí.

—¿Ya se lo has dicho?

—No hacia falta. Sabía que acabaríamos juntos hace mucho tiempo.

—Vaya. Eso sí que es tener buen ojo. Oye hay que llevar esto al restaurante, ya sabes que no me gusta congelarlo.

—Sí, chef —asintió ella con una sonrisa irónica—. Por curiosidad, ¿a

qué estrella te referías cuando hablabas con Gaspard?

Vince sonrió al ver el gesto pícaro y desinteresado de ella.

—A la única que me faltaba —le susurró mirándola de manera fija e intensa mientras Margot sentía el calor en el pecho.

—¿Tienes pensado algo especial con ese pescado? —le preguntó Margot cuando observó a Vince contemplarlo de manera detenida.

—¿Se te ocurre algo?

—No sé... Tú eres el chef en esta cocina.

—Ya.

—Por cierto, me gustaría que me dijeras una receta.

—¿Una receta? ¿A estas alturas necesitas que te explique la preparación de algún plato? —Vince la contempló extrañado por aquella petición—. Pensaba que todo este tiempo que llevas siendo mi sous-chef había aprendido todas mis recetas.

—Sí, pero hay una receta en especial que me trae de cabeza —Margot se situó más cerca de él con la mirada entornada.

—Bien. Tú dirás. No tengo secretos en la cocina y menos para ti.

Margot hizo que él la mirara sin entender qué sucedía hasta que ella lo agarró de la camisa y tiró de esta obligándolo a inclinarse.

—En ese caso revélame la receta de tus besos. ¿Qué les pones para que no pueda resistirme a estos y cada vez quiera más?

Lo último que Vince percibió antes de perderse en ella fue la picardía reflejada en el rostro de ella. Él se dejó hacer, besar y demás mientras pensaba en lo que ella le había preguntado. Pero, ¿acaso no lo sabía a estas alturas?

AGRADECIMIENTOS.

Quiero agradecer a todas las personas que han participado de alguna forma en la creación de esta obra.

A la gente que siempre está a mi lado apoyándome.

A tod@s vosotr@s lector@s por estar ahí en todo momento alentándome con vuestros comentarios en las redes sociales. Gracias.

Espero y deseo que volvamos a encontrarnos en alguna de mis próximas historias.

OTRAS OBRAS DE LORRAINE

Provócame con tu sonrisa

Despierta a mi lado

Una propuesta arriesgada

Más fuerte que el engaño

Placaje a tu corazón

Tú... ¿mi alma gemela?